

EL PARNASO ARGENTINO

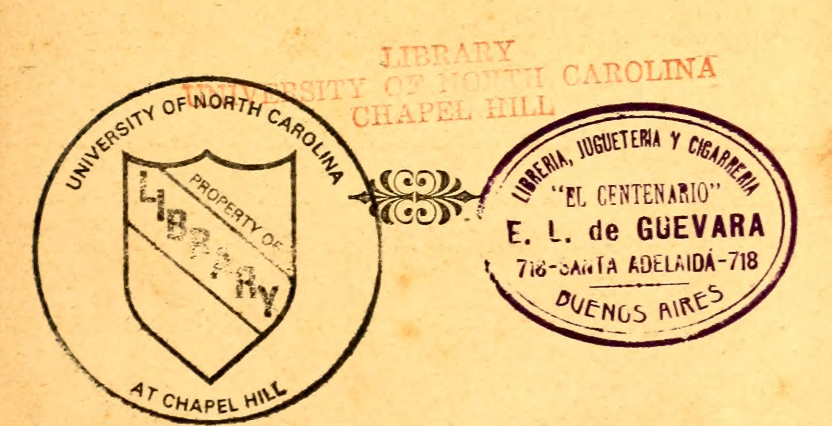

a 00003 810399



El Parnaso Argentino

ANTOLOGÍA DE POETAS DEL PLATA

DESDE LOS TIEMPOS COLONIALES HASTA NUESTROS DÍAS
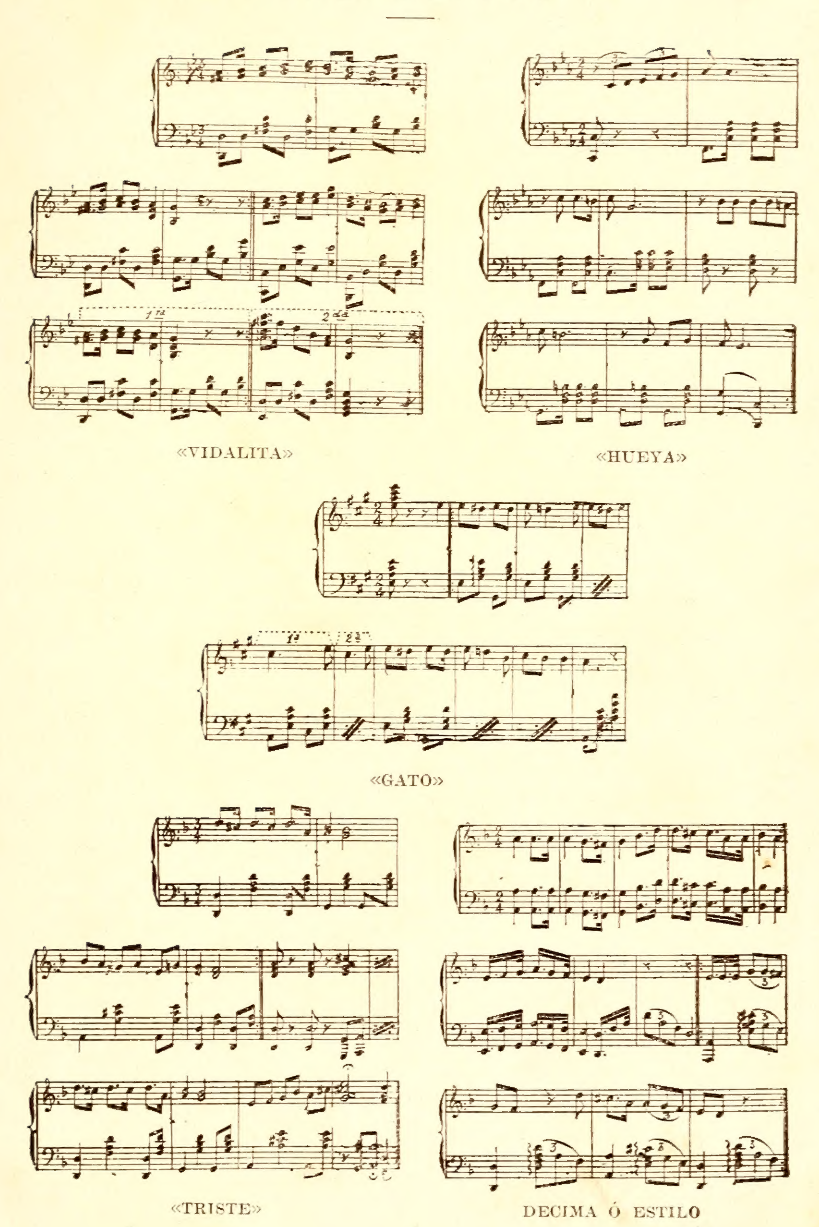


BUENOS AIRES
Maucci Hermanos é Hijos
Rivadavia, 1345

MÉXICO
MAUCCI HERMANOS
Primera del Relox, 1

Tip. Casa Editorial Sopena, calle de Valencia, 275 y 277.—Barcelona


MEDALLÓN
DE
POETAS ARGENTINOS
Dr. AGUSTIN MOLINA - OBISPO DE TUCUMAN
FRAY CAYETANO JOSÉ RODRIGUEZ
ESTEBAN ECHEVARRIA
E. del CAMPO
MARTIN CORONADO
CALIXTO OYUELA
ESTEBAN DE LUCA
CARLOS GUIDO Y SPANO
VICENTE LOPEZ
CASIMIRO PRIETO
RICARDO GUTIERREZ
RAFAEL OBLIGADO
JOSÉ MARMOL
PEDRO J. NAON
BARTOLOMÉ MITRE
GERVASIO MENDEZ
JUAN ANTº ARGERICH

AIRES CRIOLLOS



AVISO DE LOS EDITORES

Animados del deseo de contribuir dentro de nuestra esfera al engrandecimiento de las argentinas letras, hemos resuelto emprender la publicación del presente libro, que con el título «Parnaso Argentino» contiene la antología de los poetas del Plata desde la época colonial hasta nuestros días.

El carácter de nuestra casa para las ediciones populares, y el constante favor que el público nos dispensa, nos hacen presumir que llenaremos cabalmente nuestro objeto: difundir, dar á conocer á la vieja Europa y á los países americanos, aquellas joyas de la poesía argentina que hasta hoy han permanecido para muchos ignoradas.

Popularizar lo bueno, es nuestra divisa. Y, si como en México hemos popularizado á Plaza, Acuña, Peza y Flores; con nuestra edición «Los trovadores de México», á sus mejores poetas líricos; en Cuba á Plácido; habiendo dado á conocer en diversos países á tan ilustres cantores de las glorias americanas, conseguimos con el presente libro que los amantes de la poesía saboreen las bellezas de las musas argentinas conociendo á Fray Cayetano José Rodríguez, Vicente López y Planes, Esteban de Luca, Juan Gualberto Godoy, el obispo Molina, Juan Cruz Varela, Juan Crisóstomo Lafinur, Esteban Echevarría, Florencio Varela, Juan María Gutiérrez, Luis L. Domínguez, José Mármol, los ilustres veteranos de las letras: Mitre y Guido, á Ricardo Gutiérrez, el valiente autor de «Lázaro», á Obligado, á Estanislao del Campo, el inimitable autor del «Fausto»; á Iriarte, á García Merón, á Martín Coronado, y otros mu-

chos cuyas mejores composiciones publicamos, nos daremos por satisfechos cumplidamente.
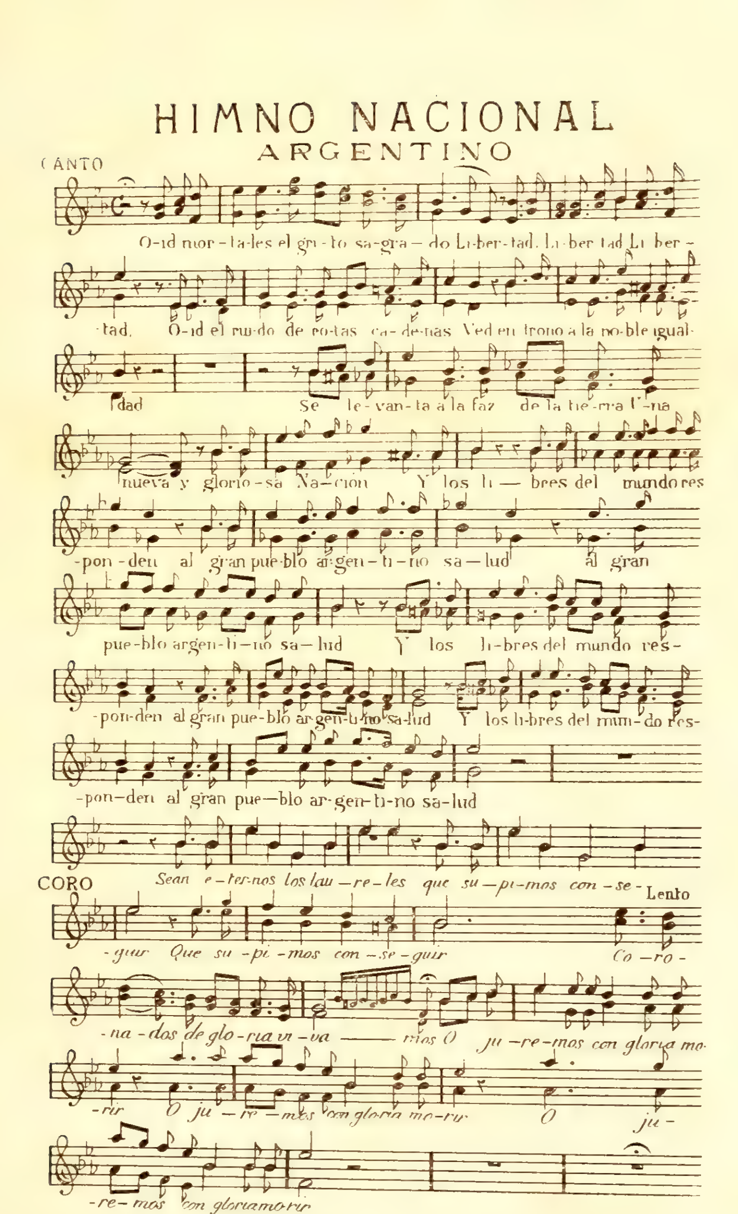
Siendo nuestro intento al dar á luz el «Parnaso Argentino» que sea un libro completo, publicamos no solamente los más selectos trozos de la poesía clásica y académica, sino que también los floridos y armoniosos cantos del pueblo; cantos tan bellos, tan galanos, que producen embeleso al oirlos, que enternecen cuando los payadores, cual los antiguos trovadores de Provenza, comunican á su guitarra como aquellos á su laud, las quejas y las alegrías de su alma.

Para que el lector pueda entender mejor á los poetas que desfilan en las páginas de este libro, precede á la obra un «Juicio» debido á la pluma de Guillén de Cardona, en el cual se narra la historia Argentina, se describen las costumbres, se presentan tipos y paisages, se transcriben los motivos y fragmentos musicales de las más notables canciones, dando con ello una idea general del libro.

Para terminar, séanos permitido citar esos encantadores versos del señor Martín García Merón:

«Si una inspiración secreta
no te brinda sus encantos
y en sus redes te sugeta;
si para enjugar tus llantos
la musa consoladora
no te arrulla con sus cantos;—
marcha! el tedio te devora,
la mano de Dios te hiere!
inclina la frente, y llora!
huye de ti mismo y muere!»

Maucci Hermanos é Hijos.


HIMNO NACIONAL
ARGENTINO
CANTO
O-id mor-ta-les el gri-to sa-gra-do Li-ber-tad. Li-ber-tad Li-ber-
-tad. O-id el rui-do de ro-tas ca-de-nas Ved en trono a la no-ble igual-
-dad
Se le-van-ta a la faz de la tie-rra U-na
nueva y glorio-sa Na-cion Y los li-bres del mundo res-
-pon-den al gran pue-blo ar-gen-ti-no sa-lud al gran
pue-blo argen-ti-no sa-lud Y los li-bres del mundo res-
-pon-den al gran pue-blo ar-gen-ti-no sa-lud Y los li-bres del mun-do res-
-pon-den al gran pue-blo ar-gen-ti-no sa-lud
CORO
Sean e-ter-nos los lau-re-les que su-pi-mos con-se-
Lento
-guir Que su-pi-mos con-se-guir Co-ro-
-na-dos de glo-ria vi-va mos O ju-re-mos con gloria mo-
-rir O ju-re-mos con gloria mo-rir O ju-
-re-mos con gloria mo-rir

AUTOGRAFOS

Buenos Aires, Noviembre 16 de 1900.

Bartolomé Mitre saluda atentamente al Sr. D. Eduardo Sojo, y mucho le agradece el obsequio del cuadro-óleo que simboliza á la "República Argentina" felicitándolo por la acabada ejecución de una obra tan notable, digna de su reputación y habilidad artística, deseándole con este motivo toda prosperidad.

B. Mitre

Oid, mortales, el grito sagrado
Libertad, libertad, libertad
Oid el ruido de rotas cadenas
Ved en trono á la noble igualdad

Ya su trono dignísimo abrieron
Las Provincias Unidas del Sud
Y los libres del mundo responden
Al Gran Pueblo Argentino salud

Coro

Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir
Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir

Vicente Lopez

Fragmento del «Himno Nacional»

Mayor Fr. Rodriguez
Mtro Prov.

Fray Cayetano José Rodríguez

Carlos Guido y Spano

Carlos Guido y Spano

JUICIO - HISTORIA

Nosotros entendemos que para comprender los cantos de los poetas de un pueblo, es indispensable conocer la historia de ese pueblo; motivo por el cual damos á conocer al lector la historia del Plata, porque de sta manera podrá formarse un criterio que le permitirá apreciar la elegancia, el nervio, la índole, en suma, de aquellas composiciones que sin la previa pintura histórica no podría apreciar.

La anécdota, el cuento, la fábula, son base de una historia seria, y en general sobre fábulas se fundan los orígenes de un pueblo. Así, el origen de la historia Argentina se debe á varios autores que se contradicen: unos son parciales, otros, con tendencias á la exageración se entregan de lleno á la fantasía, y aún á documentos anónimos y libelos difamatorios se da crédito y se acepta como dato.

Cada compilador moderno hace su selección y forma un conjunto que tenga cierta unidad y revista cierta verosimilitud. Nosotros, pues, presentaremos un compendio lo más ameno que nos sea posible, procurando, empero, aceptar de entre lo que está escrito, lo que consideremos más en harmonía con la lógica.

Durante la administración del gobernador de Buenos Aires y encargado de las Relaciones Extranjeras de la Confederación Argentina, don Juan Manuel de Rosas, se dió un gran paso hacia la verdad histórica encargando ese trabajo al ilustrado hombre de letras italiano señor Pedro de Angelis, quien en 1837 ordenó la «Colección de obras y documentos para la historia antigua y moderna del Río de la Plata.»

REINADO DE CARLOS V

El castellano don Juan Díaz de Solís, Piloto mayor del Reyno, fué el descubridor del Río de la Plata, del que tomó posesión en 1515 en nombre de la Corona de Castilla.

Murió Solís en la isla de Martín García á manos de los indios charruas, siendo devorado por esos; caso que el historiador Azara niega, pero que Navarrete narra en estos términos: «Quiso Solís reconocer el país y tomar algún hombre para traerlo á Castilla. Bajó á tierra acompañado de algunos con este objeto, y los indios que tenían emboscados muchos flecheros, cuando les vieron desviados del mar, dieron en ellos, mataron á Solís, al factor Marquina, al contador Alarcón y á otras seis personas, á quienes cortaron las cabezas, manos y pies, y asando los cuerpos enteros se los comían con horrenda inhumanidad.»

Sebastián Gaboto que marcha tras las huellas de Solís mandando otra expedición que había salido de España en 1525 con la orden de, siguiendo el derrotero de Magallanes, tomar posesión de las islas de la Especias, se detuvo en las costas del Brasil; y, como al parecer, con este acto desobedecía las órdenes del rey, habiendo públicamente reprendido su conducta el teniente general Martin Mendez y los capitanes Francisco y Miguel de Rojas, (compañeros de expedición), según los cronistas cuentan, al doblar el cabo de Santa María, desembarcó Gaboto á esos militares y los abandonó en una isla desierta para deshacerse de ellos.

Simultáneamente había salido de España una expedición al mando de García, quien al encontrarse con Gaboto le discutió la posesión de las tierras, lo que motivó diferencias entrambos, dando lugar á que Gaboto regresara á España para dar de ello cuenta al rey.

Los pobladores que habían venido de la Coruña con García, se unieron á los anteriores expedicionarios pasando á ocupar el fuerte de Sacti-Spiritus, edificado por Gaboto en la Confluencia del río Paraná con el Carcaraña.

En cierta ocasión, faltando víveres en el fuerte ó población de Sacti-Spíritus, los hombres salieron en busca de ellos dejando á las mujeres y á los niños en la fortaleza, y al regresar, tuvieron que desalojar á los indios de la tribu de los Timbues que en su ausencia habían asaltado la plaza y dado muerte á muchos de sus moradores.

II

El muy noble é hidalgo don Pedro de Mendoza y de Guadalete, gentilhome de cámara del rey de España Cárlos I que era asimismo empe-

rador de Alemania con el título de Cárlos V, fue sobre Roma con las tropas del condestable Borbon, y de muy rico que era, con el reparto del botín obtenido en el saqueo de la Ciudad Eterna, se hizo poderoso. Mas como quisiera otros títulos que su riqueza, para agregar á sus blasones, joven y hermoso, don Pedro de Mendoza, de noble prosapia, de ánimo y complexión fortísimo, propuso á su rey costear y conducir una expedición al Río de la Plata, lo que, aceptado por el rey, efectuó en 1534 investido del mando supremo de Adelantado del Río de la Plata.

Acompañaban á don Pedro de Mendoza gente muy principal, formando parte de la expedición que con 14 navíos conducía 2.500 españoles y 150 alemanes, Diego y Gonzalo de Mendoza, Osorio, Ayolas, Irala, Salazar, Abreu, Ortega, Felipe de Cáceres... y según el arcediano don Martín del Barco Centenara, canta en su poema:

Muy rica, y muy hermosa y muy lucida
De todos adherentes abastada
Aunque hubo después hambre crecida
La gente que embarcó era estremada,
De gran valor y suerte muy subida
Mayorazgos é hijos de señores
De Santiago y San Juan Comendadores.

Cuéntase que don Juan de Osorio que en la expedición venía investido del cargo de Maestre de Campo, se indiciplinó rebelándose contra la autoridad del Adelantado, en Rio de Janeiro, donde se había detenido unos días la expedición, y que, para castigar su audacia, don Pedro de Mendoza ordenó á los capitanes Juan de Ayolas, Juan Salazar, Jorge Luján y Lázaro Salazar le acribillasen á puñaladas y lo presentasen, una vez así asesinado, al escarnio público para que todos los reconociesen por traidor.

Supone Barco, que algún perverso influiría en el ánimo de don Pedro de Mendoza para hacerle obrar así, pues dice:

«Por tantas obras dél tan señaladas
A don Pedro hicieron que creyese
Que le iba en esta suerte el interese.»

Nosotros nos resistimos á creer semejante monstruosidad, pues no se concibe que fuesen cuatro capitanes, ni menos á puñaladas, los que matasen á don Juan de Osorio, ni que don Pedro de Mendoza pudiera ordenar asesinato semejante, pues una orden tal, no la hubieran ejecutado los nobles capitanes, ni aún por mandato del rey; bastándonos para afirmar nuestra opinión, que consideremos lo siguiente: la expe-

dición venía organizada con sus cargos civiles, militares y eclesiásticos, y en todo caso, un tribunal había de juzgar al delincuente y los ejecutores del fallo habían de ser los que para ese oficio estuviesen indicados, mas no capitanes, nunca hidalgos.—En segundo lugar, don Pedro de Mendoza era noble, lo era don Juan de Osorio, lo eran los capitanes, y en aquella época en que la nobleza se diferenciaba tan altamente de la plebe, en que el noble gozaba de privilegios, entre los cuales el de morir, cuando era á muerte condenado, á muerte distinta de la del infeliz ciudadano, y habiendo en la expedión:

Mayorazgos é hijos de señores
De Santiago y San Juan Comendadores,

hidalgos, en fin, de las familias castellanas tan fieros por sus derechos, que se rebelaban contra su rey bajo el nombre de Comuneros, porque el rey les usurpaba esos derechos, es de presumir que todo ello sea una *fantasía histórica*, fantasía que admitimos con cierta seriedad, como admitimos que Esopo en sus fábulas haga discurrir y hablar á las bestias, como admitimos que en la conquista de Mexico hecha por Hernán Cortés, nos cuenten que los mexicanos, Imperio que tenía su civilización, creyeran que los soldados de la caballería castellana, formasen, caballo y ginete, una sola pieza. Siguió la expedición para el Río de la Plata. Intentaron desembarcar en la Banda Oriental pero fueron hostilizados por los indios que impidieron un desembarco. Remontaron el río Paraguay, y al estacionarse, don Pedro de Mendoza enfermó, regresando á España y dejando á don Juan de Ayolas que venía en la expedición como Alguacil Mayor, el mando supremo.

«... La perra - dice Barco
Pestífera, cruel hambre canina
A todos abandona ó los arruina.
. . . .
. . . .
Comienzan á morir todos rabiando
Los rostros y los ojos consumidos:
A los niños que mueren sollozando,
Las madres les responden con gemidos.
El pueblo sin ventura lamentando
A Dios envía suspiros doloridos;
Gritan viejos y mozos, damas bellas
Perturban con clamores las estrellas.»

Serie de males y desastres de la expedición, que Barco atribuye á un castigo del cielo, según se completa con estos versos:

«Con tanta cobardía y gran malicia,
Comenzó á castigar Dios el armada
Con su grave flagelo y cruda espada.
. . . .
Que la sangre de Abel (Osorio) el inocente
Clamando está ante el Dios omnipotente.

El cronista Muñoz, refiriéndose al hambre que sufrieron los pobladores, escribe: «Y así se vido que hasta dos hombres que hicieron justicia, se comieron de la cintura para abajo.»

Rui Diaz, por su parte, da sobre eso, detalles muy pintorescos, mas nosotros no queremos ultrajar ni á la raza española ni á la alemana ó goda, suponiendo se entregáran á la asquerosidad antropófoga, porque ello equivaldría á ofender gravemente á la humanidad y al cristianismo; de modo, que rechazamos esas suposiciones, las que sólo atribuimos á lujos hiperbólicos, á imágenes literarias de que se valdrian los mentados escritores para ponderar los sufrimientos de los expedicionarios.

III

REINADO DE CARLOS V.—FELIPE II

Fundado por los conquistadores un fuerte en Buenos Aires, fuése Ayolas por tierra, hacia el Perú, dejando la armada al mando del capitán don Domingo Martínez de Irala á quien dijo esperara por espacio de seis meses, después de los cuales, si no regresaba, podía partir donde creyése conveniente.

Pasó el término, y como Ayolas no regresara, Irala partió en busca de víveres é hizo rumbo á la Asunción, donde al poco tiempo se le reunió otra flota procedente de España mandada por don Alfonso de Cabrera, que traía abundantes provisiones. Don Alfonso de Cabrera era portador de una Real Cédula por la que se nombraba gobernador á Ayolas, y en su defecto, autorizando á la colonia para que se eligiera gobernador, lo que efectuó, recayendo el nombramiento en la persona de don Domingo Martínez de Irala.

IV

El rey había autorizado á los pobladores para que se quedasen, á título de «encomienda»; ó sea con derecho al trabajo obligatorio en su beneficio, á los indios conquistados; y al efecto, los «encomenderos» tenían una cantidad de indios sometidos; mas á medida que iba aumentando la colonia, se abusó de ese privilegio, disponiendo de la vida de

los indios y haciendo el tráfico de esclavos, tráfico que prohibian las leyes de Castilla, y castigaban severamenee los códigos de Aragón; de modo que, al llegar á la Asunción, procedente de España, una expedición al mando de don Alvaro Nuñez Cabeza de Vaca, quien venía investido de la autoridad de Adelantado, castigó con extremada severidad á los infractores, relevando á Irala de su cargo, lo que dió ocasión en 1544, á una subleuación contra Alvaro Nuñez, acusándole de querer proclamarse rey. Al efecto fué encarcelado y acusado, y acompañado de Cabrera, Venegas y López de Ugarte, fué conducido prisionero á España, y entregado al Consejo de Indias. Apropósito de esto, dice Barco:

«Venegas y Cabrera, pues al preso
Llevaron á Castilla y lo entragaron
Al Consejo Real, con gran proceso
Y causas que á su gusto fulminaron.
. . . .
, ...
«A Cabeza de Vaca ya volviendo
Lleváronle á Castilla aherrojado.
Agora que lo estoy aquí escribiendo
Me admiro como nunca castigado.
Aqueste caso fué, atroz y horrendo
Y el gran levantamiento confirmado.
En mi tiempo yo oí se recelaba
El pueblo del castigo que esperaba.»

Las ideas de libertad sugeridas por los comuneros de Castilla, y la Real Cédula de Valladolid librada en 1537 reglamentando el modo de reemplazar á los gobernadores en los casos fortuitos é imprevistos, hace que la colonia, depuesto y embarcado su Adelantado, nombre, en uso de sus facultades, á don Domingo Martinez de Irala como gobernador.

Emprende Irala una expedición hacia el Perú, sublevándosele las ropas, que lo deponen, y nombran en su lugar á don Gonzalo de Mendoza; sin embargo, una contra-revolución vuelve al mando á Irala, quien, á su regreso á la Asunción, encuentra un nuevo estado de cosas: habiendo cundido la voz de que había muerto, don Diego de Abreu había sido nombrado gobernador, y aunque don Francisco de Mendoza había reunido sus parciales para derribarle, éste, más fuerte, había sofocado la sublevación y mandado fusilar á don Francisco de Mendoza,

La primera medida de Irala fué deponer á Abreu.

Si bien la Asunción era la Metrópoli del vasto territorio, se iba poblando, no obstante, con cierta rapidez. el Río de la Plata.

Formáronse dos partidos: unos se llamaron «Leales» y los otros «Populistas». Los primeros querían la autoridad del rey directa, y los segundos la indirecta, ó sea el uso de la prerogativa á que tenían derecho según la Real Cédula de Valladolid ya mencionada.

El primer partido lo formaban aquellos que tenían influencia en la corte de España, y el segundo los que querían que toda la autoridad residiera en el Consejo de Indias que venía á ser la genuina representación, como tribunal de arbitraje.

Produjéronse una serie de motines. Nuño de Chaves elabora el proyecto de hacer del Paraguay una provincia independiente de la gobernación del Río de la Plata; lo que consigue en 1555 confirmado por España; Irala muere dos años después de confirmado este proyecto, Cáceres consigue ser gobernador y manda dar garrote á los que conspiran contra él; Martín Suárez de Toledo, un día, al salir de misa mayor, levantada la vara de justicia que como Alguacil ostenta, invoca la Real Cédula de Valladolid, subleva á la Asunción y se apodera del mando.

. . . .

Informado de todo esto el señor Virrey del Perú, nombra á don Juan Ortiz de Zárate Adelantado del Río de la Plata, nombramiento que confirma el rey.

Al encontrarse don Juan Ortiz de Zárate con su sobrino don Juan de Garay, le participa su nombramiento; éste acata la autoridad de que está investido su tío, aceptando el nombramiento de Alguacil Mayor que le confiere.

Al llegar á la Asunción don Juan Ortíz de Zárate, y querer deponer á don Martín Suárez de Toledo, fué resistido.

Murió Ortíz de Zárate en 1575; unos dicen que murió de tristeza otros dicen que fué envenenado. Hay distintas versiones.

El título de Adelantado, lo había adquirido Ortíz de Zárate con carácter hereditario, asi que, en su testamento, lo transfirió á su sobrino Mendieta, quien se hizo dictador.

Estos cantos del poema la Argentina, dan idea del gobierno de Mendieta, quien murió asesinado.

«Bajo su mando
Andaba la Asunción tan temerosa
Que padres á los hijos no hablaban,
La mujer, del marido recelosa,
Las madres de los hijos se guardaban.
Justicia del Señor muy rigurosa
Las cosas de Mendieta figuraban,
Castigo en recompensa de pecados
De los presentes vivos y pasados.

. . . .

Los españoles viejos muy ancianos
Con su cabello blanco y barbas canas,
A la importuna muerte ya cercanos,
Cansados de sufrir cosas tiranas, etc.»

REINADO DE FELIPE II.—FELIPE III.—FELIPE IV

Reedificado en 1580 Buenos Aires por don Juan de Garay, con todos los honores de una gran ciudad que pudiera ostentar dignamente el carácter de Metrópoli del Río de la Plata á que estaba llamada; menos estremado el sistema de encomiendas; reformado el Concejo de Indías, institución con residencia en la Península y que era formado por veinte y uno miembros elegidos entre ex-gobernantes de América y americanos de distinción; funcionando en Sevilla un tribunal de comercio que entendía en los asuntos de América, y se llamaba: «Casa de contratación»; la Asunción decaía visiblemente absorvida por la preponderancia que Buenos Aires adquiría con notable rapidez.

En 1620, el Concejo de Indias informado por don Manuel de Frías, que fué á España por encargo del gobernador del Río de la Plata don Hernando Arias de Saavedra, dispuso la división territorial del Río de la Plata en tres gobernaciones: Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman.

VI

REINADO DE FELIPE IV.—FELIPE V.—FERNANDO VI.—CARLOS III

La Compañía de Jesús, que por entonces tenía un modo de ser semejante á los modernos sindicatos que explotan territorios, había obtenido de los reyes de España patentes de colonización, y al efecto colonizó, fundando el territorio conocido por «Misiones», que adquirió cierto carácter de autonomía con tendencias á nacionalidad.

El preámbulo de una Real Providencia dada por Felipe IV en 1634 congratulándose de la gestión de los jesuitas, dice así:

«Por cuanto Alfonso Messía, de la Compañía de Jesús, me ha hecho relación que los religiosos de la dicha compañía, sin escolta de soldados, ni más fuerza que la del Santo Evangelio, han entrado en la gobernación del Río de la Plata, conquistando provincias y reduciendo naturales de ellas á poblaciones con iglesias, venciendo para conseguirlo grandes imposibles, con ofrecerles serán puestos en encomienda de mi Corona Real, en que procediendo con tan gran desvelo y cuidando que

al presente están reducidos más de sesenta mil en las dichas provincias del Río de la Plata.»

. . . .

Los jesuitas se hicieron colosos á consecuencia de las muchas prerrogativas que los reyes de España les dieron, y su poder espantó á los reyes de algunas potencias europeas que se coligaron contra la institución de los hijos de Loyola.

Si Felipe III era indolente y poco afecto á las cosas de gobierno, su sucesor en la Corona de España, Felipe IV, era un terrible fanático prisionero de los jesuitas. Este rey provocó en Cataluña una guerra que duró nueve años, y durante su reinado se acentuó la decadencia de España, que perdió la influencia en los Paísea Bajos y la soberanía de Portugal, Nápoles, Rosellón y el Brasil.

Dependiente la gobernación del Río de la Plata del Virreynato del Perú; sublevándose los indios con españoles que les secundaban; en continuas luchas el Río de la Plata con Portugal, que habiendo restaurado su monarquía pretendía tener soberanía sobre las posesiones de España; proclamados en el Paraguay, por instigación de los jesuitas, principios de soberanía, se sentó en el trono de España el que era rey de Nápoles Carlos III, y este rey mandó al gobernador de Buenos Aires don Francisco de Paula Bucarelli, que embarcara á los jesuitas rumbo á España, como efectuó en 1767.

Los inmensos bienes de los jesuitas pasaron al Tesoro Real, y las «Misiones» fueron encargadas á los frailes dominicos, franciscanos y mercedarios.

VII

REINADO DE CARLOS III

Carlos III era reformista y aun acusado de volteriano. El primer ministro, Aranda, secundaba á su rey en el camino de las reformas por atrevidas que fuesen. Así prestó su apoyo decidido á los Estados Unidos del Norte de América para emanciparse de su Metrópoli, lo que provocó una guerra entre España é Inglaterra.

Carlos III erigió en Virreynato el Rio de la Plata en 1776, siendo investido su antiguo gobernador don Pedro de Zeballos, de la autoridad de Virrey.

Salió don Pedro de Zeballos del puerto de Cádiz en 20 de Febrero de 1777, substituyendo á don Juan José de Vertiz y Salcedo, que desempeñaba la gobernación del Río de la Plata.

El Virreynato recien creado, abarcaba todo el territorio comprendido entre los Andes, las montañas del Brasil, el Océano Atlántico y el estrecho de Magallanes.

Don Pedro de Zeballos ocupó poco tiempo el Virreynato, sucediéndolo en el cargo, don Juan José de Vertiz hasta 1784.

Cuando era gobernador, emprendió Vertiz una serie de reformas de carácter progresista, lo que aprobó Zeballos, y volvió á continuar Vertiz al hacerse cargo del Virreynato.

Era Vertiz un gran enemigo de los jesuitas, y á causa de ser instigado por éstos, un levantamiento formidable en todo el Alto y Bajo Perú, en número de seis mil indios, capitaneados por el descendiente de sus reyes don José Gabriel Tupac-Amarú, cacique de Tungasuca, contra el poderío de España, mandó gran número de tropas á sofocar el levantamiento, lo que se consiguió con el apresamiento de Tupac-Amarú, que fué ejecutado, lo mismo que otros miembros de su familia, en la ciudad de Cuzco el 18 de Mayo de 1781.

* * *

Buenos Aires tomaba gran incremento: con la habilitación del puerto de la capital al comercio, se hacía potente plaza mercantil. Se instituía el Colegio de San Carlos; en terrenos de los jesuitas se alzaban Asilos; se levantaba un teatro; se instalaba un Museo, una Biblioteca, la imprenta.

. . . .

Continuó progresivamente en el camino reformista, don Nicolás Cristóbal del Campo, marqués de Loreto, que sucedió á Vertiz en el gobierno.

El consulado á Tribunal de Comercio, instituido en Buenos Aires, fué obra del virrey don Nicolás Arredondo, que sustituyó en su cargo al marqués de Loreto en 1789.

VIII

REINADO DE CARLOS IV

Carlos IV subió al trono en 1788.

Don Pedro Melo de Portugal y Villena, fué el sucesor de Arredondo y habiendo muerto ese señor Virrey, la Real Audiencia se hizo cargo de los negocios hasta que fué nombrado interinamente para ocupar dicho cargo, el señor gobernador de la plaza de Montevideo don Antonio de Olaguer y Feliu, que lo entregó al Virrey efectivo don Gabriel Avilés y del Fierro, que á su vez, en 1801, lo entregó á don Joaquín del Pino y Rozas, quien administró hasta 1804, pasando á ocupar esa elevada magistratura don Rafael de Sobremonte, último virrey legal del Río de la Plata, cuyo mando comenzó en 1804 y terminó en 1807.

* * *

El lector sabe, y si lo ignora, bástale que hojée la historia, que todo pueblo que se entrega al fanatismo religioso, se hunde en las profundidades del abismo con el pánico, con el estrépito mismo conque una fragata de guerra se hunde en las profundidades del mar al explotar su *santa Bárbara*. Así la España de Carlos IV y de su favorito Godoy, la España que le siguió, la España del hijo de Carlos IV, entregada al furor religioso, aunque brava como siempre, marchaba al caos.

Todo poder residía en Godoy y Godoy transigía unas veces con la revolución francesa, otras se oponía, quedando al fin España convertida en satélite de Francia.

Los acontecimientos impulsaron á España á aliarse con Francia, y la Inglaterra volvió á declarar la guerra á los españoles; se la declaró á sus colonias en América; y apesar del heroismo de capitanes tan bravos como Gravina, Churruca, Alava, Valdés, Hidalgo de Cisneros, Galiano y tantos otros, veía desaparecer completamente su marina en el combate de Trafalgar!

Los portugueses, en constante querella con los españoles, en sus posesiones del Río de la Plata, querellas que tenían su origen en la línea divisoria que imaginó el Papa Alejandro VI, árbitro de la contienda entre las dos potencias, trazándola de polo á polo, y dando las tierras de América, comprendidas en el oriente de esa línea imaginaria, ideada cien leguas al Oeste de las islas Azores, á Portugal, y aquellas de Occidente á España, y ademas una serie de tratados sucesivos, traían constantemente agitado el Virreynato.

INVASIONES INGLESAS

Durante la administración de don Rafael de Sobremonte, tuvieron lugar las invasiones inglesas en el Río de la Plata

En 1805 zarpó de las costas del Brasil una escuadra inglesa, al mando de sir Guillermo Carr Beresford, con diez mil hombres de desembarco, con destino á la margen oriental del Plata.

En junio del siguiente año, dobló la escuadra el cabo de San Vicente, y al llegar á la vista de Montevideo, hallando la plaza bien fortificada, la expedición se dirigió á Buenos Aires, donde desembarcaron el día 15, efectuándolo á pocas leguas de la ciudad, que opuso débil resistencia y capituló.

El señor Virrey se hallaba en Montevideo, de donde pasó á Buenos Aires, para dirigirse á Córdoba en busca de refuerzos, dejando á la ciudad abanodnada á sus propias fuerzas; conducta que ha sido altamente reprobada, acto que ha sido calificado de infame cobardía, aunque nosotros no sabemos si el señor Virrey obraba según las órdenes que tu

viera de la Metrópoli, dado que al ser juzgado por su conducta en el consejo superior de guerra que se le formó en Cádiz en 1813, se le absolvió de todo cargo, dándole en recompensa de sus servicios un empleo equivalente en la Península; se le ascendió á Mariscal de Campo; se le nombró consejero de Indias, y le fueron abonados los alcances de sueldos que no había cobrado.

En posesión de la plaza los ingleses, se ofreció á los ciudadanos que si querían aceptar la soberania británica se les concederían amplias libertades, formándose una gran opinión favorable al nuevo régimen; pero don Santiago de Liniers, un joven noble francés, marino distinguido que estaba al servicio de España y á quien el señor virrey don Pedro Melo de Portugal y Villena, había ya anteriormente nombrado capitán de una escuadrilla fluvial de vigilancia y defensa de la Costa, y que en aquella ocasión desempeñaba el puesto de Capitán del Puerto, de acuerdo con el joven criollo don Juan Martín de Puyerredón, los ingenieros Sentenach y Esteve y otros, concibieron proyectos de reconquista.

Fuése Liniers á Montevideo, donde el gobernador Huidobro le facilitó mil soldados veteranos y armamentos necesarios, que con una escuadrilla, al mando del capitán de navío señor Gutiérrez de la Concha, zarpó de la Colonia en 3 de agosto, y al arribar á la orilla opuesta, se le unieron las fuerzas mandadas por Puyerredón.

Dispúsose Liniers al ataque de la ciudad, mandando parlamentarios al jefe inglés para pedirle la capitulación, pero éste rechazó las proposiciones.

El 12 de agosto fué atacada vigorosamente la ciudad, y los ingleses se replegaron en el Fuerte, donde izaron bandera de Parlamento.

Había regresado de Córdoba con refuerzos que no eran ya necesarios, el Virrey; mas el pueblo pidió Cabildo abierto el 14, y en él se resolvió dar el mando militar de la plaza al señor Liniers, asumiendo el poder civil la Real Audiencia, que ordenó al señor Virrey, que esperaba con sus tropas acampado á pocas leguas de la ciudad, que acudiese en auxilio de Montevideo, como efectuó.

Reforzados los ingleses, tomaron el 3 de febrero de 1807 la plaza de Montevideo, á cuyo frente estaba el Virrey; á consecuencia de lo cual, indignadas las autoridades de Buenos Aires, le depusieron el día 10, asumiendo el mando el Cabildo ó Municipio.

La ciudad de Buenos Aires, en presencia de una nueva invasión, se fortificaba formidablemente.

El almirante Murray desembarcó en la Ensenada de Buenos Aires el grueso del nuevo ejército invasor, compuesto por catorce mil hombres al mando del general Witeloke, despachándose el 1.º de julio una van-

guardia, á la que se opuso otra al mando de Liniers, que fué deshecha por la inglesa.

El día 3 los ingleses intimaron la rendición de la ciudad, mas el alcalde señor Alzaga contestó negativamente.

El 5 avanzó el grueso del ejército inglés sobre la ciudad, entrando en ella, librándose en plazas y calles terribles combates, que produjeron horrenda carnicería, defendiéndose las milicias de Buenos Aires con heroísmo, funcionando certera la artillería porteña, siendo cada casa una fortaleza, pues desde ventanas y azoteas, los dueños de las mismas con sus esclavos negros, se batían con ardor, obligando al diezmado ejército invasor á batirse en retirada.

El dia 6 Liniers ofreció capitulaeión al general inglés, que éste rechazó. El pueblo y las milicias rompieron entonces nuevamente el fuego, á consecueneia de lo cual, el general Witeloke aceptó la oferta, y el día 8 las fuerzas embarcaron, evacuando todo el territorio del Río de la Plata, en el término de dos meses, como había sido convenido.

IX

JUNTAS PENINSULARES

Los americanos Naviño, Zea, Miranda y otros, entusiastas por los principios de la revolución francesa, recorrían las Cortes europeas, tanteándolas por si conseguían su apoyo para emanciparse; y á las gestiones de don Francisco Miranda, en Londres, cerca el primer Ministro Pitt, se debieron en parte las invasiones inglesas de Buenos Aires.

A la masonería, que conspiraba en Londres, y de la que formaban parte los que más tarde hicieron la independencia de América y los que prolcamaron los principios liberales en España, no guiaba un fin inmediato de independencia, sino un justo odio á los excesos á que se entregaba la abominable Santa Hermandad de la Inquisición y al yugo fiero del despotismo realista imperante.

Por conseeueneia de un pacto celebrado entre el rey de España Carlos IV, con Napoleón I, emperador de Francia, aquél vendía á éste, por un plato de lentejas, es decir, por una pensión vitalicia, los derechos á la Corona; de modo, que no hubo usurpación, sino compra.

En virtud de esa adquisición, Napoleón cedía á favor de su hermano José, que era rey de Nápoles, la Corona de España.

El Príncipe de Asturias, después rey con el nombre de Fernando VII, entraba en el negocio, y con toda la familia real estaba en Bayona de Francia, haciendo el papel de víctima, cuando en realidad no habían hecho más que una infame traición á su patria, vendiendo al extranjero el trono de sus mayores, después de haberla empobrecido.

Los reyes de España se desdicieron del trato y fué un continuo subir al trono ya José I ya Fernando VII, lo que motivó la guerra de la Independencia, sostenida con tanta energía por el pueblo español.

Constituyéronse durante el *destierro* de Fernando VII juntas provinciales en la Península, que gobernaban á nombre de Fernando, á la vez que José I ocupaba el trono. La Junta de Sevilla, nombró para Virrey del Río de la Plata á don Baltasar Hídalgo de Cisneros, que llegó en junio de 1809. Al llegar, encontró el país dividido en dos bandos: uno á cuyo frente estaba el señor Liniers, quien ejercía las funciones de Virrey; y otro capitaneado por el señor Alzaga.

Liniers fué aconsejado por el partido criollo que acaudillaba, para que se resistiera á entregar el mando al nuevo Virrey desde el momento que no llenaba todas las formas de legalidad su nombramiento; pero Liniers se resistió á ello, é hizo entrega del mando á don Baltasar Hidalgo de Cisneros, en 30 de junio de 1809.

MAYO

Invadido el territorio español por los ejércitos de Napoleón, disolvióse la Junta de Sevilla: y al hacerlo, dirigió á las Colonias españolas de América un manifiesto aconsejándoles se hicieran dueñas de sus destinos.

Hidalgo de Cisneros, que al venir á Buenos Aires halló exhausto el tesoro público, por una parte el elemento criollo y muchísimos peninsulares por otra, con el deseo de un régimen propio ó autónomo; la fuerza concentrada en las milicias, que con el nombre de Patricios se habían formado á raiz de las invasiones inglesas, no pudo dominar la situación y tuvo que ceder. Resistió hasta que pudo.

En Chuquisaca, el 25 de mayo de 1809, los patriotas depusieron al gobernador Pizarro, y autoridades; en La Paz, secundaron este movimiento dos meses después; en Quinto, en fin, aunque se sofocaba, nacía el germen de un deseo: Independencia, más ó menos manifestada; y Cisneros era impotente para afrontar con éxito tal estado de cosas. Por otra parte, á quien obedecía el señor virrey? á La Junta, á Fernando VII, á Carlos IV, á Napoleón I, á José I? Los que se manifestaban, no negaban la soberanía de España, por consecuencia el virrey aceptó que el Cabildo de Buenos Aires convocase un Congreso popular, aceptó que se formase una Junta de gobierno, aceptó que se le nombrase presidente de dicha junta, y tuvo que ceder al fin, en 25 de mayo de 1810, ante el deseo del pueblo que le pedía su cese.

Quedó la Junta de Gobierno constituída en la siguiente forma:

Presidente: Don Cornelio Saavedra.—Vocales: Don Juan J. Castelli. —Manuel Belgrano.—Miguel Azcuénaga.—Manuel Alberti.—Domingo Matheu.—Juan Larrea.—Secretarios: Don Juan J. Paso. Mariano Moreno.

XI

CONSECUENCIAS DE MAYO

Período de 1810 á 1816

La revolución de mayo, eficiente de la Independencia, no la hizo el pueblo, sino los aristócratas:—El Cabildo, antes de resolver sobre la suerte del país, al pedir permiso al señor Virrey para convocar á los notables, lo hizo en estos términos: «Para convocar la principal y más sana parte del vecindario, á fin de que, en un congreso público, esprese la voluntad general, y acuerde las medidas más oportunas para evitar toda desgracia y asegurar su suerte venidera.»

Dando como legal la autoridad del señor Virrey, legal fué la Junta de Gobierno y legales fueron todos los actos que después se sucedieron.

Organizóse en Buenos Aires un ejército que partió en 7 de julio de 1810 para imponer el nuevo orden de cosas, pero Córdoba resistió.

Liniers, consecuente con su deberes de militar, no pudo faltar al juramento hecho á la bandera de España á la que servía, y con el gobernador de Córdoba, Concha, y el obispo señor Orellana, se opuso al ejército patriota; mas fueron vencidos, fueron hechos prisioneros con otros jefes de la resistencia, y, á excepción hecha del señor Obispo, los demás, por orden de la Junta, fueron fusilados.

El ejército patriota avanzó hacia el Norte, y en 7 de Noviembre, derrotó completamente en Suipacha, al grueso del ejército realista.

Otro ejército patriota, al mando de don Manuel Belgrano, salió de Buenos Aires en Septiembre del mismo año, para atacar á los realistas del Paraguay, pero fué deshecho, consiguiendo no obstante, sembrar la idea de independencia, pues la Asunción, al ejemplo de Buenos Aires, constituyó su Junta en Mayo de 1811.

La Banda Oriental ó región del Uruguay resistió á los deseos de Buenos Aires, hasta 1814.

El señor Alzaga, y otros españoles de distinción, que en Buenos Aires conspiraban contra el orden de cosas establecido, fueron presos y ejecutados, con lo cual, la idea de Mayo, tomó un carácter francamente revolucionario y anti-español.

Disuelta la primera Junta, formóse otra muy numerosa y con carácter altamente demagogo, la que resolvió de la interinidad y formar un

gobierno definitivo; y al efecto, en septiembre de 1811 se formó el primer Triunvirato, compuesto por don Feliciano Chiclana, don Manuel Sarratea y don Juan J. Passo, asistidos por los señores Pérez, Rivadavia y López, con el carácter respectivamente de Secretarios de los departamentos de Gobernación, Guerra y Hacienda.

En octubre de 1812, se formó un segundo Triunvirato, compuesto por los señores Nicolás Rodríguez Peña, Juan J. Passo y A. Alvarez Fonte.

En Mayo de 1812, á bordo de una fragata inglesa llegaban á Buenos Aires para ponerse al servicio de la causa nacional, el señor don José de San Martín, el señor Alvear, y otros americanos, quienes fundaron las lógias masónicas, desde donde gobernaban el país.

El 31 de enero de 1813, se formó la Asamblea Constituyente; que fué poder ejecutivo nacional, promulgando leyes de carácter tan avanzado, que sólo algunas de ellas fueron ejecutadas.

Don Manuel Belgrano, hallándose en Rosario de Santa Fé, y con motivo de inaugurarse unas baterías con el nombre de, Libertad, una, é Independencia, otra, enarboló en substitución de la bandera española, otra de color azul y blanca, pero el gobierno de Buenos Aires no aprobó el acto, dado que era el Poder Ejecutivo quien debía entender en cosa de tanta transcendencia; sin embargo, aquellos colores que eran los mismos que usaron en sus cucardas los patriotas de Mayo, fueron los que se sancionaron más tarde, como emblema de la nación Argentina en el Congreso de Tucuman.

San Martín organizaba un cuerpo de ejército con el nombre de Granaderos, y con ellos, batía en Febrero de 1813, á la esquadrilla realista de Montevideo, en el paraje llamado San Lorenzo, que es una isla sobre el río Paraná, frente á la ciudad de Rosario de Santa Fé. Aquella victoria, que fué la primera de ese grande hombre, que sin pasión puede afirmarse que con Wasighton y Bolivar formó la Trinidad emancipadora de América, dió idea de su bravura.

Don Manuel Belgrano, al frente del ejército patriota en operaciones al Norte, se batía contra los realistas; y después de varias derrotas, consiguió al fin en noviembre de 1812, salir victorioso en Tucuman derrotando las fuerzas realistas mandadas por Tristán.

Una nueva victoria era reservada á Belgrano: Rehecho el ejército realista, atacó al ejército patriota, que se defendió con tanta bizarría y se produjo tan cruenta batalla, que al contar el número de muertos, se hallaron más de mil bajas por ambas partes.

Este combate, librado en Salta en febrero de 1813, contristó apesar de la victoria obtenida, muchísimo á Belgrano, pues, hombre de alma sensible, no pudo menos que estremecerse ante dos mil cadáveres que se ofrecían á su vista.

Tristán, criollo como Belgrano, y amigo de éste, firmó la capitulación rindió armas y bagajes, y aceptó agradecido, lo muy generoso que fué para él, el jefe de los patriotas.

Continuó Belgrano su campaña, sufriendo después de estas victorias una serie de derrotas, quedando desprestigiado y siendo substituído por San Martín, en el mando del Ejército Patriota.

A la Asamblea Constituyente, sucedió un Directorio, siendo nombrado para ese cargo, don Gervasio A. de Posadas, que gobernó un año: desde enero del 14 á enero del 15.

Encontrábase Montevideo gobernada todavía, por las autoridades españolas, y esto dificultaba la marcha de la revolución. Artigas un rico propietario oriental, inició la campaña revolucionaria uniéndose con las fuerzas argentinas de Rondeau, pero luego surgieron desavenencias entre los dos gefes, y Artigas se separó levantando bandera aparte, ó sea la de constituir nación de la Banda Oriental.

La escuadra de Buenos Aires, al mando de Brown, y las tropas argentinas de Rondeau y de Alvear, consiguieron vencer el poderío español concentrado en Montevideo, firmándose la capitulación en junio de 1814.

De las desaveniencias entre Rondeau y Artigas, surgió la guerra civil, los portugueses, por su parte, invadían el territorio por la Banda Oriental y en España el ejército aliado Anglo-hispano-Portugués obligaba á los ejércitos de Napoleón á evacuar la peninsula, y al sentarse Fernando VII en el trono, se temió que la revolución se malograra.

Al dejar el mando del ejército, Belgrano fué mandado á Europa con Rivadavia, en busca de rey para el Río de la Plata.

Cundía el desbarajuste: la guerra civil tomaba cuerpo; á Posadas, sucedía en el Directorio, Alvear, y mientras San Martín preparaba su ejército expedicionario, Alvear proponía á Inglaterra la soberanía del Río de la Plata. Alzarez Thomas al frente de las tropas, al saber tamaña cosa, las sublevó, siendo Alvear depuesto y en su lugar, nombrado el autor de la sublevación en ausencia de Rondeau que se hallaba en operaciones, y en quien había recaído la elección por acuerdo del Cabildo de Buenos Aires que había asumido el mando provisoriamente.

A Thomas, sucedió don Antonio Gonzalez Balcarce, quien pudo afrontar con legalidad la situación, por tener una Constitución provisional, votada en Buenos Aires, interín no se reuniera un Congreso Nacional.

La sociedad argentina, no estaba yá, solamente dividida en patriotas y realistas, sino que también, en unitarios y federales. Una convulsión espantosa agitaba todo el país.

XII

Período de 1815 á 1827

La necesidad de convocar Cortes, se hacía cada vez más apremiante, pues era necesario afianzar la independencia; por su parte, San Martín preparábase á libertar Chile y Perú, y necesitaba apesar para hacerlo legalmente, como mandatario de un régimen perfectamente constituído.

Convocáronse Cortes en Tucuman, álas quo asistieron diputados de la mayor parte de las provincias, excepto la Banda Oriental que preparaba su independencia; y en 9 de julio de 1816, fué votada la Independencia, acta que redactó fray Cayetano José Rodríguez.

El Congreso se trasladó á Buenos Aires y fué nombrado Director Supremo de las Provincias Unidas del Sur, que tomó el rango de Nación, don Juan Martín de Pueyrredon en vez del coronel Moldes, que pretendía ese puesto.

En enero de 1817 partió de Mendoza el ejército expedicionario de los Andes: Mandaba las tropas que habían de pasar por el paso de Uspallata, el general Las Heras; y las que habían de hacerlo por el paso de los Patos, el general San Martín.

El 8 de febrero se reunieron las dos divisiones en el valle de Putaendo, avanzando luego sobre la cuesta de Chacabuco, dondo se batieron con los realistas, siendo la victoria para el ejército patriota, que entró triunfante en la ciudad de Santiago de Chile, el día 14 de aquel mismo mes.

El ejército realista se rehizo, librándose una serie de combates que ponían en peligro el éxito del libertador.

San Martín transpasó los Andes y organizó un nuevo ejército, pero fué batido por los realistas, en Cancha Rayada, en mayo de 1818.

No desesperó San Martín, y organizó un poderoso nucleo compuesto de seis mil hombres que esperaron á los realistas á tres leguas de Santiago, dando tan terribles cargas, que derrotó por completo al ejército realista, en abril de 1817; siendo las jornadas de Maipú, dondo aquel valiente militar quo peleó en Bailén contra los franceses y por la independencia de España, demostró ser, el general más valiente de la America Latina.

San Martín, que podía ser en América, un coloso, si hubiera tenido ambición, contentóse con haber realizado su ideal: Libertar á su patria.—Retiróse á Europa y allá murió en 17 de agosto de 1850.

No podemos extendernos en detalles, porque la reseña no nos lo permite, hemos de concretarnos, pero, invocaremos al ilustrísimo señor obispo doctor José Agustín Molina:

¡San Martín! A tu nombre se arrodilla
De respeto mi voz, calla de pasmo;
Su expresión es muy debil, muy sencilla;
Para tu napoleónico entusiasmo.
El Sud te aclama; el *godo* se te humilla.
En su boca no se oye ya el sarcasmo,
Yá no somos rebeldes é insurgentes,
Gracias á tus victorias eminentes.

La guerra civil estaba en incendio; Belgrano, al regreso de Europa, era otra vez llamado al ejército, pues San Martín operaba en Chile, pero fué en vano su influencia: la guerra continuó.

El Congreso instalado en Buenos Aires, elaboró en 1819 una Constitución que satisfizo á medias, y la guerra siguió cruenta, terrible. Pueyrredon, por patriotismo dimitió su cargo y fué sustituído por Rondeau que tampoco fué afortunado, sucediéndose una serie de gobiernos.

Fué convocado un Congreso General Constituyente que abrió sus sesiones en Buenos Aires en diciembre de 1824, y fué elegido Primer Magistrado de la Nación, don Bernardino Rivadavia en 7 de febrero de 1826; pero como adoptó el régimen unitario, en vez del federal que las provincias pedían, la guerra civil tomaba cada vez más incremento; y como asímismo, la nación estaba en guerra con el Brasil, se hizo insostenible aquel gobierno, que dimitió en junio de 1827, siendo reemplazado por don Vicente López, que disolvió el Congreso y dimitió después de haber reinstado la junta de Representantes.

En la guerra sostenida contra el Brasil, libróse la batalla de Ituzaingó en 20 de febrero de 1827, siendo la victoria para las armas argentinas.

Don Manuel Dorrego, de origen vasco como don Bernardino Rivadavia, doctrinario como él, pero federal, embarcado Rivadavia con rumbo á Europa, llevó el partido federal al poder.

XIII
PERIODO DE 1827 Á 1852

La junta de Representantes eligió á don Manuel Dorrego para gobernador, en 12 de agosto de 1827. Calmó la guerra civil; pidió á las provincias refuerzos con los que combatió al Brasil, consiguiendo una paz con el Imperio; reconoció Estado Independiente, la República del Uruguay, pero en mala hora, el general señor Lavalle, al regresar del Brasil, se le ocurrió tener celos del puesto que Dorrego ocupaba, y se pronunció con sus tropas contra su autoridad, dispertó al partido unitario que

dormía y se encendió de nuevo la guerra fratricida que tomó un carácter de extremada violencia al presentarse Lavalle con sus tropas frente al Fuerte, residencia del Gobierno, pidiendo la deposición de Dorrego y haciéndose proclamar á su vez él, con todas las solemnidades del acto. Dorrego escapó á la campaña, donde fué hecho prisionero por los rebeldes, y fusilado luego, por orden de Lavalle, sin formación de causa.

De la ilustre familia de abolengo colonial, Ortiz de Rozas, era el primogénito don Juan Manuel de Rosas, personaje educado en la campaña y de grande prestigio entre el paisange, que á la sazón mandaba á los Colorados ó milicias de la Campaña... Este hombre, amigo de Dorrego á quien tenía como gefe, quiso vengar aquella muerte, y al efecto, reunió gran cantidad de jente, con la que puso sitio á Buenos Aires, obligando á Lavalle á rendirse y á firmar un tratado de paz, en junio de 1829.

Hasta febrero de 1853 en que fué derrotado por el gobernador de Entre-Ríos, don Justo José Urquiza, unido con los brasileños, orientales, paraguayos y unitarios, fué siempre don Juan Manuel de Rosas, dueño de la situación.

Bárbaro, cruel, sanguinario, pero dotado de una inmensa dosis de patriotismo, honrado en su administración, hábil en sus gestiones con las exigencias de les potencias, aunque brutal en sus procedimientos, porque era un hombre loco, que gobernaba á una sociedad de locos, fué don Juan Manuel de Rosas, el hombre que salvó del caos al país, el hombre terrible que constituyó Patria, impulsado por un poder, sea divino ó sea satánico.

Aquel hombre combatió durante veinte años, contra el partido unitario que se le presentaba constantemente armado; combatió contra el Brasil, contra la Banda Oriental, rechazó por dos veces las intervenciones extranjeras y sucumbió en la batalla de Caseros, lugar cerca á Buenos Aires, en 3 de febrero de 1832.

Rosas, á consecuencia de su derrota, se refugió á bordo de un buque inglés que lo llevó á Inglaterra, estableciéndose en la ciudad de Soutamson, donde se edificó un *Rancho* al estilo de su país, muriendo viejo y rodeado de su familia en 1877.

Don Justo José Urquiza, que lo venció, hízose dictador como el vencido, pero el país no tuvo con él la confianza que tenía con Rosas y no se lo toleró mucho tiempo.

XIV
PERIODO DE 1852 Á 1903

Por no interesar, mayormente al lector, para la comprensión de algunos asuntos que son el motivo de varias poesías coleccionadas, el

resto detallado de la historia, nos limitaremos, para terminar, á una breve reseña de este período: Convocóse un Congreso en Santa Fé el 20 de Noviembre de 1842; Buenos Aires no aceptó la legalidad de este Congreso, ni aceptó la presidencia ó Dictadura de Urquiza, ni la Capital federal en Paraná (provincia de Entre-Ríos) y se constituyó en Estado independiente.

Inicióse de nuevo la guerra civil que terminó en 1859.

A Urquiza, le sucedió en el poder don Santiago Derqui en mayo de 1860.

Hecha y votada una Constitución Nacional, en octubre de 1862 fué elegido por las catorce provincias que forman la nación Argentina, como Presidente de la República Federal, el gobernador de la provincia de Buenos Aires señor don Bartolomé Mitre.

Buenos Aires fué nombrada nuevamente Capital del territorio.

Durante el gobierno de Mitre, los ejércitos argentinos se coaligaron con los orientales y brasileños para hacer la guerra al Paraguay.

En 1868 subió al poder don Faustino Sarmiento, que gobernó hasta 1874, siendo su sucesor el doctor Nicolás Avellaneda, que gobernó hasta 1880 en que subió al poder don Julio Roca, quien, terminado el período constitucional, entregó el poder al doctor Miguel Juárez Celman, que renunció el mando en 1890 á causa de una fuerte crisis monetaria, acabando el período legal don Carlos Pelegrini, que lo entregó en 1892, al doctor Saenz Peña, que renunció en enero de 1895, cuidando el vice-presidente doctor Uriburu, de terminar el período constitucional hasta ser elegido por segunda vez para ocupar el cargo de primer Magistrado de la República en 12 de octubre de 1898, el señor teniente general don Julio Roca. Acusan sus contrarios, al general Roca, de inepto, lo tachan de medianía, mas nosotros nos remitimos á los hechos, y éstos nos demuestran lo contrario: Durante el gobierno de dicho señor, no ha habido ni guerras civiles, ni conflictos internacionales serios, ni bancarrotas de hacienda, sino que la nación progresa con extraordinaria rapidez, y Buenos Aires, la Capital de la República, la ciudad edificada por el vasco Garay en 1580, la ciudad que en tiempo de Rivadavia se la llamó la «Atenas del Plata», es hoy la Metrópoli de Sud-América, la segunda Capital del Orbe latino y la rival de Nueva-York.

GUILLÉN DE CARDONA.

COSTUMBRES DE LA CAMPAÑA

Hoy, las máquinas agrícolas y las *peonadas* en Europa han transformado las costumbres de la campaña, las que no tienen ya aquel sello característico que las distinguió antaño. La descripción de un bautizo

que pone en boca de Santos Vega, Hilario Ascasubi, es cosa vieja; cosa bella, sin embargo, que siempre será de buen recuerdo, para los que amen las letras argentinas. El *payador* de hoy, no es el *payador* de ayer vive en otra esfera. El gaucho, tipo varonil que vivía y se multiplicaba, libre y salvaje, en las extensas pampas ó llanuras argentinas, ha muer'o con la civilización. Queda algo de sus costumbres, pero no es ni sombra de lo que fué.

*
* *

El gaucho, primer poblador de la Pampa, representa la civilización colonial de la campaña. De origen andaluz, tiene en su sangre mucho de árabe, aunque su modo de ser es opuesto en un todo, en lo que á la región de las ideas se refiere, al musulman. Como el árabe, canta; como el árabe es arrojado y valiente; como el árabe, forma parte integrante de su sér, el caballo; mas contrariamente al árabe, no se somete á un amo, al que solo hace la concesión de llamar «patrón», no se entrega al fanatismo religioso, es de contra, escéptico; no esclaviza á su mujer, su *hembra*, *su china*, con la que tampoco cuida de cumplir con las leyes civiles, casándose con ella. Elegante en su vestir, cuida de tener vistosos *chíripás* y ricos *ponchos de vicuña*; – Su sombrero lo adorna con gusto. – El cinturón de cuero que ciñe su cuerpo, lo lleva recargado de incrustaciones de plata. Y sus altas botas de montar dan al gaucho un tinte de magestuosa presencia, que causa la admiración de su *china*, la que vestida de percal muy limpio y bien almidonado, se extasía oyendo cantar las «Vidalitas», «Milongas» y «Tristes» que su amante le dedica.

*
* *

Individualista, con individualismo propio, vivía el gaucho, independiente, sin otra ley que su ley; la Pampa es inmensa, donde creía estar mejor, allá levantaba su *rancho* sin pedir permiso á nadie. Armado de su lazo, echaba mano del primer caballo, que como él vivia libre; lo domaba; le ponía las ricas monturas que tenía, ó lo montaba en pelo; y su *flete soberano* ó su *pingo*, si salía bueno, era el *hijito del alma* que ponía en competencia con el *favorito* de otro gaucho del pago.

*
* *

Fijábase fecha de fiesta en alguna *Pulpería* del *pago* para celebrar Carreras. Allá se congregaban los *amigazos* de los ranchos vecinos, venían los *payadores* que habían de dar el lustre á la fiesta después de celebradas las carreras, al iniciarse la *farra;* y al comparecer los ginetes con sus *fletes* de *cabesita* chica, cuello largo; ojos inteligentes; delgadas piernas; anchos encuentros; poco vientre; se armaba el palmoteo entusiasta, esperando de quién sería la victoria.

Nervíosos los caballos que han de luchar, nervosidad que se comunica á caballos y ginetes que acuden á la carrera como espectadores, vestidos los gauchos pobres, un poco á la primitiva; con humildes arreos sus caballos, el grasiento facón en el cinto, arrollado en la grupa el lazo; odornada la cabeza de su *alazán* con vistosas plumas, contrastando con los gauchos ricos cuyos caballos llevan buenas monturas con *estrellitas* de plata y *cadenillas* macizas, de plata también, con que sugetan freno y riendas del caballo; adornado con flores naturales el sombrero del ginete, los ponchos bordados y con una triple botonadura de filigrana en hilera desde la garganta al pecho, llegan los jueces gritando: ¡Cancha! ¡Cancha! que el auditorio repite, y se da principio á la carrera.

Los jueces trazan en el suelo cuatro rayas á intervalos de cien pasos, los ginetes parten de la línea, marchan ambos, paso á paso, hasta la segunda raya, retroceden á la línea de partida, vuelven á partir, al trote, hasta la tercera; retroceden de nuevo; emprenden un galope hasta la cuarta, galopan luego cuatro ó cinco veces seguidas, y, cuando los jueces ven ya, bastante *calientes* los *pingos*, un:

—¡Ahora! formidable es lanzado, que repite la multitud, que desboca sus *fletes* asimismo, y los lanza en seguimiento de los jugadores, quienes, sin castigar á sus caballos con el *rebenque* ó *látigo*, les hablan al oído, diciéndoles una *punta* de *macanas*, muy cariñosas y tiernas, para que lleguen á la meta, desafiando la velocidad del rayo, aunque tal temeridad les cueste la vida.

***

Con fuerza física, con bravura, derribaba el gaucho, un toro, y as entendía la *conquista del pan*. Descuartizaba la *vaquillona* más gorda, asaba su carne, y con ella se alimentaba. Vendía los cueros al *pueblero gallego* y tenía *plata* con la que compraba *ginebra* para convidar á los amigos, y *yerba paraguaya* para su *mate cimarron*, que su china lo *cebaba*.

***

En los tiempos coloniales, sabía evadir la *justicia del rey*, y tenía buen cuidado de dejarse *jorobar* por los de la *Santa Hermandad*, una *punta de sonsos que andan por esas pampas compadreando* y *dando la lata*: ¡Alerta, cuñao!

Dado su carácter, en la guerra de la Independencia, á pesar de tener el gaucho, amor patrio, se resistió á las levas, siendo no obstante un

excelente soldado en las Montañesas ó guerrillas, capitaneadas por el caudillo que se elegía. Así, Quiroga, Güemes, Rosas, Urquiza y otros, tenían entre el *gauchage* gran prestigio, lo que les valió la adhesión de los gauchos con los cuales hicieron proezas.

BUENOS AIRES

COSTUMBRES ANTIGUAS

El poeta de la Revolución, escribía á principios del siglo pasado:

Calle Esparta su virtud
Su virtud, calle Roma
¡Silencio! que el mundo asoma
La Gran Capital del Sud.

Hasta mediados del siglo pasado Buenos Aires mantuvo su tipo colonial, que ha ido perdiendo para transformarse por completo en ciudad modernísima de carácter eminentemente cosmopolita.

No existen ya las recobas de la Plaza de Montserrat ni de la calle del Pecado, desde cuyos balcones se presenciaban las corridas de toros que se daban en la Plaza, antes de ser ésta trasladada al Retiro.

En los cimientos del antiguo Fuerte, se levantó la Casa Rosada, residencia del Poder Ejecutivo, y sólo queda en pie el histórico Cabildo que es hoy ocupado por los tribunales, siendo escasísimos el número de monumentos que en Buenos Aires recuerden aquel tiempo:—Asombra ver la rapidez fabulosa del progreso verificado.

***

Los poetas de principios del siglo pasado, y entre ellos Fray Cayetano José Rodríguez, componían sus versos, que eran generalmente leídos en las tertulias; siendo uno de los más populares lectores, un señor Tartaz, quien poseía un potente timbre de voz y una mímica particular que hacía las delicias de la concurrencia.

Fray Francisco de Paula Castañeda, (el que fundó la primera academia de dibujo) era también poeta y esgrimía en especial la nota satírica.

Es natural que los poetas de Buenos Aires, cuando las invasiones inglesas, se desahogáran contra la Gran Bretaña; es natural asimismo, que en la época de la Independencia, clamaran contra España, pues en todas partes el poeta canta lo que odia, como canta lo que ama.

Calcúle el lector como serían de enérgicos alguno de los versos del padre Rodríguez, cuando éste escribía á su amigo el obispo Molina:

«No andes, por Dios, diseminando mis versos contra europeos; me han de ahorcar. Respiran venganza por manos, pies y costados.»

La Independencia quedaba declarada en Tucuman, pero se iniciaba una revolución en el orden de las ideas. Rivadavia tenía su órgano «El Centinela» que redactaba Juan Cruz Varela, y en él se sostenían ideas muy avanzadas, entre otras la reforma eclesiástica. Este periódico llamaba á los frailes: «hipócritas, asesinos y raza infernal.» Y el padre Castañeda, valiente polemista, fundaba otros periódicos que oponía á los doctrinarios-reformistas-demagogos, siendo el más célebre el que se publicaba con el título de Doña María Retazos.

Por su parte. «El Oficial del Día», redactado por Fray Cayetano José Rodríguez sostenía la causa de la iglesia.

«El fraile es la negación del hombre» decían los demagogos. Y á los frailes dedicaban versos de este orden:

«El fraile es una cosa que no es nada
Ni nunca será nada,
Mas que fraile no más; su carga odiosa
A toda sociedad tuvo agitada
Cuando el mundo dormido
Casi todo era fraile y atendido.»

A lo que contestaba Fray Cayetano con el Sueño de Eulalia contado á Flora.

***

Dada la hospitalidad de los porteños, el extrangero era generalmente alojado en las casas particulares, razón por la cual no había fondas de importancia; y sí sólo, aunque muy limpios, figones y hospederías servidos por negras.

Los aguadores cargados en su carreta tirada por bueyes, el pipón lleno, repartían á domicilio.

La sociabilidad era la nota característica, los convites frecuentes: por fiestas se cumplimentaban las familias entre sí, con sendas bandejas de dulces caseros. Los vecinos se prestaban la vagilla y utensilios de cocina, cuando era menester, y aún los criados negritos para hacer el servicio.

Muchos platos se condimentaban con maiz pisado; de aquí la *pisadora de maiz* que era fama ser en general buena cantora. Las canciones de los poetas, se las arrebataban de las manos siendo Florencio Balcarce uno de los más populares cancioneros.

He aquí una canción del referido poeta:

EL LECHERO

Por capricho
Soy soltero
Que el lechero
Gozar debo libertad
Y no tengo
Más vestido
Que un bonete
Carcomido
Y un raído chiripá
Pero el mundo
Todo es mío;
Yo en un río
Sé nadar.
Yo en el campo soy un viento
Y en el pueblo me presento
Sin deseos
Mas constantes
Que tener buenos marchantes
Que me vengan á comprar.

Para dar un parte de casamiento la musa se entretenía así:

¿Quién va?
¿Quién es?
Don Manuel Aragonés
Y doña Juana Castellanos
Que hoy se ofrecen
...¡A sus paisanos!
A quienes besan las manos
—Bien lo veo!...
Unidos por los lazos,
De himeneo!
En la calle de la Merced
Para servir á usted, etc., etc.

Los saraos y tertulias tenían su caracter típico: la moda en las señoras era muy criolla, muy propia, muy local, pues las fenomenales peinetas de carey que usaban las señoras, en ninguna otra parte estaban en uso.

Al salir de sarao nadie desdeñaba comprar en los puestos de ciertas esquinas de calles concurridas sus tortas calientes ó para después del desayuno del mate, comerse á media mañana para esperar las dos de la tarde, hora oficial de la comida, las empanadas á la cordobesa con picadillo de carne, aceitunas y cebollas que envueltas en limpios trapos de lana para conservarlas al calor, se vendían por ambulantes.

Bailábanse danzas criollas y solo para dar gusto á los extrangeros se bailaba la *pieza inglesa.*

A la danza criolla La Montonera, se llamó Minuet federal en tiempo de Rosas. El baile gaucho Cielito criollo, en el que se improvisaban relaciones en verso tales come ésta:

Galán: Tanto es lo que te quiero
y lo que te quiero es tanto;
que ángeles y querubines
dicen Santo! Santo! Santo!

hacía las delicias de las tertulias:

El Teatro Argentino era bastante para representar las piezas dramáticas, aunque en él se exhibían notabilidades europeas de vez en cuando.

Todo ha cambiado... todo, menos los templos que siguen siendo los mismos con muy ligeras modificaciones.

EL PARNASO ARGENTINO

VICENTE LÓPEZ

HIMNO NACIONAL ARGENTINO

CORO

Sean eternos los laureles
que supimos conseguir;
coronados de gloria vivamos,
ó jurémos con gloria vivir.

Oid, mortales, el grito sagrado:
libertad, libertad, libertad;
oid el ruido de rotas cadenas,
ved en trono á la noble igualdad.
Se levanta á la faz de la tierra
una nueva gloriosa Nación,
coronada su sien de laureles,
y á sus plantas rendido un león.

De los nuevos campeones los rostros,
Marte mismo parece animar;
la grandeza se anida en sus pechos;
á su marcha todo hace temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas,
y en sus huesas revive el ardor,
lo que ve, renovando á sus hijos,
de la Patria el antiguo esplendor.

Pero sierras y muros se sienten
retumbar con horrible fragor;
todo el país se conturba por gritos
de venganza, de guerra y furor.
En los fieros tiranos la envidia
escupió su pestífera hiel;
su estandarte sangriento levantan,
provocando á lid más cruel.

¿No lo véis sobre México y Quito
arrojarse con saña tenaz?
¿y cuál lloran, bañados en sangre,
Lotosí, Cochabamba y la Paz?
¿No los véis sobre el triste Caracas,
luto, llantos y muerte esparcir?
¿no los véis devorando cual fieras,
todo pueblo que logran rendir?

A vosotros se atreve, argentinos,
el orgullo del vil invasor;
vuestros campos ya pisa contando
tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
su feliz libertad sostener,
á esos tigres sedientos de sangre,
fuertes pechos sabrán oponer.

El valiente argentino á las armas
corre ardiendo con brío y valor;
el clarín de la guerra cual truenos,
en los campos del Sud resonó.
Buenos Aires se pone á la frente
de los pueblos de la ínclita Unión,
y con brazos robustos desgarran
al ibérico altivo león.

San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas, Piedras, Salta y Tucumán,
la Colonia y las mismas murallas
del tirano en la Banda Oriental,

son letreros eternos que dicen:
Aquí el brazo argentino triunfó;
aquí el fiero opresor de la patria
su cerviz orgullosa dobló.

La victoria al guerrero argentino
con sus alas brillantes cubrió
y azorado á su vista el tirano,
con infamia á la fuga, se dió.
Sus banderas, sus armas se rinden
por trofeos á la Libertad;
y sobre alas de gloria alza el pueblo
trono digno á su gran majestad.

Desde un polo hasta el otro resuena
de la fama el sonoro clarín,
y de América el nombre enseñando,
les repite—¡mortales, oid!...
Ya su trono dignísimo abrieron
las provincias unidas del Sud,
y los libres del mundo responden:
¡Al gran pueblo argentino, salud!

FRAY CAYETANO JOSÉ RODRIGUEZ (1)

POEMA

CONSAGRADO AL SOLEMNE SORTEO CELEBRADO EN LA PLAZA MAYOR DE BUENOS AIRES, PARA LA LIBERTAD DE LOS ESCLAVOS QUE PELEARON EN SU DEFENSA.

Llegó el felice día,
¡oh Pueblo á todas luces venturoso!
en que la musa mía
(cediendo sus temores á su gozo)
puede cantar tu triunfo, tu victoria,
tu más heroica acción, tu mayor gloria.

(1) Nació en Rincón de San Pedro, situado sobre el río Paraná.
Murió en 21 Enero de 1823 á los 62 años.

Para ceñir tus sienes
esta piedra faltaba á tu corona:
¡oh Pueblo! ya la tienes
y ella es sin duda la que más te abona:
pues al nombre de *fiel* y *valeroso*
agregas el dictado de *piadoso*.

Disfrutabas contento
de dulce paz, efecto de tu brazo·
Tu victorioso aliento
te preparó morada en tu regazo;
pero esta gloria fuera muy menguada
si tu piedad quedase desairada.

Tú, sin par generoso,
por un rasgo de honor inimitable,
realzando lo piadoso
te prestas á favor del miserable,
dejando de algún modo satisfechos
de libre condición justos derechos.

Más humano que aquella
antigua Roma, la ciudad del mundo,
tu honor piedades sella,
que te hacen el primero sin segundo:
pues si Roma forjó cadenas tantas,
tú vencedor con glorias las quebrantas.

No dictó sabia Atenas
dictámenes más bellos. Tú has formado
de amor y piedad llenas,
leyes que al oprimido han sublevado
consagrando á su alivio y su consuelo,
tu gratitud, tus bienes y tu celo.

El secreto has hallado
de aumentarte colosos defensores,
pues tan bien has pagado
de su inculto valor raros primores.
Ni saben cuál es más al mejorarlos,
si haberte libertado ó libertarlos.

No gima ya la triste
humilde condición el miserable,

pues que desde hoy ya viste
librea nueva de honor más respetable.
A su heroico valor se lo ha debido
y á tu piedad. ¡Oh Pueblo agradecido!

Jamás te ha amanecido,
Buenos Aires feliz, más claro día
que aquel en que has sabido
los llantos convertir en alegría,
á tantos redimiendo del pesado
yugo de esclavitud que habían cargado.

Esta acción te coloca
al lado de Mentor, del sabio Minos.
Como á ellos dar te toca
de gobierno dictámenes divinos:
pues es menos vencer, puesto en partido,
que premios saber dar al que ha vencido.

Doquiera que el sol luce
y de esta noble acción se hace memoria,
al punto se trasluce
tu fama, tu piedad, tu honor, tu gloria;
y envueltas quedan en conceptos vagos
las Espartas, las Romas, las Cartagos.

No ya solemnes vivas
escuches de los pueblos más lejanos,
ni plácemes recibas
porque heroico venciste á los Britanos;
que más gloria te da lo generoso
que la nota de invicto y victorioso.

En tu intrépido aliento,
de Sagunto y Numancia copia fuiste,
y quizá algún momento
tan valientes excesos excediste.
Mas, en premiar del pobre el heroísmo
eres ejemplo y copia de ti mismo.

Aunque te son debidas,
están de más columnas é inscripciones:
están bien esculpidas

en el alma de todos, tus acciones.
Pero ésta sólo erige un monumento,
por único y que raro es un portento.

Si á la par de tu anhelo
acreciera tu haber hasta lo inmenso,
ejercicio tu celo
hallará en tus piedades más extenso,
¡y qué fuera, si fuera tu tesoro,
el encantado vellocino de oro!

Tanta piedad consuela
á quien el hado barajó la suerte,
y fino se desvela
por motivo más noble en defenderte,
reputando quizá yugo suave,
el que antes soportó molesto y grave.

Esto hace tu decoro,
¡oh pueblo fiel! y acción de tanto grado
es la manzana de oro
que te hará en ambos mundos envidiado.
Ni será la discordia por ganarte;
si, por tener la gloria de imitarte.

Del argentino río
las aguas publicaron tu victoria;
pero á esta acción le fío
que eternice en el Globo tu memoria:
así resonará de polo á polo
con crédito inmortal tu nombre solo.

¡Oh! quiera grato el Cielo
impartir premios con benigna mano,
dando á tu heroico celo
guirnalda eterna, premio soberano:
porque una acción que en sí todas encierra,
recompensa no tiene acá en la tierra.

Entretanto recibe
el aplauso común, pues él te aclama:
feliz descansa y vive
en brazos del honor y de la fama.

Y sea tu nombre célebre y famoso,
el Pueblo *fiel*, *valiente* y *generoso*.

EL SUEÑO DE EULALIA CONTADO Á FLORA

—Amiga, ya no puedo, ni es posible
calmar mis inquietudes,
y será muy factible
que si á mi corazón pronto no acudes
él desfallezca al fin, sobrecogido
de un pavoroso sueño que he tenido.

—Amiga, dime, ¿qué te ha sucedido?
—Sabe, Flora del alma,
que cierta noche de un alegre día,
cuando en la dulce calma
de un suave sueño plácido yacía,
de repente me vi, mas con qué susto
ante el solio real de Jove augusto.

Atónita quedé, pasmada, yerta,
y perdido el aliento,
por instantes pensé mi muerte cierta;
y hasta ahora, amiga, siento
un no se qué que el alma me devora.
¡Ay! ¡no quiero acordarme, amada Flora!

No me es dado el pintarte
el rostro airado de aquel Dios severo,
ni sabré ponderarte
sus miradas de horror, su ceño fiero;
sólo puedo decirte que sus ojos
eran un Etna que vibraba enojos.

Le miré, me miraba de hito en hito,
y cuando pensé menos,
dió un penetrante y majestuoso grito
que resonó en los senos
profundos del abismo, y salió luego
un otro que brotaba vivo fuego.

Era el tal un testigo
de mis obras, palabras, pensamientos

y el más crudo enemigo
de nuestros consabidos sentimientos.
¿Te acuerdas, Flora? ¡Oh, mal haya sea!
¡Cuánto me amarga tan funesta idea!

—Hé aquí, dijo Plutón (¡Oh padre augusto
de los dioses!) la sabía
(y se precia de tal) que tiene el gusto
de desplegar su labio
en público atentado y en secreto
contra su liberal, justo decreto.

Tú desde el alto cielo
los ojos inclinaste compasivo
al vespuciano suelo.
Sensible á su clamor doliente y vivo,
dijiste en tono grave é imponente:
¡Libres hijos del sol, eternamente!

Lo dijiste, y el Dios que en paz domina
la extensión de los mares,
á tu voz elocuente determina,
á pesar de pesares,
formar del golfo, con su gran tridente,
muro de división de gente á gente.

El astro luminoso
que con sus luces baña aqueste suelo,
ve demasiado el gozo
sobre su hermosa faz. Un nuevo cielo
cubre sus habitantes y á porfía
himnos te cantan, Jove, noche y día.

Sólo en el sexo bello... ¡quién creyera!
hay sirtes peligrosas
en que encalla la suerte lisonjera;
hay genios escabrosos;
hay corazones que resisten vanos
el bien que has dispensado á los humanos.

Hay astutas Pandoras
que pérfidas derraman el veneno,
y á la patria traidoras,

infestan con su aliento el propio seno.
Castiga ¡oh Jove! vibra un rayo activo
que las hiera de muerte en lo más vivo.

Así dijo Platón. No sé, mi Flora,
si Júpiter airado
el rayo disparó, ni puedo ahora
contar lo que ha pasado;
apenas sé, ni sé si es cosa cierta
que cai desmayada y casi muerta.

En este parosismo
quedó despierto el interior sentido.
¡Ay! mi amiga en qué abismo
de confusión y horrores sumergido
sentí mi corazón! ¡Qué especies, Flora,
ocurrieron al alma aquella hora!

Cuántas (con qué placer) conversaciones
tuvimos, Flora mía,
en que con mil y mil y más razones
(de nuestra fantasía)
burlamos el sistema,
dándole el nombre de *locura* y *tema*:

¡Cuántas burlas y apodos,
poseídas del furor más insolente,
hicimos por mil modos
más de una vez á la patricia gente,
llamándolos criollos carniceros,
indecentes, canallas, cuchilleros!

¡Cuántos, te acordarás, cuántos deseos
de ver entre *dos palos*
á aquellos consabidos fariseos,
á aquellos hombres malos!...
Tú me entiendes, ¡Oh, qué amarga historia!
Todo, amiga, me vino á la memoria.

Así estaba esperando
entre crueles síntomas de muerte,
mi último fallo, cuando
atentó decidir Plutón mi suerte:

sepultémosla, dijo, en el Leteo,
donde perezcan ella y su deseo.

—No, no, repuso Jove en tono grave:
¿cómo ha de sepultarse
en olvido un delito que no cabe...
ni aun puede imaginarse?
Aquel que de su patria es enemigo
debe sobrevivir á su castigo.

Pudiera con un rayo
reducirla á ceniza en un momento,
pero válgale Mayo,
válgale ser mujer, y que es mi intento
de tal modo aplicarle penitencia,
que sea víctima cruel de su conciencia.

Será, pues, mi decreto irrevocable,
para eterno excarmiento,
antes que castigarla á fuego ó sable
entregarla al momento
á los muchachos; ellos darán cuenta
de su bulto, de modo que lo sienta.

Muchachos, dijo ¡ay Flora!,
¡Humillante invención, palabra impura:
¡Muchachos!... Hasta ahora
no se ha impuesto á mujer pena más dura.
Pensé que el orbe entero se venía
sobre mí y que el alma me oprimía.

Aunque exánime al golpe de la pena,
volví á Jove los ojos
(¡Ojalá hubiera sido en hora buena!),
queriendo á sus enojos
poner calma, ¡oh, amiga! ¡Qué esperanza!
En el fallo de Jove no hay mudanza

¡A los muchachos! repitió imperioso,
se entregue luego, luego:
ellos pondrán al claro, sin reboso,
el desenfreno ciego
con que insultó á su patria. Cruel, ingrata...
A burlas muera quien á burlas mata.

Mi Flora, no quisiera
lo que siguió á esta escena referirte.
¡Cielos, quién me dijera!
¿Mas, cómo he de callar? ¿No he de decirte
la historia de mi mal? Oye mi cuento:
te servirá siquiera de excarmiento.

Habló imperioso Jove, y al instante,
una chusma atrevida
de muchachos se puso por delante:
quedé despavorida,
pues después de una lluvia que da el cielo
no tantas sabandijas brota el suelo.

¡Aquí de mis trabajos!
¡Aquí mis ansias y sudores fríos!
¡Ay de mí! ¿Son tan bajos
(para mí dije) los principios míos?
¿Tan poco por mi sangre se me debe
que me hacen el trompillo de esta plebe?

Así fué, Flora. ¿Quiénes más bribones?
Me prenden, me rodean,
me dan mil empujones,
me urgan, me manosean...
¡Oh, vergüenza, oh, pudor, oh, mi decoro!...
La tragedia fué un sueño y aun la ll

En seguida una danza
arman alrededor... ¡Danza maldita!
Cuanto su voz alcanza
mueven el aire con inmensa grita
y repiten ¡oh Dios! á boca llena:
muera la picarona Sarracena.

En un papel de estraza despreciable,
para hacer mi pudor más espectable,
mi agravio más sensible,
esciibieron un rótulo indecente
que luego lo fijaron en mi frente.

Decía: ¡alerta, alerta!
Bomba, aqui va la grande criollaza

en europea injerta,
que reniega impaciente de su raza
y que quiere antes ser sucia gallega
que criolla con honor, casa y talega.

Luego pusieron en mi diestra mano
una caña nudosa
con un cuerno en la punta liso y llano.
¡Divisa vergonzosa!...
Sufrí el insulto, vi la picardía...
Sabes que no soy tonta, amiga mía.

No fué esto solamente:
mi humillación subió á más alto punto,
que no fué otro, no, según barrunto
que aquél... aquél... amiga, no lo nombro:
te ha de causar su atrevimiento asombro.

Se llegó á mí este vil, pillo, indecente
cuando más angustiada
y á la vista (ó pudor) de tanta gente,
como si hiciera nada
me alzó por la trasera la camisa,
me hizo tres muecas y soltó la risa.

Contempla mi figura,
amada Flora mía. Con un lema
de expresión la más dura,
que adversa me publica al gran sistema;
una caña y un cuerno por divisa,
y por detrás alzada la camisa.

¿No es buena perspectiva? Así en voland[a]
entre inmensa algazara,
me llevan por las calles como en andas:
santa con duple cara,
una llena de angustia, llanto y pena,
otra de infame desvergüenza llena.

En cada esquina... ¡crueles!
hacen alto, y allí más y más gentes;
y á la decencia infieles,
mil cantares y apodos insolentes
me echan en rostro, como está de moda:
gallega, loca, sarracena, goda!

Al fin llegué con todos... ¡qué cansada!
á la erguida columna
de todos los patriotas celebrada;
allí otra vez á una gritan: ¡muera!
¡muera la sarracena,
ó eche un «viva la patria», aunque no qui

Esto es: tras de cornuda
apaleada... ¿Qué tal, amiga Flora?
Malo, Eulalia, si muda,
y peor hablando ¡oh maldita hora
en que ocupé millares de momentos
en callar y en hablar mis sentimientos!

¡Qué tortura! ¡Qué angustia y compromiso
verse el pecho obligado
á brotar expresiones que no quiso
ni aun haber escuchado!
Me resistí, por tanto, en tono fiero
y voz en cuello respondí: «no quiero!»

No bien así entonada
reproché la propuesta majadera,
cuando una gran palmada
me asentaron de lleno en la trasera,
y fué tan recio el golpe, que al llevarlo
grité ¡que viva! sin querer gritarlo.

¡Feliz palmada, amiga, santo grito!
A ruido tan ingente
debió mi escena ver mi finiquito
Desperté de repente,
me vi sola, sin luz y en el empeño
de juzgar realidad lo que era sueño.

¡Ay de mí! Solté el llanto,
opreso el corazón, yerto el sentido.
¡Oh, cuánto cuesta, cuánto
un empeño tenaz mal dirigido!
Estoy tal que rebusco á toda prisa
y no encuentro el faldón de la camisa.

Quiero apartar de mí, pero no puedo,
esta funesta idea;

sobrecogida estoy de susto y miedo.
Muy bien que sueño sea;
pero, Eulalia, tu amiga hasta las aras
no se mete en camisas de once varas.

Dejémonos de cuentos:
hay jóvenes resueltos al castigo,
hay Plutonès á cientos,
cada cual el que es más nuestro enemigo,
cañas á miles, cuernos en sub-hasta,
y hay muchachos hasta decir basta.

Y pues sueño tan raro y tan extraño
puede ser un anuncio
que nos sirva á las dos de desengaño,
¿no te place? Renuncio
mi modo de pensar, quédate sola:
como yo pase bien, corra la bola.

ODA

AL AUGUSTO DIA DE LA PATRIA

¡Veinticinco de Mayo, fausto dia!
El alma se enajena
al pronunciarlo. ¡Ah! De la alegría
la suave voz resuena,
cuyos ecos. cubriendo el continente
la hacen pasar veloz de gente en gente.

¡Veinticinco de Mayo... dulce acento!
por quinta vez se escucha
con qué gozo y placer! Primer momento,
de la constante lucha,
en que el más inconcuso fiel derecho
empeña al noble americano pecho.

¡Veinticinco de Mayo, sí, gran día!
en que ve ¡con qué pena!
de su período el fin le tiranía;
día de gloria en que estrena

en nuevo, bello y prodigioso gusto
la santa Libertad su traje augusto.

No en marmóreas pirámides tus glorias
esculpas, no: no intentes
eternizar en bronce tus memorias,
para ser permanentes.
Tu nombre es sólo la inscripción más bella
que más que en bronce piedra el tiempo sella.

Suspéndase el tañido majestuoso
que se desprende ufano
del alto Capitolio. Más hermoso
más vivo y soberano
es el acento de tu nombre solo;
lo entona Orfeo y lo repite Apolo.

Tú eres y serás siempre el respetable
único patrio día,
de América en los fastos memorables:
contra la tiranía
triaca eficaz, antídoto divino
que justo Jove quiso y le previno.

En ti todo tirano que deserte
de la causa sagrada,
escollará y al fin verá su muerte;
á tierra, polvo y nada
quedará reducido por un rayo
de tantos que fulmina el Sol de Mayo.

En una de tus horas, claro día,
se oyó la vez primera
aquella grata voz que repetía
en torno de la esfera,
con ecos dulces, tiernos, soberanos:
Libertad, libertad, Americanos!

Desde aquellos momentos ya te miras,
por rara simpatía,
cual genio superior que hasta ahora inspiras
á la Patria energía:
cual animado numen que en victorias
formas el capital para sus glorias

Cuando se acerca de tu luz la aurora,
se aproximan las dichas:
y apenas nuestro suelo Febo dora,
resultan entre dichas,
las sombras, las desgracias, la apatía:
tan enérgico eres, ¡oh, gran día!

Hoy los azares huyen de la suerte
vil, inconstante, impía.
No hay tan recio aquilón, Austro tan fuerte
que no calme este día
una aura suave, blanda y placentera
nacida en nuestra abrupta cordillera.

Que de ultramar el eco clamoroso
retumbe en nuestro suelo;
que atente perturbar nuestro reposo
el insaciable anhelo
de la injusta ambición. En este día
se estrellará su necia, cruel porfía.

Que de la Patria en el oculto seno
nazcan ingratos hijos
que abrigando mortífero veneno
contra principios fijos,
sus entrañas devoren ¡cruel intento!
Ellos tendrán en Mayo su escarmiento.

Que tienda allá entre sombras, sí, que tienda
sus redes la malicia:
arme sus lazos, pérfida sorprenda,
ó vuelque la justicia.
¡Oh! El mes de la Patria en aquel día
El denso velo alzó que los cubría.

¡Oh venturoso mes! ¡Oh día sagrado!
¡Oh de la Patria digno
á sus triunfos y glorias consagrado!
Tú serás siempre el signo,
tú la divisa, tú la ejecutoria
que alarme á la defensa y la victoria.

¡Yo te saludo, sí, día divino!
Saludo al astro bello



... apenas sé, ni sé si es cosa cierta
que caí desmayada y casi muerta. (Pág. 41).

que fija con su luz nuestro destino.
¡Ah! Su hermoso destello
es muda voz que dice: ¡Americanos
no es éste el día, no, de los tiranos!

La pública fortuna, deidad pía,
mereció la erigiese
antigua Roma, aras este día:
si ella culto merece,
eterno loor á ti, día soberano,
nueva deidad del culto americano.

Los laureles, las palmas, las olivas,
la cívica corona
tejed al Sud, que con alegres vivas
tu apoteosis pregona,
y jura sostener la causa santa
en el templo de honor que hoy te levanta.

ODA

AL BRIGADIER DON CARLOS MARÍA DE ALVEAR.

Gran capital del Sud, emporio, cuna
de valientes campeones,
émulos de la gloria y la fortuna,
que en ínclitas legiones
reunidos con industria, ciencia y arte,
miedos dan al valor, celos á Marte.

Honores soberanos
á ti sean dados en el fausto día,
que resueltos y ufanos,
con denuedo sin par, noble osadía,
al rival de tu honor con fuerza alterna
dieron golpe mortal, herida eterna.

No vuelves una vez sola tus ojos
al luminoso Oriente,
que no adviertas festiva los despojos
del vigor más ingente,

de la acción militar más atrevida,
árbitra de la muerte y de la vida.

Para eterna memoria
debe esculpirse en bronce perdurable
un hecho que la Historia
contará sin ejemplo, inimitable.
¡Oh, Buenos Aires! Triunfo tan cumplido
al mejor de tus hijos es debido.

De todos fué el valor, el ardimiento;
de todos fué el empeño:
de éste solo la táctica, el talento
con que al fin se hizo dueño
de la importante plaza respetable,
más que antigua Numancia inconquistable.

Sus murallas temblaron
al oir el nombre del campeón guerrero,
y luego se auguraron
víctimas nobles de su ardor primero.
De ellas ha sido el lauro. Recibieron
al héroe de la Patria que temieron.

Augusto Jove para hacer sus glorias
depositó en sus manos
el rayo brillador de las victorias.
(Premios americanos)
Ellos labran coronas á sus sienes:
se deben al autor de tantos bienes.

El majestuoso río
espectador ufano de su aliento,
de aquel arresto y brío,
único, raro, rasgo de un momento,
al valeroso jefe mira, admira,
mudamente saluda y se retira.

El astro hermoso que preside al día
celebró al argentino
joven que emula luces á porfía,
y, obsequio peregrino,
le tributó quizá por vez tercera,
absorto suspendiendo su carrera.

En triünfos extraños,
ya vencidos conocen sus rivales
que no es dado á los años
formar los héroes, grandes generales:
el talento, el valor, el genio, el alma
tejen para los hombres esta palma.

El temor, el peligro, el susto, el miedo,
el apuro, el conflicto
en que fracasa superior denuedo,
lejos del Héroe invicto.
El riesgo le estimula á la victoria:
da ejercicio al valor, canta la gloria.

Con valor se abre paso
al centro de sus mismos enemigos.
Vió el orgullo su ocaso
y ellos de su valor fueron testigos.
Un momento feliz de que fué dueño,
consuma la hora del mayor empeño.

Benigno, generoso é indulgente,
dado á justo partido,
abre su corazón á toda gente:
y hundiendo en el olvido
intrigas y caprichos de la guerra,
á uno franquea el mar, á otro la tierra.

Así en el seno mismo
del odio y del furor ha dado asiento
al bello patriotismo,
de su táctica eterno monumento.
Dejando á las edades en proverbio:
LA PATRIA LIBERTÓ. RINDIÓ AL SOBERBIO

¡Salve, guerrero ilustre, sin segundo!
Tu nombre es tu divisa.
(Nombre expresivo, práctico, fecundo)
El solo se eterniza.
Doquiera que de *Alvear* se haga memoria,
ideas brotarán de triunfo y gloria.

Otros triunfos te llaman;
los honores te buscan; la fortuna

y el mérito te aclaman.
La ocasión se presenta ¡qué oportuna!
Serás nuevo Alejandro en lides nuevas
si no su nombre, su carácter llevas.

Recordarán con gloria tus hazañas
las futuras edades;
para otros, raras: para ti, no extrañas
y al ver tus propiedades
admirarán, unidos en ti sólo
Minerva, Marte, Júpiter y Apolo

¡Oh tú, fecundo suelo
que brotas héroes de la Patria dignos!
Héroes que son del cielo
rico presente en lances peregrinos.
Uno por mil, valiente, cortesano...
En tu fecundidad gózate ufano

ODA

AL PASO DE LOS ANDES Y VICTORIA DE CHACABUCO, 12 DE FEBRERO DE 1817.

¡Antiguo Capitán, Héroe famoso,
admiración del mundo;
bravo Africano, Aníbal valeroso,
hasta hoy con el respeto más fecundo
en el Orbe nombrado
y de edad en edad preconizado!

¡Émulo fiel de Aníbal... mal he dicho,
vencedor de su gloria
(si bien victorias hay en el capricho
de la suerte inconstante y transitoria),
eterno honor de Marte;
primer genio del mundo, Bonaparte!

Campeones inmortales, cuyo nombre
en las rocas grabado
de los Alpes, no hay alma que no asombre,

y le infunda un pavor como sagrado:
ved aquí, Héroes grandes,
nuestra copia mejor sobre los Andes.

Magnánimo, animoso, imperturbable,
lleno de odio al tirano,
al tirano opresor de nuestra amable
libertad, el Aníbal Colombiano,
el Napoleón moderno,
salva escollos, imagen del Averno.

San Martín, de su ejército á la frente
y en brazos sostenido
de su virtud, trasmonta la eminente,
nevada cordillera, el más erguido
de los montes del mundo.
¡Grande hazaña, prodigio sin segundo!

Su artillería que jamás se mueve
sin pena, aún en el llano,
va á seguir disputando al vapor leve
á esfuerzos de este noble americano:
la vasta espada oprime
de esta sierra espesísima y sublime.

¿Qué importa que al intrépido viajero
tal vez el paso ataje?
¿Qué importa que no admita su sendero
acaso más de un hombre? El gran coraje
de San Martín, legiones
llevará por allí como cañones.

Parece que las nieves, que los mismos
peñascos eminentes,
que los profundos, hórridos abismos,
á su valor se muestran obedientes,
y que las altas cumbres y cuchillas
mientras que pasa doblan las rodillas

Domada, pues, así naturaleza
pisa el fértil, ameno
Chile, cuyo esplendor, cuya belleza,
profanó con su planta el sarraceno,
lleno de odio y de avaricia lleno.

Los más bellos y rápidos sucesos
colman luego los votos;
hijos del Sud, vengan ya los excesos
de esos falsos, hipócritas devotos,
esa sangre inocente
que clama con la voz más elocuente.

¡Musa, aquí sobre todo, aquí me inflama!...
El doce de Febrero
(fausto mes, y á otro triunfo); el bronce brama
con marcial eco á un tiempo y lastimero:
se oyen gritos, gemidos
ya del que vence, ya de los vencidos.

La gloria, en fin, señala el campo bello
de Chacabuco ¡oh día,
dulce luz, placidísimo destello,
que has hecho revivir nuestra alegría!
Objeto de nuestra ansia
tu vas á dar al Sud nueva importancia.

Centenares de muertos, prisioneros
armamentos, banderas,
y vestuarios y equipos y dineros,
la tierra toda entera
han sido los trofeos
de un triunfo que ha llenado los deseos.

Su libertad recobra el bello Chile:
¡quiera el cielo piadoso
que á sus fieros tiranos aniquile.
y sus derechos goce con reposo!
Que juro su exterminio
ya que ha probado su feroz dominio.

Entretanto, una diosa que desciende
de la celeste esfera.
la sien del vencedor orna y defiende
de un cerco de laurel, y placentera
dice: *Al invicto hijo de la gloria*
sobre el campo de Chile da victoria.

HIMNO

EN LAS FIESTAS MAYAS

Aplaudid la aurora
del día glorioso
que al pueblo animoso
dichas anunció.

Del celestial orbe
bajó la victoria:
su nube de gloria
las armas cubrió;
sembró de laureles
nuevos y triunfales
las sendas marciales
de nuestro valor.

La sonora trompa
sonó de la fama,
y su voz proclama
la nueva Nación;
al oirla tiembla
la antigua malicia,
la Ibera injusticia
é Ibero furor.

Mas toda la tierra
con rara alegría
celebra el gran día
que grillos rompió.
A hacer cosas arduas
preparóse el genio,
y previó el ingenio
futuro esplendor.

Vió caer el muro
porfiado y adverso,
nido del perverso
y de obstinación.

Vió escenas brillantes
de valor y saña:
él miró á España
y se sonrió,

al ver moribunda
aquella potencia,
sin fuerza, sin ciencia,
riqueza ni honor,

caer sin consejo
de abismo en abismo
por su fanatismo
y ciega ambición.

Mas, dejad que lance
su furor insano,
que el americano
jamás se aterró;
si lo hizo opulento
la naturaleza,
con igual franqüeza
constancia le dió.

Digno es de su esfuerzo
el formar naciones,
y á grandes pasiones
poner sujeción.
Es la obra más grande
hacer libre á un mundo
que en sueño profundo
tres siglos durmió.

Logró sorprenderlo
en débil infancia,
bárbara arrogancia
de un vil invasor.

Fué pequeña gloria,
así esclavizarlo,
más es libertarlo
y darle instrucción.

¡Oh, qué perspectiva
tan grata y risueña!
¡Cuánto es halagüeña
para el corazón!

Y pues es el día
digno de memoria
en que á tanta gloria
la Patria aspiró,

aplaudid la aurora
del día glorioso
que al pueblo animoso
dichas anunció.

HIMNO A LA PATRIA

CORO

¡Salve patria dichosa!
¡Oh, dulce patria, salve,
y por siglos eternos
se cuenten tus edades!

Libre é independiente
de tiranos rivales,
al templo de la gloria
te diriges constante.
¡Qué bellos son tus pasos!
Te los envidia Marte.
Coro, etc.

Sin libertad, cautiva
hasta aquí suspiraste.
Llegarán los momentos
al fin de tu rescate.
Hija del Sol, sacude
un yugo tan infame.
Coro, etc.

Si es que asoma la aurora
es ya para admirarte;
que en la cuna del riesgo
naces libre y triunfante
¡Oh natalicio hermoso!
¡Oh libertad amable!
Coro, etc.

El sol que en tu hemisferio
se remonta brillante,
no ya á viles esclavos
su bella luz reparte:
hombres libres saludan
al astro cuando nace.
Coro, etc.

Grábese, no ya en cedro
en bronce perdurable,
época la más digna
que vieron las edades,
¡Oh, Sud! Viste de gala:
ya cesaron tus ayes.
Coro, etc.

No la triste memoria
de pasado contraste
el contento perturbe
que baña tu semblante.
No hollarán más tu suelo
enemigas falanges.
Coro, etc.

Si intrépido Belona
osa surcar tus mares,
no besará tus playas
sin que tributo pague:
con guirnalda y corona
te rendirá homenaje.
Coro, etc.

Espectador ufano
de ruidosos combates

á la patria laureles
es justo le prepares,
diademas á sus hijos,
romeros inmortales.
Coro, etc.

No más despida rayos
el Júpiter tonante,
ni empuñe más la espada,
hoy benigno, el dios Marte.
¡Oh, Patria! De tus hijos
son las heroicidades.
Coro, etc.

La libertad fué siempre
tu numen adorable:
el honor y la gloria
tus genios tutelares:
caerán en tu presencia
rendidos los rivales.
Coro, etc.

Roma, Cartago, Esparta,
callen sus hechos, callen:
émulas de tus glorias
tus virtudes aclamen:
si aquéllos son heroicos,
éstos, inimitables.
Coro, etc.

Si las naciones cultas
miraron vacilantes
tus nativos derechos,
justos, incontestables,
ya es tiempo te saluden
¡Oh pueblo libre, Salve!
Coro, etc.

Las Gracias se reunan
para felicitarte,
y obsequiosas las Musas
compongan himnos suaves,
pulse su lira Apolo
y Orfeo dulce cante.
Coro, etc.

Así con paso augusto;
entre dulces cantares,
del Olimpo á la cumbre,
trepando infatigable,
señora de ti misma,
vivas eternidades.
Coro, etc.

CANCION

Á LA MEMORIA DEL DOCTOR DON MARIANO MORENO

¡Oh nobles compatriotas!
cantemos á una voz
al héroe de la Patria
la más dulce canción.

Cantemos nuestra gloria.,
cantemos nuestro honor,
pues que Grecia no tuvo
ni Roma otro mayor.

Su gloriosa memoria
nos recuerda un blasón,
que él ennoblece solo
al suelo en que nació.

Su talento, sus luces,
su noble corazón,
todo dice á la Patria
el gran bien que perdió.

¡Oh suelo venturoso
que tal héroe nos dió!
¡Infelice momento
en que se le ausentó!

Enjugue nuestro llanto
saber que nos dejó
en su valiente pluma
notas de su valor.

Su nombre reproducen
los fastos del honor:
así jamás se escucha
sin nueva admiración.

Envidia nuestra suerte
toda culta nación,
pues nos ve enriquecidos
con tan precioso don.

¡Oh joven siempre invicto,
á quien nunca insultó
con sus alegres tiros
la negra emulación!

¡Oh joven generoso,
imagen del valor,
envidia del talento
norma de la razón!

¡Oh joven nunca v[illegible]
en cuyo corazón
el vergonzoso miedo
jamás se aposentó!

¡Oh joven ilustrado,
con numen superior,
que aun hoy despide rayos
su rara ilustración!

Tu sola sombra, oh joven,
con valiente primor,
enérgicos empeños
inspira con tesón.

Vivas, vivas eterno
para inmortal blasón
de un pueblo que te ofrece
primicias de su amor. (1)

CANCION PATRIOTICA

EN CELEBRIDAD DEL 25 DE MAYO DE 1812

Coro

A las armas corramos ciudadanos:
óigase el bronce y óigase el tambor,
convocando á las lides generosas
á los hermanos en alegre unión.

Volvió otra vez el venturoso día
en que libre la Patria del tirano,
nos produjo brillante la alegría:

---

(1) Puesta en música por el maestro Parera.

Blas Parera ó Blay Parera, inteligente compositor catalán, el hombre obligado en las tertulias de antaño, complaciente con todos, era muy querido de la buena sociedad porteña; y es fama, que siendo hombre de ideas avanzadas, con mucho gusto ponía en música todas aquellas composiciones de los bardos argentinos que respiraran odio al despotismo y amor á la libertad.

Puso en música el «Himno Nacional Argentino» que compuso Vicente López con el nombre de Canción Patriótica.

hoy á la sombra de un gobierno humano
renacerá la unión en nuestro suelo
y el despotismo abatirá su vuelo

CORO

Émulos de atenienses y espartanos,
nuestro nombre elevemos hasta el cielo,
imitando el valor de los romanos:
defendamos la causa con desvelo:
sin duda lograremos la victoria,
siendo de Europa horror, del Perú gloria.

CORO

De pasadas hazañas no olvidados,
al luso resistamos atrevidos;
vuelva el fiero á su hogar escarmentado:
todos para la empresa reunidos
las órdenes sigamos del gobierno,
y el argentino nombre será eterno.

CORO

Tomad pues el fusil, ceñid la espada,
argentinos leales y valientes;
quede la libertad asegurada:
sed unidos, benignos y obedientes;
acudid de la Patria á la defensa,
y mueran los que fueren en su ofensa.

CORO

Que aun entre las cenizas del sistema
fénix, la libertad se reproduzca:
muera el tirano y su ruina tema:
y al templo de la gloria nos conduzca
el sabio tribunal del Triunvirato,
del honor y justicia fiel retrato.

CANTO ENCOMIASTICO GRATULATORIO

Las Madres Capuchinas de Buenos Aires al general San Martín.

Las que siguiendo impulso soberano
y huyendo de este siglo, en el que estamos
y hábito franciscano
con vida anacoreta profesamos,
poseídas de un alto patriotismo,
cantamos tu virtud, tu honor, tu heroísmo.

No invocamos á Jove ni á Minerva,
deidades falsas, títulos paganos
que la ilustre caterva
de cantores piadosos y cristianos
invocan y predican en sus cantos,
por no invocar los nombres sacrosantos.

Invocamos á Cristo, Dios y Hombre,
vencedor de la muerte, hijo del Padre,
que encarnó y tuvo Madre
para que todo racional se asombre
al ver que sólo *él* y sólo *ella*
son el Marte sagrado y Palas bella.

No ha sido Marte, no, ni ese tonante
Júpiter, ni los dioses mentirosos:
fueron nuestros sollozos
los que al fin desarmaron al amante
Dios trino, omnipotente, justo, amable,
que dió la fuerza al brazo, filo al sable.

San Martín eres tú, eso te basta,
pues servir á la patria, ese es tu encomio
y el jefe macedonio
que se hizo hijo de Dios por no ser casta
de su padre Filipo, es documento
que deberá servirte de excarmiento.

No imites ni á gentiles ni á aganos,
ni quieras admitir comparaciones
de tus grandes acciones

con las de griegos, godos y romanos.
San Martín eres tú, eres cristiano,
eres bravo y prudente americano.

Como bravo manejas bien la espada,
como prudente debes humillarte,
teniendo por baluarte
tu esperanza y tu fe bien cimentada
en el Dios que te guía en la pelea
y todo á tu favor su brazo emplea.

Disperso te miraste en el momento
en que tragar á Osorio imaginaste.
¡Oh, Dios, cómo quedaste
burlado, en el mayor abatimiento!
Sólo Dios y su brazo soberano
revivir hizo al muerto americano.

Para siempre de Dios sea la gloria,
tuya la confesión pura y sincera;
ni tu soberbia quiera
traer nunca este triunfo á la memoria,
sino para besar con rendimiento
del Santo Templo el santo pavimento.

De dicho modo celebrar victorias
es atribuirlo todo á nuestra saña,
á la moda de España;
pero serían esas unas glorias
tan percudidas como las de Europa
en cuyas guerras la razón es poca.

SONETOS

En memoria del día 25 de Mayo de 1810.

I

Entre llantos la América gemía,
bajo opresores grillos agobiada,
sujeta ¡oh Dios! á venerar postrada
los tiránicos golpes que sufría.
Su dolor al Olimpo enternecía;
mas el ibero con injusta espada

la libertad le niega suspirada,
por sostener su orgullo y tiranía.

¡Oh duro estado! Mas, llegó el momento
y el día *Veinticinco* reservado,
en que cayó de un golpe aquel cimiento
que al despotismo tiene entronizado,
y en que la libertad subió á su asiento
y á un trono por tres siglos usurpado.

II

Veinticinco feliz, hoy tu victoria
derrocó la soberbia de un tirano,
y levantó con triunfo soberano
á nuestra Patria al colmo de su gloria.

La época empezaste de una historia
en que pudo el humilde americano
desatar la cadena de su mano,
llenando de grandeza su memoria.

¡Oh día grande, heroico y memorable!
¡Oh día de virtud! ¡Qué regocijo
al oir tan sólo tu renombre amable,

de la América siente ínclito el hijo!
Tú mereces loores, cuanto es dable,
pues que el Dios de la Patria te bendijo.

III

En lo más orizado de la suerte,
en la época más ardua y escabrosa
se oyó una voz sonora é imperiosa:
Americanos, Libertad ó Muerte.

Un grito fué del Sud valiente y fuerte
aliento vivo en ocasión dichosa,
que á la escena más triste y desastrosa
en un teatro de luz y paz convierte.

¡Oh Nuevo del Gran mes! ¡oh día! Tú fuiste
destinado por Jove á esta mudanza;
tú la impresión del grito difundiste,

que llenó de vigor nuestra esperanza:
y levantas la voz con nuevo empeño:
América del Sud no tienes dueño.

IV

Congreso augusto, alma, aliento y vida
de los pueblos del Sud, patrio Senado,
honor y gloria en el más alto grado
te tributa la Patria agradecida.

Cuando incauta la vista casi hundida
en un caos de discordias, tú, esforzado
un grito diste al Sud, libre ha quedado
y la Patria en sus fueros sostenida.

Jove escuchó tu voz. Tu soberano
decreto lo confirma: en él divisa
sancionada su ruina el cruel tirano

y la Patria su suerte inmortaliza;
y hoy repites con voz más imponente:
Libres. Pueblos del Sud, eternamente.

V

Nueva feliz, Península quejosa,
nobles hijos del trueno: feliz nueva.
Vuestra felicidad desde hoy se eleva
á una altura gigante y prodigiosa.

La América, decís, es ominosa
á nuestra población. Ella nos lleva
nuestros hijos... Callad. Nadie se mueva.
Vuestra generación ya en paz reposa.

Creced, multiplicaos, llenad el suelo
que en suerte os ha tocado. El gran Neptuno
por mares nos divide. Quiera el cielo

darnos por su bondad, ciento por uno,
y que sea en vuestro bien tal vuestro celo,
que no dejéis pasar acá á ninguno.

A LA VICTORIA DE MAIPO

América del Sud, feliz respira
de palmas y laureles coronada.
Déjate ver desde hoy engalanada
á presencia del orbe que te admira.

Un nuevo Marte que valor inspira,
en los llanos de Maipo cimentada
ha dejado la suerte, y enlutada
la del tirano que á humillarte aspira.

¡Oh Marte! ¡Oh San Martín! ¡Honor y gloria,
lustre inmortal del pueblo americano!
Llanos rememorables. ¡Oh victoria!

¡Pavor y asombro del orgullo hispano!
Sed vosotros en bien de este hemisferio,
columnas, cascos de este nuevo imperio!

Á UNA MOZA MUY HABLATIVA

Asombrado me tienes, Pancha mía,
con tu charlar eterno y portentoso,
ese habladero cruel tan afanoso
que toca en los extremos de manía.

Hablas, mi Pancha, hablas noche y día,
ora agitada estés, ora en reposo;
así tu labio nunca está mohoso
y tu lengua jamás con perlesía.

¡Prodigioso charlar! Si la escultura
el busto de un locuaz hacer quisiera,
¿qué original mejor que tu figura?

Entonces con asombro el mundo viera
que hasta el sólido mármol, ¡cosa rara!
por ser tu copia, sin cesar charlara.

Á UNA MOZA PINTORA

Eres, Pepa, en pintar tan gran maestra
que Apeles envidiara tus pinturas:
tan aplicada al arte, que si duras,
podrás salir con él á la palestra.

Pintas con la derecha y la siniestra,
pintas á buena luz, pintas á obscuras.
también durmiendo pintas si me apuras,
tan hábil eres y en pintar tan diestra.

¡Oh joven singular! Por Dios, enseña
esa tu habilidad encantadora
á tanta joven que en pintar se empeña;

y para que te busquen, pon desde ahora
en la puerta este aviso y contraseña:
«Aquí vive Josefa la pintora.»

AL PARTIR DE BUENOS AIRES Á TUCUMÁN

La ausencia de mi bien, mi bien, mi encanto
apenas deja aliento al pecho mío,
apenas deja acción á mi albedrío
para poner represas á mi llanto.

Las sombras cubren con su negro manto
mi mustio corazón, pálido y frío;
un humor melancólico y sombrío
en el país me coloca del espanto.

Huye de mí la paz, huye el consuelo
huye la dulce y apreciable calma:
todo es llanto, dolor angustia y duelo.

Perdió al fin el amor (¡oh amor!) la palma.
¿Y por qué tal contraste, justo cielo?
¡Es que me voy y se me queda el alma!

Á LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Buenos Aires, feliz fuiste algún día:
mil lauros á tus sienes coronaron;
las naciones que absortas te miraron,
emularon tus glorias á porfía.

¡Viste nacer al sol con qué alegría!
Sus luces tu valor preconizaron
y con puros destellos celebraron
la muerte de la atroz, cruel tiranía.

¡Mas, ay de ti, infelice! Se ha volcado
para tu mal el carro de tus glorias;
el sol, antes risueño, se ha enlutado.

Los viles sobre ti cantan victorias.
Y por despojos sólo te han quedado
de tu antiguo esplendor tristes memorias,

Á LA MEMORIA DEL DR. D. MARIANO MORENO

Arrebató la parca... (¡Parca fiera!)
al joven más cabal (¡vil homicida!)
Cortó el hilo dorado de una vida
que su guadaña respetar debiera.

La negra envidia (¡Cielos, quién pudiera
una mano cortar tan fementida!)
á la Patria ha inferido horrenda herida
que el rival más rival no le infiriera.

¡Oh tú que, amante de la Patria, aspiras
á hacer faustos sus hados, rinde honores
al joven héroe que ya el orbe aclama!

Si la espada le ha dado defensores,
del cañón de su pluma ¡oh pluma! admiras
vivo fuego brotar que los inflama.

AL RIO DE LA PLATA

Sagrado río, émulo glorioso
del vasto mar en donde te sepultas;
piélago dulce que soberbio insultas
al piélago salobre y espumoso;

argentino raudal que presuroso,
derramando riquezas que en ti ocultas,
giras en ondas que erizado abultas,
y bañas nuestras playas majestuoso:

corre, no te detengas, y en llegando
del hondo mar á la suprema altura,
á sus vivientes con murmurio blando

cuenta mi mal, mi pena y desventura,
cuéntales á sus aguas protextando
que más que su amargura es mi amargura.

A MOLDES

Moldes, joven procaz, desvanecido,
Narciso de ti mismo enamorado:
joven mordaz, de labio envenenado,
enemigo del hombre decidido.

Caco desvergonzado y atrevido:
ladrón de famas: genio preparado
á tirar piedras al mejor tejado,
siendo el tuyo de vidrio percudido.

Víbora de morder nunca cansada,
sanguijuela de sangre humana henchida,
espada para herir siempre afilada:

Sabe que una cuestión hay muy reñida
(de tu alma negra claro testimonio:)
¿Cuál de los dos es peor, tú ó el demonio?

A LOS COLORADOS

Milicianos del Sur, bravos campeones,
vestidos de carmín, púrpura y grana;
honorable Legión Americana,
adecuados, valientes escuadrones.

A la voz de la ley vuestros pendones
triunfar hicisteis con heroica hazaña,
llenándoos de glorias en campaña
y dando de virtud grandes lecciones.

Grabad por siempre en vuestros corazones
de Rosas la memoria y la grandeza
pues restaurando el orden os avisa

que la Provincia y sus atribuciones
salvas serán si ley es vuestra empresa,
la bella *libertad* vuestra divisa.

CANCION ENCOMIASTICA

AL GENERAL D. JOSÉ DE SAN MARTÍN

Al ínclito, valiente americano,
al argentino Marte, al invencible
domador del hispano,
impávido guerrero el más temible
que la patria registra en sus anales,
glorias, laureles, palmas inmortales.

Al vencedor de Chacabuco, al noble
general San Martín, bravo soldado,
que con esfuerzo doble,
con arduo empeño, con valor osad
en Maipo se labró nueva corona,
vivas y lauros, que el honor le abona.

Nunca con brío tal, con tal denuedo
vibró su espada el jefe macedonio:

jamás con menos miedo
se ha dado del valor un testimonio.
A *San Martín* se dió por raro modo
copiarlo en parte, superarlo en todo.

Sus bravos, aguerridos enemigos
de su marcial furor, tristes despojos
serán fieles testigos
de sus ardientes bélicos enojos;
de aquella intrepidez inimitable,
con que sabe vencer á fuego y sable.

Harán honor de publicar rendidos,
sus esfuerzos, sus armas, sus banderas,
sus jefes distinguidos,
sus esperanzas todas lisonjeras
al valiente campeón, atleta invicto,
superior á Alejandro en el conflicto.

Ellos le vieron recoger los restos
de unas huestes antes dispersadas,
y con nuevos aprestos
presentarlas con arte organizadas...
¡Acción gloriosa! digna de la historia,
que sola vale toda la victoria.

Ellos le vieron con terror y espanto
al frente de sus ínclitas legiones
por un secreto encanto
con un *viva* alentar sus corazones,
mostrándoles escrito en su semblante
el triunfo, que temieron vacilante.

Ellos le vieron ¡vista pavorosa!
con valor frío, con sereno aliento,
con marcha majestuosa,
sin trepidar un punto, ni un momento,
dirigirse á sus filas. Sí... lo vieron...
Vieron que no temía, y le temieron.

Ellos vieron al fin un rayo activo,
á *San Martín*, al genio destinado
para herir en lo vivo

al visir orgulloso que ha jurado
en los excesos de un furor insano
borrar del Sud el nombre americano.

Un rayo, sí, un rayo disparado
del seno del honor. Tal fué el momento,
que en la acción empeñado,
dando á su intrepidez nuevo incremento,
descargó en su rival con brazo fuerte
los trágicos horrores de la muerte.

En los llanos de Maipo, allí le vieron
blándir la espada con feroz aliento.
A su impulso mordieron,
envueltos en su sangre, el pavimento
los robustos de Iberia, las terribles
huestes de Burgos, huestes *invencibles*.

¡Oh parca! justa ahora, tú le diste
tu afilada guadaña. Le obligaste,
mejor diré, tú fuiste
quien á su voz con furia la libraste,
para así castigar un loco empeño.
y darle un triunfo, de que ya era dueño.

¡Llanos de Maipo! vuestro nombre solo
en las páginas todas de la historia
se oirá de polo á polo,
sofocarán sus ecos la memoria
del ejército grande, que en cruel guerra
con sus victorias abrumó la tierra.

¡Llanos de Maipo! Mapa delineado
con la sangre de injustos. Campo hermoso,
donde ha recuperado
sus derechos la patria; donde el gozo
ha sucedido al llanto, y donde todo
tornó á su libre sér por raro modo.

Obra fué tuya, héroe sin segundo,
y de tus bravas bélicas legiones.
Todo este nuevo mundo
aclama tu valor. Tú das lecciones

al mundo antiguo, que aunque siempre vano,
ya te apellida: *Marte Americano.*

Marte mismo te observa y queda absorto
envidioso quizá de tal proeza,
viendo en ti un raro aborto
de virtud, de valor, de gentileza;
y que cuando vencer resuelto tratas
sus vengativos rayos le arrebatas.

Negra envidia, furia del abismo,
no atentes contra el héroe. No despliegues
tu fiero despotismo.
Tus máquinas suspende. No, no llegues
del templo á los umbrales, donde en calma
le coronan laurel, oliva y palma.

Deja por esta vez, deja que todos
los pueblos de la Unión con tierno acento
canten con varios modos
su triunfo en Maipo, su marcial aliento.
Pedid ¡oh pueblos! para tal empleo
su lira á Apolo, y su voz á Orfeo.

¡Oh provincias del Sud! ¡pueblos constantes
del mérito y valor admiradores!
¡Oh de la patria amantes!
Quemad inciensos, tributad honores
al héroe vencedor. Un templo augusto,
y por diestro cincel su noble busto.

Su diestra mano empuñará la espada.
En su siniestra bicolor bandera.
Su cabeza adornada
con bélicos blasones. Una esfera.
En su arca azul con cifras de oro un lema:
¡San Martín vive, todo injusto tema!

BOLERAS PATRIOTICAS

El clarín de la fama
resuene hermoso
y cante las victorias
del Sud glorioso,
y que esta gloria
se grave en los anales
de nuestra historia.

El Dios Marte propicio
á nuestra empresa,
diademas nos prepara
con ligereza;
y así corramos,
que es nuestra la victoria,
Americanos.

Ya se acerca, argentinos,
el feliz día
en que triunfe la patria
con energía:
y que valientes
pronunciemos el nombre
de independientes.

A la voz de: ¡Argentinos!
hasta el abismo
se acogen los tiranos
del despotismo,
y sorprendidos,
se abruman con el crimen
que han cometido.

Todos los argentinos
no dispensamos
medio que no arbitremos
para salvarnos.
Y esto es probable,
pues mueren por la Patria
innumerables.

Ya parece que escucho
al Sér Supremo
que nos dice: «Sed libres
siglos eternos.»
Y así digamos:
Viva la Independencia
eternos años.

CUENTO AL CASO

Sabe, si no lo sabes,
¡oh mi querido Arguinto!
que cierto noble *huaso*
de aquellos que el destino
el suelo tucumano
les dió por domicilio,
montado en su caballo
que el Macedonio mismo
se lo hubiera envidiado
por brioso y por lindo,
sin otro ajuar y adorno
que un bozal repulido,
un par de guardamontes,
unos bastos estribos,
una usada carona,
y un recado mezquino;
más orondo que el héroe
de la mancha y más fijo
(como buen Tucumano)
que aquél en el designio
de enderezar entuertos
que sufrieron tus siglos;

más tieso que aquel otro
que como un poeta dijo,
almorzaba asadores
en lugar de pepinos;
más astuto que el zorro,
humilde como él mismo;
más tenaz... pero basta.
¿Lo conoces, Arguinto?
Y tanto lo conoces
que quizás es tu amigo.
A este, pues, que vagaba
sólo consigo mismo
por uno de estos montes
(insensibles testigos
del denuedo y empeño
de tanto fiel patricio,
sucesores de Marte),
se le hizo encontradizo.
con síntomas de guapo,
un orgulloso esbirro,
bostezando bravuras
y jurando exterminios,
con el rey en el cuerpo,
la mano en el gatillo
de una armada pistola;
y queriendo que al grito
de su ronca bocina
quedase el *huaso* mío
extático pasmado,
confuso y aturdido.
Y cuando así lo juzga
con tono duro, altivo,
le intima que se rinda
víctima de su brío.
¡Oh qué insulto! ¿Sufrieras
otro tanto, mi Arguinto?
¿Sufrieras que entonado
un humilde cerrillo
al altivo Aconquija
intimase atrevido
que rendiera su cima
al despreciable risco?
¡Oh cielos! ¿No han bastado
tantos años y siglos?
¿Aun se atreve el orgullo
á levantar el grito
é intimar rendiciones
en su suelo nativo
(violando sus derechos)
á los nobles patricios?
¿Aun Hesperia se atreve,
bajo el nombre fingido
de un rey que ella desprecia,
á dar en tono frío
la ley que ella debiera
recibir del destino?
¡Amargas reflexiones,
Arguinto, amado Arguinto!
Ellas, parece, ocurren
al corazón sencillo
del insultado *huaso*,
y dueño de sí mismo.
dando vuelcos al alma
y terror al destino,
al escuchar idiomas
ahora desconocidos,
con un *no* más redondo
que un esférico ovillo
contesta al arrogante
oficial presumido.
Este guapo y fullero,
herido en lo más vivo
de lo que llama el mundo
honor (y es el más fino
y refinado orgullo)
del incauto patricio
asesta luego al pecho,
queriendo con un tiro
dar pábulo á su saña
y á su rabia ejercicio.
Aquí de Dios. El *huaso*
que advierte su peligro,
á su valor é industria
llama luego en su auxilio:

echá mano al cabestro
(instrumento sencillo,
pero que en mano diestra
desempeña el oficio),
y fijando sus ojos
en el casco vacío
(así lo tienen todos)
del insultante esbirro,
le imprime los ramales
con tan valiente estilo,
que si le deja sesos
le quita todo el juicio,
desvirtuando mañoso
la dirección del tiro.
¡Víctor! ¡Qué acción tan bella!
Quedó el hombre lucido.
Troncos expectadores
del pasaje tan lindo,
no permitáis se hunda
en el caos del olvido,
quede en vuestras cortezas
menudamente escrito
para escarmiento eterno
de tontos atrevidos;
vosotros sí, vosotros
fuisteis fieles testigos
así de tanto orgullo
como del valor frío
con que supo humillarlo
un resuelto patricio;
visteis con nuevo asombro
caer luego de improviso
aquel monte de carne,
despojo del invicto
y más heroico brazo.
Visteis que compasivo
al paso que valiente,
el vencedor no quiso
usar de represalia
con el pobre vencido.
Héroe hasta en ser humano
venciéndose á sí mismo,
le regaló una vida
sujeta ya á su arbitrio.
¡Acción noble y bizarra!
¿Hubo, mi caro Arguinto,
quien puesto en igual caso
cortase un retacito
del manto majestuoso
de su incauto enemigo,
para señal que pudo
y que no quiso herirlo?
Generoso igualmente,
aunque por otro estilo,
nuestro valiente *huaso*
reduce su castigo
á dejar para ejemplo
al guapo presumido
con sólo la camisa
que hubo recién nacido.
Cuando vuelto del susto
y vuelto en su sentido,
se ve entre cielo y tierra,
como Eva en el Paraíso,
de los cuatro elementos
espectáculo indigno,
juzgando ojos y lenguas
en los troncos vecinos
y que todos burlaban
figurón tan supino:
¿no te parece lance
gracioso, Arguinto mío?
Asustadas las aves
de todo aquel recinto
(así me lo figuro),
con notables chillidos,
extrañando un fantasma
hasta entonces no visto,
ya se acercan, ya huyen,
ya acometen con vivos
y clamorosos ecos,
y aun afilan sus picos...
¡Qué escena para el guapo
que se precia de lindo!

Si acaso (como creo),
entre alegre y mohino,
el más que astuto *huaso*
se mantuvo escondido,
observando de cerca
de tanto desatino
el fausto resultado...
Contémplalo. Yo mismo
suelto una carcajada
como él quizá lo hizo.
Pero entretanto, sabe
¡oh! mi querido Arguinto
(y esto cede en tu gloria)
que los Campos Elíseos
son el teatro vistoso
de acto tan peregrino.

En la Pirámide se hallaban grabadas las siguientes

DECIMAS

I

El león que con fiereza
hasta ahora al Sud devoró,
al fin, que quiera, que no,
ya va largando la presa.
De la América la empresa
toca su fin pretendido,
y el mundo que había creído
ser esto imposible al Hado,
ve aquel fin verificado
y este imposible vencido.

II

¡Oh Sud! En ti la alegría
rebosa, sin que lo estorbe
de la otra parte del orbe
la vana, tenaz porfía:
ya respetará este día
de tu gloria y libertad;
ya verá en tu inmensidad
el derecho más sagrado
que ella, injusta, ha conculcado
con tanta inhumanidad.

III

¿Hasta cuándo habrá de ser
el Sud vilísimo esclavo?
¿No habrá de tener al cabo
término su padecer?
¿Nunca habrá de deponer
su ruín condición servi?
¡Oh Sud! Feneció la vil
dominación del Hispano.
Vive, vive Soberano
y reina por años mil.

IV

El cruel yugo que oprimía
la americana cerviz,
por un esfuerzo feliz
Julio quebrantó este día.
¡Oh mes, de la tiranía
acérrimo destructor!
Gran Julio en cuyo favor
Palas sus luces destina,
Jove sus rayos fulmina,
Marte esgrime su valor.

EL ANZUELO

A las orillas del mar
vi á Lise pescando un día,
sin que ayudarla á pescar
pudiera la suerte mía.
Yo por cierto dudaría,
según mis inclinacion
si en las dulces variaciones
con que el anzuelo arrojaba,
acaso peces pescaba
ó pescaba corazones.

OCTAVA

En el día que se instaló la Universidad de Buenos Aires: 12 de Agosto de 1821

Si hasta ahora Marte, con serena frente,
de laureles la Patria ha coronado
tiempo es que dirija yo obsecuente
con Minerva los laureles que ha alcanzado.
Así pues en obsequio reverente
den á la Patria un vínculo sagrado;
para fijar el auge de sus glorias,
luces Minerva, Marte dé victorias.

JOSE AGUSTIN MOLINA

LA JORNADA DE MAIPO

Las armas de mi Patria alegre canto,
sus combates, sus triunfos, sus victorias,
sus esfuerzos, su celo ardiente y santo,
por romper las cadenas vejatorias,
que le han ajado y oprimido tanto

¡Oh! quién para cantar sus bellas glorias,
todo el astro tuviera, que el Parnaso,
en Virgilio encendió, sopló en el Tasso!

Corría felizmente el año octavo,
en que el Sud en América expiraba
de la afrenta salir de humilde esclavo,
un congreso en su seno se elevaba,
la gente de armas á su faz miraba:
chile por uno de ellos libertado,
se erige en nuevo, independiente Estado.

Un miserable resto de vencidos,
escapados por suerte en su derrota
de Chacabuco, existen guareeidos
en un punto, que el mar de un lado azota,
y muros cercan de otro endurecidos.
Incierto su temor mil veces flota,
cuando se ven en su última trinchera,
por la gente forzados más guerrera.

Manda socorro Lima... su tirano
aquel que aborrecido internamente,
sin virtud, sin talento, inhumano,
ímbécil, nulo, débil, impotente,
esclavizar de nuevo piensa ufano,
todo un inmenso, heroico continente:
¡Pensamiento insensato! Vil Pezuela,
¿quién detendrá á la América, que vuela?

Reforzados se lanzan del asilo,
que en Talcahuano halló su cobardía;
como una inundación, no ya del Nilo,
sí de un torrente asolador cubría,
su hueste las campañas, que el tranquilo
agrónomo labraba noche y día:
masca de polvo su negro torbellino
de sus pasos la huella y su camino.

Pasan el Maule, avanzan—siempre incierto
su ánimo, en Talca busca nuevo abrigo;
nada se teme, más que el descubierto.
¡Despreciable, ridículo enemigo,

indigno del laurel marcial por cierto!
de la Patria un campeón era testigo
de su número, clase y movimientos,
tan tímidos y cautos, como lentos.

Al rumor de su marcha, á los primeros
avisos, que se dan de su venida,
se avanzan á su encuentro bravos, fieros,
el alma en ardor bélico encendida,
del ejército patrio los guerreros;
San Martín en su frente, aliento y vida
de aquel robusto cuerpo, cuyos brazos
van á hacer del contrario mil pedazos.

El arriba: su campo se establece
junto al adverso, bajo de sus ojos:
le aguarda, en un refugio permanente:
quince días, en vano, sus enojos
provoca y el combate se le ofrece;
es que trama un ardid, que de sonrojos
y confusión llevara á otros guerreros,
que no fueran los ínclitos Iberos.

La negra noche lóbrega extendía,
sobre el mundo y los crímenes su manto,
tercera de la vil alevosía,
rival del proceder honesto y santo.
A su favor la floja cobardía,
flaqueando toda, lánguida de espanto,
inspira á Osorio la afrentosa empresa,
de emplear con su enemigo la sorpresa.

Temer la luz del sol, tan favorable
al valor verdadero, sólo es dado
al español abyecto y miserable.
¿Qué militar, celoso de su grado,
no procura en la lid ser espectable?
¿Quién no se juzgaría deshonrado,
de deber su ganancia ó vencimiento,
a un golpe de traición ó un salteamiento?

Le sale bien, dispersa nuestra gente,
mas la suerte, tal vez, sirve al intento,

mejor que los consejos del prudente.
«Es verdad, dice el héroe que un momento
de descuido, ó más bien un accidente,
que prevenir no pudo el más atento,
ha dado una ventaja transitoria
al tirano, más nunca una victoria.»

Tranquilo, aunque afligido, da al soldado.
a todos un ejemplo de firmeza.
¡Compatriotas! he aquí nuestro dechado,
modelarse por él, mucho interesa.
¿Porque un suceso salga desgraciado,
desesperarse debe de la empresa?
¿Seremos á la patria menos fieles,
si tal vez se marchitan sus laureles?

¿Al pájaro medroso imitaremos,
que del árbol se vuela en el instante,
que agitado, cual nave de los remos,
al impulso del viento está flotante?
A extremo riesgo, espíritus extremos;
digamos siempre en caso semejante:
encorvado está el árbol solamente,
el volverá á erigirse nuevamente.

«No se ha perdido todo, remediada
»la principal desgracia está en gran parte,
»(prosigue el jefe de la fuerza aliada),
»la capital es nuestra, y según arte,
»prontamente será fortificada:
»ella será nuestro último baluarte,
»nuestro sepulcro mísero y glorioso,
»si no lo fuere del tirano odioso.»

«Yo soy el que la guardo y la sostengo;
»cerca de cuatro mil bravos conmigo,
»para hacer la defensa última tengo;
»mas sin dar nuevo ataque al enemigo,
»no volverán al punto que prevengo;
»de su marcial ardor soy fiel testigo;
»corramos á las armas, ciudadanos,
»escarmiente la patria á sus tiranos.»

Así habla en el contraste y mala suerte

el ínclito del Sud (¡raro coraje!);
donde quiera de su alma grande y fuerte,
tal es el noble, enérgico lenguaje,
cuando amagado de la misma muerte,
á vista de los riesgos y el carnaje,
se sostiene en los brazos de su audacia,
y lucha varonil con la desgracia.

Engreído Osorio con el buen suceso
del diecinueve, carga á toda prisa.
¡Insensato! no lleves al exceso
una gloria fugaz que se desliza!
Te lisonjeó un instante el hado avieso;
esta fué como la última sonrisa
para ti de la pérfida fortuna:
pronto lo probarás bien importuna.

¡Cinco de Abril! Tú viste finalmente
desplegarse en las márgenes ó llano,
que fecunda el Maipú con su corriente,
el ejército patrio y el hispano.
El hierro de las armas reluciente
disputa al sol su brillo soberano:
con su son pavoroso los tambores,
son de la muerte horribles precursores.

La fiereza, la cólera, el despecho,
la venganza, el orgullo en cada frente
(rebosando de lo íntimo del pecho)
están pintados respectivamente.
El general patricio satisfecho
ve el aparato bélico imponente,
por el momento ansiando de un combate,
de que pende de América el rescate.

Su corazón se aplaude muy contento
de encontrar en el campo de batalla
rivales dignos de su heroico aliento:
donde siempre los quiso, al fin los halla,
(¡fruto feliz de su envanecimiento!)
sin parapeto alguno, sin muralla.
Vuelto á los suyos que arden de coraje,
les dirige, en sustancia, este lenguaje:

«Ved ahí al enemigo, ved al godo,
»que perpetuarse intenta en nuestra tierra;
»es necesario hoy día, sobre todo,
»ó vencer ó morir en esta guerra:
»de nuestra parte es santa en algún modo,
»pues la defensa natural encierra:
»soldados, nuestra patria, su esperanza,
»su libertad vincula en nuestra lanza.»

Sobre un bruto veloz, más que los vientos,
que fiero con su carga y vanidoso,
la tierra bate, acaso en sus cimientos,
desafiando los riesgos animoso,
por sus bien ordenados regimientos,
corre de fila en fila presuroso,
á su lado se ven esos guerreros,
de su gloria y laureles compañeros.

Los Balcarce, los Heras, Albarados,
los Quintana, y cada comandante,
quienes, cerca del héroe colocados,
aguardan la señal, y en su semblante
descubrir, les parece, asegurados,
la esperanza y presagio consolante.
De un triunfo cierto, grande, ventajoso,
que de la patria el nombre hará glorioso.

Abatido, entretando Osorio inquieto,
la virtud en su pecho busca en vano:
no la hallará, sin duda en el aprieto,
que no en el patrimonio de un tirano.
Su corazón feroz tiembla en secreto,
no esperando que el cielo le dé mano
favorable á sus armas, y propicia;
porque de ellas conoce la injusticia.

Al Dios de los combates invocando;
nuestro caudillo, al fin, alarma grita:
la hueste, con paso igual marchando,
sobre la otra á la vez se precipita;
tiembla el suelo y de polvo levantando
densa nube, su luz al cielo grita,
alarmado el Maipú, todo medroso,
atrás sus ondas torna presuroso.

Al rnído aterrador de dos tambores,
de millares de voces al acento,
al rodar de los carros sonadores,
retumba hasta el mismo firmamento,
los Andes, de la lid espectadores:
á este horrísono estrépido violento,
del plomo destructor se une el silbido,
que va en la sangre á ser humedecido.

Por todas partes vuela el fatal hierro,
la pólvora, este don funesto, horrible,
de las furias saliendo de su encierro,
por mil bocas flamea inextinguible;
su explosión que conmueve el bosque, el cerro,
forma una nueva tempestad terrible
de balas que esparcidas á la suerte
en toda dirección llevan la muerte.

Ya se ven los flotantes batallones,
romperse y apretarse en el instante,
para cubrir, por sabias precauciones,
los claros que abre el bronce fulminante:
el trueno cesa ya de los cañones;
la bayoneta, el sable centellante,
suceden en su vez, que muy más duros,
de cerca lanzan golpes más seguros.

Sus gritos el dolor traga y sofoca,
la muerte es desde aquí feroz y muda,
en silencio en su obsequio allí coloca
su imperio para hacer la lid más cruda.
nadie suspira, nadie abre la boca,
por no causar á su rival sin duda,
la alegría de oir (extraña cosa)
los ayes de una queja vergonzosa.

Una bravura igual, hizo dudoso
el combate hasta entonces: la victoria
volando incierto sobre el animoso,
ensangrentado campo de la gloria,
de uno y otro partido valeroso,
pesaba la constancia meritoria,
y en la sangre, que en ondas circulaba,
de ambos lados sus alas empapaba.

Angel que aquel combate presidías,
genio exterminador, que lo inflamaste,
¿de cuál héroe, por fin, las valentías
con el lauro del triunfo coronaste?
¿Cuya causa de lo alto protegías?
¿En qué partido la justicia hallaste?
¿Hacia qué lado exenta de venganza,
se inclinó de los cielos la balanza?

Largo tiempo, cinco horas, el patricio,
y el godo defendiendo y atacando,
se disputan el campo. Al fin propicio
se declara el Eterno á nuestro bando.
Sobre un carro de luz, brillante indicio,
de la beldad, que en él viene triunfando,
hiere los aires y á la tierra baja.
la que nos ha obtenido la ventaja.

Esta es la reina de ángeles y de hombres,
del universo entero la Señora,
dulcísimo y terrible (no te asombres),
pues de hueste ordenada, y bella aurora,
la da divino espíritu á los nombres;
ésta es de la nación la protectora;
á quien Chile no sólo con devotos
aféctos invocó, más la hizo votos.

Es María ¡gran Madre! á Dios la gloria,
pero de un corazón reconocido,
á vos hoy consagramos la memoria.
Si nuestro brazo fué fortalecido,
si alcanzó su denuedo la victoria,
obra de vuestro amparo todo ha sido.
Bendita seas, ¡oh Judit sagrada,
por quien se vé la América salvada!

Ya el padre sol, que de sus hijos caros
la intrepídez, gozoso presenciaba,
templando de su luz los rayos claros,
del cénit á su ocaso declinaba,
cuando el furor audaz de los avaros,
á quien la rica presa enajenaba,
cansado de lidiar sucumbe, cede,
ve que nuestro valor al suyo excede.

El espanto, el terror y aturdimiento
de su tropa alarmada se apodera;
pasa de fila en fila, en un momento,
se extiende á toda su falange entera.
Aquí arrojan el bélico armamento,
allí abaten al suelo su bandera,
corren, se chocan, jefes y soldados,
atónitos, confusos, desolados.

Aquél no manda, este otro no obedece,
al feliz vencedor todos rendidos,
cual prisionero á discreción se ofrece,
cual templando los ojos abatidos,
se arrodilla á sus plantas y las mece.
Cubren miles de muertos, y de heridos
el campo de Maipú, que no presenta
más que derrota, confusión y afrenta.

Osorio, el orgulloso, el fiero Osorio,
que su gobierno intruso y usurpado,
sobre aquel delicioso territorio,
con sus violencias sólo había marcado:
este hombre, que en crédito ilusorio,
venía vanamente esperanzado,
viendo su altiva presunción domada,
se abandona á una fuga apresurada.

El miedo no ya pies le da para ella,
sino alas con que vuela más que un ave,
ó con la rapidez de una centella,
á ocultar su vergüenza y pena grave,
acusa á España, quéjase á su estrella,
¿dónde hallará refugio? No lo sabe.
¡Osorio, Osorio, enseña á los tiranos,
á respetar los pueblos soberanos!

El español ejército altanero
de este modo inaudito sometido,
deja en el campo del combate fiero,
triunfante, airoso, de laurel ceñido,
al valiente fortísimo, guerrero,
al jefe de la Patría esclarecido:
quien desde el seno del honor y gloria,
se apresura á anunciar tan gran victoria.

¡Salud, mi dulce Patria, una y mil veces,
salud por el mejor de tus sucesos!
¡Cuánto con él te afianzas y estableces!
¡Cuán rápidos serán de hoy tus progresos!
Del mundo el fallo á tu favor mereces,
pues, no sólo convictos, mas confesos
dejas á tus tiránicos rivales,
de las naciones en los tribunales.

Nuevo estado de Chile soberano,
pueblo eminentemente valeroso,
acaso superior al espartano,
en virtud, en heroismo generoso:
tan noble y liberal, como cristiano:
tan bravo, como pío y religioso;
de los pueblos del Sud digno modelo,
¡sube tu gloria á la región del cielo!

¡San Martín! A tu nombre se arrodilla
de respeto mi voz, calla de pasmo;
su expresión es muy débil, muy sencilla,
para tu napoleónico entusiasmo.
El Sud te aclama; el godo se te humilla,
en su boca no se oye ya el sarcasmo;
ya no somos rebeldes é insurgentes,
gracias á tus victorias eminentes.

¡Sombras de los Muñecas, los Lucenas,
de los Díaz, Villegas y Beldones,
que con la sangre ilustre de sus venas,
llevaron nuestra era de blasones!
¡Sombras amadas! ¡Mil enhorabuenas!
En Chile han perecido los tiranos,
vuestros laureles dieron ya su fruto;
recibid de venganza este tributo.

Extásiense por fin los corazones,
en toda la extensión de Mediodía,
sus pueblos todos, todas sus regiones
resuenen con los gritos de alegría.
Con mil vivas y mil aclamaciones:
júntese la elocuencia á la poesía,
y eternicen, de acuerdo con la historia,
de la mayor jornada la memoria.

A LOS VALIENTES COCHABAMBINOS

En aquel tiempo aciago,
en que de la virtud triunfar parece
horrible el vicio, amenazando estrago
á la inocencia, y el orgullo crece
del que á nombre de Dios cubre la tierra
de odios y de guerra,
se oyeron en el suelo americano
tristes gemidos que arrancó el tirano.

Goyeneche, más fiero
que Mahomet, armada muchedumbre
por el Perú llevando carnicero,
á los pueblos eterna servidumbre
decreta enfurecido, y los condena
á pesada cadena,
la cuchilla en la diestra alzando él mismo
que sangriento le diera el fanatismo.

El libro del destino
iluso en su favor leer pensaba:
mas el ágil y audaz Cochabambino
al presentir el mal, que preparaba
á la Patria, á sus hijos, á sus lares,
se reúne á millares
de hermanos por el déspota insultados,
que á la venganza corren denodados.

Por la escarpada sierra
y los amenos valles se derraman;
se siente á su furor temblar la tierra
á la voz libertad, que ellos proclaman;
el eco vuelve al monte cavernoso,
y resuena espantoso
en los oídos del que inicuo ofende
la humanidad, y su clamor no atiende.

Las fieras tribus indias
acuden todas, que el alarma oyeron,
y el yugo sacudiendo, que inhumanas

las leyes de conquista le impusieron,
siguen al hijo fuerte de Oropesa,
que veloz atraviesa
los cerros del contrario, aprisionando
escuadras, que le esperan asediando.

Las antiguas ruinas
al belígero acento se conmueven:
del metal duro de las hondas minas
con manos diestras á forjar se atreven
para el combate vengadores rayos;
y Jove sus ensayos,
eterno protector del inocente,
benigno aprueba á la esforzada gente.

El Austro embravecido,
desde los Andes viene resonando
á traer la nueva, hasta el contrario exido
el pendón ominoso derribando;
tiembla el tirano de terrores lleno,
mas que si oyera el trueno;
y venganza retumba
también del Inca la sagrada tumba.

Como la mar undosa
crece la turba popular, errante,
que al enemigo estrecha belicosa;
el jefe, demudado ya el semblante,
mira de fuerza y de consejo escaso
con terrible fracaso,
al indignado pueblo, que á arrojarse
va contra el trono, do pensó encumbrarse.

Hoy escuela de Marte
es Cochabamba, cíclopes sus hijos,
que de Vulcano mejorando el arte,
entre trabajos duros y prolijos,
activos acicalan las espadas
que dejarán vengadas
del adalid las muertes afrentosas,
con que inundó de llanto á las esposas.

Cadalsos levantados
contra el fiel hijo de la Patria amada,

son por sus fuertes brazos derribados;
la justicia les da su heroica espada,
que al monstruo de la América castigue,
y los males mitigue
de pueblos, que aborrecen en sus pechos,
al impío forzador de sus derechos.

A la menor refriega
de una ciudad acrecen la esperanza,
que oprime injusta la ambición más ciega
en ademán de protección se avanza
el patriota, la virgen le corona
de laurel, y pregona
con himnos de victoria á las naciones,
la libertad de cien generaciones.

De empresa tan gloriosa
el genio de la Patria es mensajero;
la virtud oprimida vergonzosa,
que la razón es su esplendor primero,
vuelve á ocupar el patrio Continente
y bajando impotente
al abismo el error, que en nuestro daño
mantuvieron el tiempo y el engaño.

Vosotros esforzados
fieles caudillos, Arce y Antesana,
recibid hoy los votos consagrados
al valor vuestro por la gente Indiana:
Buenos Aires celebra vuestra gloria,
y la mayor victoria
cantar espera en el tremendo día,
que aniquiléis la horrenda tiranía.

A LA CORDILLERA DE LOS ANDES

(CANTO)

¡En qué tiempo, en cuál día ó en qué hora
no es grandioso, soberbio é imponente,
altísima montaña,
tu aspecto majestuoso!
Grande, si el primer rayo de la auror.

se refleja en las nieves de tu frente;
grande, si desde en medio del espacio
el sol las ilumina;
y magnífico, en fin, si en el ocaso
tras de la onda salada y cristalina
su disco refulgente se ha escondido
dejando en tu alta cumbre
algún rayo de luz que nos alumbre,
aunque no veamos ya de do ha partido.

¿Qué mortal atrevido es el que ha osado
á tus excelsas cimas elevarse?
¿Quién es el que ha estampado
en las eternas nieves que las cubren
el rastro de su planta?
El condor que en su vuelo
más allá de las nubes se levanta,
y que á escalar el cielo
parece destinado,
jamás fijó la garra ensangrentada
en tus crestas altísimas en donde
á la tierra argentina el sol se esconde.

¡Qué sublime y grandiosa es la presencia
de tu gigante mole inmensurable
en las ardientes noches del verano,
cuando la luz incierta de la luna
alumbra una por una
las hondas quiebras de tu frente altiva!
Al contemplar mi mente
la siempre caprichosa alternativa
de eminencias sin límite patente,
y de profundidades sin medida,
absorta y conmovida
cree estar viendo los pliegues del ropaje
de un fantasma nocturno cuya planta
en la tierra está fija,
y su cabeza al cielo se levanta.

¿Qué serían los Alpes, el Caucaso,
el Pirineo, el Atlas y Apeninos,
si se hallaran vecinos
al agreste empinado Chimborazo?

Sólo tú. Dolhaguer, de las alturas
que el mortal ha podido
sujetar á mensuras,
más alto te levantas;
pero, ¿quién ha medido
el gran Soncomús; ni el Ill:mani?
¿Y quién del Tupungato inaccesible
la enorme elevación ha calculado?
Cordilleras inmensas donde el hielo
á los fuegos del sol es insensible,
forman el pedestal donde su asiento
tiene esta mole, cuya helada cima
parece que sostiene el firmamento.

Huye sañudo ó iracundo el viento
y las selvas y torres estremece,
y su espanto, su furia tanto crece
que arranca los peñascos de su asiento.
Las nubes sobre nubes amontona;
y de la tempestad el ronco estruendo
de valle en valle su furor pregona.
Rasgan mil rayos de la nube el seno,
y el horrendo estampido
del pavoroso trueno,
de la obscura guarida hace que huya
el león despavorido.
Mas cuando en las montañas
de un orden inferior y en las llanuras.
todo anuncia el estrago y exterminio
de las selvas, peñascos y criaturas,
la tempestad no extiende su dominio
á la cumbre elevada, inconmovible,
del siempre encanecido Tupungato,
do fluye el éter puro y apacible.

En la edad primitiva de la tierra,
cuando el fuego voraz que en lo más hondo
de sus senos recóndito se encierra
más á la superficie se acercaba;
y cuando en cada una
de tus cumbres altísimas se vía,
que en torbellinos de humo, ardiente lava
el cráter inflamado despedía

de cien volcanes, cuyas erupciones
nuevos montes y valles, nuevos lagos
dejaron por señal de sus estragos;
cuando las convulsiones
que agitaron la tierra de contino
á los mares abrieron el camino
que después Magallanes descubriera,
entonces, ¿qué mortal hubiera visto
impávido y sereno
su cabeza amagada por el trueno,
y el pie no hallar asiento
que seguro le fuera,
cuando la tierra estaba en movimiento?

Si fué en aquella era
en la que la salvaje Patagonia
una raza habitaba de gigantes,
de más gran corazón que lo es ahora
el hombre envilecido,
oiría en el rugido
que la explosión violenta producía,
el Orbe conmoviendo en sus cimientos,
la voz del Grande Espíritu ordenando
á los astros distintos movimientos,
hacer la división de noche y día
y las varias sazones arreglando.
En el fuego, vería, que arrojaban
las cóncavas entrañas
de las crestas y altísimas montañas,
otras tantas antorchas con que quiso
iluminar su trono,
el Ente eterno que los mundos hizo.

Si á la tierra bajara
la libertad querida, hija del cielo,
¿do su trono fijara
él el mísero suelo,
sino donde el aliento emponzoñado
del despotismo mancillar no pudo
el aire primitivo?
¿Y cuál lugar, en fin, no ha profanado
en su inquieto furor la tiranía?
La corva quilla de guerrera nave

corta la onda agitada del Oceano,
y el despotismo fiero que no cabe
en el recinto que ocupar solía,
extiende su poder al país lejano;
nuevas víctimas halla
en que ejercer sus bárbaros furores,
y el hombre gime bajo el yugo odioso
á que unce las naciones que avasalla.
¡Mas qué extraño será que la cadena
lleve el hombre infeliz, del despotismo,
cuando ni la ballena
en lo más hondo del salado abismo
de su influjo fatal se mira exenta,
y fuera de su alcance no se cuenta!

El pino, de los bosques ornamento,
en el recinto oculto y solitario
la erguida copa ostenta
mecida blandamente por el viento;
pero el brazo nefario
la cortante segur al tronco aplica,
y en el fugaz período de un instante,
el mismo que hasta el cielo
elevarse orgulloso parecía,
sin vida cae tendido sobre el suelo.
De allí á la húmeda playa
el esfuerzo del hombre hace que vaya:
en bajel se transforma y ¡quién creyera
que este árbol tan gallardo, tan lozano,
que en la remota selva había nacido,
exento no estuviera
del poder formidable de un tirano!
El ordenó que nave se volviera,
y nave se volvió, do ahora truena
el cañón matador cuando él lo ordena.

Empero ¿por ventura,
la mísera morada
al hombre destinada,
sería la mansión augusta y pura
en que la libertad moró algún día?
No; que á la tiranía,
el hombre como el bruto,

le pagan de dolor triste tributo;
los míseros humanos
bajo el yugo doquier de los tiranos
arrastraron su mísera existencia.
Do quiera que hombre hubo
alzó la tiranía
su estandarte sangriento en mano impía.
Tan sólo en la eminencia,
do nieves entre nieves amontona
la sabia Providencia,
cual en los polos fríos
do ni el viento ni el sol las desmorona,
y el surtidero son de grandes ríos,
no pueden los tiranos,
como en los hondos valles y los llanos,
el suelo mancillar con pies impíos.

¡Oh dulce Patria mía! ¿Quién creyera
cuando al salir del sueño de la infancia
admiradas te vieron las naciones
alzarte como el águila altanera,
y que en tu vuelo audaz, con arrogancia,
humillabas los leones
de Castilla, que tanto respetaron,
y ante los cuales á su vez temblaron?
¿Quién creyera, repito, que algún día
doblases la cerviz al yugo duro
á que te había de uncir la tiranía
bajo la planta de un tirano osbcuro?
Pero todo en tu seno lo ha manchado
ese funesto aborto del abismo;
por miles las cabezas ha cortado,
con la sonrisa aleve del cinismo,
y en todo le que abarca
tu suelo pesde el Plata á Catamarca,
y del pie de los Andes á Corrientes,
con sangre señalaron su camino
sus bárbaros tenientes.
Sólo la nieve eterna de la cumbre
de ese cordón que ciñe al occidente
tus inmensas llanuras,
no sostuvo jamás la pesadumbre
de sus plantas impuras.

Mas tus picos nevados
no así se resistieron
en otro tiempo, altísima montaña,
para no ser hollados
de aquellos que valientes combatieron
por libertarse del poder de España.
Legiones de mi Patria enarbolando
el bicolor do el sol su faz ostenta,
ví yo escalar tu cima;
y el yugo de Fernando,
que tres centurias de existencia cuenta,
roto lo vi caer en Chile y Lima.
Libertad en tus cumbres se proclama,
y desde el cabo helado de la tierra
con que el sañudo mar siempre está en guerra,
á la desierta arena de Atacama,
de monte en monte se repite el grito;
pero la libertad que á tantos dieron
no alcanzaron jamás ¡oh verdad triste!

Yo saludo las cumbres en que ostentas
nieves que una edad cuentan con el mundo,
montaña inaccesible,
y al contemplar las fases que presentas,
desde el valle profundo,
que mísero gusano imperceptible,
me diera el Ser eterno por morada:
al beber de los ríos y torrentes
que se desprenden de tu helada cima,
y que rugiendo van por la quebrada
en que Dios encerrara sus corrientes:
el soplo del Eterno que me anima
bendice su Hacedor, y agradecido
se postra en su presencia enmudecido.

Yo veo en esa mole gigantesca
la obra de un Ente eterno,
y de la eternidad me da la norma.
Llegará, tal vez, tiempo en que perezca
á la voz de gobierno
con que los soles y los mundos forma:
quizás en los arcanos de su mente
está ya decretado

que en polvo se disuelva de repente,
pero mi entendimiento
débil y limitado
á comprender no alcanza
el Supremo poder que movimiento
al Universo ha dado,
fijando el equilibrio y la pujanza
de los cuerpos que pueblan el vacío,
do ejercen su poder y señorío.
Mas su saber y su grandeza admiro
cuando el insecto imperceptible miro;
y siento que su mano,
que todo lo sacara de la nada,
ha podido arrojar sobre ancho llano
una montaña enorme y elevada,
y á polvo reducirla en un momento
arrancando de cuajo su cimiento.

Cuando las tempestades
las razas exterminen de los hombres,
extinguiendo los nombres
de naciones, imperios y ciudades;
cuando el fuego del cielo
por la mano de Dios lanzado sea,
y descendiendo al suelo
hecho pavesas por do quier se vea,
y que los altos montes y collados
como la cera fluyan liquidados;
cuando el fiero Aquilón embravecido
sublevando las aguas del Oceano
las saque del abismo do han yacido,
el escarpado cerro y ancho llano
bajo sus ondas cubran encrespadas;
cuando ninguna voz viviente, unida
al mugir de las olas agitadas,
deje sentir la vida
un eco sólo que repita el monte;
entonces esas puntas siempre heladas
respetarán la furia de los mares;
y en el vasto horizonte
el punto enseñarán donde algún día
la libertad tuviera sus altares.
Y así como los mástiles indican,

el lugar do la nave ha zozobrado,
y que mudos publican
el fracaso que allí los ha fijado;
ó cual cruz solitaria en el desierto
anuncia al caminante,
que en aquel punto ha muerto
y sepultado está su semejante:
así esas crestas que orgullosa elevas
del naufragio del mundo y los mortales
vendrán á ser las únicas señales
que puedan consultar las razas nuevas,
hasta que un gesto del Eterno obrero
la grandeza les vuelva y ser primero.

LA PALMA DEL DESIERTO

Palma altiva y solitaria
que en los bosques te presentas,
ó en agreste fado ostentas
tu gigante elevación:
ese ruido misterioso
que se escucha en tu remaje,
¿es acaso tu lenguaje?
¿es tu idioma? ¿es tu expresión?

Respondes, quizá, y no entiendo
tu respuesta, palma bella,
por más que quisiera en ella
lo que dices comprender:
mas yo escucho tu murmullo,
y que tú me hablas sospecho
¡Ay, no puedo satisfecho
tus palabras entender!

De tus abanicos verdes,
por el céfiro movidos,
los misteriosos sonidos
creo que palabras son.
Porque, ¿qué es la voz humana,
si palabras articula,
sino el aire que modula
el hombre con precisión?

Si él expresa en sus palabras
ideas y pensamientos,
¿quién sabe si tus acentos
ideas no son también?
¿Ideas que tú á tu modo
expresas en tu lenguaje,
modulando en tu ramaje
el aire con tu vaivén?

Pero sea lo que fuere,
bástame á mí para amarte,
tan gallarda contemplarte
tan altiva y tan gentil;
mas, sabiendo que á las naves
do truena el bronce horadado,
jamás una tabla has dado
ni á una lanza duro astil.

Por ti ningún pueblo llora
los males de la conquista;
ninguno se halla en la lista
de los esclavos por ti.
Al contrario al hombre enseñas
que el primer bien de la vida,
es buscar una querida
cuando tú lo haces así.

En vano la primavera
de flores el campo inunda,
tu cáliz no se fecunda
si compañera no ves;
pero si otra copa erguirse
divisas á la distancia,
racimos en abundancia
se desgajan á tus pies.

Alzarse graciosa he visto
más que el pino tu cabeza,
y ostentar su gentileza,
á orillas del Paraná.
He visto el añoso cedro

dominar la selva ufano,
y me ha parecido enano
siempre que á tu lado está.

Si las aves del desierto
en tu copa hacen su nido,
jamás al pichón querido
tu altura le ha sido infiel:
cuando sin alas implume
no puede arrojarse al viento,
entre tus ramas contento
no teme un asalto cruel.

¡Ah! si en ardorosa siesta
me das tu sombra propicia,
y el cefirillo acaricia
tu verde copa al pasar:
¡cuán dulce, cuán delicioso
es quedarme allí dormido,
al son del blando gemido
que repites sin cesar!

¡Ojalá que un siglo entero
te mire verde y frondosa!
¡Ojalá que majestuosa
tu tronco eleves galán,
sin que roedor gusano
haga de horadarlo ensayo,
sin que lo consuma el rayo
ni lo quiebre el huracán!

Otra fortuna no envidio
que descansar á tu sombra,
bajo la olorosa alfombra
de trébol que hay á tu pie.
No importa que sepultura,
en la bella patria mía,
me niegue la tiranía,
con tal que á tu sombra esté.

Juan Cruz Varela (1)

EL PRIMER BESO

Tiemble la hermosa, cuando sola al lado
del bien querido corazón le lata,
que contra el ruego de un amante amado
es imposible que el rubor combata.

El primer beso á la modestia hurtado
es primer nudo que el pudor desata,
que arrancada á una flor la primer hoja,
un suspiro del aire la deshoja.

LAS PORTEÑAS

Buenos Aires soberbio se envanece
con las hijas donosas
de su suelo feliz, y así parece
cual rosal lleno de galanas rosas
que en la estación primaveral florece.

AMERICA

Tendida sobre sábanas de rosas
á la sombra de amor de sus palmeras,
bajo un cielo de eternas primaveras
guardada por los ángeles de Dios,
una encantada tierra de deleites,
maravilloso mundo de colores,
dormía entre sus aves y sus flores
arrullada por músicas de amor.

Y es fama que cual hada peregrina
que del seno del mar surgiera un día,

(1) Nació en Buenos Aires en 1794. Murió en Montevideo en 1839.

orlada de joyante pedrería,
hiriendo con su luz la luz del sol;
así la hermosa madre de los Incas
surgió del seno de joyantes mares,
y presentóla al mundo sobre altares,
el genio audaz del inmortal Colón

. . . .

CAMPAÑA DEL EJERCITO REPUBLICANO AL BRASIL Y TRIUNFO DE ITUZAINGO

CANTO LÍRICO (*)

Las barreras del Tiempo
rompió al cabo profética la mente,
y atónita se lanza en lo futuro,
y la posteridad mira presente.
¡Oh porvenir, impenetrable, obscuro!
Rasgóse al fin el tenebroso velo
que ocultó tus misterios á mi anhelo;
partióse al fin el diamantino muro,
con que de mi existencia dividías
tus hombres, tus sucesos y tus días.
Mil siglos ya volaron
ante los ojos míos; mil naciones
con ellos perecieron,
y otras generaciones
y otros imperios á su vez nacieron;
empero á la República Argentina
salvarse miro de la gran ruina.

(*) Dedicatoria—Al señor General del ejército republicano, Brigadier don Carlos Alvear.

Excmo. señor:

Tengo el honor de presentar á V. E. el adjunto canto lírico. El no tiene otro mérito que el que le dan su asunto y el nombre de V. E.

Si vinieran Luca, Lafinur, Rodríguez y Rojas, genios que tanto honor hicieron al Parnaso Argentino, ó si pulsara López su lira armoniosa y sonora, las glorias de la Patria y de V. E. serían cantadas de un modo digno de ellas.

Pero espero que se sirva V. E. acoger mi Canto lírico como un tributo humilde de mi respeto á su persona y á su mérito.—B. L. M. de V. E.

J. C. V.

Buenos Aires, Marzo 22 de 1827.

Presente allá en las pósteras edades,
veo que no ha quedado ni memoria
de griegos y romanos; otra historia
de admiración embarga al Universo:
otros hechos sublimes, otros nombres
miro allí consignados
en las líneas fatídicas del verso
y en páginas eternas; y los hombres
los pronuncian de asombro penetrados,
con respeto profundo,
por los inmensos ámbitos del mundo.

No suenan las Termópilas; los llanos
de Maratón no suenan.
Platea y Salamina
cual si no fueran son, y ya no llenan
Leonidas y Temístocles el orbe;
que otra gloria perínclita domina,
y la atención del Universo absorbe.
Esos hombres ilustres se eclipsaron,
los de Alvear y Brown los reemplazaron
y en todos los anales de la guerra
Ituzaingó y el Uruguay escritos,
enseñan á los reyes de la tierra
que los libres no sufren sus delitos.
Descended hacia mí, Numen del canto,
mientras el genio de la Historia corta
la pluma de oro, que á la tierra deje
cual yo la miro en el momento, absorto,
mientras jaspes, y mármoles y bronces
el buril no penetra,
y á los siglos de entonces
grabada pasa indestructible letra;
ó mientras en estatuas colosales
el mundo no conoce todavía
esos republicanos inmortales,
blasón eterno de la patria mía,
descended hacia mi, Numen del canto;
y si un mortal feliz pudiese tanto,
mi verso irá por cuanto Febo dora,
del Austro á los Triones,
y, leído en las playas de Occidente,
llevado por la Fama voladora,

admirará después á las naciones
que reciben la lumbre refulgente
del rosado palacio de la Aurora.

Sepultado en el báratro profundo,
y respirando rencorosa saña,
porque ya no asolaba el Nuevo Mundo,
como cuando triunfamos de la España,
el monstruo de la guerra concitara
á la Ambición sedienta,
y la Ambición sangrienta,
que del monstruo los ecos escuchara,
usurpadora al llamamiento acude.
La Venganza sus crímenes prepara,
la Discordia sus víboras sacude,
y atruenan sus rugidos el Averno.
Estos genios del mal luego quebrantan
las eternales puertas del infierno,
con hórrido alarido al mundo espantan,
y al Brasil se lanzaron,
y el estruendoso carro despeñaron.

Entonces ese déspota insolente,
que en el Brasil domina,
tiende á los bellos campos del Oriente
una mano alevosa y asesina;
y con enojo horrible y bronco tono,
«No puede ser—clamó,—que el Argentino
así se burle de la voz del trono,
y tenga más poder que el del destino.
El mío es dominar un emisferio,
que tuvo la osadía
de aspirar á ser libre en algún día;
no basta á mi ambición mi solo imperio.»

Así dijo el tirano; pero escrito
estaba ya en el alto firmamento
con caracteres ígneos su delito,
con caracteres ígneos su escarmiento.
Escrito estaba, y de la voz divina,
el fallo irrevocable, el cumplimiento
confióse á la República Argentina;

ella llamó á sus hijos, y sus hijos
el flamíjero acero descolgaron,
esos mismos aceros que algún día
las falanjes ibéricas segaron,
cuando otro rey imbécil nos quería
arrebatar la independencia cara,
y que el baldón de América durara.
Ya tremolante veo
aquel mismo estandarte,
que en otro tiempo vió Montevideo,
cuando sañudo Marte
el muro amenazaba y los pendones
ornados de castillos y leones.
Ya las voces escucho
de los mismos guerreros,
que fueron el terror de los Iberos
en Tucumán, en Maipo, en Ayacucho;
guerreros argentinos, que llevaron
triunfantes sus banderas,
desde la margen del undoso Plata
hasta el ópimo Chile. Las barreras
eternas de los Andes se allanaron
al marchar de los fuertes campeones;
parten de allí, cual rayo, á otras regiones,
y con igual decoro
en el Perú la espada desnudaron,
y de sangre enemiga la lavaron
en las corrientes del Rimac sonoro.
El Ecuador las vió; Quito amagada
miró argentinos, y quedó asombrada;
y helos de nuevo aquí, y arder de nuevo
en bélico furor toda la tierra.

Justo rencor á la nación conmueve;
justa venganza cada pecho encierra.
¿Y quién es el valiente que se atreve
á conducir los bravos á la guerra?
¿Quién es el general que en sí confía?
¿Cuál es más fuerte si el acero blande?
¿A quién la Patria sus venganzas fía?
¿Cuál es el héroe que á los héroes mande?
Alvear se mostró: toda la hueste

con víctores festivos le aclamaba:
¡*Este es el vencedor, el genio es éste*!
y sus triunfos la hueste presagiaba.

La espalda en tanto del inmenso río
las naos brasileras
oprimen formidables y altaneras
en marcial fuego y belicoso brío.
Arda la capital, los campos ardan:
¿más cómo irán á la oriental ribera
los fuertes adalides, que ya tardan,
y de cuyo ardimiento solo espera
la libertad el oprimido Oriente?
¡Tardar! No lo consiente
el marino impertérrito, terrible
que sintiéndose intrépido, invencible,
se decide á forzar á la victoria
á que empiece á tejerle la corona,
con que muy pronto en Uruguay las sienes
le adorne del laurel de que blasona.

Alzóse Brown en la barquilla débil,
pero no débil desde que él se alzara,
y la espumante prora,
que divide las ondas cristalinas
convierte al enemigo vencedora
se arroja de las aguas argentinas;
y, en un combate y mil, al mundo enseña
que el poder es ser bravo, y que fortuna
del sublime valor, que la desdeña,
no tiene en las hazañas parte alguna.
Mientras que, vencedor por su destino.
Brown combatía la tremenda flota,
quedaba libre el líquido camino,
y á la playa remota
volaban las legiones
que al causador de tan inicua guerra
á mostrar iban ya nuestros pendones
triunfantes en las aguas y en la tierra.
«Salud, hijos de Oriente valerosos,
ya en Sarandí cubiertos de alta gloria,
no basta una victoria

para humillar tiranos orgullosos:
ya la patria os saluda;
sus hijos sois; y uniendo el Occidente
su esfuerzo á los esfuerzos del Oriente,
vuestros hermanos manda en vuestra ayuda,»
Así dijo Alvear, y en la ribera
mandó plantar la bicolor bandera
de su nación preclara,
insignia á la victoria siempre cara.

Otra vez os imploro,
ó Númenes del canto;
pulsad mi lira con el plectro de oro,
ó borro el verso que no alcanza á tanto.
Oiga yo resonar... Mas ¿qué interrumpe
el eco celestial de la armonía?
¿Quién en voces horrísonas prorrumpe,
y destruye su grata melodía?
¡Ay! que sonó la trompa
la ronca trompa del feroz Mavorte,
y en belicosa pompa,
se desprendió del campo la cohorte.
¡Oh, madres argentinas! en el pecho
estrechad, estrechad al tierno infante,
que ya no tiene padre en adelante.
¡Esposas! empapad el yerto lecho
en llanto de dolor, que ya partieron
y la orfandad y la viudez amarga
la marcha del soldado precedieron,
derramando tras sí miseria larga.
Pero no: presentad á vuestros hijos
el valor de sus padres por modelo,
y dejad á las madres brasileras
llanto sin fin, inacabable duelo;
que sus hijos están en las hileras,
al filo vengador de las espadas,
y al altar de la Muerte destinadas:

¡Tirano del Brasil! ya nuestros bravos
traspasaron el límite anchuroso,
que divide la tierra de los libres
de la tierra infeliz de los esclavos.

Ahora es el tiempo de que el rayo vibres
con que nos amagabas jactancioso,
cuando inmensas distancias separaban
ejércitos y ejércitos. Ni Marte
en tus campos plantaba su estandarte,
ni nuestro sol tus águilas miraban.
¡Tirano del Brasil! ¿Adónde, adónde
los ministros están de tu venganza,
ó cuál es el lugar en que se esconden,
huyendo de la bárbara matanza,
ese grupo venal, en cuya frente
miró la marca del esclavo impresa,
afrentando el valor del combatiente?
¡Déspota! Tú, que conservar pretendes
la posesión de una provincia ajena,
¿tu mismo patrimonio no defiendes?
¿Y cuál es el poder de que blasonas,
si apenas nuestro intrépido soldado
el umbral del imperio ha traspasado,
el suelo del imperio le abandonas?
¡Oh Dios! ¡Y un pueblo entero
su honor, su suerte, su vivir te fía!
¿Quién lo defiende del furor guerrero?
¿Son las breñas de la alta serranía
la palestra en que esperan tus soldados
de glorioso laurel ser coronados?
Esas armas que brillan en la cumbre
del escarpado monte,
como la luna con aciaga lumbre,
cuando pálida sube al horizonte;
esos brazos inertes,
con oro vil comprados,
y sólo á la cadena acostumbrados,
¿son los que has elegido
para vencer los adalides fuertes,
que larga y cruda guerra ha endurecido?
Sí; que yo veo la caverna obscura
preñada de armas y hombres, sin lanzarlos,
si no van nuestros bravos á buscarlos
al mismo pie de la dolosa altura.
Así el estatuto griego

para envolver en una noche infanda
la ciudad de Neptuno en sangre y fuego,
sólo esperó en la necia confianza
con que hasta el pie del pérfido caballo
el troyano imprudente correría:
y, sin prever la bárbara asechanza,
á su sombra tranquilo dormiría;
pero así no será; porque el guerrero
en quien hoy la República confía,
si es que aprendió de Marte
frío valor en el combate fiero,
no ostenta menos el saber y el arte
con que prevé, dirige, determina,
y el alma del soldado, su ardimiento,
el tiempo, la distancia, el movimiento,
y las dos fuerzas y el lugar combina.
Desde hoy, Alvear, tu nombre aumenta
la lista de los grandes generales,
que ya la historia de la guerra cuenta,
y á quienes glorifica en sus anales.
¡Tal premio ha merecido tu pericia
en el arte fatal de la milicia!

Fatal y necesario. Derramado
por la extensión desierta,
donde horroriza la natura muerta,
nada es que el sol abrasador hostigue
al escuadrón valiente,
y no haya fresca linfa que mitigue
la sed rabiosa, implacable, ardiente:
su gloria es la fatiga,
y la bóveda espléndida del cielo,
ó de la húmeda noche el negro velo,
el sólo techo que al guerrero abriga:
marchar es su descanso
y áridos arenales sus caminos;
pero tienen valor, son argentinos.

Abreme tus volúmenes Historia,
y muéstrame aquel hombre,
que fatigó á la tierra con su gloria,
y fatiga tu pluma con su nombre.

Del Egipto en los vastos arenales
le halla mi acalorada fantasía,
seguido de franceses inmortales;
y se goza feliz la musa mía
en ver que el mismo verso
que esa campaña describir podría,
la de Alvear también describiría;
y atónito observara el Universo
que del gran capitán el gran modelo
no en vano se ha grabado en la memoria;
y que tenemos gloria
parecida á la suya en nuestro suelo.

Mas ya salen del yermo inhospitable
las huestes argentinas,
y mostraron su frente deleitable
de Bayés las bellísimas colinas.
¡Brasileros! Mirad los que pregonan
su renombre y sus triunfos hazañosos;
mirad esos soldados que blasonan
de que armaron sus brazos poderosos
por defenderos hoy, cómo abandonan
al furor militar del extranjero
vuestro honor, vuestra vida. ¿Y qué sería
de vosotros, ó pueblos, este día,
si el argentino acero
fuese instrumento vil en viles manos
de la ambición fatal de los tiranos?

¿Qué hacéis, qué hacéis, soldados,
que ya no descendéis de la alta cumbre,
y, por estas llanuras derramados,
ostentáis vuestra inmensa muchedumbre?
¿Todo el tesoro que Bayés encierra
abandonáis así? ¿No sois testigos
de que recogen ya los enemigos
las ansiadas primicias de la guerra?
¿Y están entre vosotros los valientes
que allá en el Volga y en el Rhin bebieron,
y, á la ambición y al despotismo fieles,
á playas remontísimas vinieron,
en demanda de glorias y laureles?

¡Qué no hay audacia en el feroz jermano,
y audacia no hay en el sicambro fiero,
para bajar al llano
con ímpetu guerrero,
y que triunfe el valor y no la suerte
en los campos horribles de la muerte?
¡Vano esperar! Ni en la enriscada altura
defendidos se creen: así, acosada
del veloz cazador, temida cierva,
más y más se enmaraña en la espesura
y aun su pavor conserva
ya del venablo y del lebrel segura.
Mirad, mirad la marcha triunfadora,
con que avanza la hueste vencedora,
conquistando los pueblos del Imperio.
Pero ¡qué conquistar! despedazando
los grillos de oprobioso cautiverio,
y por todo su tránsito sembrando
la semilla del árbol, que algún día
cubra todo el Brasil, como ha cubierto,
del frío Septentrión al Mediodía,
el suelo que Colón ha descubierto.
Pero Alvear, siguiendo á la Victoria,
quiere que el lauro de la lid le brinde,
y en vano, en vano, San Gabriel se rinde,
que un pueblo sin defensa es poca gloria.

Como cuando retiembla el pavimento,
del fuego subterráneo conmovido
y el río, en encontrado movimiento,
ó retorna al lugar donde ha nacido,
ó en curso desusado,
baña los campos que no había bañado;
así retiembla la campaña en torno,
bajo el pie del olípedo caballo,
y así en varias y opuestas direcciones
corren los formidables escuadrones,
ya la falda de la sierra tocan,
que inexpugnable al enemigo abriga,
y ya vuelven al llano y le provocan,
sin perdonar trabajo ni fatiga.
¡Campos de Ituzaingó! Los que valientes

os cubrirán de gloria,
y harán que se conserve entre las gentes
con respeto y honor vuestra memoria,
hoy se ven precisados
á simular pavor y á retirarse,
por probar si se atreven á lanzarse
de la sierra esos tímidos soldados:
mas del castigo tiemblen espantoso,
con que habrán de pagar en algún día
la torpe villanía
de obligar al ardid á un valeroso.
Así dijo Alvear, y á las legiones
que ansiaban el momento de venganza,
ordenó que siguieran sus pendones
hasta el campo de próxima matanza.

El enemigo entonces, que cobarde
ocultó en las montañas su pavura,
de tardío valor haciendo alarde,
inunda con sus haces la llanura.
¡Infelices! Marchad; la muerte espera;
para saciar su saña nunca es tarde,
y ella os va á sorprender en la carrera.

El sol sepulta en tanto
su carro esplendoroso en Occidente,
y abandona el Olimpo refulgente
á la callada noche: el negro manto
cubre la frente de la luna clara,
y el trémulo brillar de los luceros,
el horror que en el campo se prepara,
y el bélico furor de los guerreros.
En la densa tiniebla de la noche
mil sombras vaporasas divagaban,
cuyo lamento y míseros gemidos
las huestes enemigas aquejaban,
y, por lúgubres ecos repetidos,
sangre, horrores, y muerte presagiaban.
Pero al campo argentino
no así el pavor cubría
en tan terrible noche; de continuo
Alvear su recinto recorría,

y ora dispone que escuadrón tremendo
siga á Lavalle en su feroz avance,
ora elige el lugar de donde lance
el tronador cañón su globo ardiendo
Este es el sitio que el infante guarde,
aquella el ala que primero parta,
aquí la muerte una falange aguarde,
allá la muerte otra legión reparta.
Diestro, sereno, activo todo ordena
para el trance cercano,
y la enemiga fuerza de antemano
desbarata en su mente y desordena.

La pavorosa espectación del día
hizo cesar el sol; y el brasilero,
que en fuga vergonzosa nos creía
atonito, azorado,
mira á su frente al enemigo fiero,
á espantable venganza preparado.
¡Oh, día de prodigios y de horrores!
¡Día de luto, asolación y llanto!
No, no te puede celebrar mi canto;
perdonadme, terribles vencedores,
que este asunto no es mío;
toma tu trompa, ensalzadora Clio.

Antes que los mortales
la industria de matar adelantaran,
y el rayo á las esferas celestiales
atrevidos robaran,
y en los hórridos bronces lo encerraran,
con no menos furor, con menos arte,
á los campos de Marte
los feroces guerreros descendían
en silencio espantoso, y más de cerca
más segura la muerte repartían.
Así en Ituzaingó silencio horrible
reinaba en toda la extensión del campo,
y con paso terrible,
y con serena frente,
se acercaba uno al otro el combatiente.
La presencia del riesgo, la certeza

de morir en la lid, si no vencían,
infundieron valor, dieron fiereza
á los mismos soldados,
que en las breñas poco antes abrigados,
parecían un grupo de indolentes,
tímidos, pusilámines, indignos,
de matar y morir entre valientes.

Ya se acercan las masas condensadas
de los fieros Teutones,
de agudas bayonetas erizadas,
cercadas del cañón; sus batallones
muros parecen que moviera el arte,
inexpugnable muro; no hay guerrero
tan formidable que contra él se estrelle,
ni rayos suficientes á abrasarle,
ni fogoso bridón que le atropelle,
ni pujanza bastante á derribarle.
Sólo el patrio soldado,
que vencer ó morir había jurado,
la tremenda falanje
pudiera ver llegar, y no temblara;
y la vió y no tembló, y el corvo alfanje
desnudó con que pronto la segara.

Pero el bronce tronó; la muerte fiera
subió en su carro á la señal de Marte,
y se lanzó en el campo carnicera.
El belicoso bruto al punto parte,
que ya el audaz ginete
alzó el acero y le soltó la brida,
y, al ímpetu feroz con que arremete,
retiembla la campaña combatida.
De temor que el estrago á la distancia
no tan sangriento sea,
y de que silbe el plomo en la pelea,
sin herir, sin matar, los escuadrones
acometen, se encuentran, se rechazan,
y se estrellan legiones con legiones,
y con mutuo furor se despedazan.
Queda encerrado en el fusil entonces
el plomo matador, callan los bronces;

y el puñal fiero y el recorvo sable,
la bayoneta y la tremenda lanza,
sirvan más al furor de la venganza.
Y en silencio horroroso y espantable
se ejecuta la bárbara matanza,
sin elección de muerte.
Ciega revuelve su fatal guadaña,
y ciegamente hiere; rinde al fuerte;
ceba en el débil su sangrienta saña,
y ningún bando es suyo. En la campaña
la sangre amiga y la enemiga sangre,
con furia igual vertidas,
en un mismo raudal corren unidas;
brazo á brazo pelea el combatiente;
no hay punta aguda ni tajante acero
que no penetre el pecho de un valiente,
que no corte la vida de un guerrero.

Mas no ciego furor, razón serena
de Alvear los esfuerzos dirigía,
y del duro soldado la osadía
ora estimula más, ora refrena;
su ánimo imperturbable no se inmuta,
y en el confuso caos mantenía
la inalterable calma del que ordena,
la ardiente intrepidez del que ejecuta
De enmedio de la lid llamando á Brandzen,
allí (dijo) el combate es más sangriento,
y nuestra patria amiga, este momento,
entre el dolor y le ignominia lucha.
No dijo más al héroe que le escucha,
fiero, orgulloso de que así lo mande,
y allí le envíe donde el riesgo es grande.
A la arena con ímpetu desciende:
el rayo está en su mano y en sus ojos
la llama brilla que el honor enciende;
la presencia de Brandzen los enojos
redobló del soldado tal un día
allá á los campos de la antigua Troya
Héctor descendería.
con un valor igual, con igual suerte,

en demanda de Aquiles y la muerte.
Y el momento llegó: la parca avara,
de matanza vulgar no satisfecha,
una víctima grande señalara
y Brandzen expiró... ¡Golpe terrible!
¡Oh brasileras huestes! Más valiera
que tal honor el hado
en este día atroz no os concediera.
La sangre que el campeón ha derramado
mil vidas vale, y el estrago horrendo
ahora empezará. «¡Venganza!» grita
el intrépido Paz: «¡venganza!» clama,
ardiendo en ira el escuadrón tremendo,
y «¡venganza!» Alvear también responde.
Toma el lugar de su difunto amigo,
hondo en el pecho el sentimiento esconde
y se lanza, cual rayo, al enemigo.
El soldado le sigue: vanamente,
con la muerte de Brandzen orgulloso,
el experto jinete brasilero
oponerse pretende al horroroso.
Al repetido choqúe: allí el acero
corta, hiende, destroza, despedaza,
como torrente el escuadrón furioso
por sobre miembros palpitantes pasa,
por sobre moribundos atropella,
atraviesa de sangre el ancho lago,
deja á su espalda el espantoso estrago,
y en sólida falanje al fin se estrella.
La agu la vayoneta la defiendo
de aquel ímpetu ciego,
y el mortífero plomo se desprende
de su prisión de fuego;
pero más bravo el argentino avanza
por el camino que le abrió la lanza,
y del fogoso bruto el ancho pecho
ciérrase luego; el escuadrón desecho
vuelve, júntase, estréchase, acomete
con ímpetu mayor, con mayor ira,
y otra vez y mil veces se retira,
y otra vez y mil veces arremete.

Así las olas la muralla embaten,
y contra ella rompiéndose estruendosas,
retroceden y vuelven y furiosas.
con repetido empuje la combaten;
hasta que se desploma á lo más hondo
la contrastada mole, y victoriosos
revuelven los escombros en el fondo.
No de otro modo allí desparecieron
esas fuertes columnas, esperanza
del vil usurpador: en la matanza
también algunos libres perecieron;
mas, cayendo apresores á millares,
        digno holocausto fueron
á las sombras de Bradzen y Besares.
La lid por todas partes entretanto
        es como aquí sangrienta,
        y, como aquí se aumenta
por todas partes el horror y espanto.
Asorda el trueno del cañón: su fuego
        la árida hierba inflama
que todo el campo cubre; cunde luego
la abrasadora inextinguible llama, (*)
        mientras el aire hiende
globos ardiendo que también lo encienden
pelea el combatiente enfurecido
entre el incendio, el humo, la ceniza;
y el grito lamentable del herido,
la hórrida convulsión del que agoniza,
la sangre que en el campo corre hirviendo,
los miembros de sus troncos separados,
y á la llama de pábulo sirviendo
muertos y moribundos hacinados;
tal es el cuadro que la lid presenta.
¿Y ya no es tiempo, ¡oh Dios! de que se sienta
de la afligida humanidad el llanto?
Basta para triunfar. ¡Qué! ¿la victoria
vende tan caramente sus laureles?
¿Las palmas de la gloria valen tanto,
que se compren con muertes tan crueles?

(*) Nada en Ituzaingó fué tan horrible, como el incendio general del campo en medio de la batalla. El fuego prendió en el pasto demasiado alto, y ya seco por la fuerza de los soles, y cundió con extraordinaria rapidez. Muchos heridos perecieron abrasados, sin haber sido posible libertarlos de las llamas.

¿Y, en medio del estrago,
adónde está el guerrero,
cuya presencia triunfa, cuyo amago
pavor infunde al enemigo fiero,
á cuyo brazo el genio de la guerra
armara él mismo del fulmíneo acero,
para que hiciera estremecer la tierra?
¿Lavalle dónde está? —Cual raudo viento,
que arrebata en furioso remolino
cuanto encuentra á su paso, y que, violento,
derribando no más, se abre camino;
ó cual de la alta cumbre de repente
las desquiciadas voces arrastrando,
rápido se despeña algún torrente,
y á los llanos con ímpetu bajando,
todo arranca en su curso, todo arrasa,
y sobre escombros espumante pasa,
así Lavalle y su escuadrón valiente
atropellan, derriban este día
á todos los que hubieron la osadía
de ponerse insensatos á su frente.
Muy más allá del campo de batalla
los siguen, los persiguen, los acosan,
los acaban en fin, y no reposan,
y á la lid vuelven que pendiente se halla.
Llegaron, y al instante
disipada la nube que ocultaba
la faz del sol, que su zenit tocaba,
se mostró, más que nunca, radiante.
De lo más elevado
de los aires desciende de repento
un trono refulgente,
de azul y de oro y resplandor cercado.
Armoniosos cantares
mil coros celestiales repetían,
y las sombras de Brandzen y Besares
el pedestal del trono sostenían.
Belgrano estaba en él: su frente orlaba
el laurel de la gloria,
y en su mano brillaba
la espada que nos daba la victoria

cuando Belgrano fué. - «Basta de sangre
»(el héroe prorrumpió); que este es el día
»en que en otro Febrero,
rendir vió Salta el pabellón ibero, (1)
»y cubrirse de honor la patria mía.
»Este estrago terrible, este escarmiento
»es sacrificio á mi memoria digno,
»y digno de la patria el vencimiento;
»argentinos triunfad» – dijo y benigno
á la sien de Alvear en el momento
hizo el lauro bajar que le adornaba,
y la visión desapareció en el viento.

En el medio del campo se entroniza
entonces el terror: el brasileño
el estrago contempla, se horroriza,
y deja el premio del combate fiero
á quien ganarle supo. El argentino
también vuelve y se asombra
de mirar á sus pies la horrible alfombra
que le dejó la Muerte por despojos.
Ella su vista en el estrago ceba,
y no bien satisfechos sus enojos,
por sobre muertos su carroza lleva.

¡Ilustre general! ¡Oh, si mi verso
al del cisne de Mantua se igualara,
cómo entonces por todo el universo
orgullosa mi Musa te aclamara!
y á la par vuestro nombre ensalzaría,
Soler, Oribe, Paz, Olavarría,
preclaros adalides,
vencedores en estas y otras lides.
Ni tu nombre, Vilela esclarecido,
fuera por mí olvidado;
tú al campo del honor has conducido
pacíficos vecinos (2) que al soldado

(1) El 20 de Febrero de 1827 fué la batalla de Ituzaingó; y en el mismo día, del año de 1813, el ejército patrio del Perú, al mando del general Belgrano, obligó á rendirse en la ciudad de Salta, después de una sangrienta refriega en sus inmediaciones, á todo el ejército español con sus armas y bagajes, desde su general, don Pío Tristán, hasta el último soldado.

(2) El regimiento de caballería de milicias, conocido generalmente con el nombre de *Colorados de las Conchas*, al mando de su coronel don José María Vilela, se portó en toda la campaña, y en el acto de la batalla, como el mejor de los cuerpos veteranos.

dieron grandes ejemplos de bravura,
cual si en la escuela de la guerra dura
educádose hubiesen,
y á sus horrores avezados fuesen.
¡Vívid, vivid guerreros! Las hileras
que en el campo formáis son hoy la Patria;
sólo cubren su honor vuestras banderas.
Hija de la victoria, ya de lejos
os saluda la paz, y á los reflejos
de su lumbre divina,
triunfante, y de ambiciosos respetada,
libre, rica, tranquila, organizada,
ya brilla la República Argentina.

JUAN CRISOSTOMO LAFINUR (1)

A LA MUERTE DEL GENERAL DON MANUEL BELGRANO

(CANTO ELEGÍACO)

¿Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
sus sempiternas losas de repente,
al pálido brillar de las antorchas
los justos y la tierra se conmueven?
El luto se derrama por el suelo.
Al ángel entregado de la muerte,
que á la virtud persigue, ella medrosa
al túmulo volóse para siempre.
Que al campeón ya no muestra el rostro altivo
fatal á los tiranos, ni la hueste
registe de la *patria* al sacro nombre,
reto de victoria tantas veces.

(1) Nació en la Carolina (provincia de San Luis) en 1797. Murió en Chile en 1824.

Hoy, enlutado su pendón, y al eco
del clarín angustiado, el paso tiende,
y lo embarga el dolor: ¡dolor terrible,
que el llanto asoma do la faz del héroe.
y el lamento responde pavoroso.
Murió Belgrano, ¡oh Dios! ¡así sucede
la tumba al carro, el *ay* doliente al *viva*,
la pálida azucena á los laureles!
¡Hoja efímera cae! tal resististe
al Noto embravecido y sus vaivenes!
La tierra fría cubra sus despojos,
que abarcará por siempre; más no puede
campeón ilustre, atleta esclarecido,
la mano que te roba hollar las leyes
que el corazón conoce; el jaspe eterno
tu nombre sustraerá á los descendientes
de la generación que te lamenta.
La patria desolada el cuello tiende
al puñal parricida que la amaga
en anárquico horror: la ambición prende
en los ánimos grandes, y la capa
de la venganza al miedo diligente.
Aun de Temis el ínclito santuario
profanado y sin brillo; el inocente,
el inocente pueblo, ilustre un día,
á la angustia entregado; el combatiente,
sus heridas inútiles llorando,
escapa al atambor; el país se enciende
en guerra asoladora, que lo ayerma;
asoma la miseria, pues que cede
la espiga al pie feroz que la quebranta.
Y ¿ora faltas, Belgrano?... Así la muerte,
y el crimen y el destino de consuno
deshacen la obra santa, que torrentes
vale de sangre, y siglos mil de gloria,
y diez años de afán!... ¡Todo se pierde!
Tu celo, tu virtud, tu arte, tu genio,
tu nombre, en fin, que todo lo comprende,
flores fueron un día, marchitólas
la nieve del sepulcro. Así os lamente
la legión que á la gloria condugiste:
con tu ejemplo inmortal probó el deleite,

la maji del honor, y con destreza
amar le hicisteis el tesón perenne,
el hambre aguiliadora, el frío agudo...
Suspende, ¡ó musa! y al dolor concede
una mísera tregua. Yo le he visto
al soldado acorrer que desfallece,
y abrazarlo, cubrirlo y consolarlo,
ora suyo de Marte se desprende,
y al combate amenaza, y triunfa luego.
¿Qué más hacer?... El desairar la suerte,
y ser grande por sí: esta no es gloria,
del común de los héroes, él la ofrece
en pro de los rendidos, que perdona.
Ora al genio se presta, y lo engrandece;
corre la juventud y á la natura
espía en sus arcanos, la sorprende,
y en sus almas revientan de antemano
el germen de la gloria. ¡Oh! ¿quién puede
describir su piedad inmaculada,
su corazón de fuego, su ferviente
anhelo por el bien? Solo á ti es dado,
historia de los hombres; á ti que eres
la maestra de los tiempos: el arca de oro
de los hechos ilustres de mi héroe,
en ti se deposita: recogedla
y al mundo dadla en signos indelebles,
Y vos, sombras preciosas de Balcarce,
de Olivera, Colet, Martínez Vélez,
ved vuestro general, ya es con vosotros,
abridle el templo que os mostró valiente.
¡Tucumán! ¡Salta! pueblos generosos!
Al héroe de Febrero y de Septiembre
alzad el postrer himno; mas vosotras
vírgenes tierras, que otra vez sus sienes
coronasteis de flores, id á la urna,
y deponed con ansia reverente
el apenado lirio: émulo hacedlo
de los mármoles, bronces y cipreces.

ESTEBAN ECHEVARRÍA

A . . . . .

Quien no vió nunca la hermosura tuya,
nunca admiró su encantadora magia,
ni sintió el pecho palpitar de júbilo,
ni fué dichoso como yo al mirarla.

Otras hermosas vi; otras pudieron
inspirarme ternura momentánea;
pero ninguna embelesarme supo,
ni cautivarme el corazón y el alma.

Fué mi destino idolatrarte, bella,
hallar en ti lo que busqué con ansia,
la forma ideal que me pintó el deseo,
la imagen fiel de lo que yo soñara.

Fué mi destino en tus hermosos ojos
beber de amor la inestinguible llama,
por ellos suspirar, y encontrar sólo
el celestial deleite en su mirada.

¡Oh! no apartes de mí tus bellos ojos,
foco de amor, aunque su amor me mata;
déjame al menos la ilusión querida,
la serena ilusión de la esperanza.

EL DESIERTO (1)

Ils vont. L'space est grand.
HUGO.

Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes.—El Desierto
inconmensurable, abierto
y misterioso á sus pies
se extiende;--triste el semblante,
solitario y taciturno
como el mar, cuando un instante
al crepúsculo nocturno
pone rienda á su altivez!

Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista, en su vivo anhelo,
do fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar.
Do quier campos y heredades
del ave y bruto guaridas,
do quier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas,
que él sólo puede sondar.

(1) Fragmento de *la Cautiva.*

A veces la tribu errante
sobre el potro rozagante,
cuyas crines altaneras
flotan al tiempo ligeras,
lo cruza cual torbellino,
y pasa; ó su toldería
sobre la grama frondosa
asienta esperando el día,
duerme, tranquila reposa,
sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas
sublimes y á par sencillas,
sembró la fecunda mano
de Dios allí! ¡Cuánto arcano
que no es dado al mundo ver!
La humilde hierba, el insecto,
la aura aromática y pura,
el silencio, el triste aspecto
de la grandiosa llanura,
el pálido anochecer.

Las armonías del viento
dicen más al pensamiento,
que todo cuanto á porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar.
¿Qué pincel podrá pintarlas
sin deslucir su belleza?
¿Qué lengua humana alabarlas?
Sólo el genio su grandeza
puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida fronte
reclinaba en Occidente,
derramando por la esfera
de su rubia cabellera
el desmayado fulgor.
Sereno y diáfano el cielo,
sobre la gala verdosa
de la llanura azul velo
esparcía, misteriosa
sombra dando á su color.

El aura, moviendo apenas
sus olas de aromas llenas,
entre la hierba bullía
del campo que parecía
como un piélago ondear.
Y en la tierra, contemplando
del astro rey la partida,
callaba, manifestando,
como en una despedida,
en su semblante pesar.

Sólo á ratos, altanero
relinchaba un bruto fiero
aquí ó allá, en la campaña,
bramaba un toro de saña,
rugía un tigre feroz:
ó las nubes contemplando
como extático y gozoso,
el Yajá, de cuando en cuando
turbaba el mudo reposo
con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
que el vasto horizonte ardía;
la silenciosa llanura
fué quedando más obscura,
más pardo el cielo, y en él,
con luz tremula brillaba
una que otra estrella, y luego
á los ojos se ocultaba,
como vacilante fuego
en soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto
con su clarobscuro manto,
veló la tierra; una faja,
negra como una mortaja,
el Occidente cubrió;
mientras la noche bajando
lenta venía, la calma
que contempla suspirando,
inquieta á veces el alma,
con el silencio reinó.

Entonces, como el ruido
que suele hacer el tronido
cuando retumba lejano,
se oyó en el tranquilo llano
sordo y confuso clamor;
se perdió... y luego, violento,
como baladro espantoso
de turba inmensa, en el viento
se dilató, sonoroso,
dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
del ágil potro arrogante
el duro suelo temblaba,
y envuelto en polvo cruzaba
con animado tropel,
velozmente cabalgando;
veíanse lanzas agudas,
cabezas, crines ondeando,
y como formas desnudas
de aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
con su alarido perturba
las calladas soledades
de Dios, do las tempestades
sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
se atreve á hollar el desierto
cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
en sus yermos á buscar?

¡Oid! – ya se acerca el bando
de salvajes atronando
todo el campo convecino.
¡Mirad! – Como el torbellino
hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
del bruto que arroja espuma;
vaga al viento su melena,
y con ligereza suma,
pasa en ademán atroz.

¿Dónde vá? ¿De dónde viene?
de qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela
clavando al bruto la espuela,
sin mirar alrededor?
Ved que las puntas ufanas
de sus lanzas, por despojos,
llevan cabezas humanas,
cuyos inflamados ojos
respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultrajo
al indomable coraje
que abatió su alevosía,
y su rencor todavía
mira con torpe placer,
las cabezas que cortaron
sus inhumanos cuchillos,
exclamando: – «Ya pagaron
del cristiano los caudillos
el feudo á nuestro poder.»

«Ya los ranchos do vivieron
presa de las llamas fueron,
yace en el polvo abatida
su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio
sus mujeres, sus infantes
que gimen en cautiverio,
á libertar, y como antes
nuestras lanzas probarán.»

Tal decía, y bajo el callo
del indómito caballo,
crujiendo el suelo temblaba;
hueco y sordo retumbaba
su grito en la soledad;
mientras la noche, cubierto
el rostro en manto nubloso,
echó en el vasto desierto
su silencio pavoroso,
su sombría majestad.

¡SALVE O PLATA! (1)

¡Salve ó Plata! en tu puesencia
multiplicarse yo siento
sublimarse mi existencia,
lo que hay de humanal en mí;
y ora quieta, ora iracunda
se muestre, hirviendo la vida
rebosar en mí fecunda,
como rebosa ahora en ti.

Y toda vez que el Pampero
sobre tus espaldas monta
y arrojar espuma fiero,
bramar te hace de furor;
y te azota, y tú soberbio,
tú indomable te agigantas
por millares de gargantas
lanzando eco atronador.

Tú á mis ojos representas
de la pasión y del hombre
el afán y las tormentas
y la convulsión febril;
y el incesante murmullo,
y el tesón infatigable
y de su indómito orgullo
la pujanza varonil.

Cuando agitado te miro,
el corazón se me ensansha,
alegre y libre respiro
de cuidado mundanal;
y todo olvido, y mi mente
en su inspiración sublime
abarca, concibe, siente
lo infinito y eternal.

Acá en la tierra que piso
no hallan aire mis pulmones,
Sólo entre fango diviso
las reliquias del *no ser*;—
misteriosa y escondida
tú me revelas la fuente
del deleite y de la vida
que no tiene ni hoy ni ayer;

esa inagotable fuente
que insaciables, delirando
mi corazón y mi mente
van buscando en el vivir;
cuya agua sólo el abismo
insondable de pasiones
calmar podrá, que en mi mismo.
palpitante siento hervir.

¡Oh! la tierra me fastidia
con sus mezquinos afanes,
con su miserable envidia,
con su odiosa ingratitud,
con el humo de su gloria,
con sus frívolos amores,
con su ambición irrisoria,
con su mentida virtud.

Me fastidia la dulzura
de su gozo y sus deleites,
que refrigerio ni hartura
jamás á mi labio dan;—
todo cuanto toco en ella
apetezco y acaricio,
y hasta el beso de la bella
que busqué con tanto afán.

(1) Fragmento del *Angel caído*

Junto á ti mi pensamiento
algo tiene de divino,
en todo ser y elemento
columbra el soplo de un Dios;—
y la vida de la muerte
surgir ve,—armónico el orden
del aparente desorden,
la luz viva del caos.

Tu voz ¡oh Plata estupendo!
gigantesca, habla un idioma
que me deleita y comprendo,
que nunca en el mundo oí;—
hay en ella una armonía
que mi espíritu apetece,
un arrullo que adormece
lo que hay de carnal en mí.

¡Quién pudiera, hermoso Plata,
cabalgar sobre tus ondas
y de tus entrañas hondas
los misterios descubrir;—
ó en raudo torbellino
de la tormenta engolfarse,
en su atmósfera bañarse
y de su vida vivir!

Me place con el Pampero
esa tu lidia gigante
y el incansable hervidero
de tus olas á mis pies;
y la espuma y los bramidos
de tu cólera soberbia
que atolondran mis sentidos
llevan á mi alma embriaguez.

Y me place verte en calma
dormir, como suele á veces
dormitar, tranquila mi alma
ó mi vida material:—
cuando la luna barniza
tu faz de plata, y jugando
el aura apenas te riza
la melena de cristal.

Me places como el Océano,
tu rival en poderío,
cuando lo surcaba ufano
en mi albor de juventud,
con el corazón de luto,
pero con el alma nutrida
de savia fértil de vida,
de fe y sueños de virtud.

Me places cual la llanura
con su horizonte infinito,
con su gala de verdura
y su vaga ondulación,
cuando en los lomos del bruto
la cruzaba velozmente
para aturdir de mi mente
la febril cavilación.

Y te quiero ¡oh Plata! tanto
como te quise algún día,
porque tienes un encanto
indecible para mí;
porque en tu orilla mi cuna
feliz se meció, aunque el brillo
del astro de mi fortuna
jamás en tu cielo vi.

Te quiero como el recuerdo
más dichoso de mi vida,
como reliquia querida
de lo que fué y ya no es;
como la tumba do yacen
esperanzas, ambiciones,
todo un mundo de ilusiones,
que vi en sueño alguna vez.

¡Oh Plata! al verte gigante
me agiganto, iluso siento
la ilusión y arrobamiento
de un inefable placer;
y mi vida incorporarse
con la tuya turbulenta,
y en inmortal transformarse
mi perecedero ser.

Si alg[illegible] pedirte pudiera,
si me oyeses, en tus ondas
sepulcro encontrar quisiera,
mi cuerpo entregarte, sí,
para que no viese el hombre
sobre lápida ninguna
jamás escrito mi nombre,
ni preguntase quién fuí.

TUCUMÁN (1)

¿Conocéis esa tierra bendecida
por la fecunda mano del creador,
de cuyo virgen seno sin medida
fluye como el aroma de la flor
la balsámica esencia de la vida,
y se palpa su espíritu y su aliento
en la tierra, en la atmósfera, en el viento,
en el cielo, en la luz, en la hermosura
de su varia y magnífica natura?
Tierra de los naranjos y las flores,
de las selvas y pájaros cantores
que el Inca poseyera, hermosa joya
de su corona regia donde crece
del canote y la rica chirimoya,
y do el naranjo sin cesar florece,
entre bosques de mirtos y de aromas,
brindando al gusto sus dorados pomas.

. . . .

¡Cómo admirarla lograréis sin verla,
ni por bosquejo alguno conocerla
de pluma ó de pincel! Cuando el invierno
con el soplo glacial de las montañas
viene al raudal eterno
de vida á amortiguar en sus entrañas,
una virgen parece adormecida
sobre cama de céspedes florida
con las galas de ayer en torno suyo,
medio marchitas ya, pero olorosas,
flamantes y vistosas;—
duerme y no duerme, sueña,
oye soñando el plácido murmullo
del festín y la danza, el alborozo

(1) Fragmento del poema [illegible].

del espansivo y hechicero gozo,
y el recuerdo de todo en la sonrisa
de su plácido rostro se diseña,
como si el fresco animador volviera
á respirar de perfumada brisa;
después la primavera
con su templado sol y sus rumores
su concierto de pájaros cantores
á electrizar sus miembros adormidos
llega á bañar en lumbre sus sentidos;—
y la virgen despierta
de su sueño fugaz y se levanta
radiante de alegría y de frescura
de gracia y de hermosura;
y á engalanar empieza
con coronas de mirtos y arrayanes
su espléndida cabeza,
y su seno con ramos de mil flores
de distintos matices y colores,
y á perfumarse con esencias puras,
derramando por montes y llanuras
de su eterna beldad los resplandores:—
hasta que el sol de la estación ardiente
subir hace á su frente
todo el intenso ardor, toda la vida
que entre su seno inmaculado anida,
revistiendo de pompa y de grandeza
su joven y magnífica belleza.
Tierra de promisión y de renombre,
engendra en sus entrañas virginales
cuanto apetece y necesita el hombre
para vivir feliz;—en animales,
en frutas y productos tropicales,
en colosal vegetación.—En vano
el adusto verano
la quema con su sol, el Aconquija,
que entre las nubes fija
la nevada cerviz, de sus raudales
el tesoro derrama y la fecunda,
la baña con sus frígidos alientos
y sus campos sedientos
de fresca lluvia y de vigor inunda,

entonce ella de lumbre
y de brillantes galas revestida,
bajo la azul techumbre,
cual magnífico templo se presenta
del infinito ser que la dió vida
y su eternal espíritu alimenta.
¡Cuán bella entonces es al pensamiento!
¡Cuán inspirada de luz y arrobamiento!
¡Cuánto de eterna nutrición le ofrece!
La mirada de Dios bañar parece
sus selvas virginales y sus montes,
sus campiñas y claros horizontes
y transformar con su inefable hechizo
aquella tierra en otro paraíso,
paraíso de gloria y esperanza,
de pura, inagotable bienandanza.

Florencio Varela

LA LIBERTAD DE GRECIA

Se abrió á mi vista la remota historia,
y en sus ricos anales
la ruina, los trastornos ó la gloria
de mil naciones admiré. Asombrado
ví brillar en sus páginas de fuego
el nombre y las azañas inmortales
con que ilustró su edad el noble griego.
Allí á Leonidas contener miraba
el torrente impetuoso
con que el altivo Persa se avanzaba
á buscar en Termópilas su ruina.
Allí vi de Temistocles alzado
el brazo poderoso,
y en Platea abatir y en Salamina
el terrible coloso
con que Jerjes al mundo amenazaba.

¡Cómo mi mente en entusiasmo ardía
al ver tantas azañas! Pero, abierta
otra página aún más luminosa,
de Licurgo y Solón venceré el nombre,
de Homero y de Demóstenes, dictando
leyes que hicieran venturoso al hombre,
ó en caudaloso metro celebrando
las glorias de la Grecia, ó los derechos
del ciudadano, en el senado augusto,
con elocuencia varonil mostrando.
Allí en Atenas y en Esparta,el templo
miré, do florecían
las ciencias y las artes, que de ejemplo
alguna vez al mundo servirían,
y de grandes modelos. ¡Gloria á Grecia!
clamó mi labio, de entusiasmo lleno;
¡Gloria sin fin al ilustrado Heleno! –
¿Mas Grecia, dónde está? – También la historia
los progresos fatales
de la ignorancia vil y el fanatismo
registra con dolor en sus anales,
y consagra llorando en la memoria
la esclavitud de un pueblo generoso,
doblado bajo yugo ignominioso.
Mirad ¡ay! á la Grecia. De repente,
desde el inculto fondo del desierto,
lánzase á Europa el Árabe insolente,
y en una mano el Alcorán abierto,
el hierro asolador con la otra esgrime;
y en torrentes de sangre anuncia al hombre
la ley de Meca y de Mahoma el nombre.
Europa toda amedrentada gime
bajo aquel yugo estúpido y sangriento;
la peste se propaga, y en el Asia
el Novator feroz fija su asiento.
El Turco vagabundo en él insiste
ciego se postra ante el audaz profeta,
y con ruda piedad intolerante,
la nueva ley que idólatra respeta,
con el hierro iracundo
también anuncia al azorado mundo.

La Grecia luego se ofreció á su vista,
y á la Grecia voló: con torpe insulto
las leyes de conquista
feroz le impuso y profanó su culto.
¿Qué valió resistir? Como las olas
del Océano sañoso,
cuyo ímpetu la roca no quebranta,
así lanzóse el musulmán furioso
sobre el mísero griego;
segó la cimitarra su garganta,
y su rica campaña asoló el fuego.
¡Y la Grecia es esclava!—¡Ay! ¿Qué se hicieron
sus antiguas hazañas? ¿Cómo pudo
apagarse la antorcha luminosa
que aún hoy la senda del saber nos muestra;
la antorcha que en otra época dichosa,
hizo á la Grecia universal maestra?
Todo, todo pasó. ¿Mas por ventura
la sangre que heredaron
los hijos de Milciades y Leonidas,
sin sublevarse de ira entre las venas
consentirá la servidumbre dura?
¿Arrastrará por siempre las cadenas
una nación que en perdurable gloria,
recuerda en cada sitio una victoria,
y en cada tumba un héroe? No—Bramando
de indignación. Botzaris se levanta;
¡fuera tiranos! grita, y á su acento,
renace el valor griego en el momento,
y la infame cadena se quebranta.
Y arde en furor el musulmán entonces,
la Grecia inundan sus terribles haces,
las campañas feraces
retiemblan al estruendo de los bronces,
y desastrosa guerra
truena en los mares, cual tronó en la tierra.
¡Ay de la humanidad! La temblorosa
ancianidad, el ternezuelo infante,
la inmaculada virgen y la esposa
envueltos caen al golpe fulminante
de la cuchilla idólatra: atronando,
pérfida mina estalla;

y en escombros volando
la mísera ciudad, el Turco mira
allanarse del muro la ancha valla,
y del estrago con placer se admira.
¡Bárbara atrocidad! Pero si el hado
puede de un pueblo decretar la ruina,
la humilla á más, y el que con gloria
entre escombros parece sepultado,
para nunca morir vive en la historia,
y deja al mundo de su fama lleno.
Así clamaba el desgraciado Heleno,
y ardiendo se lanzaba
tras el pendón de libertad glorioso,
que en sus manos Botzaris tremolaba.
Aquí se estrella en la feroz falange,
y, si muere matando,
cae con placer bajo el filoso alfange.
Allí entre las murallas estrechado
por el brutal bajá, solo en la tierra.
lucha contra las plagas de la guerra.
Gran tiempo el muro á su defensa sirve;
pero el golpe feroz y redoblado
sucumbe Missolonghi contrastado.
¿Qué importa? Se estrellaron, se rompieron
bramando las legiones otomanas;
y si después la fuerza y la fortuna
el laurel, no la gloria, les cedieron,
sobre ruinas no más, á sangre y fuego,
logró Ibrahím plantar la media-luna,
pero no al yugo sujetar un griego.
¡Loor á Missolonghi! Los valientes
que en sus gloriosas ruinas perecieron
piden venganza aún. Pero no envano
la griega sangre se vertió á torrentes
en tan tremenda lid; también mezclada
á raudales hirvientes
corrió sangre otomana en cien batallas;
y también desolada
la orgullosa y feroz Constantinopla
clamor de muerte en torno á sus murallas
oyó vagar mil veces, y los lutos
que entonces sus murallas revistieron

digno holocausto para Grecia fueron.
  Y mientra horrendo Marte
sembraba en todo el funeral estrago,
y, al flamear de mortífero estandarte,
la ruina truena do se oyó el amago;
mientras la humanidad despedazada
alza el clamor á la celeste esfera,
del Eterno implorando la clemencia;
¿será que Europa entera
tolerará con fría indiferencia
la desastrosa ruina
de los hijos de Esperanza y Salamina?
¿No es que el caudal honroso
de luces, con que brilla el europeo,
con empeño afanoso
lo bebiera en las fuentes del Liseo?
¿No es de Grecia su gloria? ¿En sus escritos
los sabios no pagaron
de alabanza el tributo respetuoso
á la nación ilustre que imitaron?
Todo, todo es verdad: ¿y cómo ahora
á la faz de la Europa en voz doliente
favor la Grecia escarnecida implora
y el escarnio de Grecia ella consiente?
  ¿Y siempre será así? No: que aun vivía,
para honor de Inglaterra,
el hombre grande á quien el siglo llora,
y llorarán los libres de la tierra;
el ministro ilustrado, en cuya mano
el poder fué consuelo al oprimido
y freno al opresor. ¡Eterna gloria,
llanto sin fin á CANNING! Era digna,
digna era de su nombre esclarecido
la generosa empresa
de proteger al griego desvalido.
El en su mente la abrigó primero,
y si al bajar á la callada huesa
no la vió realizada,
y no dejó la humanidad vengada,
tal vez á su llamado se formaba
entonces ya la liga que aquel día
el cielo en su justicia destinaba

á humillar de los Turcos la osadía.
Y este día lució: que al fin sintieron
los monarcas de Europa en sus oídos
del oprimido griego los gemidos,
y un freno al opresor poner quisieron.
Su voz, alzada entonces, preparaba
una tregua al furor: el crudo acero,
tras tantos años de combate fiero,
la primer vez entonces se envainaba;
y, en la fe de la tregua reposando,
crédulo el griego á descansar se daba.
¡Y era muerte el descanso! ¿Cuándo, cuándo
la fe se alberga en los feroces pechos?
¿Cuándo de las naciones los derechos
respetaron los bárbaros? Bramando
de furor, y sedientos de matanza,
el idólatra aleve se abalanza
sobre el tranquilo é indefenso griego;
el acero y el fuego
propagan la cruel carnicería,
y los monstruos, con júbilo batiendo
las manos todavía ensangrentadas,
se aplauden de su infame alevosía.
Al escándalo horrible conmovida,
estremecióse Europa, y al instante
alzóse á la venganza apercibida.
Entonces vióse numerosa flota
surcar el ancho mar, que, furibundo,
de las tres partes del antiguo mundo
las altas costas bramador azota;
y, sosteniendo el Dios por sus Tritones,
alzó la frente desde la honda arena,
por ver flamear al viento los pendones
del Ruso habitador del yermo helado,
del hijo audaz del Sena,
y el Bretón en los mares afamado.
Hélo al Turco á su vez. ¡Sombra terrible
del marino de Albión! No se ha perdido
de tus heroicos hechos la memoria;
no se perdió el ejemplo de osadía
que al mundo diste un día,
al sucumbir en Trafalgar con gloria.

Aun tienes sucesores, y el destino
la suerte de la Grecia hoy ha confiado
al jefe formidable
que hará eterna su fama en Naverino.
¡Día de destrucción! Rabia implacable
las escuadras dirige: en un momento
entre el humo y el fuego
se envuelve todo en torbellino ciego:
la muerte por mil bocas arrojada
á ninguno respeta;
ábrese el mar al espantoso trueno,
y sepulta las naves en su seno.
¡Allah! clamaba el hijo del profeta;
¡*Por tos fieles allah*! pero era en vano,
que el cielo no responde á sus blasfemias,
y da victoria al pabellón cristiano.
¡Salud, nobles Helenos! Esa liga
que en medio de la Europa se levanta,
será el apoyo de la causa santa
que sostuviste con tenaz fatiga.
¿Ni cómo abandonaros? ¿O en su boca
suena de Dios el sacrosanto nombre
sólo para con él destruir al hombre,
sin que brillen las armas en sus manos
para librar del yugo de Mahoma
una nación de mártires cristianos?
¡Ah! tal no puede ser: acaso en breve
lucir veremos la feliz aurora
de nuestra libertad; y los desastres
que la afligida humanidad hoy llora
cesarán para siempre. Pero en tanto
sabed que hay, de este lado de los mares,
una nación que os apellida hermanos,
donde la libertad tiene su templo,
y que sabrá, siguiendo vuestro ejemplo,
sucumbir sin rendirse á los tiranos.

AL 25 DE MAYO DE 1826

ODA

Otra vez raya el día, el grando día
en que la patria á su esplendor naciera;

y el mismo sol que en su eternal carrera
desde la creación sigue inmutable,
dieciséis años ha que mira al cabo
libre é independiente
el mismo continente,
que tres siglos enteros miró esclavo.

¿Quién tanta gloria obró? ¿Cuál fué la mano
que tronzó la cadena envejecida,
que este mundo ligaba al otro mundo,
atado al pie del trono de un tirano?
El noble americano
un día se cansó de vejaciones,
se avergonzó del nombre de colono;
y, al golpe de su brazo, á lo profundo
cayó con el tirano hundido el trono.

Mayo miró romperse las prisiones:
Mayo miró el prodigio. Desde entonces,
en vez de la cadena ignominiosa
que con el mundo opuesto nos unía,
nos unen hoy á todas las naciones
los vínculos honrosos
del comercio y la industria. ¡Cuánta gloria
preparó un solo día,
un día afortunado
para vengar ultrajes reservado!
Y este día es de hoy. La triste Iberia
hoy más que nunca los desastres siente,
la ruina y la miseria
que su orgullo tenaz le ha preparado.
En el suelo de América ha agotado
su poderío ingente;
y conque contener no tiene ahora
á la rueda inclemente
del carro en que se arrastra entre sus pueblos
la civil disensión asoladora.
¡Pobre España! Contempla en este día
cómo los hijos de Colón celebran
su gloria y libertad; y tú entretanto
por lanzar de tu seno á la anarquía
te fatigas envano;
y no lo lograrás mientras tu brazo

no acabe por el pérfido tirano
que en tu vida se ceba,
y al precipicio sin piedad te lleva.

Pero tú serás libre cual nosotros,
déjate conducir por los que miran,
España, por tu bien; por los que aspiran
á salvarte del fin triste y sangriento,
que, si te obstinas, por tu mal te espera.
Mira al rico Bretón, en el momento
que sintió que la América rompía
el último eslabón de su cadena,
cómo reconoció nuestros derechos;
y los hijos del Sena
á seguir este ejemplo se preparan.
Síguelo tú, y verás en el instante
que tu impotencia desvalida amparan
contra tus despiadados opresores;
síguelo tú también y que otro Mayo
mire apagado de la guerra el rayo,
mire al fin extinguidos los rencores
que por tu injusta saña
ardieron entre América y España.
Y lo verá otro Mayo; y tal vez sea
nuevos triunfos del fuerte americano;
y nuevos escarmientos de un tirano,
que aun nos provoca á la feroz pelea.
En el centro de América se ostenta
un trono, de delitos circundado,
y el vil usurpador que en él se sienta
caerá dentro de poco; ya no es dado
más tiempo al despotismo
alzar en nuestro suelo su estandarte.
¿Pero qué mucho? Si en el seno mismo
del Brasil ya se lanza
de libertad el grito, y se reparte
doquier su fuego santo, que no alcanza
á sofocar el débil poderío
de su opresor injusto: ya tus hijos
se acuerdan de que son americanos,
y aspiran hoy á ser nuestros hermanos.

Sí, pueblos, lo seréis: la causa vuestra

nuestra causa será: de nuestras manos
no caerán los aceros que empuñamos,
en tanto que entre escombros sepultados
el trono y el tirano no se vea,
y por la luz de Mayo hoy os juramos
triunfar ó perecer en la pelea.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ (1)

A MI CABALLO

Rey de los llanos de la patria mía,
mi tostado alazán, ¿quién me volviera
tu fiel y generosa compañía
y tu mirada inteligente y fiera?
¿Has llorado por mí, cuando otra mano
limpia el polvo á la crín de tus melenas?
¿Recibes las caricias siempre ufano,
adviertes, alazán, que son ajenas?
Tu pobre dueño, errante, vagabundo,
tan sólo de recuerdos ha vivido,
y en todos los caminos de este mundo
la imagen de la Patria le ha seguido.
Patria es amor, es entusiasmo, es gloria,
es el aliento de la vida humana,
la constante visión de la memoria,
el sueño de la noche y la mañana.
Tú mismo, el cuello de dolor doblado,
la nativa llanura abandonaste,
y el lago cristalino y azulado
en el rico pesebre recordaste.
¡Es tan hermoso el cielo! ¡Son tan bellos
los astros que en el Plata se reflejan!
Con renegridos ojos y cabellos,
esclavo el corazón sus hijas dejan.
Crecen allí las flores y las mieses
sin el cansancio de la frente humana,

(1) Nació en Buenos Aires en 1809 y falleció en la misma ciudad en 1878.

y señala el camino de los meses
fruto sabroso que perfume emana...
¿Te acuerdas, mi alazán, de aquella aurora
cuando llegando á la ventana mía,
hallaste mi cabeza indagadora
ante el libro doblada que mentía?
Ya del Oriente el resplandor velaba
del lucero de amor la mustia lumbre,
y la aromada brisa que reinaba,
el pecho me llenó de mansedumbre.
Un no sé qué sentí; como incompleto
mi sér me pareció: tendí los brazos,
y sólo sombras y silencio quieto
halló mi corazón hecho pedazos.
Era el amor, la luz de la existencia,
que en mi inocente corazón nacía,
y á mi joven incauta inexperiencia
placeres y deleites prometía.
¡Placer! ¡Deleite! Espinas y dolores
sólo encontré cuando clavé los ojos
en los de una mujer, tan seductores,
que alfombra hizo á su pie de mis despojos.
¡Oh! yo la amé cual se ama la primera,
la vez primera que el amor sentimos,
cuando está el corazón en primavera,
y al sol de las pasiones nos abrimos.
La idolatré y hasta la estampa leve
besé de sus pisadas vagorosas
sobre la hierba de la senda breve,
formada de jazmines y de rosas;
y en el aroma de mi patrio río
cuando ella entre las bellas argentinas,
en las auroras dulces del estío
se bañaba en las ondas cristalinas.
Tú, mi alazán, amigo fiel ausente
más de una vez has inundado el seno
de otro alazán fogoso y diligente,
con la argentada espuma de tu freno.
Tus huellas á las suyas confundidas
se vieron muchas veces en la arena,
cuando en voces del alma desprendidas
conversaba de amor con mi morena.

Tú conocías como yo el sendero
por mi amada en los campos preferido,
y el paso redoblabas placentero
de mi impaciente látigo al chaspido.
Más de una vez, desde tu inquieta espalda
de flores despoblé la enredadera
para adornar su sien de una guirnalda
que jugase en su negra cabellera.
Tú entre las calles de mi patria hallabas
puesto ya el sol, su calle y su ventana
é inclinando la frente te parabas
ante la que era el sol de mi mañana.
¡Todo pasó! Del pobre desterrado,
en el variable pecho de la bella,
no hay ni un recuerdo del amor pasado,
ni en sus paternos campos una huella.

LA BANDERA DE MAYO

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
el blanco y el celeste de nuestro pabellón;
por eso en las regiones de la victoria ondea
ese hijo de los cielos que no degeneró.

Cual águila en acecho se alzaba sobre el mundo
para saber qué pueblos necesitaban de él,
y llanos y montañas atravesando y ríos,
la libertad clavaba donde clavaba el pie.

Del Condor de los Andes las alas no pudieron
seguir en sus victorias al pabellón azul;
ni la pupila impávida del águila un momento
podía mirar de frente su inextinguible luz.

¡Alcemos sus colores con vanidad, hermanos!
de nuestra gran familia el apellido en él:
dos bandos fratricidas le llevan en sus lanzas,
mañana en torno suyo se abrazarán también.

VICENTE LOPEZ Y PLANES (1)

EN LA VICTORIA DE MAIPO

¡Oh! ¡Si hoy mi poderío
la esfera de mis votos igualase
para cantar el belicoso brío
de la legión maipuana
que hundió en el polvo la soberbia hispana!

De Homero tomaría
de Píndaro, de Horacio y del Mantuano
aquel estro, grandeza y armonía,
que á los siglos quebrantan,
y siempre el alma con su magia encantan.

De Eurídice al esposo
la deliciosa voz demandaría.
El mismo Apolo su eco victorioso
me daría con gusto,
que siempre ha sido con los héroes justo.

Después, al rutilante
carro del sol con majestad subiendo
de la cordura y rectitud amante—
cual Faetón no fuera,
principiaría la inmortal carrera...

Por delante la Aurora,
más graciosa, más cándida, más bella
que en el cielo jamás se vió hasta ahora
las puertas me abriría
y el camino de rosas sembraría.

Los pueblos del Oriente,
admirados quedando al presentarse
fenómeno tan raro y esplendente,
corriendo á las alturas
dejarían talleres y culturas.

(1) Nació en Buenos Aires en 1786, falleciendo en 1836.

Y entre tanto ocupando
del grande Tauro el hiperbóreo alcázar
y el humilde horizonte atrás dejando
con ráfagas de lumbre
más vistosas brillara que es costumbre.

Mi manto al desplegarse
deliciosos poemas sembraría.
que al leerse por el mundo y meditarse,
de Maipo la victoria
perpetuasen del mundo en la memoria.

El cénit más cercano
y ya á la vista general la noche.
Entonara mi canto sobrehumano:
melodiosos torrentes
moverían las piedras y las gentes.

¡Oh Patria! Tú serías
de mis loores el sublime objeto:
tu pasmosa constancia en tantos días
de apremio y de fatiga
con que incansable el español te hostiga.

Solitaria en la lucha
cual si no hubiera pueblos generosos,
nadie en el mundo tu clamor escucha;
todos te dejan sola
en brazos de la cólera española.

Audaz sobre la arena
vertiendo sangre y en sudor bañada
con la mano de truenos y rayos llena,
luchas con tus rivales,
y venciendo enriqueces tus anales.

Mas tu riesgo no cesa
que en sus pérdidas mismas recobrado,
el tirano otra vez la lid empieza,
y te arrostra atrevido,
como si vencedor hubiera sido.

Tus fuerzas desfallecen:
¡tanta sangre preciosa has derramado!
¡Ah! Tus conflictos á la par acrecen

mil monstruos parricidas
que remueven atroces tus heridas.

Mas, San Martín, ese hijo
que en sus favores te ha donado el cielo
para colmo de gloria y regocijo
se arroja á la palestra
y arma en tu auxilio la robusta diestra.

A la hidra que vomita
por millares de bocas cruda muerte,
el hercúleo campeón se precipita,
su gran maza levanta
y la tiende mortal bajo su planta.

Asi fué la jornada
de las célebres márgenes del Maipo
en donde fuiste, ¡oh patria! coronada
de lauro inmarcesible
por San Martín y su legión terrible.

¡Gloria á tantos varones
que á los más grandes en la guerra igualan,
y los vencen en muchas proporciones!
En igual circunstancia
no hubo mayor destreza, ardor, constancia.

Aquesto por extenso
con majestuoso acento cantaría,
y asombrado al oirme el orbe inmenso,
prorrumpiera cantando
América y sus bravos alabando.

Después celebraría
tu rico suelo que llenó Natura
de dones abundosos á porfía:
suelo privilegiado
para asilo del mundo destinado.

Y la crueldad ibera
también diría, que en cruenta lucha
arrebatar á todo el orbe espera
este terreno amigo
donde todo extranjero tiene abrigo.

Y votos muy ardientes
por doquier hasta el cielo subirían,
deseando gloria á los independientes,
y paz pronta y durable
que á la España negar no sea dable.

Paz que á todos ofrezca
el mercado más fácil y abundante;
á cuya sombra la opulencia crezca,
y nazcan relaciones
que hagan felices todas las naciones.

Yo, entretanto, gozoso
bajaría el gran carro al horizonte,
y celajes de un gusto primoroso
pondrían fin al día
que te ofrecen mis votos, patria mía.

LUIS L. DOMINGUEZ (1)

A MONTEVIDEO

Semejante á Ondina bella
Su cuerpo airoso descuella....
(E. ECHEVERRÍA).

De las entrañas de América
dos raudales se desatan;
el Paraná, faz de perlas,
y el Uruguay, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren
ó entre floridas barrancas,
como dos grandes espejos
entre marcos de esmeraldas.
Salúdanles en su paso
la melancólica pava,
el pica-flor y el jilguero,
el zorzal y la torcaza.
Como ante reyes se inclinan
ante ellos ceibos y palmas
y le arrojan flor del aire,

(1) Nació en Buenos Aires en 1810.

aroma y flor de naranja;
así siguiendo su senda
sobre sus lechos se arrastran;
Luego en el Guazú se encuentran,
y reuniendo sus aguas,
mezclando nácar y perlas
se derraman en el Plata.

El Plata, y es verdad. Ancha llanura
de bruñido metal que nunca acaba
parece el río, cuya diestra lava
de Buenos Aires el soberbio pie.

Cuya izquierda tendiendo hacia el oriente,
de una joven beldad la falda toca;
beldad guardada por gigante roca
que el Plata inmenso desde lejos ve.

Y es fama que esa roca majestuosa
á la bella ciudad pusiera nombre,
cuando en medio del mar al verla un hombre
monte veo, del mástil exclamó.

Enfrente de ese monte nació un pueblo
con un cinto de muros y cañones,
do clavaron tres reyes sus pendones
que colérico el Plata contempló.

Te envidiaron los reyes, rica joyá,
y un día en sus coronas te ostentaron,
y al mirarte otro día sólo hallaron
en vez de joya duro pedernal.

Entonces adornaste la diadema
de la joven república de oriente,
que te muestra á los pueblos en su frente
desde el Cerro su eterno pedestal.

Ahí está Montevideo
estendido sobre el río,
como virgen que en estío
se ve en un lago nadar.
La matriz es tu cabeza,
es la aguada tu guirnalda,
blancos techos son tu espalda

y tu cintura, la mar.

Ciudad coqueta, sonríes
cuando ves los pabellones
de poderosas naciones
flamear en rico bajel,
y les pagas las ofrendas
que ellos traen á tu belleza,
con tu campo, y la riqueza
que derrama Dios en él.

En tu puerto á centenares
mécense los masteleros
como bosques de palmeros
que sacude el vendabal.
Y si en él se ve de noche
navegar rápida vela,
parece garza que vuela
de algún lago en el juncal.

En las noches sin estrellas
tenebrosas del invierno,
cuando el mar es un infierno
que al marino hace temblar,
tú, benéfica, iluminas
sobre tu roca gigante
un fanal que al navegante
seguro norte va á dar.

En otro tiempo los reyes
levantaron alta valla
de impenetrable muralla
para oprimirte, Beldad;
pero el hierro del esclavo
sacudiste de tus brazos,
y los muros á pedazos
derrumbó la libertad.

Eres tú, Montevideo,
del Plata blanca sirena,
y tu entraña una colmena
cuya miel es el amor.
Feliz el labio que guste
de tu miel, ciudad de amores.

que tus hijas son las flores
que dan tan dulce licor.

Tus hijas todas son ángeles
en dulzura y en pureza,
son estrellas en belleza,
de la vida el iris son.
Por ellas, sólo por ellas,
eres tú, Montevideo,
de mi memoria recreo,
de mis sueños ilusión.

Y si tú crees en los sueños,
escucha ¡oh pueblo! uno mío:
yo soñé que veía al río
salir de su ancho cristal,
y que á ti y á Buenos Aires
en sus brazos estrechaba;
y así unidos os dejaba
en un abrazo inmortal.

Si eres tan solo un sueño, dulce idea,
que fascina mi ardiente fantasía,
no amanezca jamás el triste día
que te borre de mí.

¡Pero no! que en los cielos está escrita
en la página de oro del destino,
la unión del Oriental y el Argentino
que en mis ensueños vi.

EL OMBU

Cada monarca en la tierra
tiene un rasgo prominente:
el Brasil, su sol ardiente,
minas de plata el Perú;
Montevideo, su cerro;
Buenos Aires, patria hermosa,
tiene su pampa grandiosa;
la pampa tiene el ombú.

Esa llanura extendida
inmenso piélago verde,
donde la vista se pierde
sin tener donde posar,
es la pampa, misteriosa
todavía para el hombre,
que á una raza da su nombre
que nadie pudo domar.

No tiene grandes raudales
que fecunden sus entrañas;
pero lagos y espadañas
inundan toda su faz,
que dan paja para el rancho,
para el vestido dan pieles,

agua dan á los corceles
y guarida á la torcaz.

Su gran manto de esmeralda
esmaltan modestas flores
de aromáticos olores
y de risueño matiz:
el bibí, los macachines,
el trébol, la margarita,
mezclan su aroma exquisita
sobre el lucido tapiz.

No tiene bosques frondosos
ni las aves que hay en ellos;
pero sí pájaros bellos
hijos de la soledad,
que siendo únicos testigos
del que habita esas regiones,
adivinan sus pasiones
y acompañan su orfandad.

Así, nuncio de la muerte
es el cuervo, ó el carancho;
si la peste amaga el rancho
sobre el techo el buho está;
y meciéndose en las nubes
y el desierto dominando,
las horas está contando
el vigilante yajá.

No hay allí bosques frondosos,
pero alguna vez asoma
en la cumbre de una loma
que se alcanza á divisar,
el ombú solemne, aislado,
de gallarda, airosa planta,
que á las nubes se levanta
como faro de aquel mar.

¡El ombú! – ninguno sabe
en qué tiempo ni qué mano
en el centro de aquel llano
su semilla derramó;
mas, su tronco tan nudoso,
su corteza tan roída,
bien indican que su vida
cien inviernos resistió.

Al mirar cómo derrama
su raíz sobre la tierra.
y sus dientes allí entierra
y se afirma con afán,
parece que alguien le dijo
al levantarse altanero:
ten cuidado del pampero
que es tremendo su huracán.

Puesto en medio del desierto,
el ombú, como un amigo,
presta á todos el abrigo
de sus ramas con amor;
hace techo de sus hojas
que no filtra el aguacero,
y á su sombra el sol de Enero
templa el rayo abrasador.

Cual museo de la Pampa,
muchas razas él cobija;
la rastrera lagartija
hace cuevas á su pie;
todo pájaro hace nido
del gigante en la cabeza;
y un enjambre en su corteza
de insectos varios se ve.

Y al teñir la aurora el cielo,
de rubí topacio y oro
de allí sube á Dios el coro
que le entona al despertar,
esa Pampa misteriosa
todavía para el hombre,
que á una raza da su nombre
que nadie pudo domar.

Desde esa turba salvaje
que en las llanuras se oculta,
hasta la porción más culta
de la humana sociedad,
como un lindo está la Pampa
los dominios dividiendo

que va al bárbaro cediendo
palmo á palmo á la ciudad.

Y el rasgo más prominente
de esa tierra, donde mora
el salvaje que no adora
otro dios que el valichú,
que en chamal y poncho envuelto,
con los lagues en la mano
y sembrando por el llano
mudo horror, es el ombú.

¡Cuánta escena vió en silencio!
¡Cuántas voces ha escuchado
que en sus hojas ha guardado
con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
su quietud ha interrumpido
á su pie se ha combatido
por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
grabadas con el cuchillo,
quizá por algún caudillo
que á los indios venció allí;
¡por uno de esos valientes
dignos de fama y de gloria
y que no dejan memoria
porque nacieron aquí!

A su sombra melancólica
en una noche serena
amorosa cantilena
tal vez un gaucho cantó;
y tan tierna su guitarra
acompañó sus congojas
que el ombú de entre sus hojas
tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado
el señor de aquella tierra,
de su ganado la hierra
presencia alegre tal vez;
ó tomando el matecito
bajo sus ramos frondosos
pone paz á dos esposos,
ó en las carreras es juez.

A su pie trazan sus planes
haciendo círculo al fuego
los que van á salir luego
á correr el avestruz...
Y quizá para recuerdo
de que allí murió un cristiano,
levanta piadosa mano
bajo su copa una cruz.

Y si en pos de amarga ausencia
vuelve el gaucho á su partido,
echa penas al olvido
cuando alcanza á divisar
el ombú, solemne, aislado
de gallarda airosa planta,
que á las nubes se levanta
como faro de aquel mar.

A MAYO

En Montevideo, el año 1844

Aquí el fiero opresor de la Patria
su cerviz orgullosa dobló.
(Himno Argentino.)

I

No era el cañón guerrero el que tronaba
cuando el sol de este día se elevaba;
no era el cañón que guarda los umbrales
del templo de las leyes orientales,

y sujeto á la furia del torrente
que á tragarlos venía en su corriente.
Era el grito gigante con que expresa
su libertad un pueblo y su grandeza;
era el eco de bronce de la historia
que pregona de América la gloria;
era la voz tremenda que retumba;
era que el sol de Mayo se mostraba
y la América toda le adoraba.

¡Y otra vez, sol hermoso, yo te adoro!
Otra vez en tu honor la musa mía
pulse las cuerdas de la lira de oro,
y en ofrenda te lleve su armonía
á ese sol que las Incas adoraron
cuando suyo era el suelo que pisaban,
cuando extranjeros gritos no turbaban
el aire que sus padres respiraron;
á ese sol que la sangre americana,
que el acero español vertió á torrentes,
bebía con sus rayos más ardientes
porque brotase un día más lozano:
á ese sol que miró de sus alturas
germinar y nacer el pensamiento
que dió á mi patria varonil aliento
para rasgar sus viles ataduras;
Dios de América; á ti ¡oh, sol de Mayo!
otra vez cantará la musa mía;
y al calor vigoroso de tu rayo
los tonos templará de su armonía.

II

Bien conoce el mundo entero
tu historia, grandioso día;
de mis padres el acero
en cien campos la escribió
y si no supieran leerla
esos *sabios* de la Europa
vayan á España á saberla
que á su pesar la aprendió.

Era un ser que se escondía
entre los mares de América,
que Colón cautivó un día

para la grande Isabel.
Luego víctima inocente,
de infernales ambiciones,
dobló mísera la frente
bajo el yugo más cruel.

Mas al fin el pecho noble
por la libertad latiendo
vigorosa como el roble
sus cadenas destrozó;
y aquel león castellano
que á la América asolaba,
fué arrojado en el Océano
y á su España se volvió.

Bien conoce el Universo
á Bolívar á Belgrano,
á San Martín; ni mi verso
nombra primero al Perú,
do nuestros padres cortaron
los magníficos laureles
que en las banderas colgaron
de Ayacucho y de Maypú.

Y conoce el mundo entero
las hazañas prodigiosas
el espíritu guerrero
del continente del Sur,
y el genio audaz que guiaba
á Castelli y á Moreno,
y que á López inspiraba
y á Varela y Lafinur.

Y es sabido también en todo el mundo
el pensamiento colosal, profundo,
que en el silencio y calma meditaron
esos que en Mayo ¡*Libertad*! clamaron.

Derramando destellos refulgentes
de aquellos pensadores y altas frentes,
por el hermoso suelo americano
difundía una luz como del cielo;
y á la voz *Libertad y Democracia*.
con candor virginal, llena de gracia,
comenzó á andar la América la bella

por una fácil y florida huella
que guiaba á encantado Paraíso
donde todo era paz y dulce hechizo.

Mas una de sus hijas, la primera
que el eslabón despótico rompiera,
en la marcha perdiendo el buen sendero
se encontró, por su mal, con un guerrero
que á un bosque de laureles al instante
la señaló diciéndola: ¡adelante!

La ninfa fascinada ó atrevida
al bosque penetró... ¡quedó perdida!
allí todo fué caos y tinieblas;
de lágrimas y sangre había nieblas:
el suelo porque andaba á tropezones,
era un erial do mil revoluciones
como horribles serpientes venenosas
rodaban enroscándose furiosas.
Los ayes del dolor más penetrante,
conturbaban el aire cada instante,
y cuando ya cansada, en agonía,
al borde del sepulcro poesía,
del moribundo en la postrera rabia
pronunció en un quejido: ¡Rivadavia!...
y cual cediendo á celestial prestigio
en el caos terrible obró un prodigio.
rasgóse el tenebroso, espeso manto;
y al través de las nubes de su llanto,
divisó por los cielos como un rayo...
Era tu luz divina ¡oh, sol de Mayo!
era tu luz hermosa y primitiva,
que en la cuna quedara ya cautiva,
que el genio y la virtud salvan ahora
porque otra vez te muestres en tu aurora.

Entonces, Buenos Aires, las naciones
con respeto miraron tus pendones;
entonces resonó por todo el mundo
el pensamiento colosal, profundo,
que en el silencio y calma meditaron
esos que en Mayo *Libertad* clamaron;
y demandaste á la serena historia
lugar eterno de brillante gloria.

III

Mas ¡ay! que en los pajonales
de la Pampa solitaria
está creciendo en maldades
en sed de sangre feroz,
el tigre que aguza el diente
para morderte, mi patria,
y desgarrar inclemente
tus miembros con furia atroz.

Y arrojar á sus cachorros
tu bello cuerpo en pedazos
y de tu sangre en los chorros
sus gargantas empapar;
y así con rabia maldita
ebrios de horror y ruina
alzar furibunda grita,
y entre crímenes marchar.

Y salió al fin de la Pampa,
bajo disfraz de cordero,
para mejor á la trampa
á la víctima atraer;
y mi patria desdichada
en las garras asquerosas
del tigre, del monstruo Rosas
incauta vino á caer.

Y cuando en mortal desmayo
la vió el hipócrita gaucho,
á la cincha del caballo
la arrastró sin compasión,
y allá en la pampa salvaje
con las uñas carniceras
tuvo el bárbaro corajo
de arrancarla el corazón.

Y alzándolo por los aires
en el sangriento cuchillo
exclamaba:—¡Oh, Buenos Aires!
¿en dónde está tu poder?
y clavado en duros hierros
á carcajadas riendo
lo mostró impío á los perros
zuzándolos á morder.

Y en la picota infamante
escribió por más escarnio:—
¡Acércate, caminante,
aquí está la *Gran Ciudad*!
Y en la aurora del gran día
iba su chusma salvaje
á cantar en paredia:
Oid mortales: ¡Libertad!

Las banderas y trofeos,
las ricas glorias del Plata,
con los sacarmos más feos
intentaba deslucir;
porque los que eran gusanos
cuando otros eran cóndores,
quieren con fango, villanos.
á los cóndores herir.

Y la fecunda simiente
que nuestros padres sembraron
y á nosotros nos legaron
para sus frutos coger,
el tigre con cruda saña,
incapaz de anonadarla.
sofocaba con zizaña
donde empezaba á nacer.

Pero la semilla hermosa
bajo de tierra escondida.
con el tiempo más nutrida,
en perfecta madurez,
esperará un nuevo rayo
del calor vivificante
que tuviste, Sol de Mayo,
el inmortal *año diez.*

Y tu, vestiglo, demonio,
te volverás á tu infierno,
y tu nombre será eterno
recuerdo de odio y de horror;
y las viejas al nombrarte
tomarán sus crucifijos,
y con tu nombre á sus hijos
pondrán las madres pavor.

Esclava así la que nació señora,
segunda vez sobre sus fierros llora,
y llora con dolor la hija del Plata,
porque el tirano que sus brazos ata
si no es de aquella raza de extranjeros
que—mercaderes, frailes y guerreros,—
cargados de cadenas se venían
y cargados de plata se volvían;
que la ley predicaban del Dios hombre
para mandar como amos en su nombre;
Es un hijo bastardo de su suelo
que—alma de fango, corazón de hielo—
no recibió de Mayo la influencia,
renegó, miserable, su creencia,
y encarnó en él el último latido
del despotismo Ibérico vencido.

Por eso le miramos incesante
ir socabando el pedestal gigante
de la Revolución; -por eso todo
cuanto en pie resistió, con sucio lodo
de sarcasmo y blasfemia ha deslustrado;
por eso; ¡oh, Buenos Aires! te ha humillado;
por eso tuvo la infernal audacia
de desdorar la santa democracia,
la plebe embrutecida levantando
y sus tropas pasiones fomentando,
para que hundida en arqueroso vicio
se derrumbe al horrendo precipicio
mientras él sin el freno de las leyes
remeda imbécil los feudales reyes;—
por eso es que confisca y que destierra·
por eso vive en fratricida guerra;
y por eso el cuchillo más horquero
degüella sin piedad al extranjero,
á la débil mujer, al ciudadano;—
y por eso su imagen de tirano
al templo fué á pedir adoraciones,—
y por eso... sobre él... mil maldiciones!!!

IV

Ardiendo un día en fiebre de matanza
concibe ese tirano la esperanza

de oprimir con su pie la bella frente
de la joven República de Oriente,
y uncida con su hermana al mismo yugo,
continuar sus proezas de verdugo.

Vinieron sus hordas;
los campos llenaron;
con sangre marcaron
su marcha triunfal.
Soberbios clavaban
sus lanzas de guerra
gritando: «Esta tierra
ya no es Oriental.»

¿Dó están los que intentan
probar nuestros sables?
Querrán miserables
la suerte seguir
de Lavalle y de Acha
y de tantos otros
que contra nosotros
osaron venir?

¿Sabéis nuestra historia?...
Ved que á nuestra espalda
cual es la guirnalda
de nuestro valor.
Doquiera estuvimos,
cabezas rodaron,
doncellas alzaron
inútil clamor...

¿Quién oye, y no tiembla,
nuestra voz de guerra?
¡Rendirse! Esta tierra
ya no es oriental...»
Y así los salvajes
gritando, corriendo,
venían blandiendo
su agudo puñal.

Montevideo; y tú, dócil ¿el cuello
entregarás al bárbaro degüello?
¿Tú tan dichosa, y rica y adorada
serás por esas hordas profanada?
¿No eres tú por ventura la barrera

el único baluarte en quien espera,
la libertad del Plata perseguida
guarecerse y salvar su hermosa vida?
¿Tu genio tutelar, tu Angel de guarda
el incendio voraz dejará que arda,
que devore y arruine tu belleza;
y que á Rosas presenten tu cabeza?

¡No será, pese al tirano!
que con el bélico arreo
yo le vi, Montevideo,
á tu genio tutelar
salir bizarro á tu frente,
blandir la pujante lanza
y *Libertad* y *Venganza*
con voz robusta exclamar.

Y le vi cruzar tus calles
el patriotismo encendiendo
y en las masas infundiendo
la conciencia del valor.
Y gritar: «El que nace hombre
no ha nacido para esclavo;
y el que es libre ha de ser bravo
si á los grillos tiene horror.

Y al mirarse solo y débil
sin cañones, ni metralla,
sin baluarte, ni muralla,
para poder resistir,
las audaces creaciones
vi del genio de esta tierra
para hacer gloriosa guerra
hasta vencer ó morir.

A los ricos les decía: —
¿Qué vale sin patria el oro?
á su altar vuestro tesoro
en holocausto llevad.
Cámbiense vuestros metales
por las armas victoriosas,
que han de dar la muerte á Rosas
y á la Patria Libertad.

Y decía á los que fueron

en otro tiempo cañones:—
Sacudid mudos leones
tan vergonzosa quietud;
vivid y bramad como antes,
lanzad el rayo y el trueno,
y al tronar de vuestro seno
húndase la esclavitud.

Y decía á los extraños:
Al defender mis derechos
salvaré todos los techos
que mi egida cubrirá,
y decid: ¿Si en medio al Plata
alcanza á un barco el Pampero
indolente el pasajero
la borrasca mirará?

Y á los suyos les decía,
mostrándoles su bandera:—
Eterna gloria os espera
si la hacéis pura batir.
el *pensamiento* de Mayo
sostenéis con los aceros,
que de Mayo los guerreros
os legaron al morir.

Y si Dios dijo allá arriba:—
Montevideo sucumba,
laureada baje á la tumba
como Cangallo bajó;
y al pasar frente á sus playas
diga el nauta con asombro:—
bajo ese mísero escombro
un pueblo heroico cayó!

Y así iniciando un grande juramento,
con tremendo clamor atronó el viento
el grito colosal de un pueblo fuerte
que repetía: ¡*Libertad ó muerte*!

Sol de Mayo, detente en el espacio
y mira de tu espléndido palacio
que aun cultiva tu América querida
el que tú germinaste, árbol de vida.

Ven á ver el esfuerzo sobrehumano
de un pueblo que combate á su tirano;
y rompe al fin la nube de escarlata
que tu lumbre ha eclipsado sobre el Plata.

Y tú, Ninfa hechicera de este río,
de reyes y tiranos codiciada,
nunca pudiste de ceñir la espada
que no debieras esgrimir jamás.
Roto una vez de servidumbre el yugo
para siempre envainar debió el acero
el pueblo que aspirase al verdadero
lauro envidiable de progreso y paz.

Mas la herencia fatal de sus abuelos
agobiaba de América los hombros;
y al quererse arrojar, en sus escombros
debía á cada momento tropezar:
y de ahí la anarquía y sus horrores,
y de ahí la ambición y el egoismo.
de ahí, Montevideo, el negro abismo
que encontraste á tus pies al despertar.

Tú, tan rica otro tiempo y tan hermosa,
una arena eres hoy de lidiadores,
tu cintura de espumas y de flores
en otras de cañones se mudó,
Los labios de tus bellas que vertían
dulcísimas palabras amorosas,
hoy sólo expresan su pavor á Rosas,
su pena por el bravo que espiró.

¿Conoces al autor de tu desgracia?...
Mira, madre infeliz, hacia el Cerrito
do su tienda plantó tu hijo maldito
infamado con marca de traidor;
y verás las cadenas que te guardan
al pie de la bandera degradante,
que revela *la nada* del farsante,
de ese esclavo con aires de señor.

Incapaz de virtud, él no creía
en la heroica virtud de tus campeones
y al ruido no más de sus cañones

ya el imbécil rendida te creyó:
mas el Genio que guarda tus destinos
calada la visera, lanza en mano,
al frente se lanzó de tu tirano
y con voz varonil ¡atrás! gritó.

Y como si una mano irresistible
enclavándole hubiera en el Cerrito
obedeciendo al formidable grito
quince lunas le hallaron siempre igual:
y tu le hayas también, ¡oh Sol de Mayo!
el viejo despotismo sosteniendo
y á este pueblo de libres defendiendo
tu pensamiento grande é inmortal.

Y encuentras que los hijos de la Europa
combatiendo á la par de tus leales
fijaron un grande hecho en tus anales
que inmensos resultados ha de dar;
y que á América toda le repite;
«no hay más rey, ni más trono que el eterno,
»como á furias que aborta el mismo infierno
»á los reyes del mundo has de mirar.»

¡Qué! ¿los reyes de Europa no fueron
los que á América hicieron rendir?
¿De esos reyes también no aprendieron
los tiranos que hoy la hacen gemir?
¿Y no han sido sus únicas leyes
las brutales del sable y cañón?...
Pues entonces tiranos y reyes
enemigos de América son.

A los hombres de Europa, en los brazos
como á hermanos debéis acoger;
á los reyes de Europa á balazos
si sus leyes os quisieran poner.
Y si aun alza un tirano la frente
bella América ejemplo tomad
de este Pueblo de gloria esplendente
que aun muriendo dirá: ¡Libertad!

De este pueblo que ve á su verdugo
preparando el horrible dogal,

que ve el hacha sangrienta y el yugo
en las manos de la horda brutal;
y él su lanza clavando gallardo
cuando el Sol de este día alumbró,
tomó el arpa solemne del Bardo
y al gran día de Mayo cantó.

NOTAS

Vayan á España á saberla
que á su pesar la aprendió.

El autor de estos versos, escribe con pena toda palabra que pudiera herir el pundonor de la *Joven España*. Para que á esta parte de su composicion no se quiera dar un sentido torcido, declara que solamente habla con la España en la época de opresión y atraso, que se prolongó desde el reinado de Felipe II hasta el de Fernando VII. La España de hoy, es nuestra hermana. Los vínculos que nos unían ha recibido consistencia perdurable, desde que los hijos de ambas regiones combatimos en las mismas filas bajo las banderas de la Libertad.

Yo le vi, Montevideo
á tu «Genio tutelar.»

Este Genio tutelar no es el símbolo de ninguna persona. ¡No! La resistencia de Montevideo, no es para el poeta la gloria exclusiva de ningún hombre. El *Genio tutelar*, no es más que la expresión, pálida por cierto, del espíritu de este pueblo heroico.

Y decía á los que fueron
en otro tiempo cañones.

Para artillar las fortificaciones de esta plaza, que en el momento de la invasión estaba desguarnecida de cañones, se arrancaron los que servian de postes en las calles de la ciudad, y con ellos se montaron más de cien piezas.

No hay más rey ni más trono que el eterno:
Como á furias que aborta el mismo infierno
á los reyes del mundo has de mirar:»

La buena acogida que obtuvo esta idea de mi canto á Mayo, premiado con el *accesit* en el memorable *Certamen poético* de 1841, me alienta á reproducirla aquí cuasi en los mismos términos que entonces. Ellas y las siguientes estrofas, son sentidas expresiones de queja contra el abuso de la fuerza que hacen siempre en América los grandes poderes europeos, que represento bajo el nombre algo inexacto de *los reyes.*

JOSÉ M.ª CANTILO (1)

EL 25 DE MAYO

EN MONTEVIDEO

Libertad ó con gloria morir
(HIMNO ORIENTAL)

Cantar de Mayo el pensamiento hermoso
es de sus bardos la misión sagrada,
ora se alce su sol esplendoroso,
ora le anuble lid encarnizada.

(1) Nació en Buenos Aires en 1816, falleciendo el año 1872 en su ciudad natal.

Bien en el templo de la gloria sea,
ó enmedio de los campos de batalla;
que ya pulsó la lira en la pelea
sin temor de mortífera metralla.

Al lado del guerrero valeroso
templa el poeta su inspirada lira,
y como aquel acero poderoso
empuñar en las lides se le mira.

Nunca el poeta del glorioso Mayo
ha desertado su misión sagrada,
y do le halló al nacer su puro rayo
allí su voz le canta entusiasmada.

Y preconiza la envidiada gloria
de los que en otro Mayo se elevaron,
y corona con lauro de victoria
la sién de los valientes que triunfaron.

O entona al cielo dolorida endecha
pidiendo paz á Dios para el caído,
que de la gloria por la senda estrecha
por su destino se encontró vencido.

Sólo no se oye cual se oyera un día
allá en la orilla del undoso Plata,
de Lafinur y López la armonía
que reverente el pensador acata.

Que los himnos que alzaron en un canto
los que sus huellas férvidos siguieron,
ahogáronse al gemir de acerbo llanto
de las víctimas, ¡ay! que sucumbieron.

Y el que canta la gloria americana,
y consagra los ecos de su lira
á la alma libertad, su soberana
libre ha de hallar el aire que respira.

Pierde el cielo su azul puro y hermoso
cuando la tiranía alza su vuelo,
pierden los campos su verdor fondoso,
cúbrese todo de luctuoso velo.

¿Dónde ha de hallar inspiración creadora,
y entonación sublime sus acentos,
si negra noche, y más siniestra aurora,
traen á su oido míseros lamentos?

Sí, la lira del vate americano
si ha de vibrar con plácida armonía,
huye de la mansión de vil tirano,
que respirar alli la mataría.

Por eso tus bardos, ¡oh pueblo argentino!
huyeron, siguiendo de extraño destino
sendero fatal;
que allí fuera un crimen cantar las victorias
que en tiempo te dieron espléndidas glorias,
renombre inmortal.

Por eso dejaron la tierra querida
do suave corriera la plácida vida,
la vida infantil,
y en brazos se echaron de incierto destino
siguiendo el estrecho y obscuro camino,
donde hay penas mil.

Te dejan y buscan propicia otra tierra,
do nadie á los cantos de gloria se aterra;
donde hay libertad;
y es esa la tierra de Oriente famoso
que abierta de Mayo el templo glorioso
de gran Majestad.

¡Oh! duro destino fué, patria, dejarte,
y sólo á lo lejos poder contemplarte
postrada gemir;
y en vez de otro Mayo la plácida aurora,
y que ella no marca la última hora
de tanto sufrir!...

Por eso al cantar de Mayo
el glorioso pensamiento,
lanza la lira un lamento,
el alma una imprecación;
porque su vívido rayo
se refleja en las cadenas
de ese pueblo, cuyas penas
escarnio de Mayo son.

Y cantar hoy las victorias
que alcanzamos en un día
cuando alza la tiranía
su sangriento trono allí.
Fueran galas irrisorias
echadas sobre su llanto,
fuera magnífico manto
de un orgullo baladí.

¿Cómo pulsar hoy la lira,
cantando días pasados,
cuando en el polvo arrojados
vuestros laureles se ven;
Cuando sangriento respira
un maldecido tirano,
cuya sacrílega mano
Los arrojó con desdén;—

cuando en el pendón glorioso
de inmortales tradiciones,
estampó sus maldiciones
é impío le profanó;
y es hoy padrón vergonzoso
de humillación y de ultraje,
de oprobioso vasallaje,
del pueblo que domeñó?

Cantar las glorias de Mayo
en entusiasmado coro,
cuando silencioso lloro
el pueblo vierte por él!
Cuando en lánguido desmayo
se levanta por la esfera,
á alumbrar en su carrera
quizás un crimen cruel!

¿No véis?... ya asoma del Plata
por las ondas cristalinas,
y á las playas argentinas
su primer rayo llegó.
¿Dó está el pueblo que le acata
palmas batiendo á millares?
¿Dó los cívicos cantares

con que un día le esperó?

¿Oís?... silencio profundo
sólo encuentra su venida;
parece que allí la vida
para siempre se extinguió!
Y ese es el pueblo que un mundo
conmoviera con su aliento,
desde el sólido cimiento
en que tres siglos durmió.

Ese es: hoy yace tendido,
parece cuerpo sin vida,
porque es profunda la herida
que lleva en el corazón.
Si los pueblos que han vencido
contemplarle allí pudieran,
lástima al verles tuvieran:
sólo inspira compasión...

¿Y cómo con voz sonora
cantar triunfos de otros días,
oyendo las agonías
del pueblo que los logró?
No: lance el poeta ahora
maldiciones al tirano
que su corona profano
en el cieno le arrojó.

Guarde el bardo su instrumento
trozando sus cuerdas hora,
que se escucha tronadora
del combate la señal;
que el sol de Mayo sangriento
se levanta por el cielo,
y á su luz rojiza el suelo
muestra agonía mortal.

Guarda el poeta su lira
y audaz vuelve á la pelea,
y en la sangre que allí humea
beba excelsa inspiración:
¡Oh! como la muerte inspira
el silbo de la metralla,

el polvo de la batalla,
el estruendo del cañón.

Ver entre nubes de fuego
desplegada la bandera,
en medio á erizada hilera
á compás de un tambor;
y oir victores que luego
alza el soldado triunfante,
marchando siempre adelante
con más denodado ardor!

Allí debe, sí, el poeta
tomar sus inspiraciones,
que hay hermosas vibraciones
que no existen sino allí:
Es magnífica paleta
que bella luz atesora,
hoy que ha de cantar la aurora
del grandioso Mayo aquí.

Aquí, ¡oh tierra de Oriente!
escollos de esos tiranos,
que ultrajar quieren profanos
tu sagrada majestad:
afrontándolos, valiente
diste magnánimo ejemplo,
y no mancharán el templo
que alzaste á la libertad.

Que tu fuiste la escogida
en este vasto hemisferio,
para afirmar el imperio
de la preciosa igualdad.
Tú nunca fuiste vencida,
y hoy en un combate á muerte
vas á decidir la suerte
de la opresa humanidad.

Tú que aun ostentas divinas
las fajas de tu bandera,
tan pura como antes era
de mi patria el pabellón;
y tus hijas peregrinas
pueden lucir sus colores,

que dan al guerrero ardores
y al poeta inspiración...

¡Mi patria!... junto con ella
tus hijos sangre vertieron;
los peligros dividieron
en victoria ó rota cruel;
pero no fué igual la estrella
que para las dos lucía,
aunque ambas frentes un día
ciñera un mismo laurel.

Por eso mil de sus hijos
á tu seno se acogieron,
y su vida te ofrecieron
contra el tirano común;
miserias, males prolijos
ellos firmes arrostraron,
pero así al mundo mostraron
que no han desertado aún.

No, ¡vive Dios! no cejaron
ante su tirano impío,
de la empresa que su brío
esforzado acometió;
y quince años de esta lucha
sin duda al mundo probaron
que la joya que heredaron
su brillantez no perdió.

Esa joya tan preciosa,
que costó á nuestros mayores
infortunios no menores,
ni menos ingrato afán;
que al recibirla sus hijos
en su seno la guardaron,
y trasmitirla juraron
á los hombres que vendrán.

¡Gloria á los hombres valientes
que su fe no apostataron,
y que otra vez se lanzaron
á salvar la humanidad!
¡Gloria á ellos! si cayeran
en esa misión hermosa,

nos mostrarán luminosa
senda de inmortalidad.

¡Gloria á ellos! que en sus pechos
no marchitó la desgracia
de la santa Democracia
la fructífera raíz;
y aunque doblaron la frente
á destino impenetrable
no abatieron ante el sable
la belicosa cerviz.

II

Cuando nuestros mayores meditaron
de libertad el pensamiento hermoso,
vieron de las Españas el coloso,
y ante su gran poder no se arredraron.

Valientes y esforzados se creyeron
que era santa la lid que provocaban,
por eso los peligros no miraban
cuando al campo de gloria descendieron.

Era la senda obscura y escabrosa,
funestos los escollos del camino,
pero con firme paso y alto tino
su misión realizaron portentosa.

Empero allá en su mente conmovidos
vieron el porvenir sin alegría,
porque á mares la sangre correría
de los hijos de Mayo más queridos.

Vieron el huracán de las pasiones
sacudir medio mundo en su cimiento,
y feroz la anarquía alzar al viento
sus odiosos maléficos pendones.

Elevarse del cieno los señores
por criminales pérfidos caminos,
para regir del pueblo los destinos,
trocándose después en opresores.

Opresores que toda su creencia
era mostrar un sable bien tajante,
y sus plantas hollaron palpitante
del buen patriota la modesta ciencia.

Y en su mente con pena traslucieron
que nuevos pueblos por demás valientes,
al arrojar sus amos insolentes,
amos también del mundo se creyeron.

Vieron brotar de América á millares
insolentes y pérfidos tiranos,
que encadenaron con sangrientas manos
la misma libertad de sus altares.

Que ellos también las víctimas serían,
los hombres de ese Mayo conocieron,
que allá en el porvenir eso leyeron,
y mártires á ser se disponían...

Nada les arredró; Dios inflamaba
sus varoniles pechos con su aliento;
destello con su luz fué el pensamiento
que esa generación plantificaba.

Porque vieron también allá en su mente
de América en las pósteras edades,
tras de mil procelosas tempestades
la libertad lucir eternamente.

Nada les arredró; porque creyeron
que la tierra tan solo disponían,
que los frutos para ellos no serían
y sólo las espinas recogieron.

La humanidad nos pide, se dijeron,
terrible por demás un sacrificio;
la humanidad recoja el beneficio;
y con fe en el camino se pusieron.

Grande fué la misión, patria querida,
que confió el alto ser á tu cabeza;
grande y hermosa fué la santa empresa
que iba tu fuerte brazo á consumar;

pero fuiste por eso la escogida
para llenar de Dios el pensamiento,
y él tu senda alumbró de firmamento.
cuando te vió impertérrita marchar.

¡Oh! ¡quién fuera nacido en aquel día

para gozar del fuego de ese Mayo!
¡Quién hubiera podido un solo rayo
del sol de nuestras glorias alcanzar!

¡Quién hubiera escuchado la armonía
de los himnos triunfales y guerreros,
que al bélico estridor de los aceros
cantaban los valientes al marchar!

Grande fué tu misión, patria adorada,
y cuanto más los años dan su giro,
más ardua y más gigante yo la miro
y el recuerdo me admira de tu ardor.

Noble generación por Dios creada
para cumplir magnífico destino;
los escollos que el hombre te previno
con más brío enalzaron tu valor.

Así el mundo miró los mismos hombres,
que tres siglos durmieron cual esclavos,
alzarse en un instante como bravos
al asomar la aurora de este sol.

Y por esa acató los altos nombres
de los nuevos tribunos y guerreros,
que mediaron sus fúlgidos aceros
con el bravo del mundo: el Español.

¡Mas, ay! patria mía,
¿dó están los varones
que tantos blasones
te dieron un día?
¿Dó están esos hombres
que excelsa te hicieron?
¿qué prez obtuvieron
si es crimen sus nombres
pronunciar ahora?
Ya luce de Mayo
el fúlgido rayo,
que vívido dora
tu alta catedral;
ya brilla en la cima
de ese monumento,
que tu juramento

publica inmortal;
allí tu escribías
en tiempos mejores
cantos y loores;
  allí tu venías
con palmas triunfales
cantando —¡Mortales
mis ecos oid!
  Y ahora ¡qué mengua!
sangrientos letreros
ven los extranjeros
y exclaman «decid:
  ¿Es esta la tierra
feliz de Belgrano?
¿Es esta la patria
del gran San Martín?
  ¿Dó está la bandera
que con fuerte brazo
flamearon gloriosa
en Maypo y Junín?»
  Así los extraños
dirán, patria mía,
y tú en agonía
triste callarás.
  Si vuela en la cumbre
de tu alto baluarte
rojizo estandarte,
¿qué más les dirás?
  ¿Dirás que es un hombre
obscuro y sin nombre,
que mofa sangriento
el gran pensamiento
que Mayo enjendró?
  ¿Dirás, Buenos Aires,
que ese hombre es tu hijo,
que astuto y prolijo
medita en el fuero
que en Mayo cayó?
  No: calla y espera
los postreros días,
que tus agonías
cual nube en la esfera

se disiparán;
y di á los extraños,
que miren del Plata
la opuesta ribera,
y allí la bandera
de Mayo verán.

Tras ella te dejan, ¡oh Patria! tus hijos
con llanto en los ojos, mas ¡ay! llevan fijos
intentos de honor:
en vano la nave con prisa se aleja;
do van allí oyen la mísera queja
que das de dolor.

Adiós, te dijeran, ¡oh mísero suelo!
tus hijos te dejan; por extraño cielo
errantes se van:
adiós: duerme ahora mortal ese sueño,
que corre en tus venas letal un beleño
que impíos te dan.

Te dejan y buscan propicia otra tierra,
do nadie á los cantos de gloria se aterra,
donde hay libertad;
y es esa la tierra de Oriente famoso,
que abriera de Mayo el templo glorioso
de gran majestad.

Y aquí no es delito cantar, patria mía,
tus hechos hermosos, tu gran nombradía,
tu ardor varonil;
tus hijos proscriptos á Mayo aquí admiran,
aquí le saludan, que libres respiran
de un déspota vil.

Empero los acentos de la fama
que los hechos magníficos aclama
de la oriental nación;
despiertan al malvado, y de su silla
miró del Plata hacia la opuesta orilla
patricio pabellón.

Y vió sobrecogido de temores
mostrar Montevideo los colores,
signos de libertad;

y oyó elevar á Mayo mil cantares,
y en su templo soberbio los altares
alzar de la igualdad.

Y envidia tuvo cuando así miraba
que en la tierra de Oriente germinaba
la civilización;
que en ella se acataban esos nombres
de los valientes inmortales hombres
de la revolución.

Que el dogma «Libertad» no era delito;
que en su código hermoso estaba escrito: –
aquí impera la ley;
y lo que más al bárbaro irritaba
era ver el contraste que saltaba
entre Oriente y su grey.

Entre Oriente que libre y venturoso
de alto progreso en el sendero hermoso
hacia la cumbre va;
y el despoblado triste cementerio
sometido al capricho y al imperio
de un obscuro bajá.

Entre Oriente que sigue su camino
á llenar democrático destino
en pro de la igualdad;
y el pueblo que domina ese tirano,
que de gigante le tornara enano
en la virilidad.

Entre Oriente que exclama:—¡Gloria á Mayo!
cuando en el Plata reluciente rayo
refleja su alma sol;
y el pueblo que en cadenas su luz mira,
pues bajo el yugo de un mandón respira
más cruel que el español.

Por eso con zozobra claucho gastuto
vió su sistema bárbaro absoluto
en triste parangón;
y meditó de entonces en su mente
uncir al yugo la altanera frente
de la oriental nación.

Y era su intento atroz, más no encontrara
uien sus miras sumiso ejecutara
en la empresa fatal;
uando un hombre cual gracia la pedía,
conducir las huestes ofrecía,
¡y ese hombre era oriental!...

Y hé aquí que con cañones,
y ejército de sayones
altanero por demás;
como torrente de un río
que se desborda con brío
penetró ese hombre procaz.

Y llegó; y clavó maldito
en la cima del Cerrito
ese rojizo pendón;
do se ven horribles lemas,
y terribles anatemas
de muerte y desolación.

Y batiéndolo en la diestra
á su patria audaz le muestra
ese apóstata oriental,
diciendo: «Montevideo,
hoy vas á ser el trofeo
de la hueste *federal.*»

»Dobla el cuello á la coyunda
si no quieres que te hunda
el peso de mi poder;
que ha esclavizarte he venido,
y ejércitos he traído
para tu orgullo vencer.»

Pero la tierra de Oriente
juró ser independiente,
y vivir libre ó morir;
y empuñando aguda lanza
á la terrible matanza
se la ve altiva salir.

Dos Mayos la han alumbrado
en este afán denodado;
pero siempre fiel está.

Y tanta sangre ha vertido
que bastara á haber teñido
la ondas del Plata ya.

Dos Mayos há que ella escucha
de la mortífera lucha
el continuado rumor;
y así es que vencer espera,
y así ostenta la bandera
purísimo su color.

Y al verla comprometida
en esta lucha temida
por salvar la humanidad;
ved cual bajan á la arena
los hijos del Po y del Sena,
á la voz de—¡*Libertad*!—

Ved cómo doquier que lleva
el viento la hermosa nueva
de un triunfo que ella alcanzó,
la bate palmas el mundo,
y con respeto profundo
¡inmortal!—la saludó.

Y tú, Buenos Aires, mira
si esta lucha ardor te inspira,
que despierte tu altivez,
y sacudes las cadenas
que trazando van tus venas
con su enorme pesantez.

Tú sabes que cuesta tanto
sostener el dogma santo,
de la preciosa igualdad;
tú lo sabes; pero ahora
una atmósfera opresora
te envuelve en obscuridad.

Siempre fueron los tiranos
pigmeos, cobardes, vanos,
cuando cerca se les vió;
¿y cómo olvidar que España
fué impotente con su saña
c uando América se alzó...?

Alza, pueblo, llegó Mayo,
mira su fúlgido rayo
en el Plata reflejar;
alza; sacude ese sueño;
duerme tranquilo tu dueño;
no le dejes despertar...

IV

Duerme, tirano, sí, mientras terrible,
rebrama el huracán de la venganza,
que con paso gigante ya se avanza
tu trono deleznable á sacudir:
cierra, muelle, los ojos insensible,
del pueblo que esclavizas al quebranto;
envuélvete en los pliegues de tu manto
y no verás su cólera lucir.

Duerme, duerme, tirano, no está lejos
la hora felice de tu eterno sueño;
al menos dormirás, y siempre dueño
del pueblo que esclavizas te creerás:
¿Ves de ese sol los fúlgidos reflejos?
¿Ves en las ondas su divino rayo?
Es el astro magnífico de Mayo;
y es el último acaso que verás.

Duerme, y olvida en tu falaz demencia
cuál es el pueblo que tu planta oprime,
que en silencio tres lustros há que gime
arrastrando su cuello yugo vil:
él en la aurora está de la existencia,
y fecunda es la fuente de su vida;
tú pasarás, tirano, y él erguida
levantará la frente varonil.

Pasaron ya los tiempos tenebrosos
en que la humanidad se transmitía,
y tú al bajar hasta la tumba fría
su maldición tremenda llevarás;
y serán estos días tempestuosos
lo que en el aire vaporosa nube
que cuando el sol al horizonte sube
en gotas se disipa por jamás.

NOTAS

De ese monumento
que tu juramento
publica inmortal.

En medio de la plaza Victoria en Buenos Aires, se eleva una modesta pirámide, levantada en recuerdo del inmortal día de Mayo. Sus cimientos se abrieron en la madrugada del 6 de Abril de 1811, y la obra quedó concluída para el 25 de Mayo de ese año.

CLAUDIO MAMERTO CUENCA (1)

A LA JURA DE LA INDEPENDENCIA

ODA

¿Qué gritos de alegría
se levantan del pueblo americano
que del Sud y del Norte al Mediodía
publican su contento
retumbando en la bóveda su acento?

¿Qué fulgor de repente
esparciendo su luz clara y radiante
de los hijos del sol al continente
se extiende por la esfera
do el alma libertad se ama y venera?

¿Qué prodigio se muestra
en la etérea región ante mis ojos
que asombrando su luz la razón nuestra,
empaña el rostro hermoso
y los rayos de Febo luminoso?...

Cual rayo discurriendo
en esplendente y cristalina nube
distingo que los aires ir subiendo
al temido guerrero,
que en los campos de Marte fué el primero.

La fama en raudo vuelo
hasta el templo le lleva de Mavorte,
que en lo más alto del cerúleo cielo
espera la venida
del que ha dado á su patria gloria y vida.

---

(1) Nació en Buenos Aires en 1812, y murió en 1852 en el campo de batalla.

Girando estrepitoso
el quicio celestial á su llegada
sobre un trono de gloria majestuoso
al mismo Marte enseña
que el hablar á Belgrano no desdeña.

Se adelanta pausado
hasta el trono de Dios el gran guerrero,
y Él le coloca de Belona al lado,
sobre Alejandro y Ciro
cuyo bélico esfuerzo ya no admiro.

Sonó la trompa fina
en dulcísimos sones modulando,
y el cóncavo celeste luego trina
el eco repitiendo
de Belgrano inmortal con ronco estruendo.

Un rayo soberano
de los hijos de Dios entonces brilla
sobre la patria del guerrero indiano,
que ha sido la primera
en llegar á la lid región guerrera.

«Varón esclarecido
que llevaste, le dice, tus pendones
de victoria en victoria conducido
sobre huestes contrarias
que humilló tu valor en lides varias:

«Tú que alzaste del Plata,
en la orilla argentina, el grito santo
de muerte ó libertad, que se dilata
corriendo prontamente
de nación en nación, de gente en gente,

«contempla tantos bravos,
que el valor de tu diestra ha libertado
de humilde servidumbre al ser esclavos.
del español austero
si no triunfase en Tucumán tu acero.

«Las huestes aguerridas,
que opusiere Tristán á tus legiones,

por tu espada en vil polvo convertidas,
son los timbres primeros
que te harán inmortal entre guerreros.

«Por tanto de mi mano,
esta corona ceñirá tu frente;
á cuyo aspecto temblará el tirano
que oprime el emisferio;
que ve en cadenas aherrojado Hesperio.

«Recorre sin demora
la extendida región que al bien abierta,
do en Mayo el astro de la luz se alora,
y dale independencia
que alcanzaron su esfuerzo y resistencia.

Bajando en blanca nube
hasta el suelo argentino el gran Belgrano
pregona independencia, al cielo sube
apacible y sereno,
dejando el orbe de su gloria lleno.

Los libres á millares
de todas partes concurriendo entonces
al suelo tucumano, en sus altares
juraron prontamente
sostener á la patria independiente.

¡Salve, patria dichosa,
que rescatada para siempre fuiste
del extraño poder y suerte odiosa
por el valor probado
de tantos héroes que en tu suelo has criado!

No más del torvo ceño
te verás insultar de opresor fiero,
ni tendrán tus riberas otro dueño,
que tus hijos queridos
libres, iguales y á tu grito unidos.

Hoy miran tus pendones
coronados de belicos trofeos,
absortas y suspensas las naciones
de ver la bizarría
con que ahuyentaste á tu opresor un día.

Del Plata en los cristales,
que los libres del mundo concurrieron,
encuentran libres de tal nombre tales,
viviendo independientes
y sirviendo á la patria reverentes.

Renaciendo la España
de la antigua opresión de sus tiranos
se prepara á olvidar la cruda saña,
que un tiempo alimentaba
de volverte otra vez á hacerte esclava.

Mas hoy recibe en tanto
de un hijo de tu suelo, Patria mía,
de entusiasmo y amor el dulce llanto
con que humedezca el ara
que de Julio en honor mi mano alzara.

FLORENCIO BALCARCE [1]

LA PATRIA

Circundederunt me dolores mortis
Dolores infermi circundederunt me.
(PSALM XVII.)

I

El Dios que la tierra y el cielo domina,
que alienta la hormiga, y el cóndor y el león,
me ordena que deje la playa argentina;
adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

Cual hoja que pende de rama marchita,
que baten los vientos, las aguas y el sol,
y trémula al soplo del aura se agita
su caída anunciando continuo temblor,

tal seca mi vida de muerte el aliento;
mi paso vacila; se arruga mi faz;
y ya desprenderme del árbol me siento
y entre hojas ¡ay! secas al suelo bajar.

Mas viene en mis sueños el ángel luciente
de dulce esperanza mi amigo más fiel;

(1) Nació en Buenos Aires en 1808.—Falleció en 1839.

la mano acaricia ni lívida frente,
sus labios me dicen palabras de miel.

«Allá tras los mares existe otro suelo,
que oculta, me dice, tu antiguo verdor»
su voz creo y sigo, pues viene del cielo.
adiós, Buenos Aires; amigos adiós.

II

El ángel esparce destello divino,
moviendo sus alas en aérea región;
destello que alumbra del negro destino
los hondos arcanos, la obscura mansión.

Allí me describe con vivos reflejos
el mundo y los siglos que vienen en pos;
¡oh, Patria! tu nombre reluce á lo lejos,
y el sello celeste que Dios le imprimió.

Hermosos trofeos te sirven de asiento;
y en tanto que ciñe la gloria tu sien,
te den mis amigos la paz y el contento,
con frentes y calvas dictando la ley.

Y aquella corona que yace marchita
con dos ó tres hojas de tierno laurel,
¿á quién pertenece que el mundo no habita?
á alguno que el cielo... ¡La mía es tal vez!

Más no que el destino mi muerte aun no ordena,
no extinta del todo mi estrella quedó:
su trémulo curso me arrastra hacia el Sena;
adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

III

En medio del mundo, yo, pobre extranjero
debajo de un cielo de bronce á mi mal,
veré sólo en torno desdén altanero,
en vez de caricias de amor maternal.

Pero odio y desdenes son precio mezquino,
si el golpe de muerte consigo embotar
y algunos instantes robando al destino
llevar mis ofrendas ¡oh gloria! á tu altar.

Entonces, mil veces feliz me diría,
si viese la lumbre del sol que me crió;

si el agua bebiese del río que un día,
el pie de mi cuna bramando lamió.

De inicuos tiranos el ceño que espanta,
la turba de impíos que erguidos están,
son granos de polvo que el viento levanta;
cesando los vientos al suelo caerán.

Entonces ¡oh Patria! tu noble bandera,
flameando en las nubes con nuevo fulgor,
hará que gozoso cantando yo muera,
adiós, Buenos Aires; amigos, adiós.

IV

Pero ¡ay! que á mis oídos el viento que zumba,
es voz que me llama á la otra mansión;
do clavo los ojos descubro una tumba
y un eco de muerte responde á mi voz.

Mirando á la Patria, su oprobio me humilla;
sus hijos dormidos su afrenta no ven;
reluce en sus cuellos sangrienta cuchilla
y horrendas cadenas arrastran sus pies.

¡Oh Patria! si nada tu gloria me debe,
jamás su destino del hombre pendió...
Yo he sido una gota del agua que llueve
perdida en la noche, que el polvo bebió.

Amigos; si os llama tal vez el acaso
al suelo extranjero do voy á morir,
por Dios, en mi tumba tened vuestro paso:
no todos, no todos, se olviden de mí.

Adiós, dulce sombra del techo paterno;
adiós, compañeros de infancia feliz;
amigos queridos, mi adiós es eterno;
adiós, Buenos Aires, mil veces y mil.

EL CIGARRO

En la cresta de una loma
se alza un ombú corpulento,
que alumbra el sol cuando asoma
y bate, si sopla, el viento.

Bajo sus ramas se esconde

un rancho de paja y barro,
mansión pacífica en donde
fuma un viejo su cigarro.

En torno los nietos mira,
y con labios casi yertos,
«feliz, dice, quien respira
el aire de los desiertos.

»Pueda en fin, aunque en la frente
aplaque mi sed sin jarro,
entre mi prole inocente
fumar en paz mi cigarro.

»Que os mire crecer contentos
el ombú de vuestro abuelo,
tan libres como los vientos
y sin más Dios que el del cielo.

»Tocar vuestra mano tersa
del rico el dorado carro:
á quien lo toca, hijos, quema
como el fuego de mi cigarro.

»No siempre movió en mi frente
el pampero fría cana;
el mirar mío fué ardiente,
mi tez rugosa, lozana.

»La fama en tierras ajenas
me aclamó noble y bizarro;
pero ¿ya qué soy? Apenas
la ceniza de mi cigarro.

»Por la patria fuí soldado,
y seguí nuestras banderas
hasta el campo ensangrentado
de las altas cordilleras.

»Aun mi huella está grabada
en la tumba de Pizarro,
pero ¿qué es la gloria? nada;
es el humo de un cigarro.

»¿Qué me dejan de sus huellas
la grandeza y los honores?
Por la paz hondas querellas,
los abrojos por las flores.

»La patria al que ha perecido
desprecia como un guijarro...
Como yo arrojo y olvido
el pucho de mi cigarro.

»Las horas vivid sencillas
sin correr tras la tormenta;
no dobléis vuestras rodillas
sino al Dios que nos alienta.

»No habita la paz más casa
que el rancho de paja y barro;
gozadlo, que todo pasa,
y el hombre como un cigarro.

PALEMON HUERGO (1)

EL 1.° DE MAYO

Hay días, hombres y hechos remarcables
que señalan una época á la historia,
y pasan, incrustando en la memoria,
un signo de bondad ó execración.
Así, el Gran Mayo, cimentó el principio
que conciliaron generosos hombres;
la historia, entonces, recogió esos nombres
que hoy el orgullo de la patria son.

Corriendo el tiempo levantóse un Rosas,
á quien un pueblo sustentó en sus hombros.
La ley, la libertad, redujo á escombros
y de barbarie el signo tremoló:
la horrenda lucha germinó en la Pampa;
cundió el terror por la tranquila tierra;
el trueno del cañón proclamó guerra;
y el exterminio su pendón alzó.

Ya Rosas, no fué un hombre—fué un verdugo:
el pueblo, no fué un pueblo—fué un rebaño:
la gloria, no fué gloria—fué un engaño,
la patria, no fué patria—fué un panteón.

(1) Nació en Buenos Aires en 1820.

Y al ver sus hijos, de su suelo huyendo
y, ante mi ídolo, ajadas honra y gloria,
grabó en sus hojas la imparcial historia,
el signo del terror y la opresión.

Bajo el puñal del despotismo infame,
bajo el encono de su ardiente rayo,
un nuevo sol, que fecundó otro Mayo,
nuevo signo inició de libertad.
Los desterrados héroes de la patria,
sus tiernos hijos, sus guerreros viejos,
contemplaron absortos, desde lejos,
su brillo en la densa tempestad.

Y en tanto, el tigre, desde su honda cueva,
rige de la barbarie el vasto imperio,
y execraciones, muertes é improperio,
siempre doquiera, al estampar el pie;
un solo hombre libertar medita,
los pueblos todos que tomó en ceniza,
y allá en su mente el inspirado Urquiza,
días de gloria y porvenir prevee.

Asomó Mayo, y su primer aurora
llevó al tirano, á su infernal guarida,
el primer golpe, la primer herida,
el primer duelo, y su primer dolor.
Y, ya, en seguida cual visión, ve un héroe,
por la banda Oriental, hender cual rayo,
y, ante su espada, huyendo con desmayo
su poderoso ejército invasor.

¡Ya es libre la nación! Corre, atraviesa,
se lanza al Paraná, y entre desiertas
campañas cruza hasta tocar las puertas
que amurallan la réproba impiedad.
Después... después:.. bajo los duros cascos
del vigoroso potro en la batalla,
bajo el trueno, preñado de metralla
si comprendió no sé, su iniquidad.

Su época pasó.– Baldón é infamia
se asociaron por siempre con su nombre,
y, el Gran libertador, ya no fué un hombre;
fué de la patria. un genio tutelar:

y el nuevo Mayo, portentoso en hechos;
un nuevo día conquistó á la gloria;
un nuevo héroe presentó á la historia,
y un nuevo lauro, ante el patricio altar.

¡Salud, mil veces, venturoso y santo
día de bendición – Mayo primero,
precursor de los hechos que en Febrero
coronaron la augusta libertad!
Cual la mano de Dios, tu señalaste
la fe en el porvenir al argentino;
la senda de la gloria, á su destino,
y el triunfo á la afligida humanidad.

Un genio, sólo, concibió ante el mundo,
del argentino vindicar el nombre,
y, ante el tirano, presentóse ese hombre
á dominar su orgullo y ambición.
El despotismo, en su caverna horrible,
de un solo bote, transformó en escombros;
y, á esclavos pueblos, libertó en sus hombros
bajo el azul y blanco pabellón.

Así, dirán, las venideras razas
al recorrer nuestra presente historia:
Mayo encierra dos épocas de gloria
como la Pampa, grandes á la par:
En la primera valerosos pueblos
sacuden para siempre el servilismo:
En la segunda—un déspota al abismo,
arrojan, para siempre, allende el mar.

JUAN CHASSAING (1)

A MI BANDERA

Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria,
núcleo de inmenso amor desconocido
        que en pos de ti me arrastras,
¿bajo qué cielo flameará tu paño
que no te siga sin cesar mi planta?

---

(1) Nació en Buenos Aires en 1838. Falleció en 1864

Cuando el rugido del cañón anuncia
el día de la gloria en la batalla,
tú, como el ángel de la inmensa muerte
te agitas y nos llamas.
Allá voy, allá voy sobre las olas;
allá voy, allá voy sobre la pampa;
bajo el cañón del enemigo injusto
á levantarte un trono en su muralla.

¡Ah! que la sombra de la noche eterna
me anuble para siempre la mirada,
si un día triste te vieran mis ojos
huyendo en la batalla:
página eterna de argentina gloria;
melancólica imagen de la patria!

RICARDO GUTIERREZ (1)

EL MISIONERO

Cuando el mundo pasado
la órbita del Olimpo recorría,
en un cielo sin Dios, desamparado;
y el arte prostituído blasfemado,
y en el estruendo de perpetua orgía
la miserable humanidad rodaba...
abrió la Cruz sus descarnados brazos,
con su gigante sombra cubrió el suelo,
y el hombre en ella al estampar sus pasos
sintiendo al Dios que el Universo encierra,
alzó la frente al cielo
¡y cayó de rodillas en la tierra!

¡Así la humanidad fué redimida;
así el Cristo en la cruz cambió de suerte;
así desde el espanto de la muerte
á la inmortalidad alzó la vida!
Desde el polvo del hombre hasta Dios mismo
sólo la Cruz alcanza;

(1) Nació en Buenos Aires en 1840—Falleció en 1897.

¡ella es la tabla en que salvó el abismo
desde la tierra al cielo la esperanza!
Las creencias pasan, la razón vacila,
el ideal del arte se transforma;
la estirpe humana misma
girando en el perpetuo torbellino
donde la guía el resplandor divino,
acercándose á Dios cambia de forma.
La ciencia balbuciente
llama al dintel de la verdad en vano,
sin encontrar siquiera
la ley que rige la materia inerte
¡y enciende el pensamiento soberano,
que en la frente del hombre reservara
como diadema del linaje humano!

¿Qué ha sido de la espada,
qué ha sido del poder y de la gloria,
conque la España deslumbró la historia
al pisar en la América ignorada?
¡Lo que fué de la estela
que en las olas del mar dejó el sendero
de la anday carabela
que guió de Colón la fe cristiana!
¡Sólo quedó la cruz del Misionero
abrazando la tierra americana
con júbilo profundo!
Lo que ve la mente que la ciencia absorbe,
lo escucha el alma en su esperanza tierna;
todo pasa en el mundo,
todo cambia en los ámbitos del orbe
¡¡la Cruz sólo es eterna!!

. . . .

Hombre mortal que brillas
en la aureola de Dios como una estrella.
¡Yo soy el *fraile* que en tu turba humillas;
yo levanto la Cruz... yo muero en ella!...
Yo soy su misionero;
yo soy su combatiente solitario;
todas las sendas sobre el mundo entero
son para mí la senda del Calvario!

Soy el hijo proscrito
de la familia humana,

¡el hogar de la paz y la alegría
se cierra para siempre al alma mía,
que ata el lazo bendito
que el padre al hijo ligará mañana!
En la cuna inocente
donde tu ensayas tu primer respiro,
pongo el sello de Dios sobre tu frente;
y en el lecho doliente
donde exhalas el último suspiro
de la vida precaria,
yo aliento tu partida,
te enseño el rumbo de la eterna vida
y te levanto al cielo en mi plegaria!

Cuando tu pecho late
bajo la noble cota del soldado,
yo te sigo á la brecha del combate
con la sandalia de mi pie ligado,
y entre el humo, la sangre y la metralla
que ocultan á los cielos tus despojos
¡te hago besar la Cruz en la batalla
y te cierro los ojos!

Y yo también en la existencia triste
¡soy soldado de Cristo sobre el mundo!....
bajo la saya que mi cuerpo viste
llevo el arma divina,
llevo la Cruz sagrada
que las tribus caribes ilumina:
¡La Cruz, más poderosa que la espada!

La Cruz que guarda en el hogar paterno
la fe sublime en que tu amor reposa;
la Cruz, donde repite el niño tierno
la oración de la madre y de la esposa;
¡la Cruz, que en el regazo
de la sagrada tierra
que las cenizas de tu padre encierra,
cubre tus hijos con su eterno abrazo!

Cuando las hordas bárbaras rugieron
y á la sombra de Atila se lanzaron,
y á la espantada Europa sorprendieron
y entre sus propias ruinas la abismaron.

el *fraile* moribundo
hasta en las catacumbas perseguido,
salvó en las catacumbas escondido
el progreso del mundo;
¡la ciencia, el arte, la verdad, la historia
la civilización que alza en su huella
el hombre hasta la gloria,
al resurgir la Cruz, renació en ella!
¿Qué fué un tiempo tu mansión paterna?
¿qué fué el hogar donde tu amor sonríe?
¿que fué tu patria entera
donde hoy tus pasos el progreso estampa?
Antes de alzar mi Cruz ¿sabes qué era?
¡El salvaje desierto de la Pampa!

¡Yo caigo en él! Soy el primer cristiano
que recibe del bárbaro la flecha,
y abre en sus hordas la primera brecha
al pensamiento humano!
¡Y sobre el rastro de la sangre mía
con que el desierto indómito fecundo,
tiende la libertad la férrea vía
por donde cruza el porvenir del mundo!

¡Yo caigo en él! ¿Qué pierdo
en la vida de glorias rodeada
cuando en la muerte mi pupila cierra?...
¿Qué puede sollozar en mi recuerdo?
¡El pedazo de piedra
que me sirvió de almohada
y el mendrugo de pan con que la tierra
alimentó mi paso en mi jornada!

¡Sobre la huesa mía
en el mundo feliz sólo un lamento
viene á llorar bajo la noche umbría...
el gemido del viento!

Caigo bajo la Cruz con que combato
por la gloria del hombre eternamente....
y ahora, mundo ateo, mundo ingrato,
¡escúpeme en la frente!

LAS DOS ALMAS

Huérfana como el águila del cielo,
errante como el céfiro del alba,
triste como el destierro del proscrito,
sola como la flor de la montaña,
como el lucero
de la mañana,
así vivió tu alma sin la mía,
así vivió mi alma sin tu alma!
Como el cuerpo y la sombra de tu cuerpo.
como el mar y la onda de sus aguas,
como el canto y el eco de su canto,
como el sol y la lumbre de su llama,
como los ojos
y la mirada,
así se unió tu alma con la mía,
así se unió mi alma con tu alma!
Sobre la tierra de extranjeras olas.
bajo el cielo sublime de la patria,
en las risueñas horas de la dicha,
en la noche fatal de la desgracia,
como dos ruedas,
como dos alas,
no se apartó tu alma de la mía,
no se apartó mi alma de tu alma.
Cuando el tremendo golpe de la muerte
la misma tierra á nuestros cuerpos abra
tu alma en sus alas alzará mi vida,
mi alma la tuya subirá en sus alas
hasta ese mundo
de la esperanza,
patria inmortal de tu alma y de la mía,
patria inmortal de mi alma y de tu alma!

EL GAUCHO

El espíritu del hombre
su tierra natal refleja;
cada rastro de su índole
un perfil retrato de ella.
Bajo un cielo transprrente
de suavísima limpieza
donde el sol deja en la noche
una luna en cada estrella;
sobre una planicie virgen
siempre verde, siempre inmensa,

siempre inmóvil y desnuda,
siempre callada y desierta;
entre un aire que perfuma
la primitiva pureza
y templa el plácido rayo
de inmutable primavera,
sin más Dios y sin más ley
que su albedrío y su fuerza,
sin más tesoro visible
que su caballo y sus prendas,
rey de todo lo creado
sobre la llanura eterna,
errante, sólo y sombrío
el *gaucho* su vida lleva.

Siempre el desierto á sus ojos
su plan infinito muestra,
donde el *ombú* solitario
se empina de legua en legua;
siempre aquel mismo horizonte
donde el sol tan sólo llega;
siempre el mismo panorama
de adormecida belleza;
siempre aquella inmensidad,
cielo, cielo, tierra, tierra:
inmensidad que dilata
el corazón que serena,
y en cada respiro el aire
se transmite su grandeza.

Aquel es el primer cuadro
que su espíritu refleja,
cuando con la luz del alba
como el pájaro despierta,
y al galope del caballo
las llanuras atraviesa,
al compás de sus pisadas
cantando amorosa *décima*;
aquella es la impresión última
de la silenciosa vuelta,
cuando el fúnebre crepúsculo
de la tarde le rodea,
y ya cediendo al suave
cansancio de su faena,
y al desmayo misterioso
que el sol al hundirse deja,
torna callado y tranquilo,
más sensible el alma eleva
concentrada en el abismo
de su memoria secreta,
ó el cuadro de la mañana
mirando con gracia nueva,
cernido en la media lumbre
del día y de las estrellas.

Así respira su alma
la misteriosa tristeza
que está esparcida en el aire
y está arraigada en la tierra:
la soledad y el silencio
de pensamiento la llenan,
y concentrada en sí mismo
su mundo incrusta y refleja.

Mundo de pasiones vírgenes
como la naturaleza,
que en su corazón palpita
bajo esa calma sin tregua;
mundo de nobles instintos
que el sentimiento gobierna,
porque es sentimiento todo
cuanto el corazón encierra:
sentimiento que en lo íntimo
de la vida se aposenta,
y que el pensamiento educa
y agranda y ahonda en ella;
por eso en sus horas tristes
cada gaucho es un poeta,
poeta que canta trovas
de misteriosa cadencia.
En las que lleva una lágrima
cada pie de cada *décima*,
sin más arte que su alma,
que en la soledad le enseña
á sentir lo que retrata
y á retirar lo que sienta,

arte que escribió con llanto
las trovas de Santos Vega!

Espíritu concentrado
de extraña naturaleza,
con la malicia del mundo
en su salvaje inocencia,
porque da la inspiración
la llave del alma ajena.

Espíritu que se basta
fiado en su sola fuerza,
en el dolor y en la dicha
en la calma y la tormenta.

Corazón valiente y noble,
ni provoca ni tolera,
que en sí á respetar aprende
el valor y la nobleza.
Impenetrable y callado
do quier estampa su huella,
voluntad y sentimiento
su extraño porte refleja,
porque en la expresión sombría
de su semblante les lleva:
rastros de un alma profunda
que en la inmensidad alienta.

Su alma es alma de héroe
lanzada en la noble senda,
y en la pendiente del crimen
sabe de hierro volverla:
que la pasión que la absorbe
se siente y confunde en ella,
como en la pampa salvaje
la sombra de la tormenta.

Ese es el *gaucho* de raza
que las soledades puebla,
rey de todo lo creado
sobre la llanura inmensa;
ese es el ser misterioso
que aislado y mudo contempla
en el palacio de Roca
la agitación de la fiesta.

El corazón de aquel hombre
una tempestad encierra;
pero, ¿qué espíritu alcanza
al fondo del alma ajena?
una misma es la sonrisa
que imprimen todas las penas,
y siempre á través del velo
de amargura que hay en ella,
el ojo audaz que á estudiarla
adelante más de cerca,
tan sólo una maldicion
á medio formarse encuentra.

LA VICTORIA

¡Ah¡ no levantes canto de victoria
en el día sin sol de la batalla,
ni el santo templo del Señor profanes
con plegaría de triunfo y de matanza.

Cuando se abate el pájaro del cielo,
se estremece la tórtola en la rama;
cuando se postra el tigre en la llanura
las fieras todas aterradas callan!...

¿Y tú levantas himno de victoria
en el día sin sol de la batalla?

¡Ah! sólo el hombre, sobre el mundo impío,
en la caída de los hombres canta!

Yo no canto la muerte de mi hermano:
márcame con el hierro de la infamia,
porque en el día en que tú sangre viertes
de mi trémula mano cae el arpa!

LAZARO EL PAYADOR (1)

Es arrogante y varonil su traza
en la inmovilidad de su apostura;
la raza de los nobles no es su raza,
pero es noble y gallarda su figura:
porte que no envilece ni disfraza
la rara y desenvuelta vestidura
que lleva con descuido soberano
el intrépido gaucho americano.

Bajo el sombrero que inclinó á la frente
nublando de las luces el destello,
y enreda de la barba que naciente
sombrea apenas el altivo cuello,
reposa sobre el hombro; negligente
en separados rizos el cabello,
que cierra en blando círculo ondeante
el óvalo gentil de su semblante.

Ciñe con abandono y galanura
los pliegues de su ancha camiseta,
el tirador que envuelve á la cintura
sobre cada puntada una peseta:
y el puñal de luciente engastadura
de la mano al alcance atrás sujeta,
que sobre el talle con desdén cruzado
asoma de un costado á otro costado.

La manta de vicuña recojida
bajo aquel aro de cambiante brillo,
del *chiripá* en los pliegues compartida
se envuelve en el cribado calzoncillo;

(1) Fragmento del poema de este nombre.

el *poncho* leve que arrolló y descuida,
cuelga en la empuñadura del cuchillo,
y los caireles de su fleco baja
de la lujosa espuela á la rodaja.

No es el gaucho insolente de la Pampa
que de la noble soledad se aleja,
y donde el rastro de su potro estampa
sino deja rencor, desprecio deja;
no es el rudo salvaje que se empampa
ante las maravillas que refleja
de golpe el cuadro que asombró su mente
y esclava allí del esplendor la siente.

No; no lleva él las prendas de aquel traje
que destaca del mismo sus colores,
con toda la arrogancia del salvaje
y aquella majestad de los señores;
y es único pendón de su linaje
el sello de los seres superiores;
que en el primer relámpago adivina
el ojo observador que le examina.

De su mirada en el fulgor sombrío
hay la intensa quietud de un pensamiento,
hondo como el desmayo del hastío,
fijo como fatal remordimiento;
rastro indeleble del afán impío
ó de triste y profundo sentimiento
que en muda paz y tenebrosa calma
habita lo más íntimo del alma.

CANTO

EN LA INSTALACIÓN DEL ATENEO DEL PLATA, EL DÍA 11 DE SEPTIEMBRE DE 1858

¡Oid! en vano con su sombra impura
roba la luz del majestuoso cielo,
la tempestad que el déspota conjura
para ocultar sus crímenes al suelo;
vence por fin el sol; la lumbre pura
con que rasga triunfante el denso velo,
en vengadores rayos precipita
y hunde en cenizas su mansión maldita!

¡Vence por fin el sol! que arde en el seno
del patrio campeón de altiva frente,
el rayo engendrador de vida lleno
que eterno mana de su foco ardiente:
tiemble el cobarde corazón de cieno
ante el furor de un déspota inclemente,
¿qué importa? ¡vence el sol! ¡Fe y esperanza;
donde no alcanza el siervo, el libre alcanza!

Así en un tiempo, con soberbia planta
se alzó en la patria el bárbaro caudillo,
y de sus nobles hijos la garganta
segó incansable el áspero cuchillo.
El genio y el valor, la virtud santa,
el honor recto y el pudor sencillo,
escarnio del imbécil vandalaje,
eran ley de matanza y ley de ultraje!

¿Dónde está el argentino en cuyas venas
no sublevó la sangre crimen tanto?
¿Quién la patria amarrada entre cadenas
miró sin indignarse en su quebranto?
¿Quién no penó en silencio con sus penas,
quién no mezcló una lágrima á su llanto
al mirar pisoteando sus destinos
una turba de viles asesinos?

Cundió el terror; sus leyes y su gloria
holladas ¡ay! y escarnecidas fueron;
las páginas más bellas de su historia
con sacrílegas manos destruyeron;
borraron de los libros la victoria,
con sangre sus traiciones escribieron,
y sus huellas doquier, miseria y llanto,
luto dejaron y orfandad y espanto!

¡Pobre patria desierta! sus valientes,
en su noche de horror sola esperanza,
los que al puñal alzado indiferentes
blandir pudieron la tremenda lanza;
la lanza de sus padres, y potentes
alzarse unidos y gritar: ¡venganza!
aislados y proscritos perecían
ó en combates inútiles morían!

¡Pobre patría desierta! En su agonía
apenas ¡ay! al escuchar temblaba,
el golpe del guerrero que caía,
el grito que la víctima lanzaba,
la fúnebre y suavísima elegía
que el bardo errante á su dolor cantaba,
ó del mártir la queja, á quien el hierro
partía el corazón en el destierro!

¡Atrás, noche de horror, porque aterido
hielo en el alma tu memoria vierte,
y asalta el corazón estremecido
silencio en torno de dolor y muerte!
¡Atrás! Tú al bravo, triste y abatido,
tú al cobarde miraste altivo y fuerte
levantar del terror sobre los hombros
su trono de cadáveres y escombros!...

Como en ocaso el sol, muchos cayeron,
como en oriente el sol, muchos se alzaron,
y la llama en sus pechos encendieron
de esa fe tan sublime que heredaron;
¡adelante! ¡no importa! se dijeron,
y á las lides clamando se lanzaron
¡adelante! ¡valor! ¡fe y esperanza;
donde no alcanza el siervo, el libre alcanza!

Y triunfaron por fin! El sol que en Mayo
miró de nuestros padres la victoria,
doró en sus sienes con eterno rayo
el laurel de la patria y de la gloria;
ese sol sin tiniebla y sin desmayo,
ese sol que hoy recuerda á la memoria
otro triunfo también, cuyos fulgores
ciegan á los caudillos y opresores.

¡Y vencieron por fin! ¿No véis?... Ahora,
feliz la patria, libertad respira
so el poder de la ley que protectora
rige su suerte que la tierra admira:
el sol del porvenir su frente dora,
y el tiempo alado con amor la mira,
ayer libre no más, hoy ya segura
al término avanzar de su ventura.

Por eso ahora con ardiente celo,
bajo un cielo de paz, el templo alzamos
que con sublime y cariñoso anhelo
á la estudiosa juventud brindamos;
su bóveda es la bóveda del cielo,
su puerta, nuestros brazos que apartamos,
su fin, la gloria que la patria espera
del genio de sus hijos placentera.

No hay rencor, no hay pasión, no hay odios vanos;
todos á un fin sin vacilar marchemos;
¡Venid todos, venid, que nuestras manos
con afecto purísimo os tendemos!
Aquí brota la luz; libres y hermanos
el labio á su raudal aplicaremos;
aquí brota la luz que un día acaso
es fuerza difundáis á vuestro paso.

No hay odio, no hay pasión! Muy más distante
la voz secreta de la fe nos guía,
y el amor de la patria delirante,
y el amor de la gloria y nombradía;
huid el rencor funesto que anhelante
el templo en vano derribar ansía;
no hay odio, no hay pasión ¡Libres y hermanos
á tendernos purísimas las manos!

¡Alzate, juventud! Grande y hermosa
del hombre es la misión sobre la tierra,
y el cielo por nublar lucha aun ansiosa
la noche del error y de la guerra.
¡Alzate! que la llama generosa
del genio y del valor tu pecho encierra;
del genio, sí, cuyo esplendor divino
arde en el corazón del argentino!

Y llegue un tiempo de inmortal ventura
para esta hermosa patria tan querida,
con tanta saña de la envidia impura
de caudillos salvajes perseguida;
llegue un tiempo de luz que eterna y pura
entre todos sus hijos difundida,
la ilumine á sus rayos soberanos
para mengua y terror de los tiranos!

¡Alzate, juventud! Allá en el cielo,
más alta que ese sol, más refulgente,
se cierne altiva en el remoto velo
una corona de laurel, ardiente!
¡Oh! ¿quién, en galardón á su desvelo
con ella un día ceñirá su frente?...
¡Adelante, valor! ¡fe y esperanza,
donde no alcanza el siervo, el libre alcanza!

VENTURA DE LA VEGA (1)

IMITACION DE LOS SALMOS

¡Ay! No vuelvas, Señor, tu rostro airado
á un pecador contrito!
Ya abandoné, de lágrimas bañado,
la senda del delito.

Y en ti humilde ¡oh mi Dios! la vista clavo;
y me aterra tu ceño,
como fija los ojos el esclavo
en la diestra del dueño.

Que en dudas engolfado, hasta la esfera
se alzó mi orgullo ciego,
y cayó aniquilado cual la cera
junto al ardiente fuego.

Si en profano laúd lanzó mi boca
torpes himnos al viento
yo estallaré, Señor, contra una roca
el impuro instrumento.

¡Levántate del polvo, arpa sagrada,
henchida de armonía!
¡Y tú, por el perdón purificada,
levántate, alma mía!

(1) Nació en la Argentina, pero educado en España, donde falleció el año 1863 las letras españolas lo retienen como una de sus glorias.

Y yo también al despuntar la aurora
y por el ancho mundo,
cantemos de la diestra vengadora
el poder sin segundo.

Yo cantaré ¡oh, mi Dios! cuanto le plugo
bajo tu amparo y guía,
á Israel acoger, que bajo el yugo
de Faraón gemía,

Del tirano en el pecho diamantino
pusiste fiero espanto,
tembló; tu brazo conoció divino;
soltó tu pueblo santo.

El mar lo vió y huyó: de enjuta arena
ancha senda le ofrece;
síguelo Faraón... ¡La mar serena
lo traga y desparece!

Viólo el Jordán y huyó: monte y collados
cual tierno corderillo
saltaron de placer el risco alzado
cual suelto cabritillo.

¡Oh, mar! ¿Por qué tus aguas dividiste
y á Faraón tragaste?
¿Por qué, humilde Jordán, retrocediste?
Monte: ¿por qué saltaste?

¡Ante el Dios de Israel tembló la tierra!
Las trompetas sonaron,
púsose el sol, y *Gabaón* se aferra
y los tuyos triunfaron.

Y brotaste, Señor, de piedra dura.
agua en mansa corriente,
y aplacó de tu pueblo su dulzura
allí la sed ardiente.

«Canta Israel, al Justo, al Fuerte al Santo
al que enjugó tu lloro:
«Acompañe la cítara tu canto
y el tímpano sonoro.»

Lánzase al hondo mar, con mente ciega
osado el marinero
y pide al polo el que la mar le niega
ya borrado sendero.

Huye á tu voz el céfiro suave;
y el hondo mar burlando
cruzan los vientos, y la triste nave
combaten rebramando.

Ya sube al firmamento, ya desciende
al abismo horroroso;
ruge el trueno; veloz el aire hiende
tu rayo fragoroso.

Gime el nauta y te implora, y aplacada
lo miras con ternura,
el vendaval es céfiro; el hinchado
mar, tranquila llanura.

Los tiranos del mundo en liga impía
para el mal se adunaron,
y á la incauta Israel: ¡Dios nos envía!
desde el solio gritaron.

Y entre sí concertados: «¡Fiera lucha
al justo renovemos:
«¡Blasfememos, que Dios no nos escucha;
»Dios no ve: degollemos!»

Dijeron; y no son.—Su raza impía
cual humo se deshizo.—
¿No oirá quien dió el oído? ¿No vería
el que los ojos hizo?

Los impíos que tus casas allanaron
de uno á otro horizonte,
y con hachas sus puertas destrozaron
como leña del monte;

los fuertes que se alzaban, cual montaña
que á las nubes se eleva
desparecieron como débil caña
que el huracán se lleva.

Los robustos de *Edón* y los tiranos
de *Moâb* ¿qué se hicieron?
¡El Señor los miró, y abrió sus manos,
y al abismo se hundieron!

«Canta Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
al que enjugue tu lloro:
»Acompañe la cítara tu canto
y el tímpano sonoro.»

LA AGITACION

Imposible arrancar del alma mía
si no acentos de amor. Caber no puede
donde impera tu imagen adorada,
patria, gloria, amistad... cuanto solía
mi pecho conmover... Ya todo cede
á la ardiente mirada
de tus luceros bellos.
Mal mi grado á sus mágicos destellos
mi turbulenta vida está sujeta
como al influjo de fatal cometa
Cede el bajel al ímpetu rugiente
del huracán sañudo,
y al puerto amigo arrebatarse siente,
ó va á estrellarse en el peñasco rudo.
Así, en la fiebre do anhelando gira
esta alma delirante,
tus ojos son, Amira,
los que entre el puerto y el peñasco, errante,
sin elección, perdido el albedrío,
la oscilación del huracán le imprimen,
y en ciego desvarío
lánzase á la virtud, lánzase al crimen.
¿Y este vaivén continuo, esta perpetua
conmoción en la vida? ¡Cuántas horas
mudo, yerto, insensible,
como la piedra en que sentado estaba,
en seguir las sonoras
ondas de la corriente que pasaba
inerte consumía!
¡Cuántas, la vista atenta,

iba siguiendo estúpido la lenta
sombra que en derredor del tronco huía!
Campo de soledad, yo te buscaba
porque el mundo decía
que la felicidad en ti habitaba,
y en aquel corazón que la invocaba
su misterioso bálsamo vertía.
Mi corazón de fuego
en ti no la encontró; floresta umbría,
silenciosa montaña, campo triste,
yo la paz de la vida te pedía,
tú la paz de la tumba me ofreciste!
Felicidad, ¿dó estás? Este vacío
que al dilatarse, el corazón no llena,
ven, ocúpalo tú. Si ronco suena
el guerrero clarín, y á la matanza
el hombre vuela contra el hombre, dime:
¿bastárame empuñar la férrea lanza
y á la pugna volar? Cuando mi diestra,
al son triunfal de los preñados bronces,
en sangre baño la mortal palestra,
misteriosa deidad, ¿te hallaré entonces?
En el tropel del mundo
yo también te busqué. Torvo guerrero
sobre carro veloz, de lauro ornado,
agitando el acero,
en lágrimas y sangre salpicado,
raudo al cruzar la turba peregrina,
—«¡felicidad, felicidad!»—clamaba,
y entanto «aquí domina»
otro desde la tumba le gritaba.
¿En la vida? ¿En la muerte?
¿Dónde estás para mí? ¡silencio mudo!
¡Y las horas volaban!...
¡Y los años corrían!...
¡Las hojas de los árboles caían,
las hojas de los árboles brotaban!
¡Una mujer!... Con su flotante velo
tocó al pasar mi frente.
trocóse en fuego de mi pecho el hielo,
mis entrañas temblaron de repente;
los brazos tiendo á la fantasma bella,

mas al asirla, alzada
vi una ara ante mis pies, y detrás de ella,
mi visión adorada
y un misterioso acento que decía:
«¡Profanación.... delito!»
y en su abatida frente se leía
un juramento escrito.
Mi planta no, más de mi pecho ciego
llegó un lamento á penetrar su oído,
y en sus trémulos labios tocó el fuego
de mi ardiente gemido!
Abrió sus ojos por la vez primera,
lanzádome una lánguida mirada,
cual si sus puertas el infierno abriera
á un alma condenada.
¡Ah! ¿Qué me importa? Agitación sublime,
¡yo te adoro! Tú eres
alma de mi existencia. Oprime, oprime
un corazón á quien la calma espanta,
inunda, inunda mi mejilla en lloro;
clamar me oirás entre congoja tanta:
«Agitación sublime, ¡yo te adoro!

JOSÉ MARMOL (1)

A ROSAS

I

¡Miradlo, sí, miradlo! ¿no viés en el Oriento
tiñéndose los cielos con oro y arrebol?
¡Alzad, americanos, la coronada frente,
ya viene á nuestros cielos el venerado sol!

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo,
que nuestros viejos padres desde la tumba ven;
aquellos que la enseña de Mayo, con su brazo
clavaron de los Andes en la nevada sien.

¡Veneración! las olas del Plata lo proclaman,
y al Ecuador el eco dilátase veloz;

(1) Nació en Buenos Aires en 1818.—Falleció en 1871.

los hijos de los héroes ¡veneración! exclaman,
y abiertos los sepulcros responden á su voz.

II

¡Sus hijos! ¿por qué huyeron de sus paternos lares
cual hoja que se lleva sin rumbo el huracán?
¿Por qué corren proscritos, sin patria y sin hogares,
á tierras extranjeras á mendigar el pan?

Y al asomar de Mayo las luces divinales,
¿por qué ya no se escucha la salva del cañón,
los ¡vivas! de los libres, los cánticos triunfales,
el aire entre las ondas del patrio pabellón?

La cuna de los libres, la Emperatriz del Plata
¿por qué está de rodillas sin victoriarte? ¡oh, sol!
¿Por qué, como otros días, sus ecos no dilata
cuando los cielos tiñen con oro y arrebol?

III

Emboca, ¡oh, sol de Mayo! tus rayos en la esfera,
que hay mandras en el suelo donde tu luz brilló,
suspende, sí, suspende tu espléndida carrera
no es esa Buenos Aires la de tu gloria; no.

La luz de los recuerdos con que á mis ojos brillas,
para evitar su mengua, sepúltala ¡por Dios!
¡La Emperatriz del Plata te espera de rodillas,
ahogada entre gemidos su dolorida voz!

Un hombre ha renegado de tu homenaje eterno,
robando de tus hijos la herencia de laurel:
¡salvaje de la pampa que vomitó el infierno
para vengar, acaso, su maldición con él!

IV

¡Ah, Rosas! ¡No se puede reverenciar á Mayo
sin arrojarte eterna, terrible maldición;
sin demandar de hinojos un justiciero rayo
que súbito y ardiente te parta el corazón!

Levanta tu cabeza del lodazal sangriento
que has hecho de la Patria que te guardaba en sí;
contempla lo que viene cruzando el firmamento,
y dinos de sus glorias la que te debe á ti.

La mancha que en el suelo no borrarán los años,
porque la tierra en sangre la convertiste ya,
contempla, y un instante responde sin engaños,
¡quién la arrojó, y gozando de contemplarla está!

V

Contempla lo que viene cruzando el firmamento
con rayos que indelebles en la memoria están,
y dignos se conserva memoria de tu aliento
los inmortales campos de Salta y Tucumán.

Si el sello de tu planta se mirara en los Andes,
ó acaso en Chacabuco, o en Maipo, en Junín;
ó, si marcando hazañas más célebres y grandes,
habremos de encontrarlo por Ayacucho, en fin.

Enséñanos, siquiera, la herida que te abruma,
pero que hermosa y noble sobre tu pecho está,
y dinos que lidiando la hubisteis en Ayuma,
ó acaso en Vilcapujio, Torata o Aoqueguá.

VI

¡Oh, Resas! Nada hiciste por el eterno y santo
sublime juramento que Mayo pronunció,
por eso vilipendias y lo abominas tanto,
y hasta en sus tiernos hijos tu maldición cayó!

Cuando de bayonetas se despeñó un torrente
bordando de victorias el mundo de Colón,
salvaje, tu dormías tranquilo solamente
sin entreabrir tus ojos al trueno del cañón.

Y cuando tus hermanos al pie del Chimborazo
sus altaneras sienes vestían de laurel,
al viento la melena, jugando con tu lazo,
por la diestra pampa llevabas tu corcel.

VII

¡Oh! ¡Nada te debemos los argentinos, nada,
sino miseria, sangre, desolación sin fin;
jamás en las batallas se divisó tu espada,
pero mostraste pronto la daga de Caín!

Cuando á tu Patria viste debilitado el brazo
dejaste satisfecho la sombra del ombú,

y, al viento la melena, jugando con tu lazo,
las hordas sublevaste, salvajes como tú.

Y tu primer proeza, tu primitivo fallo
fué abrir con tu cuchillo el virgen corazón,
y atar ante tus hordas al pie de tu caballo
sus códigos, sus palmas y el rico pabellón.

VIII

Tan sólo sangre y cráneos tus ojos anhelaron,
y sangre, sangre á ríos se derramó doquier,
y de partidos cráneos los campos se cuajaron
donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

¿Qué sed hay en tu alma? ¿Qué hiel en cada fibra?
¿Qué espíritu ó demonio su inspiración te da
cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra,
y en pos de la palabra la puñalada va?

¿Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida
nutriéndote las venas su ponzoñada hiel?
¿Qué atmósfera aspiraste? ¿Qué fuente maldecida
para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

IX

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso,
para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra, acaso,
para pedir sobre ella la maldición de Dios?

¿En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecb
para evocar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
para llamar los muertos á sacudir tu sien?

Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento
cuando revienta el trueno bramando el aquilón;
cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
para arrojarle eterna tremenda MALDICIÓN!

X

Cuando á los pueblos postra la bárbara inclemencia
de un déspota que abriga sangriento frenesí.
el corazón rechaza la bíblica indulgencia:
de tigres nada dijo la voz del Sinaí.

El bueno de los buenos, desde su trono santo
la renegada frente maldijo de Luzbel;
la humanidad, entonces, cuando la vejan tanto
también tiene derecho de maldecir como él.

¡Sí, Rosas, te maldigo! Jamás dentro mis venas
la hiel de la venganza mis horas agitó;
como hombre te perdono mi cárcel y cadenas;
pero como argentino las de mi patria, no!

XI

Por ti esa Buenos Aires que alzaba y oprimía
sobre su espalda un mundo, bajo su pie un león,
hoy, débil y postrada, no puede en su agonía
ni domeñar siquiera tu bárbara ambición.

Por ti esa Buenos Aires más crímenes ha visto
que hay vientos en la pampa y arenas en el mar;
pues, de los hombres harto, para ofender á Cristo
tu imagen colocaste sobre el sagrado altar.

Por ti sus buenos hijos, acongojado el pecho,
la frente doblegamos bajo glacial dolor,
y hasta en la tierra extraña que nos ofrece un techo
nos viene persiguiendo, salvaje, tu rencor!...

XII

Mas ¡ay! de la tormenta los enlutados velos
se cambian en celajes de nácar y zafir,
y el sol de los recuerdos nos grita de los cielos,
que en pos de la desgracia nos viene el porvenir.

¡HAY MÁS ALLÁ! es el lema de su divina frente
grabado por la mano purísima de Dios,
y el Chimborazo al verlo lucir en el Oriente,
¡HAY MÁS ALLÁ! responde con su gigante voz.

Al espirar los héroes ¡HAY MÁS ALLÁ! exclamaron,
su acento conmoviendo de América el confín;
y, al trueno de los bronces, ¡HAY MÁS ALLÁ! gritaron
los campos de Ayacucho, de Maipo y de Junín!

XIII

Sí, Rosas, vilipendio con tu mirar siniestro

el sol de las victorias que iluminando está;
disfruta del presente, que el porvenir es nuestro,
y entonces ni tus huesos la América tendrá.

Sí, Rosas, vendrá un día terrible de venganza
que temblará en el pecho tu espíritu infernal;
cuando tu trono tumben los botes de la lanza,
ó el corazón te rasgue la punta del puñal.

Como revienta el Etna tremendo de repente,
reventarán los pueblos que oprime tu ambición;
y cual vomita nubes de su ceniza hirviente,
vomitarán los pueblos el humo del cañón.

XIV

Entonces, sol de Mayo, los días inmortales,
sobre mi libre patria recordarán en tí;
y te dirán entonces los cánticos triunfales,
que es esa Buenos Aires la de tu gloria, sí.

Entonces desde el Plata, sin negra pesadumbre
te mirarán tus hijos latiendo el corazón,
pues opulenta entonces reflejará tu lumbre
en códigos y palmas y noble pabellón.

Y al extenderse hermoso tu brillantino manto,
ni esclavos ni tiranos con mengua cubrirá;
que entonces de ese Rosas que te abomina tanto,
ni el polvo de sus huesos la América tendrá.

MELANCOLIA

Llevad en vuestras alas ¡oh brisas de la tarde!
los huérfanos suspiros de mi secreto amor;
amor sin esperanza, pero de que hace alarde
mi corazón, que sufre con celestial ardor.

Llevadlos, y piadosas cuando toquéis la frente
de un ángel que ha bajado con formas de mujer,
sobre sus blancas sienes dejadlos dulcemente
cual la única corona que puédole ofrecer.

Suspiros son que nacen del seno diamantino
donde se guarda en mi alma la sensibilidad:

único bien que nunca me arrebató el destino,
fuente serena y puro de mi infelicidad.

Mi amor no es un delirio de ardiente fantasía,
mi amor está en el alma con lágrimas y fe;
placer que se confunde con la melancolía,
coronas de jazmines con hojas de ciprés.

La veo en las estrellas, la veo en la alborada,
en las nocturnas sombras, en el radiante sol;
do quiera van los ojos de mi alma enamorada,
del sol de mis amores encuentro un arrebol.

Las flores me deleitan. su aroma y sus colores
son hoy para mi vida supremo talismán.
¡Ay! ¡triste del que ignora la magia que las flores
contienen para el alma que acongojada está!

Mas ¡ay! que las estrellas, las flores y la aurora
mezclado á mis amores, contemplan mi dolor.
Pues si la imagen suya mi corazón adora,
mi corazón la baña con lágrimas de amor.

Amor sin esperanza, que en mi alma se alimenta
del fuego solamente que en mis entrañas hay;
ningún benigno soplo mi corazón alienta;
no hay pecho que recoja de mi infortunio el ¡ay!

La adoro y no lo sabe; la adoro y su pupila
sobre mi triste noche no vierte claridad;
la adoro, y mientras goza felicidad tranquila,
de mi alma se apodera la bárbara ansiedad.

Lleva, lleva en tus alas, ¡oh brisa pasajera!
mis huérfanos suspiros á mi adorado bien:
que la amo no le digas. mas déjale siquiera
mis huérfanos suspiros sobre su blanca sien.

INCERTIDUMBRE

Cuando se ha rasgado el velo
que las pasiones encierra
¡Amor! Se escucha en la tierra
y en el aire y en el cielo...
Y entonces la ingenuidad
de quien la vida ha empezado
hace dudar si ha escuchado
la mentira ó la verdad.

Así hasta mi virgen seno
llega una voz deliciosa
como el rocío á la rosa
dándole vida y frescor.
Y dudo si es de veneno
la copa que se me ofrece,
o si en ella resplandece
la pureza del amor.

AMOR

Amor, amor la delicada brisa;
amor las flores, que brotó el pensil;
amor, amor la nacarada aurora,
amor nos canta el ruiseñor gentil.

Gloria, honores, riqueza, poderío,
son chispas de bellísimo fulgor;
pero hay luto con ellas en el alma,
dolor glacial, cuando nos falta amor.

Amor es el destino de la vida,
vida de la infinita creación,
y creación sublime del Eterno,
en un rapto de santa inspiración.

Venga el dolor, si en el dolor se anida
una chispa siquiera de pasión;
no hay, no, presente ni futuro al alma,
si es un páramo yerto el corazón.

No más que la mujer á quien amamos
no más que sus caricias y su amor,
recuerda con placer el pensamiento
en medio á los instantes del dolor.

LOS TROPICOS

¡Los trópicos! ¡radiante palacio del Crucero,
foco de luz que vierte torrentes por do quier!
entre vosotros toda la creación rebosa
de gracia y opulencia, vigor y robustez.
Cuando miró imperfecta la creación terrena
y le arrojó el diluvio la mano de Dios
Naturaleza, llena de timidez y frío,
huyendo de los polos al trópico subió.
Y cuando dijo: «¡basta!» volviéndole sus ojos,
y decretando al mundo su nuevo porvenir,
el aire de su boca los trópicos sintieron,
y reflejarse el rayo de su mirada allí.

Entonces, como premio del hospedaje santo,
Naturaleza en ella su trono levantó,
dorado con las luces de la primer mirada,
bañado con el ámbar del hábito de Dios.
Y derramó las rosas, las cristalinas fuentes,
los bosques de azucenas, de mirtos y arrayán,
las aves que la arrullan en armonía eterna,
y por su linde ríos más anchos que la mar.
Las sierras y los montes en colosales formas,
se visten de las nubes de la cintura al pie;
las tempestades ruedan, y cuando al sol ocultan
se mira de los montes la esmaltada sien.
Su seno, engalanado de primavera eterna,
no habita ese bandido, del Andes morador,
que de las duras placas de sempiterna nieve
se escapa entre las nubes á desafiar al sol.
Habitan confundidos el tigre y el jilguero,
incanes, guacamayos, el león y la torcaz.
y todos, cuando tiende su obscuridad la noche,
se duermen bajo el dátil, en lechos de azahar.
La tierra, de sus poros vegetación escala,
formando pabellones para burlar al sol,
ya que su luz desdeña, pues tiene del diamante,
del oro y del topacio magnífico esplendor.
Naturaleza virgen, hermosa, radiante,
no emana sino vida y amor y brillantez:
donde cayó una gota del llanto de la aurora,
sin ver pintadas flores no muere el astro rey.
Así como la niña de quince primaveras,
de gracia rebosando. de virginal amor,
no bien recibe el soplo de enamorado aliento,
cuando á su rostro brotan las rosas del rubor.
¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde.
resbala como tibio suspiro de mujer,
y en voluptuosos giros besándonos la frente,
se nos desmaya el alma con dulce languidez.
Mas ¡ay! otra indecible, sublime maravilla,
los trópicos encierran, magnífica: la luz;
la luz ardiente, roja, cual sangre de quince años,
en ondas se derrama en el espacio azul.
¿A dónde está el acento que describir pudiera
el alba, el medio día, la tarde tropical,

tu rayo solamente del sol en el ocaso,
ó del millón de estrellas un astro nada más?
Allí la luz que tiñe los cielos y los montes,
se toca, se resiste, se siente difundir;
es una catarata de fuego despeñada
en olas perceptibles que bajan del cenit.
El ojo se resiente de su punzante brillo,
que cual si reflectase las placas de metal,
traspasa como flecha la imperceptible punta,
la cristalina esfera de la pupila audaz.
Semeja los destellos, espléndidos, radiantes,
que en torbellino tuesta la frente de Jehová,
parado en las alturas del Ecuador, mirando,
los ejes de la tierra por si á doblarse van.
Y con la misma llama que abrasa, vivifica
la tierra que recibe los rayos de su sien,
é hidrópica la vida, revienta por los poros,
vegetación manando para alfombrar su pie.
Y cuando el horizonte le toma entre sus brazos,
partidas las montañas, fluctuando entre vapor,
las luces son entonces vivientes inflamados
que en grupos se amontonan á despedir al sol.
Enrojecidas sierpes entre doradas mieses
caracoleando giran en derredor á él,
y azules mariposas en bosques de rosales
coronan esparcidas su rubicunda sien.
Y más arriba cisnes de nítido plumajo
nadando sobre lagos con lindes de coral,
saludan el postrero saludo de la tarde,
que vaga como pardo perfume del altar;
y muere silenciosa mirando las estrellas,
que muestran indecisas escuálido color,
así como las hijas en torno de la madre
cuando recibe su alma la mano de Dios.
Si en peregrina vida por los eternos llanos
las fantasías bellas á los poetas van,
son ellas las que brillan en rutilantes mares
allá en los horizontes del cielo tropical.
Allí las afecciones se avivan en el alma
allí se poetiza la voz del corazón;
allí es poeta el hombre; allí los pensamientos
discurren solamente por la región de Dios.

Un poco más... y el mustio color de las estrellas
al paso de la noche se aviva en el cenit,
hasta quedar el cielo bordado de diamantes
que por engaste llevan aureolas de rubí.
Brillantes, despejadas, suspiradoras, bellas,
parecen las ideas del infinito Sér,
que vagan en el éter, en glóbulos de lumbre
no bien que de su labio se escapan una vez.
Y en medio de ellas, rubia, cercana, transparente,
con iris y aureolas magníficas de luz,
la luna se presenta como la virgen madre
que pasa bendiciendo los hijos de Jesús.

OLEGARIO V. ANDRADE (1)

ABRÁZAME

Á ELOÍSA

Llama voraz cundió dentro mis venas
y calcinó la savia juvenil,
aquella savia ardiente y bulliciosa
germen feroz de inspiración febril.
Hoy, sólo queda el tronco silencioso,
el viejo tronco, triste y sin verdor,
en que anida el reptil de los recuerdos,
que muerde sin cesar mi corazón.
¡Ay! toda reverdece en torno mío,
la rama seca, el campo, hasta el peñón
que envuelve el musgo en manto de esmeralda,
como al alma abatida la ilusión.
Acércate, bien mío, y no te asuste
la eterna desnudez de mi dolor;
sé tú la enredadera que me escude
de la saña del ábrego feroz.
Yo he visto en la arboleda solitaria,
á cuyo pie el arroyo gemidor
se retorcía inquieto, como un niño
que el brazo de la madre aprisionó;
yo he visto una palmera desgajada,
sin follajes, sin dátiles, sin flor,

(1) Nació en Entre-Ríos en 1841. Murió en Octubre 1882.

de quien cuentan las brisas del desierto
una historia tristísima de amor.
La he visto una mañana desplegando
á los vientos su verde pabellón,
su pabellón, tejido con las hojas
que amante enredadera le prestó.
Sé tú la enredadera de mi vida,
dame la fresca sombra de tu amor,
y como la palmera del arroyo,
se animará mi yerto corazón.

AL GENERAL LAVALLE

¡Mártir del pueblo! tu gigante talla
más grande y majestuosa se levanta,
que entre el solemne honor de la batalla,
cuando de fierro la sangrienta valla
servía de pedestal para tu planta.

¡Mártir del pueblo! Víctima expiatoria
tremolada en el ara de una idea,
te has dormido en los brazos de la historia
con la inmortal diadema de la gloria
que del genio un relámpago clarea.

¡Mártir del pueblo! Apóstol del derecho,
tu sangre es lluvia de fecundo riego,
y el postrimer aliento de tu pecho,
que era la fe de tu creencia estrecho,
será más tarde un vendabal de fuego.

¡Mártir del pueblo! Tu cadáver yerto
como el ombú que el huracán desgaja,
tiene su tumba digna en el desierto;
sus grandes armonías por concierto
y el cielo de la patria por mortaja.

¿Qué importa que en las sombras de Occidente,
del desencanto, doloroso emblema,
como una virgen que morir se siente,
incline al sol la enardecida frente
de los mundos magnífica diadema?

¿Qué importa que se melle en las gargantas
el cuchillo del déspota porteño,
y ponga de escabel bajo sus plantas
del patriotismo las enseñas santas,
con que iba un héroe á perturbar su sueño?

¿Qué importa que sucumban los campeones
y caigan los aceros de sus manos,
si no muere la fe en los corazones
y del pendón del libre los girones,
sirven para amarrar á los tiranos?

¿Qué importa, si esa sangre que gotea
en principio de vida se convierte,
y el humo funeral de la pelea
lleva sobre sus olas una idea
que triunfa de la saña de la muerte?

¿Qué importa que la tierra dolorida
solloce con las fuentes y las brisas,
si no ha de ser eterna la partida;
si con nuevo rigor, con nueva vida
más grande ha de brotar de sus cenizas?

¡Mártir! Al borde de la tumba helada
la gloria velará tu polvo inerte,
y al resplandor rojizo de tu espada
caerá de hinojos esa turba airada
que disputa sus presas á la muerte.

Y cuando tiña el horizonte obscuro
del porvenir la llamarada inmensa,
y se desplome el carcomido muro
que tiembla como el álamo inseguro
ante las nubes que el dolor condensa,

entonces los proscritos, los hermanos,
irán ante tu fosa reverentes,
á orar á Dios con suplicantes manos
para saber domar á los tiranos
ó morir como mueren los valientes!

ADAN Y EVA

FRAGMENTO DE LA CREACIÓN

Eva

¿Qué sublime poder mi sangre mueve,
que circula en magnética corriente?
¿Qué afán secreto el corazón conmueve?
¿Por qué se abrasa de calor mi frente?
¿por qué palpita el corazón con brío
y estremecen mi ser fuerzas extrañas?
¡Oh! ¿Qué tienen tus ojos, Adán mío,
que hacen temblar de fuego mis entrañas?

Adán

Yo siento de mi seno los latidos,
algo que el mismo corazón ignora;
una sed que atormenta mis sentidos,
un incógnito afán que me devora.
Ven: acércate más. Cuando te miro
quisiera respirar tu propio aliento,
beberte el alma toda de un suspiro,
y hacer la eternidad de ese momento.

Eva

Tú eres el más perfecto de los seres,
tú eres la luz en que mi ser se inflama;
Adán mío, Adán mío, ¡cuánto te amo!
Extiende Adán, extiéndeme tus brazos
para verte más cerca enamorada;
y hazme con ellos amorosos lazos
que me tengan por siempre aprisionada!

Adán

Ven y duérmete en ellos, alma mía;
por tu reposo velará tu dueño,
y un mundo verteré de poesía,
de amor y de perfumes en tu sueño.
¡Qué bien estás así! ¡Con qué pureza
se modelan las líneas de tu cuello!
¡Qué bien sienta á tu mágica belleza

la profusión revuelta del cabello!

¡Qué límpida y qué dulce es tu mirada!
¡Cómo la adora el corazón vehemente!
Duerme, si quieres, duérmete, mi amada;
deja en mi seno reposar tu frente.

Eva

¡Dormir!... ¿Y para qué? ¿Para olvidarte?
¡No, que el sueño aletarga el sentimiento!
¿No sabes cuánto gozo con amarte?
¿O no sientes, Adán, lo que yo siento?

Adán

¡No sé! Me abraso en fuego devorante,
siento mis venas de pasión hirviendo,
siento bullir mi sangre requemante,
sintiendo de fuego el corazón latiendo!

Eva

Yo te miro, mi Adán, y á tus antojos,
ciego de amor mi espíritu encadenas,
y el fuego penetrante de tus ojos
me enardece, filtrándose en mis venas.
¡Estréchame á tu seno! ¡Yo te adoro!
¡Ay: yo quisiera ahogarte en mi ternura!
Te miro y soy feliz, y río, y lloro,
y resistir no puedo á mi locura!

. . . .

Y los dos extasiados se miraban,
los ojos en los ojos encendidos;
sonreían los dos y suspiraban,
y el placer embargaba sus sentidos.
Adán de dicha y de placer temblando
con aliento de fuego respiraba,
y á Eva entre sus brazos enlazando
con infinito amor la contemplaba.
Eva, abrasada por su llama ardiente,
ya en dulce languidez se estremecía,
ya inclinaba tiernísima la frente,
ya extática ante Adán permanecía.

Y de repente, convulsiva, loca,
en la emoción de férvido embeleso,
en la boca de Adán clavó su boca,
y se dieron los dos el primer beso.

JOSÉ RIVERA INDARTE (1)

MELODIAS A MAYO

Omni terra psallat tibi: psalmum
dicat nomini tuo.
(SALMO L. V. C. IV. V. 3.)

I

Entre las flores de la paz hermosa,
cuando encanta la música al oído
y nos sonríe suerte venturosa
de nuestra casa en el hogar querido;

cuando la patria libre de tiranos
se alza con gloria y palmas en las sienes,
y fecundan su seno nuestras manos,
y nos brinda el *amor* con dulces bienes,

no se comprende bien el pensamiento
de creadora libertad sublime,
que destroza cadenas que tormento
no causaban al pueblo, y lo redime.

Y de las rosas del placer lo eleva,
y del apóstol el sayal le viste,
y por tinieblas y afición lo lleva
guiado por la fe que al alma asiste.

Mas si el hado nos vuelve á la coyunda,
no ya en sedas y aromas disfrazadas,
sino entre el llanto que la tierra inunda,
con aleves cuchillos ataviada,

(1) Nació en Córdoba en 1824.—Falleció en 1845.

y á respirar tornamos en encierro,
y á encorvar con temor la erguida frente,
y nuestros brazos aprisiona el hierro,
y el mundo nos contempla indiferente,

ó si en bélico campo disputamos,
á los tiranos nuestra patria amada,
y egoísmo en la tierra cosechamos
que fué en sangre de mártires regada,

brilla la idea del divino Mayo
y al contemplarla extática mirada,
al corazón reprenden su desmayo
ejemplos de constancia acrisolada.

Tal en lóbrega cárcel nuestros ojos
admiran con pasión la luz fulgente,
y al gustar pan ajeno, con sonrojos
aprendemos á amar la patria ausente.

II

Muros excelsos do la enseña ondea
que el patriota de Mayo pidió al cielo;
teatro ilustre de inmortal pelea
que admira á pueblos y ensangrienta al suelo;

muros de patria, almenas de victoria
do la proscripta libertad se abriga,
y hechos ingratos borra la memoria,
y el pecho noble su dolor mitiga;

muros donde varones esforzados
el santo dogma de igualdad defienden,
y que heridos, con miembros destrozados,
la lanza empuñan, el cañón encienden,

dad al poeta inspiración augusat
para cantar las glorias del gran día
de honor y libertad; – y alta y robusta
vibre su voz magnífica armonía.

Así en triunfo veáis, muros dichosos,
á vuestros pies á la opresión caída,
y entre los ramos de la paz hermosos
crecer las flores de la dulce vida.

III

El vergel dulce aroma de la tierra
el hallazgo del genio de Colón,
que tesoros espléndidos encierra
y frías selvas con ardiente Sol.

La América infeliz al par que hermosa.
con su pampa, sus ríos y su mar,
con sus cielos de nácar y de rosa,
con sus montes de excelsa majestad,

ayer dormida en sábanas de lirios,
hoy despierta se aburre de su paz,
del amor le fatigan los delirios
y palpita su seno con afán.

La abruman sus dorados eslabones,
ve las horas correr con inquietud,
y su idea se lanza á las regiones
donde los grillos caen de esclavitud:

A su existencia virgen algo falta
que esconde el misterioso porvenir
y ora triste se abate, ora se exalta
y grita como loca y llora al fin.

A sus amos por ella venerados.
cortesanos del Rey de otra nación,
hoy les clava altanera ojos airados
y palabras murmura de irrisión.

Y mira con desdén las viejas glorias
que carcomido ostenta su blasón,
y aplaude las magníficas victorias
que cosecha el francés libertador.

Todo ante el joven siglo se conmueve,
suena potente el grito de *¡igualdad!*
y antiguos tronos como arista leve
ó ruedan ó comienzan á temblar.

¡Santa igualdad! palabra portentosa
que en la Cruz escribiera el Salvador,
suele negarte el alma tenebrosa,
pero nunca sensible corazón.

En bandos de odio y de implacable guerra
el mundo entero dividido está,
y sólo ociosa en la convulsa tierra
viste galas América de paz.

No que le falten bríos ni pujanza,
sino luz que la guíe en su misión,
pues con poner su espada en la balanza
la vencería al punto en su favor.

Las sombras de su error no hay quien sacuda,
carece su alma de ardorosa fe,
y si quiere tocar sus grillos, duda,
y se prosterna incrédula á su Rey.

En cólera encendióse y los britanos
que en mal hora ofendieron su beldad
de rodillas, vencidos á sus manos,
imploraron perdón y libertad.

Y soñando con bélicas quimeras
de laureles la frente se ciñó,
y alfombraron su templo las banderas
que el altivo britano la rindió.

IV

Dios en alcázar de estrellas,
en trono de luz velado,
de serafines cercado
se eleva en la inmensidad:
y á sus pies giran los orbes
innúmeros como arenas,
y al par las horas serenas,
la noche y la tempestad.

A su semejanza el hombre
formó desde su alto carro;
al que era mísero barro
hizo espíritu inmortal:
por la tentación vencido
sobre la cruz afrentosa,
vertió su sangre preciosa
y la rescató del mal.

Y puesto para su guarda,
un ángel que por él vela,

cuando la luna riela
en el anchuroso mar,
ó el sol tras la noche umbría
ostenta su luz, sereno,
ó sobre vientos sin freno
cabalga el negro huracán.

Y cada hombre y cada raza,
los pueblos y las naciones,
los campos y las regiones
tienen su ángel guardador,
que cuenta todas sus horas,
que aparta los fieros males,
y tesoros celestiales
para ellos pide al Señor.

Y es de la América el ángel
más bello que dulce aurora,
que campo de flores dora
con nácares y arrebol:
tiene las alas azules,
aureola de azahar y de oro
paz de altísimo decoro,
y su morada en el sol.

Cuando la mano del tiempo
señala la hora primera,
en que la natura entera
surgió de la creación:
los serafines custodios
elevan raudo su vuelo
á las esferas del cielo,
y entonan himnos á Dios.

Y cantan sus melodias
el frío horror de la nada,
y de la tierra creada
la belleza y esplendor,
y á la alta misericordia
imploran para ellos dones,
la paz de los corazones,
el reinado del amor.

EL ÁNGEL

La América tan hermosa

por tu inspiración hallada,
do pueblos está habitada
que adoran tu santa ley;
mas no han visto en su palabra
que quien bendice tu nombre,
igual, no esclavo de otro hombre,
es de lo creado Rey.

EL SEÑOR

El libro de mi palabra
todo el porvenir contiene,
y cada siglo que viene
en él halla su verdad.

EL ÁNGEL

Su inteligencia es perfecta,
su corazón está sano
y nunca manchó su mano
el delito ó la impiedad;
nación madre de naciones
de inmenso mar circuida,
rica de esplendor y vida
se aduerme en esclavitud.

EL SEÑOR

De la redención la aureola
ciña su cándida frente,
brille mi luz en su mente,
sea altiva su virtud.

EL ÁNGEL

Esconde siempre esa aureola
en cada joya una espina:
tenga tu piedad divina
de América compasión.

EL SEÑOR

Es ley que con pena el hombre
su pan coseche en la tierra,
ni brota el bien que ella encierra
sin lágrimas de expiación.

—

Turbó al serafín la angustia,
pero luego la esperanza,
de dicha que no se alcanza

sin la prueba de aflicción;
cual rayo de sol naciente
luciera en su rostro angélico
y el vuelo tendió á Occidente
de la nueva precusor.

V

A la orilla del Plata majestuosa
se eleva Buenos Aires, patria hermosa,
con mujeres más lindas que las hadas
al salir de sus grutas encantadas,
y guerreros de audacia y alma fiera
que han clavado en los Andes su bandera.
Besa sus pies el río de aguas claras
puras y dulces con virtudes raras,
que de lejano monte misterioso
baja hasta el más inmenso y poderoso,
y ciñe en su camino con sus brazos,
como á guirnaldas con azules lazos,
mil islas alfombradas de verdura
que respiran esencias y frescura.
Y de sus muros á la blanca espalda,
se ve la pampa océano de esmeralda.
En ella el gaucho altivo y generoso
cabalga sobre potro impetuoso,
y al avestruz aligero persigue.
ó á sus vacadas á los pastos sigue.
En ella el indio de color tostado
de independencia tipo exagerado,
en las lagunas á la nutria espía
ó medita incursión de alevosía;
inmensidad que al alma que la mira
con religión y con tristeza inspira.
Nunca el sol coronado de esplendores
sus playas dibujó con más primores,
como de Mayo en el solemne día
tan fatal á la vieja tiranía.
Porteños, Orientales y Peruanos
Chilenos, Caraqueños, Mexicanos,
de climas y provincias apartadas,
pero en dulce hermandad siempre ligadas,
y todos en América nacidos,
se encuentran en la plaza reunidos,

que hoy adorna sensible monumento
de Mayo para honrar el pensamiento;
una de altos destinos contenía,
tribuna de combate y profecía.
En el templo Domínico enclavadas
aun estaban las balas disparadas
á los tercios ingleses que vencidos
en su iglesia se entraron atrevidos,
y que en pavor sus armas se entregaron
cuando heridas las torres vacilaron.
El porteño cercado de trofeos
orgullo siente y bélicos deseos.
Muda la catedral esa mañana
hizo oir al cabildo su campana,
y el Virey y sus próceres altivos
en el fuerte se miran pensativos.
El pueblo y el Obispo convocados
están en el salón con los togados,
y emprenden controversia los señores
con obscuros y humildes oradores,
¿cómo viene del pueblo á la presencia
el que ayer lo miró con insolencia?
¿Qué revés de fortuna ó qué portento
le ha enseñado humildad en un momento?

LIBERTADOR

De España el Rey ha sido aprisionado
por el gran Napoleón: audaz soldado
que la francesa libertad ha hundido
y la imperial diadema se ha ceñido;
que lleva tras sus pasos la victoria
y á la Europa humillada por su gloria,
y la España sin Rey ninguno rige
sino aquel de su pueblo que ella elige,
y pretensión sería bien extraña
á América negar lo que hace España.

OBISPO

Sobre América tiene señorío,
porque ha sido conquista de su brío.

LIBERTADOR

Hicieron á los indios sus esclavos
nuestros padres, injustos aunque bravos;—
Dios absuelto los haya de ese crimen
y descienda la paz á los que gimen:
¿Y serán sus trofeos esplendentes
no de sus hijos, sí de sus parientes?
Con su sangre nos dieron su fiereza
y ante nadie bajamos la cabeza.

TOGADO

El que los lazos de la unión desate
ese la fuerza de la España abate,
á su opresor aleve la abandona,
y de Isabel le entrega la corona.
Por cierto que no es hoy nuestro problema
el salvar una vieja diadema,
á rodar por él condenada,
porque al pueblo español es muy pesada.
Ni raquítica unión que ya no amamos
y nos sujeta á vergonzosos amos,
detendrá nuestro libre pensamiento
que ya raudo circula por el viento.
De la Europa el Océano nos separa,
y natura en su ley como sol clara
á dos pueblos así no ha divido
que á vivir en un vínculo han nacido;
esa unión por estéril la dejamos
y con la humanidad nos abrazamos.
No es que de España odiemos el origen
ni insensibles á daños que la affigen,
Le neguemos amiga simpatía,
cuando hiere su pecho guerra impía;
ni de su honra y fama es un agravio
lo que dice á sus déspotas mi labio.
América en su seno cien Españas
engendrará que emulen en hazañas
á la madre común: la independencia
encumbrará la hispana descendencia,
que Dios en los tesoros de su gracia
nos dió el germen de activa democracia:

sus prometidos frutos esperemos
y con fe nuestra herencia cultivemos.

Probó el Togado á hablar, más pena aguda
dejó á su lengua cual de mármol muda,
y la faz abatida con sonrojos
se inundaron de lágrimas sus ojos.
Y el sol en su zenit con rayo ardiente
del orador iluminó la frente,
como si se gozara en su victoria
y alumbrase de América la gloria.
Y la palabra excelsa y atrevida
en el pueblo cayó maná de vida,
y rebosando de placer intenso
su aplauso resonó cual trueno inmenso.

VI

No con gala curial está vestido
ni de obediente guardia circuído,
sino con grillos en los pies, sentado
en el banco del crimen el Togado.
Con desdén ya no brilla su mirada,
sino en la tierra con dolor clavada
y en miserable capa arrebujado
se ve por centinelas vigilado.
Triste el Libertador subió á la silla
cubierta con dosel, do la cuchilla
de inexorable fallo está pendiente
sobre el que era ayer juez, hoy delincuente.
Y airado el pueblo en actitud severa
del escarmiento la sentencia espera,
que aniquile el caudillo de traiciones
que acechó con doblez sus corazones.
De servil sumisión regenerado
en ley de libertad se ha bautizado,
y de su boca salvación no espere
el que á su alta deidad agravio infiere:
para largar sus teas la discordia
sola espera tu voz, misericordia.
Y así el libertador habló á aquel hombre,
á quien llamó primero por su nombre:
«La joya de tu Rey has defendido;

«desventurado y no traidor has sido.
«La justicia común no te da muerte
«sino la rueda de la instable suerte;
«á polvo te reduce el anatema
«que sepulta en la tumba tu sistema;
«de vieja tiranía los prestigios
»los disipa el terror con sus prodigios.
»De libertad el germen en la tierra
»necesita los surcos de la guerra,
»y el pueblo no desprecia á sus tiranos
»si sangre de ellos no tiñó sus manos;
»va á rodar tu cabeza por el suelo,
»en su alto tribunal nos juzgue el Cielo.»
Clavó en su juez la vista el condenado
ni se supo si en ira ó resignado,
pero aquella mirada incomprensible
cual una maldición cayó terrible,
y en su marcha el sonar de sus cadenas
heló la sangre á todos en las venas.

VII

Eligió por bandera el Argentino
el blanco, imagen del calor divino,
con zafiros que el cielo americano
en las calmas despliega del verano,
y por armas el Sol que el Inca amaba
y que cual Dios y Padre veneraba.
Y la virgen enseña tremolando
por bosques y llanuras van cruzando
fuertes y tumultuosos batallones
que preceden veloces escuadrones.
Ciudadanos de aliento generoso
que visten armas y huyen al reposo,
el negro que la patria ha libertado
con el mestizo de valor probado,
y aventureros cuyo pecho ardiente
ansia de luchas y de glorias siente,
el ejército forman voluntario
volcánico, incansable, temerario.
Parece una serpiente de mil brillos
que bajo el sol extiende sus anillos.
La española milicia mal resiste

á su coraje audaz, cuando la embiste
deja sembrados montes y desiertos
con los heridos cuerpos de sus muertos.
Se opone en vano el arte á su pujanza,
las pilas rompe el bote de su lanza
al grito de *¡á la carga!* inexorable
como en montón de mieses corta el sable,
y del libertador el entusiasmo
hiela al realista con terror y pasmo,
y huyen los que en Bailén con iras fieras
las águilas vencieron altaneras.

De Castilla los bravos infanzones
á veces debelaron sus legiones,
y vino á obscurecer nube importuna
el radiante esplendor de su fortuna
á veces la discordia con venenos,
sembró locura en los patricios senos,
y su coraje contra sí volvían
y sus trofeos con baldón perdían.
El corazón patriota desmayaba
más la opresión sus iras redoblaba,
y América á los golpes del martirio
despertaba con saña del delirio,
y al tomar su desquite en la contienda
cual furia de huracán era tremenda.
Y no sólo los campos de sus lares
su valor ilustró, los anchos mares
surcando sus belígeros navíos,
mostrado las hazañas de sus bríos,
y el Pacífico, el Plata, las Antillas
vieron saltar las naves en astillas
que del Rey tremolaban las banderas
ó rendirse con mengua prisioneras,
y hasta en el mar del Asia de Buchardo
se hundieron ante el ímpetu gallardo.
Libres el Plata y Chile de tiranos
su clarín escucharon los peruanos
en la antigua Colombia vencedora,
en Iguala de México Señora;
sus estandartes con potente brazo
á las crestas subió del Chimborazo.

y de Ayacucho la inmortal victoria
con lauro eterno la ciñó de gloria.

VIII

Cuando la espesa humareda
se disipó del combate,
y la sangre del rescate
la tierra ya no tiñó:
de la América los pueblos
en dura lid vencedores,
se coronaron de flores...
y la orgía comenzó.

Que en pos de larga vigilia
y de abrumante tarea,
busca solaces la idea,
placer y disipación;
como el que tuvo su mente
por el temor oprimida,
ama lanzarla sin brida
y aun extraviar su razón.

Pasaron horas bien largas
en singular devaneo,
pero saciado el deseo
la hartura trajo el dolor,
y los sorprendió la aurora,
y en confusión tropezaron,
y sin amor se apartaron
gastada toda ilusión.

En su descuidada herencia
cebáronse ávidas manos,
ó turbulentos tiranos
la hicieron campo de lid,
ó exóticas teorías
con las añejos errores
chocándose, con dolores
la oprimieron infeliz:

Y en confusiones perdidos
sin la luz de la experiencia,
vacilando en su creencia
no encontraron la verdad;
porque á domeñar las olas
y á ser experto nauclero,
no aprenderá el viajero
la noche de tempestad.

Más de una edad va corrida
en la sangrienta experiencia,
costosa nos es la ciencia,
de provecho nos será;
pero en el crisol de penas
que enciende atroz tiranía,
¿quién como tú patria mía,
sufrido dolor habrá?

Marchitas tus bellas glorias
con hierro de oprobio ardiente
marcada la pura frente,
sufres torpe esclavitud,
y sangre de ilustres hijos
salpica tu noble seno,
y tienes cárcel de cieno
do reina la excelsitud.

Pero una palabra suena
que aun más que tu lejanía
es amarga ¡oh patria mía!
á este pobre corazón:
que dice—«Ya está apagada
»su virtud de patriotismo,
»su renombrado heroismo
»fué una sombra que pasó.»

Desmiéntelos, patria mía.
con tus acciones bizarras,
y las sanguinosas garras
de ese tigre, tu baldón,
el sol de tu fausto Mayo
alumbre entre tus despojos,
y no se cierren mis ojos
sin ver rota tu opresión.

Salud ¡oh Montevideo!
templo de Mayo glorioso,
alcázar fuerte y hermoso
de su dogma y de su ley:
conservas los mismos bríos
con que humillaste Leones,
dorados verdes pendones,
y cetros de altivo Rey.

Conservas el alma noble
que distinguió á tus guerreros,
cuando con fuertes aceros
defendieron la Igualdad,
y en la cruzada de Mayo
los vió la soberbia Lima,
trepar su más alta cima
heraldos de Libertad.

Conservas el mismo arrojo
de tus treinta y tres campeones,
que de audaces corazones
y con almas de volcán,
de tu santa independencia
la palabra proclamaron,
y tus sienes coronaron
con aureola divinal.

De la América eres la única
que en el rostro haya escupido,
al tirano maldecido
que es su asombro y su baldón:
tú eres la única que miedo
no ha tenido á su pujanza,
y que ha arrojado su lanza
de Rosas al corazón.

Tú eres la sola simpática
con el pueblo generoso,
cuna de Mayo glorioso
y apóstol de libertad;
le has acogido proscripto,
sus desgracias has llorado
y tu sangre derramado
con la suya en hermandad.

Salud ¡oh Montevideo!
que ya alzada, ya cayendo,
á Mayo estás defendiendo
tu independencia con él,
y ni te muestras soberbia
en la fortuna dichosa,
ni en la hora dolorosa
abates la última sien.

Lidia que tu premio es grand
y segura tu victoria,
antes que manchar tu gloria
prefieres ser ataúd:
sufre y lidia porque el mundo,
descubierta la cabeza,
diga al ver tu alta nobleza:
¡Montevideo, salud!

IX

En llanto no siempre rebosan los ojos
ni el pecho respira con ansia y afán,
la frente no siempre caldean sonrojos,
ni el reino es eterno de crudo pesar.

Dios puso en el hombre cual germen precioso
la lágrima suave que da el corazón,
si cae en la tierra cual riego piadoso
su aroma despide remuneración.

Mezclado con sangre tu lloro ha corrido,
ya acoge tus ruegos el Sumo Hacedor,
tus míseras llagas él ve condolido,
y vierte sobre ellas el óleo de amor.

¿No véis en los cielos del ínclito Mayo
la aureola brillante de blanco y azul,
que el sol ilumina con fúlgido rayo,
raudal de dorada, magnífica luz?

De América ahuyenta pasiones severas
al genio que sopla feral división,
y borra padrones que marcan fronteras
é inspira deseos de plácida unión.

Los aires conmueve magnético voto
de ver un Senado de pueblos surgir,
que anude los lazos que el crimen ha roto
y extinga la hoguera del odio civil.

Y á pueblos que tienen idéntico origen
idioma, costumbres, igual porvenir,
de inquietos caudillos que marchan y afligen
los salve y los guíe por senda feliz.

El velo de engaños rasgó la desgracia
América anhela los bienes de paz,
tu ley de progreso noble democracia,
que el orden hermana con la libertad.

No más las colinas de dulce verdura
la sangre del hombre regar se verá,
ni airadas legiones la extensa llanura
con rabia de muerte feroces buscar.

Mujeres hermosas, placer de la vida,
de hoy más nuestros niños con gozo estrechad,
que ya sus cabezas cuchillo homicida
de aleves tiranos, herir no podrá.

Para eso sus padres el cáliz bebieron
que ingrato destino preparó con hiel;
para eso en combates su sangre vertieron
ó en lóbrega cárcel y martirio cruel.

Cual ellos creyeron, América existe

con leyes, con orden, con santa igualdad,
y de activos pueblos sus regiones viste
de la humana raza la fecundidad.

Cual ellos desearon sus mares y ríos
que el mundo codicia de Reyes vedó,
de todas naciones potentes navíos
los surcan cargados de rica labor.

Cual ellos creyeron los ópimos frutos
que brota de América el suelo feraz,
son bien de sus hijos, no indignos tributos
á imbéciles reyes, á corte vanal.

Cual ellos desearon, no doblan su frente
sus nobles varones á extraño Señor,
y altivas banderas de brillo esplendente
que el mundo saluda, de América son.

Por eso de Mayo la idea ensalcemos
en grande, inspirada, sublime canción,
por eso de Mayo los viejos honremos
con alto homenaje de gloria y amor.

X

Tus glorias ya canté, divino Mayo,
y solo un beneficio pido á Dios,
el odio del tirano de mi patria
y al expirar un rayo de su Sol.

NOTAS

Porteños, orientales y peruanos

Como algunos han pretendido que la revolución de 1810 fué una gloria exclusiva de Buenos Aires, y que por consiguiente sólo debe celebrarse allí, he querido significar, enumerando los pueblos en que estaba dividida la América española, que los patriotas reunidos en la Plaza de Buenos Aires el 25 de Mayo de 1810, representaban no sólo á esta ciudad sino á toda la América. Ellos creaban intereses que hubieran perecido á no haber cooperado en su favor toda la América, ó si no hubieran vencido en toda la América. Buenos Aires no fué sino tribuna del pensamiento americano, que se elevó radiante, y que pasando por sobre todas las contradicciones alcanzó la palma del triunfo. La fiesta de Mayo es americana.

Hicieron á los indios sus esclavos
Nuestros padres injustos, aunque bravos.

La cuestión entre los indios y los conquistadores españoles es muy distinta de la que surgió en 1810 entre españoles europeos y españoles americanos. Nosotros hemos sido continuadores de la iniquidad de la conquista, y cuando saboreamos sus frutos mal podríamos maldecir de los que los sembraron. Nuestro deber era disminuir las malas consecuencias de la conquista y respetar los derechos que ella holló para hacer olvidar el origen de nuestra posesión, y aun no hemos cumplido con ese deber.

Los hispano-americanos formando en 1810 una sociedad joven, progresiva y de grande porvenir, que tenía medios y necesidad de existir por sí misma.

Se inundaron de lágrimas sus ojos

Toda la escena de este diálogo es en el fondo rigurosamente histórica. No hallando el señor Villota, Fiscal de la Audiencia, cómo contestar á los argumentos que le hacía el porteño Dr. Passo, enmudeció confundido y derramó lágrimas de despecho en presencia de toda la Asamblea.

BARTOLOMÉ MITRE (1)

AL 25 DE MAYO

¡Cascada de Niágara y Tequendama,
donde el agua del mundo se derrama
para apagar de América la sed!
¡Amazonas, Misoury, bello Plata,
donde la virgen pura se retrata
en tu margen bañándose los pies!

¡Pampas inmensas, selvas olorosas,
del Andes cordilleras orgullosas
que corona la ardiente cruz del Sud:
perfumaos como nube de incensario,
armonizaos cual himno del santuario,
para decir de Mayo al sol.—¡Salud!

Salud página inmensa de la historia,
divino resplandor de la memoria,
fuente de personal inspiración;
en tus alas de fuego me sublimas
y al entusiasmo sacro en que me animas
calientes mi cabeza y corazón.

Irrefragable manantial de vida
que enriquece la savia bendecida
del árbol de la hermosa Libertad,
donde crecen las flores inmortales
teñidas de colores celestiales
con que perfuma Dios la humanidad.

Inextinguible cifra que concreta
las utopías doradas del poeta,

(1) Este personaje nació en Buenos Aires en 1821, habiendo ocupado las más elevadas jerarquías de su país. Es hombre de sencillas costumbres, ó como se dice vulgarmente: á la pata á la llana. Como á Víctor Hugo, en Francia, se le tributan los honores de inmortalidad.

y la idea de genio pensador;
como de mil cabezas agitadas
uniforma las creencias encontradas
el madero del sacro Redentor.

Del gran día celeste monumento,
donde arde su divino pensamiento
como el fuego sagrado en el altar,
que bañará del mundo las edades,
en medio de las densas tempestades
para impedir al hombre naufragar.

Hoguera abrasadora del gran Mayo
do se incendió terrible como el rayo
el fuego de un pensar generador,
que el corazón templó cual hierro fuerte
y dió existencia á la materia inerte,
como el soplo divino del Creador.

Al vivífico rayo de tu lumbre,
se estremeció la inmensa muchedumbre
y el polvo del esclavo sacudió.
Allí surgió la dignidad humana,
y una nación potente y soberana
que el soplo democrático animó.

Allí genios pujantes inspirados,
formularon derechos pisoteados,
en solo una palabra: - Libertad;
y ella vertió con generosa mano
perfumes sobre el mundo Americano,
y en ideas de gloria lo embriagó.

La inspiración de la alta inteligencia
el calor de la intrépida elocuencia
en el astro de Mayo concentró;
y del ardiente labio de Moreno
se desprendió de su palabra el trueno,
y el programa de Mayo formuló.
«Derribemos su trono al despotismo:
»abramos ancha vía al patriotismo:
»alcemos los fanales de la ley:
»rompamos su barrera á la ignorancia:
»alumbremos la mente de la infancia,
»y ennoblezcamos al humano sér.»

Al mirar tan magnífico programa,
prendió en los corazones noble llama,
que como chispa eléctrica cundió:
como hierve entre escollos la marea,
hirvió entre las cabezas una idea
que dió vida á la gran revolución.

Revolución sin lanzas, ni fusiles,
un alto pensamiento fué su Aquiles,
y la razón su escudo tutelar;
revolución nacida de las cosas
que rugiendo como olas tempestuosas,
derribaron la estatua personal.

Revolución con cauda de cometa
que atravesó los aires cual saeta
despedida del arco del señor:
parto de mil ideas generosas
que volaron cual chispas luminosas
por todo el continente de Colón.

Sólo una vez brillaron sus espadas
para romper cadenas execradas
y sostener las tablas de la ley;
para postrar esclavos y tiranos,
para afirmar los vínculos de hermanos
y atarlos con coronas de laurel.

Tuvo ejércitos grandes, generales
que pasearon gloriosos y triunfales
las banderas del pueblo paladión;
y de los Andes en la blanca cima,
en Chile hermoso y opulento Lima,
postraron al ibérico león.

Legisladores de alta inteligencia,
que encendieron la luz de la experiencia.
Para alumbrar su vía al porvenir,
en Tucumán el acta formularon
y libre é independiente declararon
al pueblo que rompió su yugo vil.

Sol de Mayo que entonces refulgente,
suspendido por Dios en el Oriente
alumbraste la gra revolución:
al fecundar de Mayo la semilla,

hoy te doblan humildes la rodilla
los nietos de esa audaz generación.

Mira al árbol sembrado por sus manos
que enarbola sus gajos soberanos
sombreando al Sud, al Norte y Ecuador
á cuyo pie la libertad divina,
vagando por el mundo peregrina,
la tienda americana levantó.

En vano las segures cortadoras
en su tronco se hundieron destructoras
sin conseguir sus ramas marchitar,
y aunque hollado por hondas cicatrices
extiende poderosas sus raíces,
la América abarcando cual Titán.

Contempla al Norte en trece fajas bellas,
como flamea el pabellón de estrellas,
símbolo de la gloria de la Unión
y en la torre de su alto Capitolio
la democracia encima del gran solio
que elevó la justicia y la razón.

De allí voló de Mayo la simiente,
de allí de libertad el soplo ardiente
que la mente del pueblo calentó,
como se prestan jugos y calores
en el polen fecundo de las flores
que la brisa en sus alas derramó.

Contempla al pueblo libre que en el Itsmo
se labró con intrépido heroismo
el acta de su gloria y Libertad
al formarlo parece que Dios quiso
dar á su americano paraíso
vínculo de eternal fraternidad.

Al Sud siete repúblicas hermanas
enarbolaron banderas soberanas,
en vez del rojo trapo Colonial:
y al soplo tempestuoso de la guerra
fortifican sus astas en la tierra,
cual árbol que sacude el vendabal.

Las repúblicas hijas de Bolívar
beben gotas de mieles y de acíbar;

caminando á un hermoso porvenir;
y Chile, cual fanal del marinero,
va mostrando el seguro derrotero
porque debe la América seguir.

¿Y qué es de la república que un día
hizo surgir de entre la noche fría,
de esclavitud un mundo colosal?
¿La que dando patrióticas lecciones
fundó en el continente tres naciones,
sobre el polvo del trono colonial?

¿De aquella que con brazos vigorosos,
derribó los guerreros orgullosos
del Brasil, de la España y de Albión?
¿La que abatió la cima de los Andes,
y dió á la historia de los pechos grandes
páginas de belleza y esplendor?

¿La que envuelta en el manto de la gloria
sobre el carro triunfal de la victoria
se coronó la frente de laurel,
y en vez del negro trono de los reyes,
hizo elevar el ara de las leyes,
y derramó sobre ella mirra y miel?

¿La que libre feliz y soberana
bebía la virtud republicana
en el soplo del férvido huracán?
¿La que en alas del rápido pampero,
parecía decir al mundo entero:
«á donde va mi viento el brazo va?»

¿La que Atenas del mundo americano
distribuyó con generosa mano
de ilustración y de verdad el pan,
y en la mente sin luz de la criatura
encerraba la ardiente levadura
que con la edad debía fermentar?

Ahi la tenéis encima de un calvario
envuelta por el fúnebre sudario
que le arrojó la torpe esclavitud:
reina con el cabello pisoteado,
laurel á quien la lluvia no ha regado
y se marchita en flor de juventud.

La sociedad sin leyes, desquiciada,
y bajo férrea mano nivelada
armada del cuchillo del terror:
los nombres de patriotas eminentes
no grabados en bronces relucientes
sino en tablas de horrible proscripción.
Los principios de Mayo conculcados
los derechos del hombre pisoteados,
sin que pueda decir: «yo tengo pan.»
Un pueblo destinado al sacrificio
sobre el horrendo tajo del suplicio,
que sangre pura destilando está.

Al deshonor sus hijas entregadas,
las madres en los templos azotadas
coronadas del moño de irrisión,
arrastrando cual mulas sucio carro,
donde llevan un ídolo de barro
que colocan al lado del Señor.

La tribuna de Paso y de Dorrego,
cuya palabra descendió cual riego
en medio de la barra popular;
hoy la ocupan estúpidos sectarios
donde leen un papel sin comentarios
en defensa del crimen y maldad.

La bandera que guiaba al combatiente
despojada del sol resplandeciente,
y ennegrecido su divino azul;
desterrado el valor de su milicia;
derrumbado el altar de la justicia;
los poetas sin patria y sin laud.

En todo impreso del demonio el sello
el robo y el incesto y el degüello
sancionados por ley y religión.
Coágulo de los vicios más inmundos
que emponzoñara el aire de mil mundos
si no se contuviese su explosión.

El genio que preside la anarquía
entre el vapor espeso de la orgía
desparrama en su aliento corrupción:

aborto abominable del infierno,
ó maldición tremenda del Eterno,
porque el lazo rompimos de la unión.

Salvaje, que en sus raptos de demencia
volcó la hermosa antorcha de la ciencia
para encender con ella su fogón.
Allí quemó del pueblo los derechos,
el bello libro de los grandes hechos...
pero su cifra está en el corazón.

Entonces á demanda tuya ¡oh Mayo!
armemos nuestra diestra con tu rayo
para acorrer la patria en su orfandad,
dando al viento de nuevo los colores,
que engalanó en tus nítidos albores,
á los gritos de patria y libertad.

Pero la diestra que mi patria azota
la revolcó en el campo de la rota,
y vió abatido su inmortal pendón.
Los buenas argentinos sucumbieron
y en el seno de Oriente se acogieron
cual la paloma que huye del halcón.

Hijo del pabellón del argentino
su bandera dió sombra al peregrino,
como el palmero al pobre viajador:
pero el feroz tirano en torvo ceño,
los despertó de su agitado sueño
en la tierra de lenta proscripción.

Al mirar levantarse agigantado
un pueblo por las leyes gobernado,
vió su trono sangriento bambolear.
ante la ley retrocedió el salvaje
y sus hordas hambrientas de pillaje
bajo rojo pendón hizo juntar.

Y dijo: – «Al otro lado de ese río,
»se levanta con fuerte poderío.
»el odiado pendón de Libertad:
»corred allí, mis bravos federales,
»y quemad esos libros infernales
»en que se habla de Patria y de Igualdad.

»¡A la carga! ¡á degüello! mis sicarios:
»que mueran los salvajes unitarios
»por mi mazorca á filo de puñal:
»despedazad sus cráneos con la bola,
»y arrastrad de los potros á la cola,
»sus cabezas en medio de un cardal.

»Que vista en pocos días triste luto
»y que me pague en llanto su tributo
»la que llaman República Oriental.
»Atádmela á la cincha con un lazo;
»quedando espuela y rienda á mi picazo,
»la veréis por las pampas arrastrar.

»Predicad que á los pies de mi caballo
»he borrado los códigos que en Mayo
»una turba de locos escribió.
»Y he formado en la palma de mi mano
»un famoso «Sistema Americano»
»para reinar sobre las leyes yo.»

La mesnada de torpes asesinos
que deshonran el nombre de argentinos
volaron cual hambriento gavilán;
y al barbárico son del clamoreo,
llegan ante la gran Montevideo
donde los libres en su puesto están.

Llegan y se detienen asombrados
ante los fuertes muros levantados
del pueblo por la mano colosal.
Y en el Cerrito de inmortal memoria,
donde Rondó se coronó de gloria,
el miserable esclavo alzó su real.

No ya, cual otro tiempo en las almenas
van á trozar las bárbaras cadenas
de tres siglos de oprobio y opresión,
renegando la gloria de esos días,
vienen á traer satánicas orgías,
el degüello y la cruel confiscación.

Por las orillas fértiles del Plata
la gavilla de Rosas se dilata,

amenazando hundir la libertad.
Montevideo grande, fiel sublime,
bajo el enorme peso que la oprime,
alza sobre sus hombros la igualdad.

Oponiendo la espalda á la venganza,
guarda el arca de la última esperanza
en el recinto de la gran ciudad;
en ella cual depósito sagrado,
se encierra el porvenir ilimitado
que asombrados los hombres dejará.

En ella de estos países venturosos
fructifican los gérmenes hermosos
de libertad y civilización;
y día y noche la ciudad invicta,
guardando con amor su arca bendita,
vela al pie del sagrado pabellón.

Funde cañones, arma ciudadanos,
y al niño, á la mujer y á los ancianos,
les infunde el aliento varonil.
Amasa con su sangre sus murallas
bajo el fuego de la hórrida metralla
y el mortífero plomo del fusil.

La pólvora y la sangre siempre humea,
el cañón y la lanza centellean,
y uno á uno sus hijos ve caer;
pero ella más heroica y más constante,
los envuelve en su manto rutilante,
y le ciñen coronas de laurel.

En vano viejos pueblos enervados
escriben en sus libros despreciados
«el oro, el oro es de la tierra Dios.»
Que ella dice con hechos elocuentes:
«En dos pueblos viriles y valientes
»el Dios es de la patria el santo amor.»

Al que infame, cobarde y miserable
deserta á su defensa inimitable.
le estampa el sello ardiente de traidor.
Y teje siempre-viva y mustio lirio
para ceñir corona de martirio
al que le dé su vida en oblación.

Y sus hijos también, con patriotismo.
vendan al que cayó con heroísmo
peleando por su hogar y castidad;
y comprendiendo su misión inmensa,
se entrega de la patria á la defensa
ofreciendo sus hijos en su altar.

¡Oh! la misión de la mujer es santa
ella la flor de las virtudes planta
del niño en el fecundo corazón;
y cuando ve la patria que agoniza,
desprende de su seno á él ancha liza
de patriotas audaz generación.

De los niños confiados á sus manos
salen fuertes y buenos ciudadanos,
formados en el halda maternal;
do aprendieron á odiar la tirania
y á combatir con ínclita porfía
por los santos principios de igualdad.

Así en Mayo nacieron los campeones
que rompieron los duros eslabones
que nos forjó la torpe iniquidad:
y con la leche encima de los labios,
fuertes guerreros, gobernantes sabios,
contempló con asombro aquella edad.

Y hoy en la lucha santa que emprendimos
niños sobre la arena descendimos
para arrimar al hombre al patrio altar,
y al darnos nuestra madre abrazo estrecho,
nos pone sollozando sobre el pecho
los colores de Salta y Tucumán.

¡Oh! mil veces, mil veces venturosa
la juventud que en causa tan hermosa
puede toda su sangre derramar:
la que serena ante el combate rudo
de tiranía cae en el escudo
del mártir de una causa universal.

Esos tus hijos son los que á tu dogma
les tributan sus cánticos y aromas,
su brazo y su poder intelectual:

que acaudillan de Mayo aquellos hombres
cuyos gloriosos é inmortales nombres.
son nuestro patrimonio nacional.

Cada viejo de Mayo es flor divina
de la corona cívica Argentina,
y la corona cívica Oriental;
y si el viento le arranca alguna hoja,
tu luz seca las gotas de congoja
de nuestras patrias en la bella faz.

Detente ¡oh sol! y mira á ese caído,
porque ese era un guerrero esclarecido
que en holocausto tuyo se ofreció;
y hasta lanzar su postrimer aliento,
á ti te dedicó su pensamiento,
y al ver tu faz contento pareció.

Grande entre los gigantes de aquel Mayo
que robaron á Dios su ardiente rayo
para decir al pueblo—*Fiat lux*—
hoy miró su postrer aniversario
sirviéndole de espléndido sudario
de la ciudad el estandarte azul.

Tuvo seis hijos, del amor el fruto,
que presentó á la patria por tributo
cuando miró su estatua bambolear;
y á la cabeza de su prole hermosa
desenvainó su espada victoriosa
para poner á raya la maldad.

Y en cien combates de eternal memoria
de la ciudad se coronó de gloria,
relampagueó su acero vencedor:
y el entusiasmo puro en que él ardía
á sus valientes hijos lo infundía
entre el silbo del polvo matador.

Hermosa cual su vida fué su muerte,
con el aliento varonil del fuerte,
peleando por su patria sucumbió.
En hombros de sus hijos esforzados
de balazos el pecho acribillado,
el campo de batalla abandonó.

Y tendido en el lecho de agonía,
reconcentró de su alma la energía
para poderte contemplar ¡oh sol!
y á veces repetía el fuerte anciano:
«¡Pueda mirar el astro soberano
»que el día de la América alumbró!»

El cielo oyó su ruego: esta mañana
cuando tocaba á vuelo la campana
y tronaba la salva del cañón;
sintió fuego patriótico en el alma,
y cual hojas al tronco de la palma.
su valerosa prole le rodeó.

Sobre su calva é inspirada frente
relucía la chispa refulgente
que fijó con su dedo el Hacedor.
Abrió sus ojos á la luz suave,
y arrojó una mirada dulce y grave
á sus retoños que en amor regó.

Los estrechó con paternal terneza,
y elevando exaltada su cabeza,
en las nubes de Oriente se fijó;
cayeron de rodillas ante el lecho,
el corazón en lágrimas deshecho,
y él así les echó su bendición.

«Benditos seáis para salvar la patria
»y fecundar de Mayo la simiente;
»para adornar con palma refulgente
»de nuestra patria el pabellón triunfal.

»Benditos seáis para morir por ella
»entre el ardor de la feral batalla;
»para imponer incontrastable valla
»en la tribuna al despotismo audaz.

»Benditos seáis para rasgar el pecho
»del torpe Rosas con robusta mano,
»y dar al pueblo en que nació Belgrano
»de libertad y gloria la señal.

»El mundo entero aplaudirá ese golpe,
»la humanidad os colmará de loores

»y el cincel de los grandes escultores
»os armará del salvador puñal.

»Himnos sin cuento os rendirán los vates
»párvulos tiernos, santas bendiciones,
»casta doncella, puras emociones,
»y admiración la noble ancianidad.

»El pueblo grato os ceñirá de lauros:
»enjugaréis de una nación el lloro;
»que vuestro nombre escribirá con oro
»en las fajas del Lábaro triunfal.

»Grandes seréis por mil generaciones
»y vuestra gloria inundará este suelo,
»y vuestro padre desde el alto cielo
»os enviará su bendición de paz.

»Benditos seáis para salvar la patria
»y dar al mundo ese inmortal ejemplo,
»volar de gloria al sacrosanto templo
»y de Mayo las aras levantar.....»

—Dijo el anciano —y el gran sol de Mayo
vertió sobre su frente un puro rayo
que en misteriosa aureola lo ciñó.
Lo contempló con ojo entusiasmado
diciendo: «Patria mía...» y apagado
quedó su inteligente resplandor.

Así de libertad sucumbe el hijo
sobre la patria el pensamiento fijo,
abrazando las gradas de su altar;
como Casteli y cual Berón de Astrada,
como Lavalle de alma no domada,
muere para vivir vida inmortal.

Con mártires de grandes corazones,
se alzan y regeneran las naciones
y su sangre es la ofrenda que le dan,
mártir fué el Redentor: y de un madero
do lo enclavó el impío, al mundo entero
regeneró con su misión de paz.

Bebiendo el entusiasmo de sus hechos,
buscaremos del hombre los derechos
á la radiante luz de la verdad.
El templo del gran Mayo concluiremos
con la caliente sangre que le demos
peleando por su dogma celestial.

Profética la mente vi otros días
en que se oirán sublimes armonías
bajo el domo que habremos de elevar:
no habrá tiranos ni sangrienta guerra;
tierra de promisión será esta tierra,
norma de la afligida humanidad.

¡Oh, Mayo! de tu espíritu invisible
penetrarás un mundo indivisible
como el aire, de Dios la inmensidad;
y al esplendor tu sol del alto cielo,
se elevará sublime desde el suelo
un coro de alabanza universal.

«¡Gran lámpara del templo soberano!
»¡vasta concretación del ser humano!
»¡monumento grandioso de igualdad,
»cuya piedra fué puesta por gigantes,
»dejándonos sus hijos, que pujantes
»alzarán su cimborrio colosal!

»Tú guardas de los hombres el tesoro
»y en los altares de tus urnas de oro
»derramas democrático raudal;
»con que bañas del mundo las naciones
»que entrelazan sus ínclitos pendones
»para beber tu universal maná.

»Bajo la inmensa cruz del cristianismo
»que domina tu domo, el despotismo
»yace herido del rayo popular,
»y la divina imagen que soñaron
»los hombres que tu basa levantaron
»le oprime con su planta de Titán.»

NOTAS

(1) *Cascadas del Niágara y Tequendama.*

Considerando la revolución americana como una cadena sucesiva de revoluciones, que deben confundirse en un centro común—el de la Libertad—he creido deber vincular en este canto el presente y el porvenir de los grandes continentes, cuyas cataratas evoco. Su posición geográfica parece estar indicando en el Istmo del Panamá el lazo extremo que los debe ligar.

(2) *Parto de mil ideas generosas*
Que volaron en chispas luminosas
Por todo el continente de COLON

La revolución del 25 de Mayo de 1810, en Buenos Aires, no fué la primera de América, como algunos lo creen; antes de ella el 9 de Agosto de 1808, México dió el primer grito de alarma, formando una Junta conservadora, bajo los auspicios del mismo Virey; pero fué disuelta á los treinta y siete días. La Paz imitó su ejemplo en 15 de Junio de 1809, y sus autores perecieron en el cadalso. Caracas instaló su Junta en 19 de Abril de 1810 y fué la primera sección americana que se declaró independiente y se constituyó en República. Santa Fe de Bogotá, lo hizo en 25 de Mayo de 1810. Quito en 19 de Agosto de 1810 y Chile en 11 de Septiembre del mismo año. A la revolución de Mayo, ejecutada sin bayonetas ni violencias, presidió una solidez de ideas que prestándole vigor desde sus primeros pasos, le dieron lugar á establecer un inmenso sistema de propaganda, que antes de seis meses, por los esfuerzos directos de sus agentes y de sus armas, se extendió á Chile y el Perú. La revolución de Mayo nunca fué ahogada: todas las demás lo fueron; y en medio de los mayores contrastes de la guerra de la Independencia, no hubo una sola República que no respirase libre de congoja al mirar de pie á las Provincias Unidas del Rio de la Plata. La Revolución de Mayo no es, pues, la primera por su orden cronológico, sino por su objeto, por su poder, por sus resultados, y su influencia en los destinos de la América toda, en cuya balanza puso su inteligencia, su oro, su sangre y su espada.

(3) *Contempla al Norte en trece fajas bellas*
como flamea el pabellón de estrellas
símbolos de las glorias de la Unión.

Debemos este tributo á la República Norte-Americana que fué el heraldo de la Sud-América y el primer pueblo del Mundo que reconoció nuestra Independencia. Así contestamos también á los groseros insultos que algunos hijos de la patria de Wasington suelen prodigar á los pueblos Sud-Americanos, sin tomarse el trabajo de estudiarlos.

(4) *Como se prestan jugos y colores*
en el polen fecundo de las flores.

Aunque el fenómeno de la fecundación de las flores ha sido siempre un objeto común de comparaciones poéticas, debo en conciencia hacer memoria de la de M. Delavigne en sus «*trois jours de Cristophe Colomb*» por referirse igualmente á la revolución Norte-Americana.

Tel un jeune palmier pour féconder ses soeurs
Fleurit et livre aux vents ses parfums voyageurs.

(5) *»Derribemos su trono al despotismo,*
»abramos ancha via al patriotismo,
»alcemos los fanales de la ley,
»rompamos su barrera de la ignorancia,
»alumbremos la mente á la infancia
»y ennoblezcamos el humano ser.

Moreno fué en efecto el Miguel Angel político de la revolución de Mayo, y estas palabras que ponemos en su boca no son una suposición gratuita sino literalmente las que pronunció en la mañana del mismo día 25 al saber que había sido nombrado secretario de la Junta: «La variación presente no debe limitarse á suplantar á los »funcionarios públicos é imitar su corrupción é indolencia. Es necesario destruir los »abusos de la administración, desplegar una actividad que hasta ahora no se ha co- »nocido. *promover el remedio de los males que afligen al Estado, exitar y dirigir el espíritu »público, educar al pueblo, destruir los enemigos y dar nueva vida á las provincias. Es preciso »emprender un nuevo camino*, en que lejos de hallarse alguna senda sea necesario prac- »ticarla por todos los obstáculos que el despotismo, la venalidad y las preocupaciones »han amontonado después de siglos ante la felicidad de este continente.» (Vida y memorias del doctor Moreno). Sin embargo, Rosas y sus infames lacayos que anhelan por obscurecer las glorias nacionales, en las que ninguna parte han tenido, niegan

impúdicamente la existencia del grande pensamiento que presidió á la revolución de Mayo. No es extraño; hay dementes que niegan la existencia del Sol; pero los hombres de libertad y todo el que no sea esclavo de Rosas, mirará siempre en las palabras de Moreno, el verdadero y único programa del 25 de Moyo de 1810.

(6) *La que Atenas del mundo americano, etc.*

Antes que yo, la ha llamado así un escritor célebre por su amor á la libertad y ardientes simpatías por las Repúblicas de Sud-América: el abate Deprad.

(7) *La tribuna de Agüero y de Dorrego.*

Al nombrar dos célebres oradores argentinos, no he querido en ningún modo establecer la supremacia suya sobre los demás. He tenido en vista al elegirlos el tomar el nombre del orador más popular que ha tenido cada uno de los dos partidos que han desgarrado el suelo de nuestra patria, manifestando en esta amalgama que la herencia que nosotros hemos recogido es la de la patria, y no la de los partidos.

(8) *Hoy la ocupan estúpidos sectarios*
donde leen un papel sin comentarios
en defensa del crimen y maldad.

Después de escritos estos versos he hallado las siguientes palabras en la historia de Napoleón por Norvins: «La tiranía es un libro sin comentarios que tiene sus fanáticos» y aun cuando algunos crean que los he tenido presentes antes de escribir los versos, será siempre necesario convenir que el plagio estaría de parte de los seides de Rosas y que pintando el estado de mi patria, bajo su brutal poder, he venido á ser indirectamente el plagiario de Norvins.

(9) *O maldición terrible del eterno*
porque el lazo rompimos de la unión.

No hay uno de los jóvenes poetas que hoy escriben que no haya bebido alguna inspiracinn en el último himno que don Juan C. Varela dedicó á Mayo poco antes de morir. Por mi parte confieso que siempre que considero al tirano de mi patria como un castigo de nuestra desunión, se presentan espontáneamente á mi memoria aquellos versos del gran poeta de la revolución:

¡Oh, Dios, no supimos vivir como hermanos!
De la cara patria nuestras mismas manos,
osaron el pecho sagrado romper.
y por castigarnos al cielo le plugo
hacer que marchemos uncidos al yugo
que obscuro tirano nos quiso imponer.

(10) *Y en el cerrito de eternal memoria*
donde Rondó se coronó de gloria.

Entre las glorias actuales de la ciudad de Montevideo no es la menor la que le cabe en tener en el recinto de sus muros al vencedor del Cerrito, al general don José Rondeau, al que en ese mismo lugar donde hoy están las tiendas de los degolladores de Rosas postró la arrogancia del poder colonial y conquistó las llaves de Montevideo, para que abriendo otros sus ferradas puertas hicieran entrar las huestes triunfantes de la patria y con ellas el aliento democrático que hoy opone á la tiranía de Rosas un obstáculo incontrastable. El general Rondeau á los setenta y cinco años de su edad conserva aún una admirable energía y hace votos ardientes á la Providencia por el triunfo de los principios de Mayo que como él mismo dice en sus memorias que se ha ocupado á escribir en su retiro: *«han sido siempre mi ídolo.»*

(11) *En vano viejos pueblos enervados*
escriben en sus libros despreciados:
«El oro, el oro es de la tierra Dios»
que ella dice con hechos elocuentes:
«En los pueblos viriles y valientes
el Dios es de la patria el triste amor

Estos son los únicos versos que he añadido á mi composición, después de la lectura pública que de ella se hizo en la noche del 25 de Mayo: la idea me ha sido sugerida por un valiente apóstrofe de la composición del señor don Luís Domíngnez, que fué coronado de aplausos; y he añadido esta estrofa porque no debe pasarse en silencio la inmensa gloria que cabe al pueblo oriental, de haber sostenido una guerra sin dinero. El conde Darú, dice en su historia de Venecia: «La máxima que el didero es el nervio de la guerra, verdadera bajo algunos aspectos de administración, no ha podido acreditarse sino en los pueblos incapaces de esfuerzos generosos; cuando se aspira á la independencia, á la gloria y al poder, es necesario saberlo conquistar por sí mismo.

(12) *De nuestras patrias en la bella faz*

Ningún verso más digno de verdad que éste; argentinos y orientales podemos decir cuando hablamos de estos paises, nuestras patrias, y nada será más bien dicho.

La solemnidad literaria del 25 de Mayo, ha expresado más claramente que nada el espíritu fraternal de los dos pueblos. La composición del distinguido poeta oriental don Francisco Acuña de Figueroa, respiraba el más puro argentinismo, al paso que las de los poetas argentinos respiraban el más acendrado amor por la patria oriental

(13) *Esta mañana*
cuando tocaba á vuelo la campana.

La idea de saludar los grandes días de la Patria con un repique general de campanas, pertenece al jefe político de Montevideo don Andrés Lamas. No podemos recordar su nombre sin felicitarle por sus laudables esfuerzos para dar á las festividades nacionales un fin de mejora y de ilustración. La creación del Instituto Geográfico Nacional y los cantos consagrados al 25 de Mayo de 1814 para destinar el producto de su impresión á beneficio de los inválidos del asedio, son ciertamente dos títulos envidiables al reconocimiento público.

(14) *El mundo entero aplaudirá ese golpe*

No necesito confesar que he tenido muy presente la bellísima imprecación del señor don José Rivera Indarte, en su elocuente y erudito discurso: «*Es acción santa matar á Rosas.*»

(15) *Norma de la afligida humanidad.*

¿Quién podrá decir que esta sea una hipérbole atrevida? ¿Acaso todos los pueblos del mundo á su vez no han empuñado el cetro del poder, de la sabiduría, del comercio, de la política? ¿Y por qué la América que por sí sola reúne más elementos de libertad, de prosperidad, de engrandecimiento que todas esas naciones juntas, por qué no ha de dominar á su vez? Dominará, sí, pero su dominación no será egoísta, como lo fué la de Roma en la antigüedad, como la de muchas naciones en la edad media, y como la de Inglaterra en nuestros días.—«¡Qué perspectiva risueña, dice el Atlas de »Lesage, descubre en cualquier sentido que la examine la imparcial filosofía! ¡Que »campo tan vasto de meditación y de esperanzas para el destino de los hombres!» Su territorio, sus ríos, sus vegetales y montañas, todo en ella es gigantesco y nuevo; sus habitantes, sus costumbres, sus formas de gobierno, sus mismas convulsiones y hasta el idioma inglés y español, herencia de la Europa, todo lleva impreso el sello de la originalidad Americana. Nuevo mundo como lo llamó Colón, considerándolo bajo su aspecto físico, está destinado por la Providencia para dar existencia á un nuevo mundo moral. La sociedad del viejo continente está carcomida y necesita regenerarse en un pueblo joven como el nuestro; y el sistema democrático que la anima, lo ha de regenerar algún día y entonces reinarán los principios de Mayo, que no son sino los principios del género humano. Tal ha sido mi idea en ese verso; pero ya que he hablado del viejo y nuevo mundo, pesmitaseme decir algo más sin pasar del linde de los días presentes.—¿Puede negarse que la América puede vivir sin la Europa y la Europa sin la América? No. El Paraguay aunque es uno de los países más favorecidos de la Naturaleza, no es ciertamente el más industrioso; ¿no nos ha hecho palpable esta verdad en más de 30 años de aislamiento? Hacen ya muchos años que Deprad dijo, y ¡ojalá no nos hubiéramos olvidado jamás de estas palabras! «La América puede cerrar sus puertas á la Europa, segura de que al otro día, ella vendrá á golpearlas para que le abran.»

DITIRAMBO A BACO

¡Crean los venideros! Entre remotas rocas
vi á Baco, que á las Ninfas sus cantos enseñaba,
y el Sátiro caprípedo
con puntiaguda oreja los cantos escuchaba.

¡Evoé! ¡un terror sacro palpita aún en mi mente!
Lleno del Dios, mi pecho siente turbado gozo,
¡Evoé! ¡perdona Baco,
perdona, que yo temo tu tyrso poderoso!

Cantar me es permitido las delirantes Tyadas,
ríos de leche llenos, de vino ricas fuentes,

y de la hueca encina
las mieles que sus troncos destilan permanentes.

Cantar me es permitido á tu feliz esposa,
estrella de los cielos; los techos de Penteo,
que hoy son inmensa ruína,
y de Licurgo el Tracio la muerte en devaneo.

Dominas tú los ríos; del bárbaro los mares;
y en apartados montes, ebrio de sacro vino,
sin riesgo, á las Bistonias
enlazas tú las crines con nudo viperino.

Cuando al través del aire, legiones de gigantes
los reinos de tus padres, impías escalaron,
en león tú transformado,
tus garras y tus dientes á Reto intimidaron.

Decían, que en los coros alegres dominabas;
inhábil en cambates juzgábate la tierra;
pero tú te has mostrado
tan hábil en las paces como hábil en la guerra.

El Cancerbero mudo, mirando tu áureo cuerno,
se aquieta, y mansamente su cola el suelo toca,
y al salir del Infierno,
lame tus pies y pierna con su trilingüe boca.

¡COMO TU!

(ESCRITO Á ORILLAS DEL QUEGUAY)

Es el Queguay (1) un río transparente,
cual urna de purísimo cristal,
cuyo fondo se ve puro y tranquilo
como el fondo de tu alma angelical.

Quieta está la superficie de sus aguas,
si el viento no le agita con furor,
como tu frente es cándida y serena,
si no la agita el soplo del amor.

En el lecho pedroso do descansa,
se deslizán sus aguas con quietud,

(1) Hermoso río de la Banda Oriental, que corre sobre un lecho de piedra y cuyas aguas son de rara transparencia.

como tus horas corren no sentidas
por el sendero fiel de la virtud.

Los sáuces, que coronan sus riberas,
hunden su verde copa en el Queguay,
cual tu frente en mi seno cariñoso,
blando se inclina envuelta con un ¡ay!

Los *ubajais* (1) ocultan en sus ramas
pájaros bellos, raros en matiz,
como tu mente abriga mil ideas,
que hace brotar la inspiración feliz.

Del Uruguay (2) dos gigantescos brazos
oprimen su cintura en derredor,
como tu talle esbelto y delicado
circuye en torno el brazo del amor.

Esconde la ribera ante sus guijas
las perlas con el nácar y el coral, (3)
como atesora tu alma rica y bella
de angélicas virtudes un caudal.
La brisa de la noche, entre sus hojas,
hace brotar suspiros de dolor,
cual de tus labios ecos misteriosos
el delirante beso del amor.

La selva umbría que lo guarda en torno
impide ver sus ondas de cristal,
cual de pudor el velo misterioso,
sombrea tu semblante sin igual.

La blanca aurora rompe el denso velo,
que sobre sus espaldas se ve ondear
cual tú, graciosa, al despertar apartas
El pelo de oro que robó tu faz.

En sus ondas azules se reflejan
del cielo la bonanza y tempestad,

---

(1) Arbol gigantesco que crece á la margen del rio y en el cual las aves del bosque hacen su nido.
(2) Los magníficos bosques de este rio se extienden por ambas márgenes del Queguay, que derrama en él con sus aguas.
(3) Toda la ribera está sembrada de piedras preciosas especialmente de ágatas de mérito que pueden tomarse á puñados.

cual tus ojos azules reproducen
de otros ojos la sombra y claridad.

Sus linfas puras entre fango nacen,
mas cristalinas caminar se ven,
cual tú, nacida de la tierra impura,
pura te miro caminar también.

ALEJANDRO MAGARIÑOS Y CERVANTES (1)

RUMORES

Es triste, sí muy triste, sentir continuamente
por nuestro cielo hermoso bramar la tempestad,
y en pálido crepúsculo, de ley resplandeciente
cubrirse el horizonte de sombra y claridad.

Es triste, sí muy triste, mirar la extensa huella
que nuestros viejos padres marcaron al morir,
cubierta ya de abrojos, sin que una blanca estrella
la aurora vaticine de un bello porvenir.

Es triste muchas veces en el sacudimiento
de una época de glorias grandiosa y colosal,
ver cómo se desploman con ímpetu violento
los hombres y las cosas en vértigo infernal.

Cuando en su heroica frente, la palma del martirio
suspensa va á cubrirla de eterna radiación,
entonces de sí mismos se olvidan y ¡oh delirio!
¡si la época es grandiosa los hombres no lo son!

El cielo se obscurece, si brama el torbellino.
la lava abrasadora fermenta en el volcán ..
¿Y qué vomita?... escorias, que obstruyen el camino
que atravesando vamos con indecible afán.

Parece que la fiebre de la ambición, ó el roce
de opuestas sensaciones y modo de sentir,
no dejan un instante que el ánimo repose
y pueda sin recelos, en calma, discurrir.

Injurias, maldiciones, plegarias y lamentos
afanes, bendiciones, palabras de aflicción

(1) Este poeta, aunque español, desde muy niño pasó á las Repúblicas del Plata de las que fué constante servidor y entusiasta patriota.

resuenan confundidos como encontrados vientos
que ruedan por el éter, luchando en rebelión.

Y si ávida la mente quiere rasgar el velo
que envuelve los misterios de nuestra sociedad,
sombrío y desperante como enlutado cielo
un coos incomprensible tan solo encontrará.

En medio á tantas dudas, ¿á quien volver los ojos,
si todo es sistemado, tenaz contradicción,
si todos altaneros se encienden en enojos
gritando: «¡Mienten ellos, es mía la razón?»

Pero entretanto, débil, sin fuerzas, abatido,
al borde de un abismo, cual virgen infeliz,
cayendo de rodillas, la patria dolorida
del bárbaro al cuchillo presenta la cerviz.

Sus hijos... por ventura, no saben todavía,
que en épocas cual esta cada hora es un crisol,
¡ah! no los insultemos, tras esta noche umbría
ha de alumbrar heroica más de una frente el sol.

En el primer embate del huracán violento
sin tropezar ¿quién puede mover seguro el pie?
¿quién puede en esas horas de angustia y desaliento
cuando vacila todo, tener en algo fe?

Pero hay un Dios potente que humilla á los altivos,
desploma al ambicioso, castiga la maldad;
al fin ha de mirarnos con ojos compasivos
y entonces, sólo entonces, tendremos libertad.

CARLOS GUIDO SPANO (1)

La tierra estaba yerma, opaco el cielo,
la derrota doquier. Nuestros campeones,
que en la tremenda lid fueron leones,
ven ya frustado su arrogante anhelo.

América contempla en torvo duelo
la bandera de Mayo hecha girones,

(1) Nació de ilustre cuna en el año 1829, en la ciudad de Buenos Aires donde vive modestamente. Sus compatriotas le quieren mucho por ser muy bueno y sencillo. La juventud rinde homenaje al bardo ilustre acudiendo en romería á felicitarle en su cumpleaños.

el enemigo avanza: sus legiones
cantan victoria estremeciendo el suelo.

Pero la patria irguiéndose entre ruinas
¡atrás! prorrumpe: libre se proclama;
rompe el vil yugo con potente brazo;
y triunfantes las armas argentinas,
llevan la libertad, su honor, su fama,
desde el soberbio Plata al Chimborazo!

BUENOS AIRES

Fué aquí en las playas que fecunda el Plata
peregrina región que cual ninguna
el estro á las estrellas arrebata,
donde en honrado hogar se alzó mi cuna.
Salve al gran río cuya faz retrata
la argéntea luz de la esplendente luna
ora arrastre sereno, ora combata
el esquife en que voy con mi fortuna.
Buenos Aires ¡oh patria! aunque me olvidas,
mi esperanza en tu olvido sumergiendo,
tuyo es mi corazón, tuyo es mi brazo.
Cuando ya no den sangre mis heridas
al cielo un postrer voto alzar pretendo:
dormir mi último sueño en tu regazo.

AT HOME

Bella es la vida que á la sombra pasa
del heredado hogar, el hombre fuerte
contra el áspero embate de la suerte
puede allí abroquelarse en su virtud,
si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
si el aéreo castillo viene abajo,
queda la noble lucha del trabajo,
la esperanza, el amor, la juventud.

Hijos, venid en derredor; acuda
vuestra madre también: ¡fiel compañera!
y levantad á Dios con fe sincera
vuestra ferviente, cándida oración,
él es quien nos reúne y nos escuda,
quien puso en vuestros labios la sonrisa,
da su aroma á la flor, vuelo á la brisa,
luz á los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
ansío rodearme de cariños;
la serena inocencia de los niños
de la herida mortal calma el dolor,
es para el porvenir dulce presagio,
que al hombre con el mundo reconcilia,
el ver crecer en torño la familia
bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
aspiren á las pompas de la tierra,
su nombre ilustre en la sangrienta guerra
lleno de encono el bárbaro adalid;
nuestra misión es, hijos, más cristiana;
amar la caridad, amar la ciencia:
puras las manos, pura la conciencia
dar el licor á quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre
el sendero del bien; nada amedrente
al varón justo, al ánimo valiente
que fecundiza el suelo en que nació.
La libertad amemos por costumbre,
por convicción y por deber; en ella
el despotismo estúpido se estrella:
¡de la Patria los hierros destrozó!

¡Honra y prez á sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo,
hoy descansa su espíritu en el cielo,
noble atleta vencido por la edad.
¡Venid en sus recuerdos impregnados,
y llena el alma de filial ternura,
la venerada, humilde sepultura,
con flores y con lágrimas regad!

Tomad ejemplo en él, y cuando un día
emprenda yo mi viaje sinretorno,
erigid una cruz, y de ella en torno
sin una mancha en la tranquila sien,
llenos de paz, radiantes de armonía,
podáis decir de vuestro padre amado:
¡Latió en su pecho un corazón honrado,
no fué un prócer, fué más: ¡hombre de bien!...

RECUERDOS

Si se condensa en lágrimas la vida,
¡cuánta noche en el alma! los recuerdos
pueden sólo guiarla en tanta sombra,
cirios flotantes, pálidos luceros.

Con sus fúnebres alas misterioso
viene después y los apaga el tiempo.
¡Ay! resta apenas del festín dorado
el vaso frágil en que ardió el incienso.

A la ilusión, á la esperanza entonces,
cisnes fugaces, las arrastra el viento,
y caen marchitas las brillantes flores
que amor dichoso cultivó en secreto.

Si alguna acaso su frescor no pierde,
si queda alguna en el altar desierto,
¡Oh, guardadla! Su aroma es de la tierra,
su raíz inmortal está en el cielo!

LUISA

Luisa, la vida se va: muy lejos
nos encontramos de nuestro edén;
mss tu aun conservas suaves reflejos
de la hermosura, que en ti adoré.

Yo –¿no te asombra qué cambio? - mira,
blanco el cabello, mustia la faz;
flamea apenas la antigua pira
que ardió en las aras de tu beldad.

¿Te acuerdas? ¡Blanda, tierna memoria!
mucho te quise, mucho: veraz,
en tí cifraba mi fe, mi gloria;
de frescas flores orné tu altar.

Después... absuelto por tu sonrisa,
callo; soy reo de amor, lo sé.
Pero en el fondo del alma, Luisa,
créeme, lo juro, te he sido fiel.

Hoy mismo absorto cuando te veo,
mi pecho amante palpita aún;
tras tus encantos vuela el deseo,
¡lloro perdida la juventud!

¡Ay! Ya sus días de oro pasaron,
raudos pasaron, no ¡volverán!...
Sobre mi vida se desgranaron
como las perlas de tu collar.

En el descenso de la colina,
cuando en la tarde se oculta el sol,
en esa hora dulce y divina,
¡cómo recuerda mi corazón!

Con tu mantilla negra, en el templo
puesta de hinojos, pura, ideal,
tus nobles gracias mucho contemplo:
todo embargado te sigo audaz.

Oigo los ecos de tus romanzas,
siento en mi seno vibrar tu voz,
con que halagabas mis esperanzas,
cantando al piano trobas de amor.

Aun creí verte, pálida, esbelta,
en las plateadas noches de Abril,
la cabellera de ébano suelta,
venir furtiva por tu jardín.

Veo las ondas de tu ropajo
flotante y leve, de blanco tul,
cuando cruzabas entre el ramaje,
como una sombra, ¡como un querub!

Yo te esperaba; y á tu presencia,
trémulo, ansioso caía á tus pies;
sólo escudada por tu inocencia,
ante ella humilde me prosterné.

Luego... tú sabes... fué aquello un sueño...
vino la ausencia, vino el afán;
soltando el lino mi frágil leño
¡lancé á las olas bravas del mar!

Muchas han sido mis aventuras:

náufrago, errante, triste ó feliz,
en mis desdichas, en mis venturas,
visión celeste cruzar te vi.

Tú coronaste mi primavera,
la musa fuiste de mi laúd,
de mi desierto verde palmera,
de mi tiniebla cándida luz.

Bálsamo han sido de mis heridas
las dulces lágrimas de mi amistad;
mis ilusiones descoloridas
por un instante refrescarán.

Hoy que de paso te encuentro, bella
como un ensueño, perdóname
si te importuno con mi querella:
¡piensa que es esta la última vez!

Sigo mi viaje penoso y largo;
bien pronto acaso llegaré al fin;
que no se mezcle nada de amargo
en los recuerdos que hagas de mí.

Como en el fondo del mar en calma,
brilla la estrella que ama el pastor,
tu casta imagen llevo en el alma;
¡oh! no me olvides ¡adiós! ¡adiós!

AMIRA

¿Conocéis á la rubia y tierna Amira?
¡Qué belleza, qué flor, qué luz, qué fuego!
Su andar se ajusta al ritmo de la lira,
hay en su voz la suavidad del ruego.

El flamenco nadando en la laguna,
entre el verde juncal, no es más gallardo;
espira un vago resplandor de luna,
tiene la fresca palidez del nardo.

Hace soñar; la mente se colora
de su candor al virginal destello;
se sueña con las rosas, con la aurora,
con las hebras de luz de su cabello.

Parece que un espíritu celeste,
siguiéndola invisible la perfuma,
y que su blanca y ondulante veste,
por el aire agitada, hiciese espuma.

Ayer la vi pasar en lontananza,
é imaginó mi alma entristecida,
era el ángel de la última esperanza,
que buscaba el sepulcro de mi vida.

PATAGONIA

Noviembre 1.° de 1876.

Dios nos ha dado una tierra
grande, fecunda y hermosa,
en cuyo seno reposa
tanto adalid que en la guerra
conquistó palma gloriosa.

¡Guerra sublime! Los tronos
de Europa asombrara hermanos.
Los libres americanos
detestando ser colonos,
juraron ser ciudadanos.

¡Cuánto esfuerzo, cuánta azaña!
¡qué júbilo, qué victoria!
En bronce grabó la historia
la heroica pugna de España,
los timbres de nuestra gloria.

En los llanos, en los montes,
fué aquello un fiero lidiar;
Mayo su sol vió brillar
en lejanos horizontes:
no nos contuvo ni el mar

En tu suelo ¡oh, patria! sí,
aquel rayo se forjó
que la frente fulminó
del conquistador. A ti
la altiva cerviz rindió.

De nuestros guerreros grandes
en sus empresas, pues ellas
les alzan á las estrellas,
en la cumbre de los Andes
aun están frescas las huellas.

Su carazón y su brazo
de una gran causa al servicio,
de Dios apelando al juicio
fuéronse hasta el Chimborazo
á ofrecerse en sacrificio.

Chacabuco, Maipo, Lima,
¡qué trofeos! La bandera
celeste y blanca do quiera,
ya en el valle, ya en la cima,
en el fuego es la primera.

Lleva en sus pliegues envuelto
de cien pueblos el destino;
del honor marca el camino
de que nunca atrás ha vuelto
ningún soldado argentino.

«¡Libertad! ¡tiene el cañón,
y que rompa nuestra espada
de la vil cadena odiada
hasta el último eslabón
en la tierra emancipada!»

Los tribunos así hablaron;
les responden los guerreros:
desenvainan los aceros,
y los déspotas temblaron
á sus golpes justicieros.

Libre fué América. Fijos
tu independencia y tus lindes
¡oh, Patria! ¿por qué hoy prescindes
de la herencia de tus hijos?
¿De ella qué cuenta les rindes?

Invadido está tu suelo,
tu pabellón ultrajado;
te vulneran, te han robado,

y tú ímbele ¡vive el cielo!
¡has la injuria soportado!

Es que un pleito no una guerra
te trajeron; de esta vez
con extraña avilantez
el difunto al vivo entierra,
el culpable acusa al juez.

¡Bello galardón en pago
argentinos alcanzáis
de las glorias que ostentáis!
Se usa la fe de Cartago
mientras con Roma soñáis.

Chile... ¡silencio!... no vamos
en nuestro orgullo ofendido
á enrostrarle un negro olvido;
sangre de héroes no cobramos
al hermano redimido.

Pidámoslo, sí, respete
del derecho la grandeza
de su escudo le limpieza
y en los lindes se sujete
que le dió naturaleza.

¿Su ley no ha marcado ya
los términos de su herencia?
¿No le grita la conciencia;
la ambición tropezará
con la historia y con la ciencia?

¡¡Venga un árbitro!! Un concilio
fuera mejor, aunque es raro,
quizá cueste menos caro
el sombrero de Basilio
que la *vincha* de Lautaro.

Sombras augustas de Infantes,
de O'Higgins, de Freire animoso,
de tanto varon virtuoso,
¡Campo! que os pase adelante
cualquier domine verboso.

Vosotros, no, no supierais

abogar por la codicia;
vuestro lema fué justicia,
honor, patria, ¿qué dijerais
de artes que armó la malicia?

¿Quiérese el velo ensanchar
del cóndor chileno? Y bien,
contentaos con lo que os den
los que os pueden regalar
pedazos de un vasto edén.

Hermanos somos; el sol
que nuestra bandera ostenta
es astro de paz que alienta;
venid y en su alto crisol
lo depure la tormenta.

Mas si alguna ambición fatua
de conquista ó de botín
triunfa en vosotros al fin,
derribad ante la estatua
de José de San Martín.

RECONCILIACION

Ayer en el sarao —¡nunca lo hiciera!—
la declaré mi amor. Mostróse huraña,
y pareció con su actitud severa
alzar entre los dos una montaña.
¡Cómo explicar la sensación extraña
que sacudió mi ser.—Perdón - la dije,
el pecho en ira y en dolor bullente,—
digno es asaz de hallaros indulgente
quien conoce su falta y la corrige.
No veros más prometo. Iré rendido
á ocultar mi derrota en el olvido.—
Prometer no es cumplir, ¡fuerza del hado!
¡Tanto la amara yo, tan bella era!
Quise aún verla una vez, la vez postrera:
confuso, atribulado,
sin saber cómo, me encontré á su lado.
Miróme intensamente; los sonrojos
la animaban el rostro de sultana,
y un divino fulgor con dulces ojos.

—¡Aun me guardáis rencor!—me dijo ufana,
exhalando su boca deliciosa
un olor de manzana;
y luego con el aire de una diosa:
—¡Soñé anoche con vos! ¡Oh, amor! presumes
¡cuál no fué mi placer! - ¿Y qué soñabais?
— Que rendido á mis plantas me ofertabais
una copa humeante de perfumes.

HIMNO

¡Oh, querida! ¡jamás mi labio pudo
decirte cuánto te amo! En mi pasión
te he contemplado palpitante y mundo
de mi noche sin fin cándido sol.
Místico velo mi cariño ha sido
con que oculté celoso tu beldad;
en mi alma tu amor asi ha crecido
como exquisita flor en su fanal
Nunca se oyó en mis himnos profanado
tu dulce nombre; altivo desdeñé
comprar, en tus encantos inspirado,
para mi frente pálida un laurel.
La gloria está en tu amor; sordo á la fama
quiero obscuro á tu lado ser feliz;
de mi afecto veraz la interna llama,
sólo arde, sólo alumbra para ti.
¿Qué da á los hombres la ventura ajena?
¿Irá á cantar en el festín mi voz,
que es una copa de perfumes llena
en que impregnada está, tu corazón?

AL DOCTOR VALDERRAMA

(POETA Y ACADÉMICO CHILENO)

«Si abrazo á mi rival es para ahogarle,»
el trágico francés dijo elocuente:
Valderrama, ¿pretendes imitarle?

En extraño romance, en verso afluente,
los míos ora ensalzas ó deprimes,
marchito hallando el mirto de mi frente.

¿Qué sucedió si en números sublimes
antes canté, para que en solo un punto
con severo compás les desestimes?

¿Del numen tan indigno era mi asunto?
¿O en vista de nefandos procederes
darse debió cobarde por difunto?

Argentino nací; de mí no esperes
silencio vil ni complacencia infame.
que á la expresión de mi lealtad prefieres.

¿Querrías que la paz necio proclame,
cuando la usurpación se alza orgullosa,
y que al intruso con aplauso aclame?

Si mi lira á cantar no es poderosa,
hoy en la soledad la prefiriera
de algún indio la *quena* lamentosa.

Con ella en la eminente cordillera,
despertaría el eco adormecido,
y á los muertos acaso estremeciera.

¡Cuánto bravo soldado allí tendido
por libertar tu patria que se ofende
si se menciona el hecho esclarecido!

La vida de los héroes no se vende,
y pedir gratitud es pedir poco
á quien ama la gloria y la comprende.

Ni aun de esto hablé siquiera, y aquí invoco
tu ingenuidad; clamé por el derecho,
y tú tan cuerdo me juzgaste loco.

Supones que bullendo en ira el pecho,
insultador de un pueblo altivo, pudo
mi musa sofocar febril despecho;

y poniéndole al cuello un fuerte nudo
como á quien propinó letal ponzoña,
quieres que deponga el yelmo y el escudo.

Laurel que se marchita no retoña,
y en vano, gentil bardo, me condenas
á humilde gaita y pastoril zampoña.

Liba su miel la abeja en las almenas
praderías, que esmaltan los floridos
citisos y las blancas azucenas;

empero si la hostigan atrevidos,
su panal codiciando los rapaces,
de su dardo sutil saldrán heridos.

Gracias por los elogios que me haces
al sumergir mi fama en tu tintero,
y por tu empeño en predicar las paces.

«Sienta mal en mis manos el acero,»
dices, y yo por el contrario opino
que va bien una espada á un caballero.

Mientras otro pendón que el argentino
tremole de mi tierra en el sagrado,
me vistiera de hierro y no de lino.

¿Mas que palabra hostil he pronunciado
que tenga del insulto la aspereza,
tan sólo en la justicia abroquelado?

¿Invocar vuestra ley, vuestra grandeza
contra nosotros mismos es delito?
¿Queréis que doblguemos la cabeza?

¿Ante la iniquidad, cual si proscrito
fuese el pueblo de Mayo que en cien lides
dejó su nombre con su sangre escrito?

El, Valderrama, es bueno, no lo olvides,
en su cuna mecida por los vientos
supo ahogar la serpiente como Alcides.

Desafiar los contrarios elementos
de su temprana edad fué el ejercicio,
del abismo arrancando sus cimientos.

En medio de su afán ó su desquicio,
entre el turbión de su tremenda historia,
se arrojó denodado al sacrificio;

pugna tenaz, domina la victoria,
asombra el mundo, á América electriza;
algo se sabe en Chile de esa gloria.

Si allí el bronce sus timbres eterniza
fuera mejor no convertir la llama

del mutuo afecto en humo y en ceniza.

No simulacros nuestro honor reclama
á quien pretende en el cercado ajeno
coger el fruto y destrozar la rama.

En copa de primor cabe el veneno,
preferible es el rústico banquete
y que bajo el laurel se evite el trueno.

Para allanar los Andes, el ariete,
es de cierto el progreso. ¿Por qué, dime,
tal empresa á la fuerza se comete?

¿Y extrañas que mi espíritu se anime,
no como pintas, más alzando el vuelo
de la verdad á la región sublime?

¡Qué quieres! sangre ardiente de mi abuelo
corre en mis venas, del heroico Spano
que aun espera un sepulcro en vuestro suelo.

¡Si imaginara el padre generoso
que al mar lanzó el primero vuestras naves
viniese un día, para siempre odioso,

en que asaltasen como hambrientas aves
del rudo patagón la costa brava,
por presea trayendo falsas llaves!

¿Qué nos valió que la fortuna esclava
fuese de nuestras inclitas banderas,
si hoy nuestro propio aliado es quien socava,

las bases del derecho, y en arteras
discusiones, pretende con desplante
de un golpe suprimir las cordilleras?

¡Que pide juez! el acto es implicante,
pues ya juzgado por sus propias leyes,
el reo se convierte en litigante.

No la demanda insólita aplebeyes
diciendo: «disputamos un desierto,»
le deslindaron ya los viejos reyes.

Lo que aquí se disputa y es lo cierto,
es la alta dignidad de un pueblo amigo
que con torpe baldón habéis cubierto.

Si en este trance á combatir conmigo
te alzas en pro de la verdad augusta,
leal corazón, te abrazo y te bendigo.

Eso hice yo cuando mi patria injusta
en su ímpetu marcial de sí olvidada,
al hermano infeliz se mostró adusta.

Mas á entender que aun deba estar velada
la estatua del honor, á ruin pretexto,
puedes sólo seguir en tu jornada.

Empero no será; tu ingenio, atesto,
en claras fuentes de virtud se inspira,
y ya te miro ante el poder enhiesto.

¿Qué á ti el ardid, la argucia, la mentira,
auxiliares obscuros del espolio
que la sórdida mano al fraude estira?

¿Es tu biblia, pardiez, el portafolio
de algún ministro enredador, que funda
nuevos derechos en cualquier escolio?

Chile su frente de laurel circunda,
de alto valor y de honradez antigua
su historia en hechos clásicos abunda.

Si hoy asalta al vecino y se santigua,
tú su ambición lamenta inexorable,
que grande un tiempo se tornara exigua.

Pide que el pueblo por sus labios hable,
y le verás, armado á la asechanza,
tender los brazos y envainar el sable.

Demos al menos campos á la esperanza
de ver restablecido el lazo roto
de nuestra honrosa y memorable alianza.

Con tal fin, prescindiendo el terremoto,
te invito, Valderrama, *sin malicia*,
á que formemos junto este voto:

Fraternidad basada en la justicia,
columnas en su templo de cien codos,
noble largueza, abnegación patricia
cada cual en su tierra y Dios con todos.

¡ADELANTE!

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡arriba!
tomad el hacha y el martillo, y vamos;
si como ayer tenaces trabajamos,
el monte derribado caerá.
Alcemos con sus troncos nuestras casas,
asilo de la enérgica pobreza;
donde creció el jaral y la maleza,
la viña lujuriante medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna
busque adulando á su señor adusto,
el torpe corazón siempre con susto
de perder de su afán el fruto vil.
Mientras él siembra el odio y la zizaña,
nuestras robustas manos siembren trigo;
mientras ve en cada hombre un enemigo,
amémonos con pecho varonil.

El vínculo sagrado que nos une,
se apretará con la honradez probada;
¡Sús, al combate! á la conquista ansiada
del trabajo fecundo en la legión.
¡Victoria al más intrépido! bizarro,
sus pensamientos en la patria fijos,
ese llegue á tener hermosos hijos,
hombres libres, de limpio corazón.

La gran naturaleza nos invita
á su festín suntuoso; seamos parcos,
y al repasar por sus triunfales arcos,
la libertad nos guie con su luz:
bajo su influjo bienhechor, la dicha,
la paz y la abundancia nos esperan;
á los valientes que en la lucha mueran,
un recuerdo, una palma y una cruz!

No desmayéis, conscriptos del progreso:
rasgue el arado el seno de la tierra,
guerra á la incuria, á la ignorancia guerra,

amor á Dios, respeto por la ley.
Diques al mar pongamos, freno al vicio,
allanemos la ríspida montaña,
y sea nuestro orgullo y noble hazaña
en cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como un haz; la ruta
nos la haga más liviana al noble canto
del poeta; las artes con su encanto
á nuestro rudo afán den galardón;
busquemos la gran patria en que los hombres
se reconozcan prósperos y hermanos,
invitando á los pueblos soberanos
á seguir de los libres el pendón.

Y dulce será ver en nuestros lares
de la jornada al fin, todos reunidos,
á los seres amables y queridos
que ennobleció el trabajo y la virtud,—
recordando los triunfos del pasado
en las largas veladas del invierno,
ó elevando sus preces al eterno
que nos da la Esperanza la salud!

RAFAEL OBLIGADO

A UNA NIÑA

EN SU ÁLBUM

¿Versos...? ¡y tienes dieciséis años!
mira, los versos mejores, son
no tener penas ni desengaños,
vivir esclava de una ilusión.

Cantos alados, rimas inquietas
desde tu seno vienen á mí:
más que en la lira de los poetas,
hay armonías dentro de ti.

Deja que vuele tu fantasía;
pon en sus alas todo tu ser,

que allí se encuentra la poesía
donde va el alma de una mujer.

Nunca las bellas formas ligeras
que los poetas hacen vivir,
vierten la lumbre de esas quimeras
que hay en el fondo del porvenir.

SIN ELLA

Por entre el bosque, desplegada cinta
del arroyuelo la corriente va,
y el sol, tiñendo los ramajes, lanza
doradas flechas á su limpia faz.

Se ve en la sombra que desgarra á trechos
el haz brillante de la rubia luz,
volar la chispa de la vena de oro
al copo errante de la espuma azul.

Se ve en las aguas reflejarse un nido,
temblar la rama que le da sostén,
y sombra de alas bajo redes de hojas
al fondo obscuro del raudal caer.

Se ve sonriendo, por el abra estrecha
la faz de un cielo que ilumina el sol,
y allí dos nubes, como blancos sueños,
atar sus velos y volar los dos...

Pero ¿ella? ¿el alma? ¿y el amor?... ¡Dios mío,
jamás de tu obra blasfemar podré!
más, ¿cómo amar y bendecir las ondas
si no reflejan su nevada sien?

Duérmete y sueña. Mientras reposas,
verás cual vuelan en derredor,
como un enjambre de mariposas,
tus ilusiones de flor en flor.

Hay en la vida sólo una hora
de inexplicable santa embriaguez,
y es cuando el alma como una aurora
rompe las sombras de la niñez.

Se aclaran, brillan los horizontes;
sienten las selvas vaga inquietud;
florece el día sobre los montes;
¡ama y palpita la juventud!

¡Santos delirios! De esos engaños
huye vencida la inspiración:
cuando se tienen tan pocos años
no hay mejor lira que el corazón.

ENTRE ELLAS

(CUESTIÓN DE LÍMITES)

Entre Chile y la Argentina
hubo una guerra feroz;
desde el Plata á Valparaíso
tronaba rudo el cañón.
O'Higgins era un pigmeo
para este pueblo del Sol,
y para aquél de la Estrella
San Martín era un matón.
De Chacabuco y de Maipo,
del Perú y del Ecuador,
hablaban sus redentores
con celosa irritación.
Pequeños ambos, mentían
un odio que no sintió
ni San Martín por la Estrella
ni O'Higgins por nuestro Sol.
Pero, ¿quién es alto y noble
si el *Maüsser* está en acción?
La justicia no es hermana
de Marte el batallador.
Sea fábula ó no sea,
la tal guerra aconteció:
desde el Plata á Valparaíso
tronaba rudo el cañón.
Una chilena, á su hermana,
que era argentina, escribió:
—«Contra vosotros va mi hijo,
¡no me lo matéis, por Dios!
¡El es mi único tesoro!
¡de mi noche el esplendor!
¡de mi viudez el consuelo!
¡mi primer beso de amor!»
A través del muro andino,
la argentina respondió:
—«Contra vosotros va mi hijo,
¡no me lo matéis, por Dios!
¡Es de su padre el orgullo!
¡de nuestro hogar es la flor!
¡si no vuelve... si no vuelve
nos moriremos los dos!»
En Santiago, la chilena
postrada en muda oración,
y en Buenos Aires, su hermana
puesta el alma en el Señor,
rogaron tan hondamente
que Dios mismo las oyó,
y dijo: «¡Paz entre hermanos!
¡entre la Estrella y el Sol!»
A su mandato, en los Andes
el *Maüsser* enmudeció,
pero en Maipo y Chacabuco
siguió tronando el cañón...
¡Himno perenne de gloria!
¡santa, magnífica voz!
de San Martín y de O'Higgins
hondo y fraterno clamor!

ADOLESCENTE

¡Lejos se oculta á mis ojos,
lejos se oculta mi vida,
copo de espuma llevado
por las corrientes dormidas!

Su blanca imagen las horas
de mi pasado ilumina,
vagando lejos, vagando
por las barrancas floridas.

Allí el rumor de sus pasos
en las quebradas palpita,
y de su falda el susurro
vuela temblando en las brisas.

Allí, como antes, renacen
y la hondonada tapizan,
aquellas flores, aquellas
¡de sus desvelos de niña!

Aun sueño verla inclinada
en la gredosa colina,
donde, en las tardes de Octubre,
iba á juntar margaritas,

Las agrupaba en su seno.
luego á mi encuentro venía,
de su sombrero de paja
volando al aire las cintas.

—«Son para ti—múchas veces
burlándose repetía:—
¿ves? las muy rojas son tuyas;
estas más claras son mías.»

Iba á tomarlas, pero ella
las ocultaba y decía:
—«Sobre mi seno se duermen:
fuera de aquí se marchitan.»

Y, vacilando, en la puerta
de la paterna capilla:
—«Hoy no son nuestras las flores
son de la Virgen María.»

¡Lejos se oculta á mis ojos,
lejos se oculta mi vida,
copo de espuma llevado
por las corrientes dormidas!

Guardan los bosques cercanos
recuerdos de ella en ruinas:
los viejos nidos, los dueños
de sus primeras caricias.

Sí, pero faltan las aves
que, pequeñuelas, solían
entre sus manos de nieve
batir las pardas alitas.

Tal vez en árbol lejano
las baña el sol de la dicha,
y no se acuerdan de aquella
que las bañaba en sonrisas.

Mas, aunque ingratas olviden,
está su nombre en mi lira,
y en su inocente recuerdo
mi pensamiento se abisma.

EL SEIBO

Yo tengo mis recuerdos unidos á tus hojas,
yo te amo como se ama la sombra del hogar,
risueño compañero del aura de mi vida,
seibo esplendoroso del regio Paraná.

Las horas del estío pasadas á tu sombra,
pendiente de tus brazos mi hamaca guaramí,
eternas vibraciones dejaron en mi pecho,
tesoros de armonías que llevo al porvenir.

Y muchas veces, muchas, mi frente enardecida,
tostada por el rayo del sol meridional,
brumosa con la niebla de luz y pensamiento,
buscó bajo su copa frescura y soledad.

Allí bajo las ramas nerviosas y apartadas,
teniendo por doseles tus flores de carmín,
también su hogar aéreo suspenden los boyeros,
columpio predilecto del céfiro feliz.

Se arrojan en tus brazos pidiéndoles apoyo,
mil suertes de lianas de múltiple color;
y abriendo venturosos tus flores carmesíes,
guirnaldas de las islas, coronas su mansión.

Recuerdo aquellas ondas azules y risueñas,
que en torno repetían las glorias de tu sien,
y aquellas que el pampero, sonoras y tendidas,
lanzaba cual un manto de espumas á tus pies.

Evoco aquellas tardes doradas y tranquilas,
cargadas de perfumes, de cantos y de amor,
en que los vagos sueños que duermen en el alma
despiertan en las notas de blanda vibración.

Entonces los rumores que viven en tus hojas,
confunden con las olas su música fugaz,
y se oyen de las aves los vuelos y los roces,
vagando entre las cintas del verde totoral.

¡Momentos deliciosos de olvido, de esperanza!
¡destellos que iluminan la hermosa juventud!
¡Aquí es donde se sueña la virgen prometida
y es lumbre de sus ojos la ráfaga de luz!

Amigo de la infancia, te pido de rodillas
que el día en que á mi amada la sirvas de dosel,
me des una flor tuya, la flor mejor abierta,
para ceñir con ella la nieve de su sien.

¡Que nunca Dios me niegue tu sombra bienhechora,
seíbo de mis islas, señor del Paraná!
¡que pueda con mis versos dejar contigo el alma,

viviendo de tu vida, gozando de tu paz!

¡Ah! cuando nada reste de tu cantor y seas
su solo monumento, su pompa funeral,
yo sé que en la corteza de tu musgoso tronco
alguna mano amiga mi nombre ha de grabar!

SOMBRA

¿Y has podido dudar del alma mía?
¿De mí que nunca de tu amor dudé?
¡Dudar, cuando eres mi naciente día,
mi solo orgullo, mi soñado bien!
¡Dudar, sabiendo que en tu ser reposa
cuanta esperanza palpitó en mi ser,
y que mis sueños de color de rosa
el ala inclinan á besar tu sien!
Por eso lleno de profundo anhelo,
me oyó la tarde, divagando ayer,
decir al valle, preguntar al cielo:
—¿Por qué ha dudado de mi amor, por qué?
La luz rosada de la tarde bella,
huyó á mis pasos para no volver;
y la naciente, luminosa estrella,
veló sus rayos para huir también.
Y mudo, triste, solitario, errante,
el alma enferma, por primera vez,
hundí en la sombra, y se apagó un instante
la luz celeste de mi antigua fe.
Perdido en medio de la noche en calma,
brumoso el río que nos vió nacer,
de alzar el vuelo á la región del alma
sentí la viva, la profunda sed.
¡Fugaz deseo! Tu inmortal cariño
ardió en la noche, y en su llama cruel,
la mariposa de su amor de niño
quemó sus alas y cayó á tus pies.

ACUARELA

Es la mañana; nardos y rosas
mueve la brisa primaveral,
y en los jardines las mariposas
vuelven y pasan, vienen y van.

Una niñita madrugadora
va á juntar flores para mamá,
y es tan hermosa que hasta la aurora
vierte sobre ella más claridad.

Tras cada mata de clavellina,
de pensamientos y de arrayán,
gira su traje de muselina,
su sombrerito, su delantal.

Llena sus manos de lindas flores,
y cuando en ella no caben más,
con su tesoro de mil colores
vuelve á los brazos de su mamá.

Mientras se aleja, como dos rosas
sus dos mejillas se ven brillar,
y la persiguen las mariposas
que en los jardines vienen y van.

ENRIQUE E. RIVAROLA

EN LAS OLAS

Sobre el barranco que festona el río,
donde las olas en tumulto espiran,
asido el brazo, con el pecho trémulo,
mudos llegamos.
Ansia de vida y libertad salvaje
arder sentía el corazón ahogado;
ansia de amar, como amarán las libres
aves del bosque.
Caía el sol, enrojeciendo el cielo,
y envuelta en fuego, la ciudad tranquila,
sobre las aguas proyectaba tenue,
plácida sombra.
Pronto en la honda nos meció la barca,
doblando el junco en la ribera fértil;
y como un ave de la mar, las olas
cortó ligera.

¿Hacia qué playa? Hacia la playa extensa
do el horizonte los abismos toca;
á respirar del infinito al borde
cálidas brisas!
A amar en dulce y silencioso olvido,
lejos del mundo y su miseria eterna;
cerca del astro que elevó su erguida
frente en la noche!
Ella mis manos oprimió en las suyas;
el arco alzó de sus pestañas negras;
y fué, á su sombra, su mirada triste,
vasto crepúsculo!
¡Ah! yo sentía el despertar de un mundo
al rayo azul de su primer mañana;
rumor de selvas y cantar de pájaros,
brisas y flores!
Fija en su rostro la mirada ansiosa,
la contemplé, cual si temiese verla
súbita huir, como otras veces víla,
luz en mis sueños!
Dije á los astros: - «Recoged dos almas
del infinito en la dorada puerta,
y descubrid á su ansiedad el fúlgido
cielo sin límites!»
Dije á las olas: – «En la espuma móvil,
lejos llevad nuestro primer suspiro;
dad á la vida del amor el vasto
piélago inmenso!»
Dije á su amor. «De mi existencia rápida,
soplo de un día, pasajero sueño,
toma las horas, y en corriente dulce,
haz que se pierdan!»

SOLEDAD

De la verde alameda al fresco abrigo
llevar mi amor á disfrutar quisiera,
si pudiese tu amor venir conmigo.
Pasearíamos juntos la ribera;
tú arrancarías las esbeltas flores
que hace abrir la naciente primavera;

yo encontraría en tu pupila inquieta
la flor de los ensueños del poeta;
y apartados de un mundo de dolores,
solos los dos, bajo ese cielo en calma.
dejaríamos trémula en el alma
desbordarse la luz de los amores!
  Aquí, bajo la sombra, donde pasa
atravesando las tupidas ramas
el rayo tibio de la luz escasa,
tú me dirias, sí, cuánto me amas!...
Me dirías tus sueños, tus secretos,
que de vivir en ti viven inquietos;
y en un exceso de pasión vehemente,
darías con el soplo de un «te adoro»
lluvia de perlas á mis sueños de oro,
fresco rocío al corazón ardiente!
  Fieles testigos del amor sincero,
entre las hojas las alegres aves
traducirían en sus coros suaves
la frase balbuciente del «te quiero»...
Ellas verían nuestro amor gigante
temblando en el suspiro que se exhala,
y cruzar el espacio como un ala
revoloteando por el cielo errante;
y en tanto que vagásemos perdidos
con incansable afán nos seguirían,
y al par de nuestras almas alzarían
el canto del amor, sobre sus nidos!
  Arbol á cuya sombra llevo el paso;
flor que te inclinas si te besa el viento;
de las cascadas lánguido lamento;
sol de fuego que ruedas al ocaso;
primavera que naces este día;
y tú, callado cielo, muda calma,
veríais como un soplo de armonía,
cruzando el valle, atravesando el monte,
ir dos cuerpos soñando con un alma;
buscando en lo infinito su horizonte!...

DOMINGO D. MARTINTO

CANCION

¡Sola flor de mi huerto!
único faro que á mi triste vida
señaló el dulce puerto,
cuando era combatida,
por rudos vientos en el mar perdida.

Tú siempre has derramado
el incienso y la mirra en mi camino,
y á mi alma has amparado
del golpe del destino,
bajo las alas de tu amor divino.

Sin ti, de mi existencia
ni un efímero rastro quedaría,
y esa torpe demencia,
que *amor* llamaba un día,
vencido ya mi corazón habría.

Cual fecundo rocío,
descendió hasta mi mente tu consuelo,
y el dolor y el hastío
huyeron, como el velo,
de larga noche ante la luz del cielo.

Hoy, cual nadie, dichoso,
en el seno inmortal de mi ventura,
soñando me reposo,
y tu dulce hermosura
me da su sombra regalada y pura.

Las falaces visiones,
con que alimenta la insaciable gloria
sus locas ambiciones,
no turban mi memoria,
y huye al olvido, sin temor, mi historia.

Tu cariño es bastante
para llenar la copa de mis días,
¡oh, mi cándida amante!

y son las glorias mías
las que en el beso de tu amor me envías.

En el mundo no quiero
más que un pobre rincón, donde contigo
viva, al fin, placentero,
y algún árbol amigo,
que nos dé contra el sol su grato abrigo.

A su pie, sonriente
nuestra humilde morada se alzaría,
y una sonora fuente,
con plácida armonía,
el sueño de su paz arrullaría.

Allí, á los dos unidos
por un solo y constante pensamiento,
de los ocultos nidos
nos contaría el viento
el puro amor y el inmortal contento.

Nuestro feliz encanto
no turbaría la contraria suerte,
y olvidados del llanto,
veríamos con fuerte
pecho, llegar la triunfadora muerte.

Que ya la muerte obscura
no ocultaría tras su negro velo
nuestro sol de ventura,
porque al dejar al suelo,
mi amor iría á continuar al cielo.

¡Ven, pues, mi dulce amada!
¡ven a gozar de esta serena vida!
y en la inquieta enramada,
que á soñar nos convida,
del sueño hablemos que en mi mente anida.

Hablemos de ese sueño,
el último tal vez que alce á mis ojos
un porvenir risueño,
y entre risas y enojos,
mi labio acalla con tus labios rojos.

ADORACION

¡Soy tuyo, todo tuyo! Ni un momento
lo que por ti, por otras he sentido,
y á tu solo recuerdo, el extinguido
calor del alma, reanimado siento.
Tú infundes á mi espíritu su aliento
y cuando me hallo enfermo y abatido,
es tu cándido amor el dulce nido
donde va á descansar mi pensamiento.
Por ti vivo, por ti la ardiente idea
que en mi cerebro bulle y se elabora,
en mi frente y mis ojos centellea;
y hasta mi estrofa, rítmica y sonora,
cual raudal que entre flores serpentea,
besa tus plantas y tu sombra implora!

ALFREDO ZUVIRIA

YANKEE

Es de oro crespo su cabecita,
rosa fragante su boca es,
fresco merengue por lo exquisita
cuando sonriendo contesta: *yes*.

Lanza reflejos de malaquita:
toda ella, aroma, gracia, esbeltez
y hasta se me hace que es más bonita
girando rápida cual buscapiés.

Víla en Palermo tierna y sencilla
hundir la punta de su sombrilla
en la melena de horrible león.

Y la miraba la hisurta fiera
de un modo raro, cual si quisiera
darle en ofrenda su corazón.

A GUEMES

(EN LA EXHUMACIÓN DE SUS RESTOS)

Salta, Güemes, Libertad y patria,
constelación de nombres que iluminas
la senda de las armas argentinas,
de triunfo coronándolas.—¡Salud!
Gloria á Salta, provincia que fecunda
madre de genios, concibió al guerrero,
que electriza á los pueblos, y el primero
les dió ejemplo de honor y de virtud.

Ese hijo ilustre, alzándose potente,
como huracán que arrastra á las arenas
levanta polvo de hombres, y cadenas
de esclavitud trozando va do quier.
sobre un río, á su borde, en la montaña,
sobre el llano, entre bosques, noche y día,
busca el combate y en la lid porfía
con brazo infatigable hasta vencer.

Es nuestra patria el numen que lo inspira,
es nuestro Salta el templo de su gloria;
blanca y azul su enseña de victoria,
su verbo—¡*independencia* y *libertad*!
Ese verbo hace carne en las entrañas
del mundo de Colón y nace de ellas
coronada de fúlgidas estrellas
en medio de hombres libres la ¡*igualdad*!

Redimida la patria hoy pide al polvo
el polvo de sus huesos redentores,
regándolos con lágrimas y flores
de gloria y gratitud, tributo fiel.
Al derramarse con ellos esta ofrenda,
como el incienso en la ceniza ardiente
de fuegos patrios exhalar se siente
una vívida llama—y esa es ¡*Él*!

Es él que se levanta de la tumba,
y apartando de sí mortales sueños,
parece que dijera á los salteños:

«Con mi vida os he dado libertad,
de abnegación ejemplo, amor de patria,
constancia en la labor y el sufrimiento
pido me alcéis de paz un monumento
jurando sobre mí fraternidad!

Recordad que la vida es humo leve,
sombra que pasa y ola transitoria,
en que sólo escribir podéis la historia,
de estos dos nombres:—nuestra patria y Dios!
La eternidad entreabre su Elíseo
á la creencia y patriótico heroismo;
una puerta á la fe y otra al civismo;
seguid mi huella y abriréis las dos.

Huid cual yo las pompas de la tierra;
el sensualismo del poder sin freno,
de egoista ambición sutil veneno,
del oro y la codicia el vil placer;
venís á honrar la herencia de la patria,
y no la mía en este polvo yerto;
por ella viví pobre, pobre he muerto;
cumpliendo austeramente mi deber.

Compadecido vi de mis gauchos,
desnudo el brazo, pero siempre fuerte;
sus lanzas vi abatidas á la muerte,
no á la miseria, al hambre ni al dolor,
vistiéndose de harapos, á su patria
de libertad tejían auro manto;
pronunciaban su nombre sacrosanto,
y era, al morir el premio á su valor.

¡Guerra inmortal!—titánicos salteños,
defendiendo la entrada á un continente,
la choza del gaucho hizo al torrente
de aguerridos ejércitos cejar.
Obra fué vuestra, de puñados de héroes,
sin orden, ni fusil, ni disciplina;
á esa tierra, juraron, argentina,
con sólo amor y sangre libertar.

Sangre y amor de patria, no oro y fierro.
Un mundo salvarían de tiranos...
¿De quién pudieran ora mis hermanos

á sólo Salta unidos defender?...
La misteriosa voz parece,
disipándose su eco en el vacío...
la llama se aniquila, y sudor frío,
como llanto en sus huesos pude ver.

ALBERTO NAVARRO VIOLA

Yo pienso en tí: mi corazón palpita
al vívido calor de la esperanza.
¿Serás la estrella de mi vida errante?...
¿Serás el sólo hogar de mi jornada?...
Lleno de fe mi pensamiento triste
sonríe con aliento de confianza;
mi voluntad no cede: te idolatro
con toda la pureza de mi alma.
¿Concibes un amor que no se extingue,
rayo sublime que de Dios emana?
¿Una pasión intensa y taciturna,
como explicar no puede la palabra?
Aunque la ola contra mí se estrelle
y el huracán mis ilusiones bata,
esa pasión me arrojará la vida
y al ideal levantará mi alma.
Cuando la hora de la lucha suene
en el reloj de la conciencia humana,
¡ah! sólo tú contemplarás mi espíritu:
¡tú sola irás conmigo á la batalla!
¿Por qué mi indecisión no desvaneces?
¡Podría hacerme fuerte tu mirada!...
Si tú no me quisieses, ¿qué valdrían
glorias, aspiraciones, ruídos de alas?
Si tú no me quisieses... como un sueño
huiría la ambición que me arrebata,
y no consolarían mi amargura
del porvenir las ilusiones pálidas...
Si la visión de la verdad no miente,
si el grito fiel de la verdad no engaña,
serás la estrella de mi vida errante,
serás el sólo hogar de mi jornada.
Mas tú no ves que el corazón se agosta

lo mismo que una flor... la senda es árida,
y en los falsos mirajes de la vida
los labios tienen sed de una esperanza.

MARTIN CORONADO

LOS POETAS

A Carlos Guido y Spano

I

Pasaron ya los tiempos
de la fuerza brutal divinizada;
crepúsculo del alma y de la historia
en que todas las sendas del progreso
se abrían con empuje de victoria
sobre el rastro sangriento de la espada.

Hoy es del pensamiento
el imperio del orbe. En las serenas
regiones de la luz, cima de escombros
es el conquistador, héroe ó verdugo:
el gran Napoleón hoy puede apenas
servir de pedestal á un Víctor Hugo.

II

Ya no ciñen el casco de la guerra,
ni la tiara del César, como otrora,
los dioses de la tierra.
Los héroes de la estirpe soberana,
los astros del eterno centelleo,
nacen hoy de la raza soñadora
que dió á Franklin las nubes por peana,
y el cielo por dosel á Galileo.
Ellos van, en la marcha redentora,
al frente de la inmensa caravana;
ellos tienen el cetro de la aurora
para guiar á la conciencia humana.

III

Llamadles sabios ó poetas: nunca
sombras ni tempestades

podrán borrar la estela luminosa
de su paso al través de las edades.

Ni morirán jamás, mientras se vea
una estrella en los cielos encendida,
y el alma sienta y crea,
y flote la ilusión sobre la vida;
mientras el fuego del amor fecundo
guarde en un corazón, en uno solo,
la juventud y el porvenir del mundo.

IV

De pie sobre las tumbas del pasado,
vencedor de la muerte y del olvido,
el trovador errante
canta aún en las almas la grandeza
del eterno ideal desconocido;
y en la lejana soledad vibrante,
con su laúd de mágico sonido
despierta las leyendas misteriosas
que el mundo antiguo le contó al oído.

Asilado en añejos torreones
surge aún de las ruinas del castillo
el sollozo inmortal de sus canciones;
y en la noche á los rayos de la luna,
en medio de armaduras y trofeos,
le vemos todavía
vagar con sus brillantes devaneos
sin nombre, sin hogar, y sin fortuna,
sonámbulo de amores y torneos.

V

En el ara del Cristo condenada
á eterna proscripción y eterno duelo,
la raza de Judá cruza la vida,
maldita y perseguida,
sin patria ni en la tierra ni en el cielo.
Pero en vano los siglos á los siglos
transmitirán el bárbaro anatema,
para extinguir su nombre en la memoria
y arrancar de su frente la diadema
que en la cuna del mundo
tejió el Señor con rayos de su gloria.

Los salmos del Profeta,
serán siempre la voz de la esperanza,
alzada sobre todos los dolores;
y en el beso de todos los amores,
y al compás del balance de las cunas
en el fondo de todos los hogares,
resonará esa música del cielo
que se llama «El cantar de los cantares.»

VI

Mucho pueden los nobles soñadores
de anhelos inmortales;
los del altivo espíritu encendido
por la fe de los grandes ideales.
Es el clamor de *Plácido* (1) y Zenea
lo que nos ata al corazón cubano,
y del Plata hasta el golfo mexicano,
la maldición de Mármol centellea
en el cerebro insomne del tirano.

VII

Mucho pueden los nobles soñadores:
ora llenen de insólitos ruidos
la quietud de la pampa solitaria,
para abrir al amor y á la plegaria
de los lejanos pueblos oprimidos;
ora canten con Nenia la grandeza
y el glorioso dolor de los vencidos;
ora vuelquen en versos centelleantes
los himnos de victoria,
que empujan á los pueblos delirantes
al martirio, á la muerte y á la gloria;
ora suban con alas de entusiasmo
sobre abismos, torrentes y neblinas,
á sonar el clarín de Chacabuco,
en las cumbres andinas.

VIII

Amemos á los poetas que levantan
el alma con su lira;
son ellos los que animan y agigantan

(1) La casa Maceoi hermanos é hijos, ha editado la colección completa de las poesías del insigne cubano.

las viejas tradiciones;
los que sueñan y cantan
el destino inmortal de las naciones.
Y cuando llega el día
del dolor y la sombra - eternamente
lo dice Mármol en la patria mía;—
para agitar en plena servidumbre
con soplos de huracán el alma inquieta
de la torva y postrada muchedumbre
la diosa Libertad tiene su cumbre:
¡La frente del poeta!

LAS GOLONDRINAS

¡Son ellas! son las viajeras
que despiertan con su vuelo
la luz, el aire y el cielo
de todas las primaveras;
¡son ellas! las mensajeras.
del amor desconocido,
que van buscando el oído
de la virgen soñadora,
para cantarle á la aurora,
las dulces noches del nido.

DECIMAS

Sobre uun tumba olvidada
hay un árbol florecido,
y sobre el árbol, un nido,
y en el nido una pollada
inquieta y mal emplumada,
que, sin respeto á los muertos,
modula allí sus conciertos,
y sólo el coro suspende
cuando oye un rumor, y tiende
los anchos picos abiertos.

Nadie sabe quién reposa
bajo aquel montón de tierra:
el olvido, cuando entierra,
cava muy honda la fosa.
Pero una madre dichosa
sostiene con mucho empeño,
que es una novia sin dueño
que se ha quedado dormida
soñando, y en la otra vida
realiza su último sueño.

SIEMPREVIVA

Cuando partí su corazón ya mío
lanzó su vida de mi planta en pos;
aquel nido de amor quedó sombrío
como tumba sin lágrimas... ¡vacío
como el alma sin Dios!

¿Por qué mi paso errante en su camino
no se desvió del rancho de su hogar,
cuando triste y doliente y peregrino,
el martirio de amor de mi destino
arrastraba al azar?

¡Fuí tan cruel! Mis ojos con empeño
la envolvían en rayos de pasión,
para arrancar á la quietud del sueño
su ternura de tórtola sin dueño
dormida en su prisión.

Tenía la inocencia, esa fortuna
reservada á los pobres del saber;
y á quince años, hermana de la luna,
guardaba aún el sello de la cuna
su alma de mujer.

Me amó por fin: con lánguida mirada
buscó la mía su pupila azul;
como el sol que corona una alborada,
el amor en su frente inmaculada
tendió su rojo tul.

Por las tardes vagábamos unidos,
rozando mi tostado á su alazán.
ella, trémula siempre ante los nidos,
con tumultuoso oleaje de latidos
revelaba su afán.

Muchas veces á mí se adelantaba
lanzando á la carrera su corcel,
y una rama á los molles arrancaba:
—¿La quieres para ti? me preguntaba—
¡Se parece al laurel!

O si no, con las flores de los tolas,
miniaturas de nácar del jazmín,
que en racimos abrían sus corolas,
tachonaba sus trenzas, dueñas solas
del agreste jardín.

Y radiante de júbilo venía
su victoria en mis ojos á buscar:
—¿No es verdad que estoy bella me decía,—
que soy tu sueño, que tu lira es mía,
que me vas á cantar?

Otras veces las cuestas empinadas

ascendía, siguiendo el caracol
de la senda tortuosa en las quebradas,
cubierta con las alas desplegadas
de su gorra de sol.

El vaivén de su cuerpo en la montura
revelaba abandono y languidez:
se doblaba su mórbida cintura
como rama de sauce que asegura
dos nidos á la vez.

Yo entonces la seguía; y orgullosa
de guiarme en la marcha: —¡Por aquí!—
repetía mil veces afanosa—
y murmuraba á intervalos quejosa:
—¡no tan lejos de mí!

Pensativa otras veces, como inquieta
del abismo sin luz del porvenir,
parecía á mis sueños de poeta
estrella de crepúsculo, sujeta
á temblar... y á morir!

Entonces de las manos me tomaba,
me atraía hacia ella, y sin querer
su secreto en mi oído abandonaba:
—Esa pampa tan verde —murmuraba—
¡qué hermosa debe ser!

¡Y qué bella! ¡Y qué tierna! No colora
al cielo el sol como el amor su faz;
su sonrisa era el beso de una aurora;
su palabra, caricia tembladora,
arrullo de torcaz.

Todo pasó. La arena del camino
marcó otra vez la huella de mi pie,
y triste y solitario y peregrino.
con la sombra inmortal de mi destino
del valle me alejé.

¡Fuí cruel, muy cruel! Alma perdida
en la noche sin astros del dolor;
al amor sollozante de mi vida
la inmolé sobre el ara conmovida
por mi eterno clamor.

¡Ah! pero en vano amuralló la ausencia
de mi memoria el enlutado altar:
¡mártir de mi delirio y tu inocencia:

Dios te ató en aquel día á mi conciencia!
¡no te puedo olvidar!
Tu adiós, tu último adiós, vibra en mi oído
como el eco tenaz de mi expiación;
rayo de luna á mi pupila asido,
tu blanca imagen arrullando el nido,
es mi eterna visión.

EL CANTAR DE LOS CANTARES

Lleva la nave, viajadora inquieta,
un edén escondido;
son dos novios de ayer que han hecho el nido
donde lo haría el sueño de un poeta!
Ellos quisieron, para amarse á solas.
la errante soledad del camarote:
y el nido, puesto á flote,
con alas de vapor hiende las olas:
Allí está la pareja, cuyo anhelo
unió la tierra al cielo
con invisibles lazos,
cuando en nombre del Dios que abre las flores,
el dulce amor la aprisionó en sus brazos.
Ella, la hermosa frente
al peso del rubor tiene doblada,
y ha entornado los ojos, porque siente
el miedo de la luz en la mirada.
Él se ha puesto de hinojos
para tomar y acariciar su mano;
para sentir, espiándole los ojos,
que es suya, toda suya,
la virgen de los ruegos soberanos.
Allí están, en profundo
éxtasis de pasión, sabiendo apenas
que pueda haber más gloria en este mundo
que el beso forjador de sus cadenas.
Y en tanto que ella esconde,
huyendo del rubor, sin saber dónde,
sobre su pecho el rostro enrojecido,
él traduce los besos en palabras
y el poema inmortal canta en su oído:
—«Acuérdate, mi amada,

del día aquel que nos unió el destino,
cuando puso el Señor en mi camino
la promesa del cielo en tu mirada.
»Aquel hermoso día,
era un arrullo la Creación entera,
y el través de tu alma y de la mía,
como un enjambre de alas rumorosas,
pasó la primavera.
»Yo no sé cómo fué que nos sentimos
con sed de luz, de cantos y de aromas;
nos amamos mirándonos,
como brotan las flores en racimos
y nacen en casales las palomas.
»Desde entonces, la vida,
sonrojada en los dos tuvo colores,
y ofreció á la ilusión, embellecida,
regazo azul para soñar amores.
»¡Quién tuviera la voz de la inocencia
para encantar las almas, evocando
de nuestro idilio la inefable historia!
¡Tanta dulce memoria
que á nuestro corazón se está asomando!
»El tiempo aquél ¡acuérdate, alma mía!...
cuando en las tardes tu beldad galana
en vaporoso traje se envolvía
y á mí me parecía
que era marco del cielo tu ventana.
»Cuando en el templo, lleno
de luz crepuscular, al lado tuyo
iba á sentirme generoso y bueno,
y á orar por mis quimeras, con el alma
mecidas por las ondas de tu seno!
»Acuérdate, mi encanto,
de aquella noche de las dulces horas
por cuya sombra suspiramos tanto!
»Cuando, por vez primera,
atravesó el dintel de tu morada
mi tímida ternura,
que envidiaba á tus rosas la ventura
de acariciar tu negra cabellera!
»Ni en la voz de pasión con que embelesas
mi existencia cautiva,
hay más gritos de amor que en el relámpago

con que me dijo ruegos y promesas
tu mirada furtiva.
»¡Cuánto ideal risueño
con sus visiones de brillantes galas,
aquella noche acarició mi sueño,
cuando tu imagen me cerró los ojos
y el alma insomne desplegó las alas!
»Como soñar contigo era mi vida,
soñó que eras de Dios hija mimada,
un Dios tan justo y bueno
que tan sólo á mis besos consagrada
te guardaba en los cielos escondida!
»En la hora nupcial del paraíso
la estrella del amor brilló en tu frente;
y, porque Dios lo quiso,
un ángel puro abandonó en mis brazos
tu belleza inocente.
»Y eras, mi bien, tan bella,
que no había en mi espíritu adormido
otro rayo de sol que el de tu huella;
y el cielo, y Dios, y el ángel, y la estrella,
tenían el color de tu vestido!
»Acuérdate, mi gloria,
de tanta imagen dulce y sonriente
que despertar se siente,
como una aurora eterna, en la memoria.
»Aquel cambio de flores, á hurtadillas,
sin que nadie nos viera;
y aquel hallarse siempre y donde quiera
unidas *por milagro* nuestras sillas.
«Y aquel pensar los dos la misma cosa
que parece mentira,
como si fuera el alma luminosa
cuando el amor la mira.
»¡Y aquellos celos míos, que llenaban
mi alma de relámpagos, y luego,
vencidos por la pena de tu ruego,
en tus hermosos ojos se apagaban!
»Nunca estará lejana
de nuestro corazón, en hora alguna,
esa bandada inquieta de recuerdos
que en derredor de la inocente cuna
sus alas blancas batirá mañana.

»Ahora que estoy de hinojos,
alza tus negros ojos
para ver el abismo de los cielos;
alza, para mirar si son más rojos
tus labios ó mis celos.
»Todo en torno respira
el amor y la luz; voces extrañas
arrullan en el aire que suspira;
y el río, como el cielo que nos mira,
tiene besos de sol en las entrañas.
»¡Bésame tú también en nuestro nido;
quiero, de encanto lleno,
contar sobre tu labio estremecido
desde el primero al último latido
de ese mi corazón que está en tu seno!
»Alza, mi bien, la frente coronada
de lánguidos rubores,
más bellos todavía que las flores
con que teje la virgen desposada
su diadema de amores.
»Flota en el aire tibio
el perfume de todas las corolas;
la luz en el espacio centellea;
y en el blanco regazo de las olas
nuestro lecho nupcial se balancea.
»Escóndete en mis brazos, alma mía,
y bésame en secreto,
que hay un rayo de sol que nos espía,
para contarlo al oleaje inquieto.
»Bésame eternamente,
arrullando las horas de mi vida
con tu dulce caricia enamorada,
y te amaré rendida
más que te amaba un tiempo suspirada.
»Sueños y desvaríos
de la dicha serena
en ese beso eterno, mi morena,
pasarán de tus labios á los míos.
»Y hoy, y mañana, y siempre, al lado tuyo,
con miedo de la noche abrumadora,
veré el día que parte,
y entre tus brazos soñaré la aurora
con ansia de la luz para mirarte.»

Así canta el amor, en el oído
de la novia agitada y suspirante,
el poema del nido,
mientras la nave, errante
en alas del vapor, tiende su estela
sobre el camino del edén perdido.

CALIXTO OYUELA

MELODIA

(A DOMINGO D. MARTINTO)

Si en tarde obscura hasta mi oído llega
errante melodía
que al amargo deleite el alma entrega
de honda melancolía.

¡Cuántas tristes memorias, cuántas voces
en ella se levantan,
dichas nacidas á morir veloces,
que en su elegía cantan!

Todo ruido exterior muere y se apaga,
y el afecto adormido
que en las penumbras de la mente vaga,
se despierta encendido.

El padre anciano que en la inmensa sombra
de la tumba se esconde,
á quien en llanto sin cesar se nombra.
y ya no nos responde.

El hijo, dicha de amor huída,
capullo delicado
nacido apenas á aromar la vida,
y al cielo trasladado.

El amigo que fué, y con el tesoro
de su ingenio elocuente
de dulce intimidad el lazo de oro
ceñía diligente.

Y allá á lo lejos, en brumosas cumbres,
virgen cándida y pura,
que irradiando de vida intensas lumbres
cae en la sepultura.

Todo lo evoca entristecida el alma,
en pálidas visiones,
que en ella imprimen, al pasar en calma,
profundas vibraciones.

Y aun percibir se cree el rumor lejano
de una edad ya extinguida,
que derramó por el sendero humano
el dolor de la vida.

Y á través de los tiempos resplandecen
fe excelsa, heroica guerra,
dulces amores que al brotar florecen
y embalsaman la tierra.

Y antiguas fiestas, danzas y rüido
dan, en ecos callados,
el triste y melancólico gemido
de contentos pasados.

¡Oh del sonido arrulladora maga,
música, voz del cielo,
que á región ideal, inmensa y vaga
lanzas el alma en vuelo!

Un ensueño divino allá la encanta,
que de ti se desprende
como del mar la niebla se levanta,
é interna luz la enciende.

Y alta armonía espléndida sonando,
ve, del mundo en que gime
sobre el impuro légamo, flotando
la eternidad sublime.

EL AMOR DEL BARQUERO

(DE AMICIS)

He vuelto á ver mi rubia placentera
allá sobre el canal, en su barquilla;

mi barca, entonces, amarré á la orilla,
y ella haciendo labor, pasó ligera.

Me ama, sí, lo sé: me ama y espera,
y si la suerte amiga me secunda,
mía será la rubia verecunda,
mi rubiecilla amada y hechicera.

Para ella compraré un casco argentado,
y barca carmesí con dos fanales;
besándonos, iremos al mercado.

Y hallaránnos la edad del desengaño,
que á todos llega, haciendo en los canales
una milla por hora, un *nene* al año.

IRIS

Guardo en el fondo de mi alma un vaso
desbordante de aromas y armonías,
que al reflejar tu límpida mirada
un haz derrama de esplendentes luces.
¡Profundo y dulce arcano
que no del hombre la mentida ciencia
comprenderá jamás! Hasta él no alcanzan
ni el poder impalpable de la idea,
ni la indomable voluntad, ni el ruido
de la afanada multitud, que el mundo
vuelve y revuelve sin hallar reposo.
Mas ¡oh! ¡cuál se abre transparente y puro
cuando la voz del sentimiento, envuelta
en célicas caricias,
dulce penetra en el amante pecho!
Entonces se respiran
auras de un mundo superior, cerrado
al que en la magia del amor no cree.
Y ruedan por la mente
raudales de suavísima armonía,
que fecundando su virtud creadora,
de mil visiones sus dominios pueblan,
y luego en forma espléndida encarnadas,
cobran vida perenne
hallando en triunfo los pasmados siglos.

¡Oh, amor, oh, amor, encanto
eterno y solo del mortal! ¡Tú sabes
con qué inefable gozo,
con qué emoción conmovedora y honda,
mi alma, entonces virgen,
recibió un día tu primer caricia!
¡Tú sabes cuántas horas
de insomnio y de inquietud y de delirio
sobre mi ardiente corazón cayeron!
Mas no á agostar su juventud naciente,
como tal vez del sol la lumbre viva
sobre la nueva flor, de aromas llena;
sino á infundirle aliento poderoso,
y fuego, y entusiasmo,
y el amor de la gloria, y la constancia
contra los dardos que el adverso numen
lanza empapados en dolor, al alma
del que Dios hizo al sentimiento dócil.
Tú me enseñaste fulgurante y viva
la dulce virgen de mis sueños de oro,
la de rica y flotante cabellera,
cuyo mirar purísimo y sereno
del alma aduerme las inquietas ondas.
¡Cómo, al verla, mi vida,
hasta entonces sin norma é infecunda,
se llenó de misterios! Savia nueva
mi ser transfiguró; miré del seno
de nuestra inmensa y generosa madre,
brotar deslumbradores
torrentes mil de fuego y hermosura,
en tanto que mi espíritu, templado
para el arduo luchar de la existencia,
surgía á respirar las frescas auras
de risueña y florida primavera.
¡Angel de amor! Si iluminó mi mente
una chispa, no más, del regio incendio
que arde en los grandes; si escuché extasiado
ese rumor universal que hiende
de mundo en mundo las etéreas ondas;
si el mudo carro de las raudas Horas
vertió sobre mi frente
nutrida lluvia de fragantes rosas,
y sus perfumes aspiré, y la vida

vi levantarse espléndida y radiante,
ostentando engarzado en su corona
el fúlgido joyel de la esperanza;
á ti, amada lo debo, á ti tan sólo,
huerto oloroso del amor; rocío
dulcísimo y fecundo,
que hace lozano erguirse, y rico en frutos
cuanto débil retoño en mí se cría.
¡Cuando la luz que del obscuro seno
de las tormentas brota,
fatídica en mi frente centellea,
y rueda inmenso el trueno airado y ronco,
una sola, mi amor, de tus sonrisas
en la áurea luz de tu mirada envuelta,
basta á calmar los ímpetus soberbios
de indomable Titán, que agigantarse
siento dentro de mí, y honda y funesta
ansia de horror y destrucción me inspiran!
¡Si! que tan sólo una palabra tenue
de tus labios amantes derramada,
es bálsamo celeste,
es luz de luna, plácida y serena,
que amor le infunde por lo grande y bueno,
y le torna la paz y la alegría
á este tu corazón, de amor sediento.
Ver desprenderse de tus negros ojos
la luz de la pasión; oir el timbre
de tu voz argentina y melodiosa;
la idea sorprender que rauda cruza
por tu frente serena,
y aun ver rodar por tu mejilla el llanto
brotado al roce de fugaz querella
que injusto provoqué: he ahí el tesoro
de mis ocultos goces; la suave
música siempre varia,
que suena en mi cual eco
de una armonía que vibró en el cielo.
¡Cuánto secreto angelical no cela
un alma, cual la tuya, amante y virgen!
¡Cuán frescas aguas al ardiente labio!
¿Y ha de desviar de mí su cauce amado
dejando mustias las hermosas flores
con que mi senda engalanó? ¿Un día

no llegará, en que al verte esquiva y dura
por mi lado pasar, sepultar deba
dentro del pecho la palabra ardiente?...
¡Perdona, dulce amada, si insensato
con tales dudas tu constancia ofendo!
¡Hijas son de mi amor, de ese deleite
excelsoine inenarrable,
de que en oleadas inundarme siento
cuando en mi alma el iris
de tu cariño, su fulgor desplega!
¡Ah! ¡no me olvides, y seré dichoso!
¡No me olvides, mi bien! Sé tú la sombra
donde los ígneos rayos
pueda templar del mundanal bochornos.
Sé tú la blanca inmaculada venda
que restañe la sangre
de quien hollando aún verdes senderos
hondos males presiente, y corta vida...
Y cuando vuelto en polvo el frágil vaso
que mi anhelante espíritu
aprisiona hasta hoy, triunfante y libre
vuele á esperarte al inmortal seguro,
sierre tu mano con amor mis ojos
que en contemplarte su placer cifraban,
y haz que en torno á mi tumba solitaria
la triste flor de los recuerdos brote.

GERVASIO MÉNDEZ

COMO LOS ASESINOS

¡Pasó!... la sombra densa
de su rizado pelo
caía en leves ondas
sobre su blanco seno;
níveo jazmín, al alba
de la ilusión abierto.
Pasó, con sus pupilas
iluminando el cielo,
y embalsamando el aire
con su aromado aliento;
y al verme, ¡ni un suspiro
estremeció su pecho!
Pasó junto á la noche
que en la existencia llevo
como sudario fúnebre
que mi esperanza ha envuelto,
y ¡ni una sola lágrima
brilló en sus ojos negros!

Así pasó ayer Lirdia,
en mi dolor hundiendo
su fría indiferencia,
como un puñal de hielo,
y ¡ni una triste sombra
nubló su rostro bello!

Con la cabeza ergida
por desdeñoso imperio,
pasó, muda, insensible,
sin conmoción ni duelo,
como los asesinos
pasan junto al que han muerto!

¡LOCO DE AMOR!

Que estoy loco, me dices. No lo niego;
te lo confieso, hermosa, sin rubor;
de tus miradas me consumo al fuego,
¡loco de amor!
Y en medio de mi angustia y mi delirio
creo mirar tu rostro seductor,
que es el origen de mi cruel martirio,
¡loco de amor!
Y sonríen tus labios con dulzura,
y se cubre tu frente de rubor,
y me arrojo á tus plantas con ternura,
¡loco de amor!
Uno á uno los surcos de mi frente
grabados por la mano del dolor,
he contado, y me he dicho tristemente:
¡loco de amor!
Cuando se extinga de mi vida el fuego
y mi alma vuele á otra mansión mejor,
al que tus ojos han dejado ciego,
¡loco de amor!
Recuerda siempre con pesar, con llanto,
pon en su tumba una marchita flor,
allá en la tarde, con anhelo santo,
¡loco de amor!

~~~

JUAN ANTONIO ARGERICH

¡HUYAMOS AL BOSQUE!

Septiembre nos llama... ¿No ves la paloma
que agita sus alas abiertas al sol,
~~~

y hiende los aires buscando á su amante,
y lanza sus himnos celestes de amor?
Dejemos los vanos rumores del mundo,
dejemos al hombre luchar por vivir,
huyamos al bosque, tomemos las flores,
mi mano en tu mano... tus ojos en mí!
Bebamos las brisas, oigamos los cantos
que alegre, en las ramas, modula el zorzal,
perdidos y errantes miremos los cielos,
y en lazos de amores las horas girar.
¿No ves cómo forman sus redes de espuma
las aguas radiantes del terso raudal,
y el cisne de nácar navega sereno
dejando en las hondas su estela al pasar?
¿No ves cómo mueven las brisas las hojas,
y bajan del cielo torrentes de luz,
y el himno del mundo, sonando en los aires,
al alma extasiada colora de azul?
¡Huyamos al bosque!... Sus dulces misterios
mil trovas de amores sabránme inspirar.
Tenemos las flores: tú harás mi corona,
y el triste poeta tu amor cantará.
Bebiendo en tus ojos fulgores etéreos
las cimas más altas audaz tocaré,
y altivo y triunfante ¡mujer de mis sueños!
del lauro anhelado tu frente ornaré.
Mas ¡ay! que son vanos mi amor, mis anhelos;
vano es á la hermosa, constante llamar;
en vano á los vientos daré mis gemidos:
¡al bosque conmigo la hermosa no irá!..

AMERICA

Á MI QUERIDO AMIGO, EL POETA CARLOS GUIDO SPANO

«América es la virgen que sobre el mundo canta
profetizando al mundo su hermosa libertad.»
JOSÉ MÁRMOL

I

En éxtasis de amor, santo y profundo,
al creador en sus obras adoraban
los pueblos todos del antiguo mundo.

Astros, mares y bosques admiraban
deslumbrada su altiva inteligencia
al resplandor de la divina ciencia.

Desde su trono altísimo, esplendente,
tendióles Dios la paternal mirada
y murmuró con labio sonriente:
«La espléndida creación que hasta hoy velada
á sus ojos guardé, surja radiante
de entre las ondas de la mar sonante.»

Del Dios Eterno la palabra vino
rodando sobre un rayo refulgente
del fanal de los cielos, peregrino;
de escogido mortal brilló en la mente,
y de Colón el genio soberano
el velo rasga del sublime arcano.

¡De rodillas, mortales, de rodillas!
¡la espléndida visión alzó su frente,
coronada de ignotas maravillas,
surgiendo de los mares de Occidente!
¡Bajad, bajad los deslumbrados ojos,
saludando á la AMÉRICA de hinojos!

Del alto Chimborazo en la nevada,
luciente cima, su cabeza posa
de crespas, lindas plumas adornada,
con que juega la brisa caprichosa,
como juega también con los encajes
de los albos y cándidos celajes.

Un himno le alzan, con amante arrobo,
agitando sus olas estruendosas,
los mares más espléndidos del globo;
y en sus bosques y vegas deliciosas,
las margaritas nacen y jazmines
que el aliento le dan de los jardines.

Un cielo azul, magnífico, esplendente,
es el rico dosel que ilimitado
extendió el mismo Dios sobre su frente,
sostenido del Andes elevado
por las altas columnas, atrevidas.
sobre base granítica erigidas.

De sus montes gallardos se desata

en torrente de perlas y de plumas,
la lujosa, sonante catarata,
que al sol brinda sus cándidas espumas,
para que el astro rey de los espacios,
las esmalte de rosas y topacios.

Como líquidos rizos, de su frente
y por sus hombros caen hasta su falda,
anchos ríos que corren mansamente
por sábanas inmensas de esmeralda,
llevando en su raudal claro y sonoro
piedras preciosas entre arenas de oro.

En sus ricas entrañas guarda, ardiente,
la llama de recónditos volcanes
que estallan á su acento propotente,
y encadena á sus pies los huracanes
á cuyo rudo, irresistible empuje,
el mar domado con espanto ruje.

El hijo de la América, aunque inculto,
su dulce independencia saborea:
el sol es el objeto de su culto,
que en la fúlgida lámpara febea,
adora el Inca con amor profundo,
al Rey del Cielo y al Señor del Mundo.

Si mil tribus indígenas vagando
van por llanos y selvas, sin asiento,
poderosos Imperios vánse alzando,
del alma libertad sobre el cimiento,
mostrando altivos su grandeza suma
en Capac, Atahualpa y Motezuma.

II

Sorprendida, deslumbrada,
por tan alta maravilla,
dobló Europa la rodilla
ante la excelsa visión;
y levantando los ojos,
con profundo amor, ferviente,
al Señor Omnipotente
de los cielos, alabó.

¡Alaba, Europa, de hinojos,
la evocación soberana!
la virgen Americana
que se alza, núbil del mar.
Trae en su cabeza augusta,
que ciñe nívea diadema,
la solución del problema
que agita á la humanidad.

La admiración de la España
abrió paso á la codicia,
y la sórdida avaricia
que en su pecho despertó,
armó los brazos ferrados
que del Inca los Imperios,
tornaron en cementerios
y en vastos cuadros de horror.

El agua apenas soporta
los pesados goleones
que llevan crueles legiones
á la tierra occidental;
y en tanto América bella
duerme en sus selvas hojosas,
en blando lecho de rosas
y arrullada por la mar.

En los brazos de ese sueño
ve lucir, encantadoras,
las desconocidas horas
de un hermoso porvenir,
sin sospechar que el tirano
el mar corta con la quilla,
fijando el rumbo á la orilla
en que ella duerme feliz.

Al estridor de la férrea
y rechinante cadena,
que deja caer en la arena
la ancla del conquistador,
abre América los ojos,
y se alza sobresaltada,
cuando encuentra su mirada
la ancha popa del galeón.

Aunque con huraños ojos
mira los raros arreos
que ostentan los europeos
de la flota al descender,
y á pesar de sus lucientes
petos de acero, bruñidos,
y de sus ricos vestidos,
que son hombres ella ve.

¡Que son hombres! ¡Pobre virgen!
piensas que son tus hermanos
los millares de tiranos
que está vomitando el mar;
no sospechas que, crueles,
de vil servidumbre el carro,
de Cortés y de Pizarro
las coyundas te atarán.

De crespas, vistosas plumas,
adornada la cabeza,
de la elevada aspereza
desciende el hijo del sol;
y en vez de tender el arco
haciendo silbar la flecha,
tiende los brazos y estrecha
con cariño al invasor.

¡Oh! ¡si el pobre indio leyera
tras la coraza de acero
arrogante aventurero
tu fementida intención!
La oriflama de Castilla,
del Cid la hermosa bandera,
alfombra del Inca fuera
con mengua del español.

Y esa cruz que le presentas
al sencillo americano,
mientras que con la otra mano
acaricias el puñal,
tal vez sirviera algún día
á encontrar en la espesura
la ignorada sepultura
de un Pizarro ó de un Hernán.

III

De América la altiva,
de América la bella,
la rutilante estrella
llorando se escondió;
sus plácidas lagunas
susurran lastimeras,
y elevan sus palmeras
murmurios de dolor,

América la altiva,
América la hermosa,
suspira en angustiosa
cadena de baldón;
rodar ve por el suelo
su espléndida grandeza,
é inclina la cabeza
al yugo abrumador.

Las plumas de su frente
en sangre están teñidas:
sus lágrimas sentidas
discurren por su faz,
y puras, transparentes
se esconden en su seno,
que agita ya el veneno
que le hacen apurar.

Sus hijos perseguidos
los bosques van corriendo,
en ellos escondiendo
del fuego destructor,
los dioses que adoraron
en templos esplendentes
los nobles descendientes
del fulgurante sol.

Del Inca los palacios
magníficos, suntuosos,
los templos primorosos
del fúlgido esplendor,
humean despojados
del oro y la riqueza
que la real grandeza
del indio acumuló.

El invasor que muestra
al indio maniatado
el signo venerado,
la sacrosanta cruz,
diciéndole que adore
al redentor sublime,
no ve que el indio gime
en negra esclavitud.

Y el labio que proclama
del Cristo la doctrina,
que vívida ilumina
del indio la razón,
proclama al mismo tiempo
de la inocente tierra,
la destrucción, la guerra
y el exterminio atroz.

América la altiva,
América la hermosa,
la virgen orgullosa
que sorprendió Colón,
ya no es sino la mina
de veta inagotable
que avaro é insaciable
explota el invasor.

¡Y corren tres centurias!...
¡y el lábaro extranjero
flamea aún altanero
del Norte al Septentrión!
¡América! ¿está helada
la sangre de tus venas?
¿aun sufres las cadenas
del bárbaro opresor?

IV

Conmuéveuse en su base las ásperas montañas,
que el fuego ya revienta que esconde en sus entrañas
la tierra esclavizada del mundo de Colón;
sus lenguas encrespadas sacuden los volcanes,
y fieros se desatan los rudos huracanes
los mares atronando con su tremenda voz.

La espléndida cascada del Niágara espumoso,
despéñase en torrentes con ímpetu furioso
rodando por las rocas que arrastra hasta la mar;
y del Ohío al Plata, que ruge embravecido,
el cielo americano tronando ennegrecido
sacude la corona del Andes inmortal.

Las fieras de los montes y selvas escondidas,
allá en sus ignoradas, recónditas guaridas,
temblar hacen la tierra al eco de su voz;
y en los agudos picos del Andes atrevido,
los cóndores exhalan un áspero graznido
buscando con los ojos al escondido sol.

La América despierta:—los adormidos ojos,
en derredor tendiendo, contempla los despojos
de su pasado augusto; de su esplendente ayer:
destroza sus cadenas con vigoroso brazo,
y trepa hasta la cumbre del alto Chimborazo
mirando á sus tiranos con rígida altivez.

—«¡Arriba, bravos hijos del suelo americano!
¡Las bárbaras cadenas que me forjó el tirano,
por sobre el mar undoso al rostro le arroje!»
Así América dijo:—el sol brilló en el cielo,
y la extensión inmensa de su florido suelo
con sus dorados rayos iluminó otra vez.

Y Washington la espada desnuda; relumbrante:
el pabellón de estrellas, espléndido, ondeante,
despléguese invencible del Norte en la región;
y en vano á su leopardo azuza la Inglaterra,
pues ya domado muerde la americana tierra
que otrora entre sus garras esclava sujetó.

La inmensidad recorre del vasto continente
el grito de victoria del pueblo independiente
que troza las cadenas de la orgullosa Albión;
y del sonante Plata, en la estendida orilla,
furiosos se incorporan los leones de Castilla
al eco de ese grito que el mundo conmovió.

La noble Buenos Aires, el pueblo que rindiera
el lábaro orgulloso, la histórica bandera
que el mundo saludara después en Waterlóo,
al rostro de los torpes y déspotas virreyes,
arroja hecho pedazos el libro de las leyes
que en días de amargura le enviara el español.

Y el sol reverberante, magnífico de Mayo,
al pueblo emancipado envíale en un rayo
de su fecundo disco, de su fulgente luz,
el varonil aliento, la fuerza poderosa
con que paseó triunfante su enseña victoriosa
por el inmenso suelo de América del Sud.

La noble Buenos Aires levanta majestuosa
la espléndida cabeza que ciñe ya orgullosa,
el gorro que es de libre dignísima señal:
y del soberbio Plata las olas encrespadas,
parece que murmuran, también entusiasmadas:—
—«¡Al fin llegó á mis playas la ansiada libertad!»

Sus crines erizadas sacude el león hispano,
y muerde embravecido la espada que Belgrano
al grito de la Patria valiente desnudó:
y lanza hondo rugido que cruza el continente,
sintiendo hecho pedazos el carnicero diente
en el templado acero del ínclito campeón.

El argentino entonces, fijándose en los velos
que flotan vaporosos en los benignos cielos,
que bendecir parecen las armas que empuñó,
arbola la bandera de célicos colores,
en cuyo centro brilla, con ígneos resplandores,
del gran día de Mayo el esplendente sol.

Y San Martín, el héroe de las hazañas grandes,
trepando hasta la cumbre de los nevados Andes,
del argentino clava el lábaro inm ortal;

y el Andes, cuyos picos se pierden en la esfera,
soporta con orgullo la cándida bandera
con que las brisas juegan del alma Libertad.

Y San Martín exclama: —«¡Arriba, Chile hermano!
¡Arriba, pueblos todos del mundo americano,
ya la hora suspirada de libertad sonó!»
y de cadenas rotas al imponente ruido,
el suelo americano se siente estremecido
de un polo al otro polo, del Norte al Septentrión.

¡Salud! ¡salud Bolívar! titán que te destacas
sobre el lloroso suelo de la infeliz Caracas,
cual semidiós armado, gritando ¡*Libertad*!
y trozas con tu sable los duros eslabones
de la áspera cadena que á un grupo de naciones
sujeta bajo el rayo del sol equinoccial.

Y la orgullosa Chile, Perú, Bolivia y Quito,
al argentino unidos, de *¡Libertad!* al grito
domeñan los leones que acariciara el Cid;
y América, en la cima de su alto Chimborazo,
confunde en un eterno y maternal abrazo
á Wáshington, Bolívar, Belgrano y San Martín

América, señora del vasto continente,
ceñida de laureles la majestuosa frente,
el mundo antiguo mira, que otrora la oprimió,
y grande, y generosa, tendiéndole la mano
le dice: —«Aunque hayáis sido su bárbaro tirano,
América os perdona, como perdona Dios.»

Las armas victoriosas de la sagrada guerra
de mirto entrelazadas, depone ya en la tierra
en bélico, arrogante, luciente pabellón,
y el código proclama de las augustas leyes,
que sobre el despotismo de Czares y de Reyes
levantan los principios del Cristo Redentor.

La antorcha del derecho con entusiasmo agita
bañando con su lumbre, espléndida y bendita,
del viejo continente la marchitada faz;
y anuncia el día hermoso en que á la tierra entera
envolverá en sus pliegues la universal bandera,
porque suspira tanto la triste humanidad.

TORMENTA DE VERANO

—¿Mucho me amas?
—Con delirio.
—¿Me olvidarás?
—Calla ingrata,
¿no sabes que eres el cielo
de mis promesas doradas?

—Como en el mar de la vida
todo es vaivén y esperanza
pienso en si también tus sueños,
no se ausentarán mañana.

—Eres cruel, sabes que llevo
como astros del alma mía,
á esos mundos de pureza
que se llaman tus pupilas.

—¡Ay! y si caen esos mundos
por tu mente iluminados,
tras del eclipse perpetuo
del olvido desolado!

—Me haces sufrir, despedazas
con tu duda el pecho mío,
tú no me quieres Elisa,
tus celos son mi martirio.

—Perdón, mas te adoro tanto,
que sabes ya que tu olvido
fuera el vendaval que hundiera
la nave de mi cariño.

—No más riñas, dame un beso.
—Tómalo
—Y jura que ha sido
tu enojo, un enojo en broma.
—Lo juro.
—Gracias, bien mío

TE ADORO

Pálida virgen de los ojos negros,
de las notas de mi alma melodía,
visión de mis ensueños, amorosa,
trémula luz de la esperanza mía.

Perfume de una flor de las montañas
abierta á la luz tímida primera,
cándida nube de espiral ondeante,
aliento de la tibia primavera.

Copa graciosa de cristal luciente,
de néctares olímpicos colmada
transparente panal de que destila,
como en rayos del sol la miel dorada;

Faro que luces en la niebla densa,
que el mar envuelve de mi triste vida,
puerto anhelado, que mi nave busca
del oleaje violenta sacudida...

¡Ay!... Yo no tengo de los bardos celtas
el arpa dulce de las cuerdas de oro,
y solo puedo de mi lira hosca
arrancar este acento: –¡*Yo te adoro*!

A LA PATRIA

¡República Argentina! ¡Patria amada!
Tu espléndida corona, matizada
de gayas flores las naciones ven:
la cariñosa mano de tus bardos
puso rosas, jazmínes, violas, nardos
entre los verdes laureles de tu sien.

Yo no vengo á mezclar con esas flores,
de olímpicos perfumes y colores,
las silvestres y humildes que aquí ves;
vengo, Patria gloriosa, solamente,
á doblar la rodilla reverente,
y á deshojar las mías á tus pies.

MOISÉS NUMA CASTELLANOS

CANTO SECULAR

(CONFRATERNIDAD HISPANO-ARGENTINA)

Genio indomable de la excelsa raza
por quien el Genio triunfador de Roma
fuerte resurge y á tu honra, el brillo
cede la suya:

Tú, cuyo enlace con la gloria, al orbe
Sagunto en roja llamarada anuncia,
y arde Numancia y, al fulgor, los astros
lívidos ruedan;

tú, que al romano, del astur y el sobrio
cántabro, opones la fiereza estoica,
y porque rindes la cerviz potente,
Roma vacila;

tú, que la linde que á las almas puso
Naturaleza, con Guzmán rebasas,
y al heroismo de los hombres, solio
das en Tarifa;

tú, á quien en pugna formidable, vieron
el Guadalate restaurar los siglos
con la que mira, del Genil, sus torres
sobre las ondas;

y de la tierra, que encontraste informe,
trazas la curva desde frágil pino:
¡sea! dijiste, y al hispano acento
fué el nuevo mundo.

¡Tú, que del tiempo los instantes llenas,
todos los puntos del espacio ocupas,
y al sol detienes, y, á tu gloria, el día
brilla infinito!

¡Oh, Genio excelso de la raza excelsa!
El pueblo joven que al surgir el siglo
sintió en sus venas circular tu sangre
nunca domada;

y el ansia viva que en tus hijos pones
en él, del alma libertad, enciendes,
y haces que el grito que resuena en Cádiz
vibre en el Plata.

El pueblo heroico que del rayo armado
nace, y cual ígnea tempestad, se espande,
y vuela, y triunfa, y, á su voz, un mundo
libre despierta.

Ese, á quien fama da el varón glorioso
que tú educaste con designio fiero
y en quien el numen de la raza ardía
puro y sublime.

Y á cuyo paso cauteloso, inclinan
su sien los Andes, y de la ardua cumbre
mares y pueblos ve á sus pies y en torno
mundos y soles:

Baja, de augusta majestad envuelto,

sálvase Chile y el Perú renace;
y acude al Guayas, y á su sien el lauro
ciñe Bolívar.

¡Alma de acero, corazón de niño!
¡Hoy las naciones que salvó tu brazo,
hacia su gloria! ¡San Martín! ¡Por senda
próspera, avanzan!

¡Genio indomable de la raza! El pueblo
á quien del alma libertad en nombre,
otras enseñas y otro amor, del siglo
diste en la aurora.

Ese, que hidalgo, como tú, sus hechos
nunca su honrada tradición desmienten;
más generoso, por doquier sus glorias
dicen su estirpe.

¡De la centuria cuyo albor te viera
al áureo cetro substraerle invicto,
hoy, con la hispana confundir su insignia
te ve el ocaso!

¡El nuevo siglo que en oriente asoma
unidas siempre por doquier las mire,
como á robusta secular encina,
palma procera!

Con ellas surquen los undosos mares
naves potentes de riqueza henchidas,
y en son de triunfo de apartadas zonas
vuelvan al puerto.

Renazca ¡oh Genio! con su augusto nombre
y llene el mundo la grandeza hispana,
¡el lauro de oro que la madre ciñe
honra á sus hijos!

Y por encima de los que hoy, al hombro,
vastos influjos, con doblez gobiernan,
vuelvan gloriosos á encender las almas
tus ideales!

De las regiones que al rosado oriente
ven las primeras encumbrarse el día,

hasta los mares en que el sol su carro
hunde y se apaga;

mar sin riberas, su caudal sonoro
lleve el divino castellano idioma,
¡ese, el imperio donde el sol radiante
nunca se pone!

¡Dios de la raza que llevar más lejos
é invictas siempre tus banderas supo,
la que en Lepanto te salvó, y asombro
fué de la Historia!

¡Que, venturosa, la nación hispana,
del continente que surgió á su esfuerzo,
el gran senado de naciones libres,
libre presida!

Tú, á quien el siglo que fenece, esclavo
te halló á su aurora, y, al morir, te deja
como los Andes, como el mar y el viento,
libre y grandioso.

Que en la centuria que amanece, pasmo
seas del orbe; tu pujanza crezca;
busquen tu seno las naciones; clara
brille tu gloria.

Que donde surja tu bandera, hermanos
los hombres sean; la justicia impere;
triunfe el derecho; vierta la abundancia
todos sus dones.

No á los afanes del trabajo sólo
tiendas la oliva: para el Arte, en medio
de rubias mieses, del laurel la grata
sombra se ofrezca.

Y no haya al genio de la raza, estadios
donde no triunfe, sirtes que no salve,
luz que á su impulso vencedor no encienda
soles y auroras.

Ni el refulgente luminar del cielo
mayor grandeza que la vuestra alumbre,
¡patria española, de naciones madre!
¡Patria argentina!...

EL MILAGRO DE LAS VIOLETAS

Cuando fué, por nuestro bien,
entre hossannas y loores
y sobre palmas y flores
Jesús á Jerusalén,
para dar cima al deseo
de honrarle, un pobre muchacho,
hurtó, sin pizca de empacho,
violetas á un saduceo.
Pero un escriba lo vió,
y cuando el pillete iba
hacia Jesús, el escriba
—¡Al ladronzuelo! gritó.
Presa, el rapaz, de temores,
llegó á Jesús muy confuso,
y así que en sus manos puso
el ramo de hermosas flores,
como herido de secretas
visiones deslumbradoras,
vió en frescas y húmedas moras
convertirse las violetas.
De su sorpresa repuesto,
dijo con altanería
al escriba, que venía
á hacerle prender dispuesto:
—¿Por qué tan ciego y sin tino
me persigues?
—Porque, osado,
repuso el otro, has robado
violetas á mi vecino.
El muchacho preguntó:
¿Y tu vecino cultiva
morales? Pensó el escriba
un instante y dijo:—No.
—Pues, ¿quién habrá que no vea
que me infamas y desdoras
cuando sólo he dado moras
á Jesús de Galilea?—
Y sin notar la inquietud
del escriba, que temblaba
al ver cómo le cercaba
airada la multitud;
libre de todo temor,
dando de saltos, el chico,
se fué detrás del borrico
que montaba el Salvador.

PRIMAVERA

Á MI QUERIDÍSIMO AMIGO Y HERMANO EN IDEALES,
EL POETA CASIMIRO PRIETO VALDÉS

Esta mañana, á punto que amanecía,
olor de rosas nuevas llenó mi estancia,
y me dijo: —«Ya torna la Musa mia,
la Musa que yo quiero desde la infancia.

»Prevenirla es preciso recibimiento
como cumple á doncella de tanto fuste;
abramos las ventanas del aposento
y entre la egregia Musa por donde guste.» —

Púseme una camisa de tal finura
que brilla su pechera como una plata,
con su cuello á la moda, cuya blancura
sienta muy bien al moño de la corbata.

Me acicalé con todo cuidado y mimo,
porque dar no quería chascos amargos,
á quien creer pudiese que no la estimo
al llegar y no hallarme de tiros largos.

Requerí el frac más cuco que haya salido
de las manos del sastre más diestro en modas,
como que de mi prenda ya se han servido
cinco ó seis estudiantes para sus bodas.

En nobles y elocuentes, aunque calladas
palabras, el espejo mostró su gozo,
que, repitiendo escenas de cuentos de hadas,
no se contuvo, y dijo:—«¡Viva el buen mozo!»

De pronto, al par que efluvios llegan de estanques
donde á flor de agua crecen las valisnerias,
arde mi sangre en vivos nobles arranques
circulando encendida por mis arterias.

Todo en torno parece que recobrara
peregrinos encantos, vigor fecundo:
más oloroso el aire, la luz más clara,
más azules los cielos, más bello el mundo.

Del sol, recién salido, penetra un rayo
que se quiebra en el agua del lavatorio,
y mis canarios sueltan, tras breve ensayo,
la romanza más linda del repertorio.

Al compás de esta salva, la hermosa y rubia
luz, del febeo rayo vivaz engendro,
de motas nacaradas soltó una lluvia
que fué cual si nevasen flores de almendro.

En artístico vaso de enrojecida
tierra, en que ángeles bellos lucen sus nimbos,
en mi mesa una hortensia, falta de vida,
doblaba ya sus tristes mustios corimbos.

Cuando, impensadamente, vago murmullo.

hizo oir sus rumores á la distancia,
y de pronto llegando, con un barullo
de trinos y gorjeos pobló la estancia.

Era el gárrulo coro de golondrinas
que su nido, alegrando los corazones,
cuando cuelga el racimo de las glicinas,
buscan bajo el alero de los balcones.

Como si extraña fuerza savia y raíces
diese á la hortensia, en dulces blandos arrobos,
el albor sonrosado de sus matices
con la pompa y la vida volvió á sus globos.

¡Y ved!... La sien ceñida de blancas rosas,
con las que un abejorro zumbando juega;
cercada de un enjambre de mariposas,
y toda, cual sus curvas divinas, griega.

El sol en sus nudosos cabellos rubios;
en su desnudo cuerpo la luz que irradia
el mármol, y su boca brotando efluvios
que recuerdan los frescos valles de Arcadia.

Siendo en su blanco torso—de la suprema
fuerza que en todo late y es en la leve
célula, fuego y vida,—místico emblema
las dos ascuas que arden sobre la nieve.

De pie, junto al alfeizar de mi ventana,
donde en toda su pompa fulgura el día,
como en altar sagrado virgen pagana,
¡ella, la primavera, la Musa mía!

En la fuga de ardientes vivos anhelos,
corrí por mi guitarra, noble vestiglo
que lloró las tristezas de mis abuelos
y cantó sus amores durante un siglo.

La que todas sus quejas y sus ternuras
dijo, ya en los palacios, ya en las cabañas,
así á las margaritas de mis llanuras,
como á las azucenas de mis montañas.

La que aun en sus cuerdas tiene los sones
con que gané en la liza más de un trofeo.

cuando ablandaba rejas y corazones
y mi edad era sólo la de Romeo.

Y mientras avanzaba graciosa y fina
bajo dosel de claros etéreos tules,
de frac, con la guitarra más argentina,
que guarnecieron lazos blancos y azules,

Yo la canté este himno, rumores de alas
sonar oyendo en torno, cual si, dispersos,
los arrullos tejieran vivas escalas
y al llegar á mi oído se hiciesen versos:

«¡Oh, virgen, que con sólo tu influjo, hieres
las cosas y sus fuerzas inmortalizas,
y haces que de las sombras surjan los seres
como el antiguo Fénix de sus cenizas!

»¡Cuál esperan ansiosos tu advenimiento,
que aridez y nublados de ellos destierra,
para que le des luces, el firmamento,
para que le des vida, la madre tierra!

»Aire, espacios, florestas, mar, viento y fuente,
copian, sin ti, del alma las soledades,
y en las almas y en ellos sólo se siente
cómo rugen pasiones y tempestades.

»Y no bien llegas, tienen, el aire acento;
los espacios colores; los mares calmas;
penumbras las florestas, música el viento,
claro espejo las fuentes y amor las almas.

»Tu pincel los espacios, ¡con qué derroche
de púrpura y de gualda no los decora
cuando el velo estrellado rasga la noche
y en el glorioso oriente surge la aurora!

»¡Y qué dicha, si enciendes del sol la lumbre,
cual si á una vibraras todos sus lampos,
contemplar, desde altiva serena cumbre,
los patrios horizontes, los patrios campos!...

»Caseríos risueños, como palomas,
ya en el fondo de un valle, ya en agria cuesta;
y llanuras floridas, y verdes lomas,

y montes, y verjeles... ¡todo de fiesta!

»Retozan por los campos dóciles greyes,
las águilas voltean entre las abras,
marchan, al yugo uncidos, los tardos bueyes,
y triscan por las peñas ágiles cabras.

»De las áridas cumbres en los picachos
haces, de los arbustos, ramos floridos,
y, ocultas en la pompa de sus penachos,
enamoradas aves tejen sus nidos.

»Viertes de la abundancia todo el tesoro
en cuanto ciñe el cerco del horizonte,
y los campos de trigo son mares de oro
en que risueña isla parece el monte.

»¡Tiempo dichoso, el tiempo de tu reinado,
en que, al par que las rosas, surgió el idilio,
y en que de nuevo en monte, floresta y prado
sus églogas parece cantar Virgilio!

»¡Con qué placer, la virgen que en su ventana
y en sus balcones puso rojas macetas,
verá, cuando las riegue por la mañana,
cual se colman de lirios y de violetas!

»En el templo de aldea, que resplandece
lleno de claras lumbres, ¡cuánta alegría,
al ver que su altarito también florece,
muestra en su faz la dulce Virgen María!

»De la niña preciosa, ¡cómo se tiñe
la mejilla en rubores dulces y extraños,
cuando, al bañarse, el busto grácil desciñe
y el encanto sorprende de sus quince años!

»Y allá, en el cementerio, ¡cuán pensativas
inclinan las estatuas su faz de piedra,
mientras en las tumbas se abren las siemprevivas
y su mano en los muros tiende la hiedra!

»¡Oh, primavera hermosa! Colma el anhelo
con que encenderme el alma tu influjo quiso;
junta cuanta hermosura, bajo del cielo,
hace de extraños climas un paraíso.

»Cuantas haya en la tierra gracias y flores,
luz, dulzuras, encantos y poesía...
¡y derrama la copia de tus primores
en la patria de Mármol y Echeverría!»

DIOS

MELODÍA HEBRAICA

Al maestro Carlos Guido y Spano

Cuando quiso atentar contra la vida
de Elías, Jozabel,
dió refugio al Profeta una escondida
cueva del monte Horeb.

Y se ciñó los lomos, y bendijo
al que salvó á David.
Y fué palabra del Señor, que dijo:
—¡Sal fuera! ¡Ven á mí!

Y sopló el huracán. Los horizontes
con su velo cubrió,
quebró las peñas y rompió los montes.
Y en él no estaba Dios.

Y llegó el terremoto. En son de guerra
hizo erizarse al mar,
pero tampoco, al sacudir la tierra,
estaba en él Jehovah.

Y vino el fuego. Y la serena cumbre
de Sinaí se inflamó,
y ardió el Desierto, y en su roja lumbre
tampoco estaba Dios.

Y suspiró un rumor, cual de flexible
palmera de Gessén.
era el céfiro blando y apacible.
Y Dios estaba en él.

LUIS GARCIA

A UN... AUTOR

Hoy tu libro he recibido.
Al punto lo he hojeado
y en tu libro he admirado
lo mucho que has aprendido.
En él mil cosas leí;
reflexiones, argumentos,
ideas y pensamientos;
pero ninguno de ti.
¡Y qué erudición sin par!
¡Qué ciencia tan sorprendente!
Estarás seguramente,
agobiado... de copiar.
En tu libro ve cualquiera
que, citando sin medida,
hay más *citas* que en la vida
de cualquier aventurera.
Y así queda demostrado,
con tanto que trabajaste,
que más *citas* manejaste
que un alguacil de juzgado.
Mas, no te envanecerás
si oyes aplaudir tu obra,
porque ya sabes de sobra
que aplauden á los demás.
Sólo puedes exigir
el aplauso lealmente,
porque tú, seguramente,
lo has debido corregir.
Y si del libro te engríes,
muy bien puedes decir esto:
—¡Hay algo mío! ¡Yo he puesto
los puntos sobre las íes!
Aunque, también en tu honor,
declaro que he visto allí
la nota que dice así:
«Es propiedad del autor.»
Nota que, á decir verdad,
hará reir á la gente,
pues tu libro, francamente,
carece de propiedad.
En fin, yo te felicito
por tu libro portentoso;
muy nítido, muy lujoso,
muy ameno y muy bonito.
Y sólo, mirado en globo,
una cosa en él desdice,
aquella cita que dice:
La propiedad es un robo.
Suprímela, que en verdad
es una cita que irrita.
Y porque además es cita
que excita la hilaridad.

LA VOCACION

I

—Mira, sobrina mía,
reflexiónalo mucho, te lo ruego,
eres joven, hermosa...
y quizás estés luego posarosa
de todo eso en que hoy cifras tu alegría.
—Mas ¿y mi vocación, querida tía?
—Tu vococión no niego;
pero, ¿no es pasajero ese delirio

que pueda pagar luego
con una vida eterna de martirio?
No, tía. Es imposible
que yo sea feliz de otra manera,
y el tranquilo convento que me espera
me atrae con una fuerza irresistible.
Hay allí, en la capilla,
una imágen sencilla,
ante la que mil veces he orado
con fervor infinito,
¡y si vieras con qué ojos me ha mirado
San Antonio Bendito!
el santo es tan hermoso
que, al fijar en su rostro la mirada,
paréceme que escucho el melodioso
canto de un ángel y hállome arrobada...
—Veo que hoy no podría convencerte.
—Es el único anhelo de mi vida,
y me hallo por completo decidida:
¡ó el convento, ó la muerte!

II

Y mientras se prepara á ir al convento,
y en el mismo momento
que ella sus rezos con fervor repasa,
su primo, capitán de artillería,
después de larga ausencia,
se presenta en la casa.
Siente ella una alegría
que no acierta á explicarse en su inocencia,
y él, lleno de un asombro verdadero
contemplando á su prima tan hermosa,
le dijo con ardor no sé qué cosa,
y luego la miró de la manera
como sabe mirar un artillero.
La niña, al escuchar al calavera,
sintió un extraño gozo,
y la velada entera
pasó soñando con aquel buen mozo.
Y no sé cómo fué, que cierto día
en el cuarto de *ella* entró la tía,
encontrándolo todo embarullado

y en la mesa una carta que decía:
«El paso que hoy he dado,
á decir la verdad, no lo lamento.
Tía: me he escapado
porque... en fin, por detalles que suprimo,
no quiero ir al convento
y volveré á tu lado
cuando sea la esposa de mi primo.»
—Yo te perdono, sí, ya estás casada...
mas quiero que me expliques una cosa:
esa calaverada
¿cómo la hiciste tú, tan religiosa?
¿No estabas con un místico embeleso
casi de San Antonio enamorada?
¿Por qué te has escapado?
—Pues... ¡por eso!
De que al santo he querido
puede el cielo servir de testimonio,
y por eso pequé... pues, mi marido
¡se parecía tanto á San Antonio!

LA VICTORIA

I

Deshechos los batallones,
la tropa aterrada huía
y detrás de ella se oía
el tronar de los cañones.
El lugar de la batalla,
ante el terrible concierto,
iba quedando desierto
barrido por la metralla.
Cubierto de un rojo velo
el sol veía la guerra,
cual si el fuego de la tierra
hubiera incendiado el cielo.
Lleno el pecho de congoja
el vencido se alejaba
y su huída delataba
un rastro de sangre roja.
Tras una humana trinchera
ya cansada y sin aliento
estaba del regimiento
la destrozada bandera.
Resistieron los soldados
el tremendo fuego un poco
y llenos de terror loco
escaparon derrotados.
De su deshonra testigo
prueba perenne quedó,
pues la bandera cayó
en poder del enemigo.

II

Pasó un día y otro día.
La guerra no terminaba;
acción tras acción se daba
y la atroz lucha seguía.
Cierto día, á la carrera
iban huyendo en tropel
los hombres del grupo aquel
que abandonó su bandera.

Viéndose de fuerza falto
y exánime, el oficial
que custodiaba otra igual
gritó á sus soldados:—¡Alto!
Será inútil el correr,
pues pronto estarán aquí.
¡Alto muchachos! Y así
pensaremos en comer.
Descargóse de su peso
y los víveres buscó,
y buscando mucho halló,
bien pequeña cosa: un queso.
Y cuando iban al abrigo
de un tronco añoso á cenar,
vieron ante sí brillar
las armas del enemigo.
Como serpiente que fiera
se enroscase ante el león,
se colocó el pelotón
ante el queso y la bandera.
Llenos de una ansia rabiosa
de terminar los soldados
lucharon desesperados
de una manera espantosa.
¡Cómo exponían su vida
y peleaban sin ceder!
¡Aquello era defender
el honor... y la comida!
Lucharon valientemente,
al enemigo vencieron
y á lo último se comieron
el queso tranquilamente.

III

Por fin la guerra acabó,
y según cuenta la historia,
la más completa victoria
de estos últimos quedó.
Y es la versión oficial
que á su valor fué debida
y gracias á la entendida
dirección del general,
el que, como conociera
todo el valor de su gente,
¡hizo colocar prudente,
un queso en cada bandera!

JUAN CRUZ VARELA (sobrino)

SAN MARTIN EN SU SEPULCRO

¡Ahí está, todo luz!... Hundió al Olvido
en explosión de Gloria
y cual guardia de honor, velan su tumba
la Libertad, la Patria y la Victoria.

¡Era un rudo Titán! Así lo cuentan
nuestros viejos abuelos:
¡fué la expresión de Dios, sobre los Andes;
de raza de Astros, se acercó á los Cielos!

¡Ahí está!... ¡Es el mismo que sembraba,
con su legión de bravos,
miedo en el corazón de los tiranos,
ansias de libertad en los esclavos!

¡Ah! ¡que se alce! ¡y emplace á los mandones
de opulencia irrisoria,
él, que coloso, libertaba un mundo –
cubriéndose de andrajos y de gloria!

¡Que nos dé algo de su alma! Y que hoy el pueblo
al levantar en triunfo sus trofeos,
no olvide que en la Patria, falta Patria
cuando la fuerza encumbra á los pigmeos.

. . . .

¡Alza, sombra de luz! ¡Vuelve á los Andes
que son tu pedestal! ¡Y allá, en su cumbre,
enarbola banderas, que hoy se enlazan
y sé el faro de paz que las alumbre!

AMOR

De un suspiro de Dios en el vacío,
surgió el mundo radiante de esplendor,
y al ronco mar y al aquilón bravío,
al cielo, al aire, á la cascada, al río,
á todo entonces agitó el amor.
¡La tierra, entre suspiros misteriosos,
gimió á los besos del ardiente sol;
y anegándose en llantos voluptuosos,
prendió á sus pechos bosques milagrosos,
frutos eternos de su eterno amor!
Abrasadas las nubes se arrojaron
en los brazos del férvido huracán;
y cuando ebrias de amor se entrelazaron,
el rayo y los relámpagos brotaron,
y nació de ese amor la tempestad.
Las brisas fecundaron á las flores,
engendrando el aroma embriagador;
y las perlas de pálidos colores,
se formaron de llantos quemadores,
que á las sirenas arrancó el amor!
¡Suspiraron de amor los ruiseñores,
la tierna abeja elaboró su miel;
y es fama, que flotando entre vapores,
vertiendo aromas y esparciendo flores,
apareció en el mundo la mujer!

¡La mujer!... ¡Animada poesía,
misterioso poema de Jehová,
melancólica y viva melodía,
engendro de la luz y la armonía,
sagrado fuego de ingnorado altar!
¡La mujer!... ¡Criatura deliciosa,
intermedio entre el ángel y la flor;
bello sér, cuya vida vaporosa,
se desliza fugaz y voluptuosa
entre besos y lágrimas de amor!

EL CANTO DE LAS MARIPOSAS

Las mariposas flores volantes,
y las flores mariposas encadenadas.

JUAN PABLO.

Las flores tiernas nos llaman,
las brisas suaves nos mecen...
¡ay! los seres que nos aman
desparecen!

Cuando se ilumina el monte
y el matorral se engalana,
cuando alumbra al horizonte
la mañana;

brilla la flor con contento
y, entre besos y fulgores.
cuenta al oído del viento
sus amores.

Pero él pasa voluptuoso
arrastrando su perfume,
y el rayo del sol radioso
la consume!

Somos las viudas dolientes
de esas muertas peregrinas.
que se miran en las fuentes
cristalinas!

Besa el iris nuestras alas;
y nos aman los raudales
que reflejan nuestras galas
celestiales;

hasta que en la noche hermosa
el viento rápido zumba,
hallamos en una rosa
nuestra tumba,

y nuestra carrera inquieta,
nuestros caprichos livianos.
canta el pájaro, poeta
de los llanos!

AL FRENTE DE «CONSUELO»

¡Amada de Anzoletto! ¡Cuántas veces
con noble inspiración
probaste las eternas embriagueces
que brinda la pasión!

¡Cuántas veces sentiste confundido
tu lánguido cantar,
al eco de la tórtola en el nido,
del viento sobre el mar!

Elevabas tu voz y cada fibra
temblaba de pasión!
vibraba el sentimiento como vibra
la estatua de Memnón!

EL TEMPLO

El templo está solitario...
rotos los viejos altares,
destrozados los sillares
y abandonado el sagrario!

Ni una lámpara ilumina
su soledad importuna;
sólo lo baña la luna
con su lumbre mortecina.

En sus ámbitos desiertos
se elevan mudos los santos,
como escuchando los cantos
del órgano de los muertos.

Los sacerdotes no llegan
al obscuro monumento
que no escucha otro lamento
que el de los vientos que ruegan.

¡Señor, quebranta esa calma
del olvido y de la muerte!...
¡Señor, igual es la suerte
del santuario de mi alma!

AL LEON

¡Estaba mudo y bravío
en la jaula aprisionado,
como evocando el pasado
de su destino sombrío!

¡Ay! ¡el patriarca del monte
inclinaba la cabeza,
lleno de rabia y tristeza
al mirar el horizonte!

¡Dominando sus pasiones,
cautivo de extraña zona,
era aquel rey sin corona
juguete de los histriones!

¡La turba ante él se reunía
con temores comprimidos,
y al escuchar sus rugidos
con horror se estremecía!

¡Ay! ¡si su frente altanera
de la abyección se levanta!
¡Ay! ¡si sus hierros quebranta
la melancólica fiera!

¡Ay! ¡si le llega el murmullo
de su solitario asilo!...
¡Dejad al león tranquilo!...
¡Mujer! ¡no hieras mi orgullo!...

ENTRA Á UN CONVENTO

Get thee to a nunnery; why woutldst thou a breeder of sinners?... Wlc aro arrant knaves, all; believe none of us. Gothy ways to a nunnery!...

HÁMLET.

Yo que veo tu gracia y tu pureza
perdidas entre el ruido y el tumulto;
yo que absorbo la luz de tu belleza;
yo que te rindo culto;

yo que en la noche solitaria aspiro
la fresca emanación de tu perfume
y apago en el rumor de tu suspiro
la sed que me consume;

yo que he puesto en tu fe mis ilusiones;
yo que te amo en silencio, vída mía,—
¡maldigo la impureza y las pasiones
de esta perpetua orgía!

¡Mira, y deplora nuestra triste historia!
uno rueda en la sima de la suerte,
otro va á la pasión, otro á la gloria...
¡y todos á la muerte!

Aquel vuelve con paso vacilante
del seno de los torpes bacanales,
y prostituye en vértigo incesante
sus horas virginales.

Este se abraza á la ambición, y el mundo
de cadáveres siembra su camino,
mientras lo alumbra el esplendor fecundo
¡de su inmortal destino!...

Tú que contemplas sin rencor ni pena
la turba que se arrastra ante tu planta,

ángel que sufre su mortal condena
y en el destierro canta;

tú que eres pura, como el sol que extiende
su púrpura en la nieve de la cumbre,
y, al caer el crepúsculo, la enciende
con moribunda lumbre,

dí, ¿no comprendes con pesar profundo
que te mata la hiel de la existencia,
que el mismo turbión seca en el mundo
la flor y la conciencia?

¿Que el hombre saca del amor rencores,
perlas brillantes de la mar en calma,
la miel pura del cáliz de las flores,
y la virtud del alma?...

¡Huye de sus halagos! Su veneno
lacera el pecho. Su desdén lo agita.
Su odio lo impregna de dolor... ¡Sileno
corrompe á Margarita!

Y, al hundirla en las sombras solitarias,
va tras otro placer, siempre risueño,
sin dejar á esa muerta sus plegarias
¡para arrullar su sueño!...

¡Oh! ¡yo lo sé! Cuando agitado espío
tu forma palpitante y seductora
que cruza en el crepúsculo sombrío
como una blanca aurora;

cuando lleno de gloria me imagino
ver una confidencia en tus sonrojos,
y llevar por estrella en mi camino
la llama de tus ojos;

cuando contemplo en la penumbra incierta
tu rostro libre de pesar y agravios,
y, al mismo tiempo que la voz, despierta
el iris de tus labios;

cuando todas tus gracias centellean;
cuando mi triste corazón te invoca,
y, como aves de amor, revolotean
los besos en tu boca;

cuando el triste pasado se derrumba
y todo marcha á agonizar perdido:
la barca al mar, los hombres á la tumba,
las almas al olvido;

cuando digo á las brisas rumorosas
una palabra que, al pasar, te agita;
y encierro en las estrofas armoniosas
el verso que palpita;

cuando te llamo trémulo y te imploro,
me ciega la visión de tu pureza,
¡virgen! me quema tu esplendor, y lloro
¡tu espléndida belleza!

Escucho de las turbas el murmullo;
la loca vanidad de la opulencia;
siempre el vicio, la muerte y el orgullo...
¡y nunca la inocencia!

¡Sondeo la tiniebla descarnada
donde cruzan las sombras espiatorias,
para hallar en la nada de esa nada
alguna de mis glorias!

Y ¡ay! ¡todo hiere al corazón vacío!
¡la flor dobla su tallo macilento
y el placer, en el fondo del hastío,
deja remordimiento!

¡Todo es tortura, vanidad, mentira;
la gloria un sueño, la verdad un nombre;
besa la mano del poder la lira,
y el hombre huye del hombre!...

¿No oyes brotar el doloroso grito
de la pasión, los odios, las quimeras
que arrojan en el vértigo infinito
sus voces lastimeras?

¿No ves al hombre combatiendo, presa
de un tirano fatal que lo domina,
unir al labio que la herida besa,
la mano que asesina?

¡Oh! ¡si lo ves! ¡Cuando en la noche gime
el viento en la arboleda solitaria.

algo cuenta tu espíritu sublime
á Dios, en la plegaria!

¡Algo que enciende tu emoción; que vela
el límpido cristal de tu ternura
y, como el canto de las aves, vuela
perdido en la espesura!

¡Algo que te habla con rumor doliente
y te lleva al abismo del pasado,
como un nido que arrastra la corriente
del río desbordado!...

Pero el mundo te espera. ¡Sus fulgores
te embriagan, sus sonrisas te iluminan;
y ante tu paso sus vistosas flores
con emoción se inclinan!

Y cuando, al fin, la ráfaga impetuosa
de la pasión marchite tus encantos;
y respondan á tu alma quejumbrosa,
risas en vez de llantos;

cuando descubras el pesar inquieto
debajo de la máscara sonriente,
y la tormenta de un dolor secreto
haga estallar tu frente;

cuando en los brazos del amor liviano
agotes el placer de los sentidos,
y en tu desierto corazón, en vano
quieras buscar latidos,

marchitarás tu juventud inquieta,
te arrancarás del corazón su llama,
como el histrión se arranca la careta
cuando termina el drama.

¡Huye! ¡no escuches la palabra impía
del crimen que devora la conciencia;
guarda pura en tu pecho, vida mía,
la luz de tu inocencia!

¡Huye del vicio y la maldad sin nombre;
del vértigo terrible de un momento;
de la mentida majestad del hombre...
y pronto, entra á un convento!...

DE PROFUNDIS CLAMAVI...

Respóndeme cuando clamo.
SALMO IV.

¡Oh, anhelo de mi vida!
¿no es cierto que sin odios ni dolores,
tu cabeza se inclina adormecida
como un árbol al peso de sus flores?

Te inspira la inocencia;
sientes muda inquietud; algo te agita...
¡Es que Dios ilumina tu existencia,
y que en tu pecho la pasión palpita!

Hoy brilla tu belleza
con mayor esplendor; hoy á tu planta
se inclina cariñosa mi cabeza,
hoy mi poesía tu victoria canta!

Hoy sigo tu pisada,
me baño en el raudal de tu hermosura,
y absorto tu sonrisa enamorada
como un rayo de luz en la espesura...

¡Ah! dime ¿qué sería
de este pecho mortal, si no tuviera,
paloma de los valles, tu armonía.
como tiene raudales la pradera?

Tu espíritu inocente
disipa mis recónditos pesares,
y me postro ante ti; como el creyente
se postra con unción en los altares!

¡Oh! si me fuera dado –
con tus trémulas manos en las mías—
las angustias borrar de tu pasado
y sufrir tus ocultas agonías;

sondear tu pensamiento,
conocer el secreto de tu suerte,
y por cada dolor, cada tormento
de tu existencia, soportar la muerte,—

yo con altiva calma
cruzaría la vida transitoria.

con tu imagen de amor dentro del alma
y en tus ojos el premio de la gloria!

Pero ¡ay! en vano late
mi corazón. En el pesar me pierdo,
y pido á Dios que tu desdén me mate,
si el tiempo ha de arrancarte mi recuerdo.

BARCAROLA

¡Mine own fortune in my misery!..,
SHAKESPEARE

¿Ves? ¡todo calla, todo suspira
las amarguras de su pesar·
la hoja que tiembla, la dulce lira,
la luz que espira,
la brisa, el mar!

¡Las aves pasan con raudo vuelo
dejando el eco de su canción;
se nubla el monte, se empaña el cielo
con el desvelo
de la extensión!

Se abre en los cielos la blanca estrella;
sobre las tumbas llora el cipres;
gimen las hierbas, y la flor bella
diciendo: ¡Es ella!
¡besa tus pies!

¡Salve! ¡alma mía! ¡luz de vida!
¡puerto y abrigo de mi dolor!...
¿por qué te inclinas adormecida,
como ave herida
por el amor?...

¡Yo sé los cantos de los poetas;
yo sé los sueños de la virtud,
y las quimeras de alas inquietas
laten sujetas
en mi laúd!

¡Yo llevo en mi alma joven y pura,
la savia ardiente del ideal;
yo sé lo que hablan á la espesura,
la noche obscura
y el manantial!

¡Yo sé el idioma de la armonía;
conozco el mundo de la ilusión,
la pena aguda, la angustia fría,
y la agonía
de la pasión!

¿Ves? ¡soy tu esclavo! ¿Ves? ¡á tu planta
pongo mi vida, mi amor, mi paz!
¡mi alma á tu acento fiel se levanta,
mi voz te canta
con fe tenaz!

Cuando en mi pecho tu amor derramas,
cuando comprendes mi frenesí,
y todo: el cielo, la luz, las ramas,
me pregunta: ¿Amas?...
¡te miro á ti!...

¡Ven! ¡olvidemos los sinsabores
de tanta pena, tanto dolor!...
¡busquemos juntos climas mejores,
eternas flores
y eterno amor!

LO QUE DICEN LAS CAMPANAS

A MI AMIGO A. N. V.

Cuando en la tarde cantan
esas trémulas aves, y levantan
sus débiles acentos que suspiran,
ó, envueltos en confusos movimientos,
arrebatados giran
como flores llevadas por los vientos;

cuando su ronco grito,
perdiéndose en el ámbito infinito,
alza un acorde de piedad sencilla
que nos llama al amor y á la tristeza,
mientras la aurora brilla
y el corazón en el silencio reza,

inquieto y abatido,
me parece encontrar en su gemido
el postrer eco de un afán profundo;
la luz que tiembla, la pasión que muere

cuando el dolor la hiere
ó la destroza sin piedad el mundo!

¡Oh bronce! ¿No deploras
en tus notas perdidas y sonoras,
la vanidad del alma estremecida?
¿No sabes que ante el fallo de la suerte,
las glorias de la vida
no valen el reposo de la muerte?

¿No es cierto que tu acento
al bajar desde el alto firmamento
desprecia nuestro afán, y este delirio
que brinda entre rugientes tempestades
á la virtud martirio,
y un patíbulo á todas las verdades?

¿Acaso no despierta
tu voz profunda, tu palabra incierta
que resuena y se pierde en lontananza,
al ver que el alma en el dolor perdida
abraza á la esperanza
y, nuevo Pigmalión, no le da vida?

¡Sí! sola mientras ruge
la batalla del mal, y al rudo empuje
del vicio la conciencia se marchita,
como nube cargada de rumores,
la tempestad te agita
y estallas en reproches vengadores!

O tempestuoso ó suave,
tranquilo como el cántico del ave,
ó ronco como el grito de la lucha,
tu acento á todas horas balbucea,
y en la extensión se escucha, –
girón de ruido que en el aire ondea!—

He visto sublevadas
á las turbas rugir desenfrenadas;
al crimen vil y al interés mundano,—
envuelto en el ardor de los pesares,—
luchar contra el hermano,
arrastrando el cimiento de sus lares!

He visto convulsiones
estallar y caer! Sordas pasiones

que se elevaban en la lid sombría
morir por los verdugos de la historia
y la ambición impía
cobarde Mesalina de la gloria!

La juventud ardiente
circunda y vela mi serena frente;
los sueños á mi voz se precipitan;
sé que aunque brille la lejana esfera,
las flores se marchitan
y pierde su fulgor la primavera.

Y cuando el sol despierta
coronando la bóveda desierta
que se matiza de carmín y de oro;
cuando baja en hirviente muchedumbre
el manantial sonoro
despeñado saltando de la cumbre;

cuando abre la armonía
sus blancas alas á la luz del día;
cuando se enciende la vetusta piedra,
se embriaga de perfumes la llanura,
y, enredada en la hiedra,
sacude sus cabellos la espesura;—

cuando todo en el mundo
brilla, inundado en resplandor fecundo,
y se estampa entre arrullos y rumores,
al bañar los lejanos horizontes,
la luz sobre las flores,
y el iris de la paz sobre los montes,

perpetuo combatiente
me hundo de nuevo en el combate ardiente
mientras cansada tus pesares lloras;
y perdido entre el múltiple alborozo,
escucho á todas horas
el eterno estertor de tu sollozo!..

ALMAFUERTE

JESÚS

I

¡Como brota del charco sombrío
y á conjuros de luz meridiana,—
yo no sé por qué afán de lo triste,—
gracioso nenúfar de flores de nácar:
la presión secular exprimiendo
de la fétida chusma, la entraña,
conjuró de aquel barro de sangre
la noble azucena doliente de su alma!

II

¡Gota pura del bien absoluto
de la estirpe mortal, destilada;
prodigioso perfil de la errante
visión de justicia que sueña la raza;
profundísimo beso errabundo
que al rozar tus dolores, estalla:
perdurable tristeza divina
cubriendo las viles tristezas humanas!

III

¡Celestial mensajero que siente,—
mientras cruza los orbes y baja,—
la precisa intuición espantable
del hondo vacío voraz que lo traga!
¡Femenina zozobra que al mundo,
como palio de lágrimas, guarda;
gemebunda torcaz valerosa
que al prófugo crimen le tiende las alas!

IV

¡Corazón matinal, todo blanco,
cuyo fuego de hoguera ofrendaria,
con efluvios de mirra, perfuma,
de Job la rabiosa, la trágica sarna!
¡Corazón, cuyo amor intangible
sin buscar otro amor, se dilata,
como estuvo en el caos el Eterno,
sin peso, ni forma, ni rumbos, ni vallas!

V

¡Cual se tuercen y escurren flexibles,
sin lograr abatir la muralla,
ya tenaces, ya febles, ya locos,
bramando y silbando, los vientos que pasan:
la invasora legión de cariños
que á la vida real nos amarra,
no logró reducirle, siquiera,
ni al sacro materno dogal de la patria!

VI

¡Nebulosa de amor: de amor mismo;
sin la paz del hogar, que coarta,
ni la fiel amistad, que suprime,
ni aquel inefable deleite, que sacia!
¡No asirás, hombre fórmula y ergo,
su inasible figura esfumada:
como polvo de aurora, difuso,
difuso en la vida su espíritu vaga!

VII

¡Proyectó sugestiones de nimbo
su perpetua niñez inspirada;
rechazó lo carnal de sus carnes,
cual cisne jocundo que hiende las aguas;
no sufrió lobregueces de ocaso
su fulgor de lucero del alba:
blanco César triunfal de lo puro,
querube incorpóreo que preña las almas!

VIII

¡Como diestros, por sí, se detienen
los caudales del mar en la playa;
cual germina, y retoña, y produce,
silvestre, salvaje, libérrima planta:
ni el saber, ni el sofisma turbaron
su sagaz, pensativa ignorancia:
floración celebral; tierra virgen;
flamígero foco del verbo, que irradia!

IX

¡Como aquel predilecto que siente,
por geniales virtudes innatas,
la noción de las notas que surgen,
y ondean y ríen, cual ninfas hermanas:

pudo aquel predilecto admirable,
como disco luciente de plata,
reflejar, en la noche futura,
la eterna, la sola verdad soberana!

X

¡Formidable saber que redujo,
como á loca jauría, en su alma,
cual recoges el cielo en tus ojos,
y el mar, y la selva, y el río, y la pampa!
¡Formidable saber que sanciona
que tu bien y tu mal son palabras;
resonantes palabras vacías!
¡cicilio de púas internas que arrastras!

XI

¡Porque luz, y calor, y sonido
sólo son cerebrales fantasmas,
mientras vibran espacios y soles
sumidos en mudas tinieblas heladas!
¡Y así toda su ciencia y la mía:
nada más que impresión comparada;
nada más que ilusiones eternas
que aloja en nosotros el caos que no acaba!

XII

¡Pues si aquel escozor de la herida
que produjo, en tu carne, la daga,
ni le sufre tu músculo roto
ni aquel cincelado prodigio que mata:
la estupenda, la simple, la hermosa,
la cabal creación que proclamas
con la misma inconciencia que vives,
debajo del cráneo, vil necio, la fraguas!

XIII

¡Allí está el Universo! ¡Allí mismo
puso Dios su taller y su patria!
¡Desde aquella ruín madriguera
colora el vacío y esculpe la nada!
¡Y esos lampos de luz que fulguras,
su divino cincel los arranca!
¡Y esos torpes impulsos que sigues,
no son más que alientos de Dios que trabaja!

XIV

Puesto que, si el bacterio más breve,
breves horas, apenas, pensara,
llenaría, cual tú, su conciencia
de leyes, y dudas, y luces, y manchas.
¡Porque cada cerebro es el nudo
de la misma labor que le arrancan,
como el triste gusano cautivo
del frágil capullo de seda que labra!

XV

Puesto que, de infinito á infinito,
lo que es—no su aspecto: su masa;—
te conqnista, te absorbe, te agota,
cual Eva incansable que nunca se sacia;
mientras tú, viejo Adán de la vida,
poseído en la sombra, le amas,
con la inerte caricia profunda
del joven dormido que violan las hadas!

XVI

Y esto quiso Jesús, en tu abono,
cuando puso en la jerga que hablas
su perdón ilegal ¡que ha vencido!
y es esa que gozas, legal tolerancia!
Tolerancia que va paulatina,
como crece la fruta en la rama,
laborando en tu ley, el derecho
de abrir su capullo del todo las almas!

XVII

Y esto quiso Jesus, en tu abono,
cuando echó, por tu bien, á su espalda,
no la cruz de tus culpas, que dicen:
¡la cruz de la imbécil sapiencia pasada!
Y esto quiso Jesús, en tu abono,
fugitiva miseria de paja,
diminuto vibrión que conduces
del plan del Eterno, los hilos de llamas!

XVIII

Ni redujo su amor á linderos,
pues no fué su egoismo el que amaba;
ní alcanzó la virtud, con ser ella,

de aquel soberano la mínima gracia;
ni logró la mujer ablandarle,
nada más que cubierta de faltas;
y á sus pies, en la cruz, retorcióse,
de celos del crimen, su madre sagrada!

XIX

Convirtió su fracaso en victoria;
y en reflejos de solio, su infamía;
y á la cruz de su muerte, en el signo
que besan y besan las hordas qus pasan!
Se abrazó de lo vil ¡con sus brazos!
le sentó junto á Dios, que callaba,
y abrazados así, te sonríen
cual dos refulgentes deidades hermanas!

XX

Circuló su criterio de madre
por el haz de la recua postrada,
como ruedan, filtrando la nube,
jirones de luna por sobre la piara:
y un gemir de titanes vencidos,
y un hedor de sudores y llagas,
y un bramar de reptiles rebeldes,
subieron cual roja, fugaz llamarada!

XXI

Y lo mismo que al paso de Febo,
por el aire sutil, se dilatan
resplandores difusos que corren
por valles y cumbres y fuentes y charcas;
la primera, la sola caricia,
de su pecho fluyó sobrehumana,
como el mar, como el sol, como el éter,
cual todos los besos de amor que sonaran!

XXII

¡Sí, la fiera de ayer languidece!
¡sólo es puro el amor que no ama!
¡no son más que resortes que crujen.
los padres, los hijos, la aldea y la raza!
Como ya construídos los arcos,
las inútiles cimbras arrancas,
sobrará mucho barro de bestia
la vez que despliegues del todo tu talla!

XXIII

Se vislumbra en la historia su mole,
como azul eminencia lejana,
cuyos flancos enormes conquistan
los pueblos que crecen, á luengas jornadas!
Migración á la cumbre del Cosmos,
cuyas níveas regiones más altas,
cruzarás, si no abdicas, tan puro
cual cándida tropa de lirios con alas!

XXIV

Como el tierno capullo de loto,
con su lívida frente de nácar,
sobre charcos malditos, preside
la prófuga serie de soles que bajan;
su perfil soñador de azucenas,
rematando la cúpula humana,
como luz hecha flor, simboliza
la fulgida serie de soles que avanzan!

VICENTE NICOLAU ROIG

ENTRE AMIGOS

—Es un ángel, ¡te lo juro!
—Cuando tu lo dices...
—No,
es que también lo juró...
—¿Quién?
—El primo de ella, Arturo.
—Pues mira, yo te aseguro
que á mí nadie me la da.
¿Que es un ángel? lo será,
sobre eso no discutimos;
pero di, ¿de cuándo acá
los ángeles tienen primos?

CONFIDENCIAS

—Mira, cuanto más lo pienso
más en mi opinión me afirmo.
No puede darse, Julián,
peor cosa que el prurito

que tienen algunos padres,
y algunas madres lo mismo,
de ser demasido severos,
desigentes y maliznos,
cuando sus hijas pretenden
á algún hombre por marido.
—Manolo, tú no eres padre
ni madre, y es muy redículo
que discutas esas cosas
sin entender un comino.
Dí, ¿no es natural que un hombre,
honrao, si se quiere, y dizno,
trate, cuando llegue el caso,
de acortar á su hija el hilo
hasta saber si el tal novio
tiene pudor ú es un pillo?
—¡Pero si yo, propiamente,
no es eso lo que critico!
¡Claro que las precauciones
nunca están de más! Yo digo
que no debe nunca un padre
prudente tirar del hilo
demasiao, que muchas veces...
—Sí, se rompe...
                    —Tú lo has dicho.
—Si la mujer es honrá,
no puede haber tal peligro.
—¿Que no? Pa que te convenzas
de que aun estás en el Limbo,
voy á relatarte un caso
reciente, en el cual yo mismo
fuí el protagonista. Oye.
—Habla, que soy todo oídos.
—Tuve, Julián, una novia
hará dos meses y pico...
—Entonces, poco después
que salistes de presidio.
—A donde fuí por tu culpa.
—Eso...
          —No te enfades, hijo,
no he dicho ná.
                    —Vamos, sigue.
—Pues tuve una novia, digo,

aun más guapa que la Venus,
la madre de ese chiquillo
que Amor, por apodo, llaman,
el cual me hirió con tal tino
con una de sus saetas,
que estaba ya decidido
á casarme cevilmente,
¡ya ves tú si es sacrificio!
No era insensible la Paca
á mi amor, y aunque al principio
se mostraba un poco esquiva,
como toas, mi buen tipo
y mi labia hicieron mella,
á los dos días de sitio,
en su mente soñadora
y su corazón fué mío.
—¿No la hiciste algún osequio?
—¡Miá qué otro! ¡Pero muchismos!
La compré mil chucherías,
la hice regalos maníficos,
y, en fin, me gasté con ella,
por dar gusto á sus caprichos,
too el dinero que ella misma
me daba de su bolsillo.
—¿Cómo?
—¿Y qué quiés tú que hiciera?
¿hubiera sido más dizno
oponerme á sus deseos,
que también eran los míos?
Tal conduzta no era propia
de un hombre de mis principios,
ni de ti, que con la Patro
has hecho siempre lo mismo.
—Eso es verdaz.
—¡Pues entonces!
—Perdona si te he ofendido.
—Al ver toas mis finezas,
Paca me amó con delirio,
pero el bruto de su padre
(y dispense el adjetivo)
al saber nuestros amores
se puso hecho un basilisco
y la soltó á mi futura

soplamocos de lo lindo,
que yo sentí mucho más
que los palos que el indino
me propinó cierta noche
que me halló desprevenido.
Desde entonces traté, en vano,
de hablar con ella, más visto
que era del too irrealizable
mi pretensión, me hice amigo
de un joven que iba á su casa
y me pareció buen chico,
el cual, para complacerme,
escribió una carta al ídolo
de mi amor, la que firmé
con una cruz, como signo
de que pa mí era un calvario
la vida sin su cariño.
Pues, cartas van cartas vienen,
sucedió que al mes justito
la severidad paterna
se vió burlada y del nido
la tortolita inocente
se escapó...
—¿Con quién? ¿contigo?
—No, se fué con aquel joven...
—Lo cual que tú eres un primo.
—No, señor, porque la ingrata
debió escaparse conmigo,
pero puedo asegurarte
que no me importa un comino,
que la que así se conduce
con su amante más rendido
ni es mujer, ni tié vergüenza,
ni pundonor...
– Para, chico.
—Y, vamos, que no merece
honrarse con mi apellido.

VERDAD A MEDIAS

—Ha dicho un sabio, y no yerra,
á mi entender, que es el hombre
el animal, no te asombre,

más hermoso de la tierra.
—Y en parte, amigo Pascual,
acierta ¡por Belcebú!
porque hermoso no eres tú...
¡pero lo que es animal!

VOCACION DE MARIDO

—En cuartas nupcias, Ventura,
sé que te vas á casar;
¡eso se llama apurar
el cáliz de la amargura!
—¿Amargura? ¡Qué sandez!
—Vamos, ¿querrás tú negarme?...
—¡Como que vuelvo á casarme
en cuanto enviude otra vez!

ENTRE ESPOSOS

—¡Cuánto te adoro, Tomás!
¡Eres mi dicha, mi encanto!
¡Te amo tanto, pero tanto...
que no puedo amarte más!
La dulzura de tus besos
quiero aspirar, delirante...
—Bien, no sigas adelante...
¿te bastan doscientos pesos?

FUEGO

—¿Por qué maltratas, Melchor
de esa manera á tu esposa,
cuando humilde y cariñosa
se *abrasa* por ti de amor?
Mira, si es que no estás ciego,
que de olvidarte es muy dueña.
—¡Ca, hombre! cuanto más *leña*,
más se avivará su *fuego*.

ENTRE AMIGOS

—¡Olvídala! Esa mujer
no merece que la quieras.
¿Por qué así te desesperas
si aun dichoso puedes ser?
Mujeres hay á porfía,
pues dicen, y no te asombre,
que tocan veinte á cada hombre...
—¡Con seis me contentaría!

RECONVENCION

—Mis amargos sufrimientos,
¿no la inspiran compasión?
Tengo yo más corazón
y mejores sentimientos.
—¿Mejores?
—Sí, sí, ¡mejores!
Si usted me amase, María,
¿piensa, acaso, que podría
negarla yo mis favores?

DECLARACION

—¡Siento una inmensa pasión!
¡Por usted me vuelvo loco!
Mas... ¿le gusta á usted la unión
matrimonial, Asunción?
—¡A mí, sí! ¿Y á usted?
—¡Tampoco!

CARLOS ORTIZ

CANCION DEL BRONCE

Al viento las enseñas, hechas tiras
en los rudos encuentros sanguinarios,
desfilan los heroicos legionarios
bajo el arco triunfal. Arden las piras.

Junto á la Diosa de las rojas iras,
mientras lanzan los viejos campanarios
la canción de los triunfos legendarios,
que dormía en el bronce de sus liras.

El héroe se aproxima. Los clarines
anuncian á los fuertes paladines;
levanta el pueblo su potente grito,

y sobre esa embriaguez de la victoria
el bronce canta su canción de gloria,
cantando la epopeya al infinito.

EL POEMA DE LAS SOMBRAS

Entre triunfales púrpuras se aleja
el sol, celeste Apolo que fustiga
luminoso y soberbio, su cuadriga
que un áureo polvo en el espacio deja.

La noche de los crímenes amiga,
fúnebre avanza cual callada queja:
la Noche taciturna, que semeja
misterioso crespón que al mundo abriga.

El crepúsculo, heraldo de la bruma,
la tierra en tenue claridad esfuma.
Se borran de la luz los rojos rastros;

se extiende de las sombras el imperio,
y vibra de la Noche en el misterio
la celeste armonía de los astros.

ALBURAS DE CARNAVAL

«LA NIEVE»

Ya pasan las vírgenes de mórbidos flancos
y gráciles bustos de artística gracia;
las pálidas vírgenes cual témpanos blancos
de nieve arrancada á los montes de Tracia.

Del Carnaval llegaron las locas fiestas,
es hora de las risas y de las farsas;
cruzan las mascaradas alegres prestas,
y entre el ronco bullicio van las comparsas
al compás de los ritmos de sus orquestas.

El las filas del *corso*, do la Locura
impera, serpentinas y flores llueve;
y proclamando el triunfo de la hermosura,
como egregios jazmines de nívea albura
en su blanca carroza pasa *La Nieve*.

No es la gélida nieve que por los flancos
de las montañas, rueda vertiginosa:
es la nieve de amores, la misteriosa
nieve ardiente formada de bustos blancos,
corazones de fuego y almas de rosa.

Orgullo de los lirios de nuestros valles,
azucenas gentiles de nuestras calles
que en el lino sin mancha de los corpiños
encierran los flexibles y regios talles
con la virgen blancura de los armiños.

¿Quién derrite esa nieve? - Con sus fulgores
no es el sol, el sol ígneo de rayos rojos:
es el astro sublime de los amores,
es el sol que derrama sus resplandores
en el cielo sin nubes de amantes ojos.

Sus bucles perfumados agita el viento;
y cruzan, como cruzan el pensamiento
esos blancos fantasmas de los delirios,
cómo cruzan el piélago del firmamento
luminosas barquillas llenas de lirios.

Se oyen sus claras risas, sus argentinas
voces pueblan el aire de áureas canciones;
pasan cual siderales blancas visiones,
y vuelan á sus pechos las serpentinas
como lazos que ligan los corazones.

LA ORACION DE MARIA

A ti, Dios de mis padres,
á ti, Dios de los buenos,
único rey del mundo
Dios de la tierra y cielo;
á ti que hiciste el hombre,
el aire, el sol, el trueno,
arrodillada invoco
para elevar mi ruego.

¡Quisiera, oh Dios hablarte,
pero al hablarte tiemblo,
yo soy, Señor, un átomo,
vos infinito, inmenso!
Mas si sois grande y fuerte
sois tan piadoso y bueno
que por cuidar los astros
no olvidáis al insecto.

Por eso es que tu nombre
á pronunciar me atrevo,
por eso que á tu trono
humilde me presento;
y entre los coros de ángeles
y al celestial incienso,
mi corazón, que es puro,
Dios mío, yo te ofrezco.

Mis padres me enseñaron
tu ley, yo la obedezco.
Si tú lo mandas, vivo
si tú lo quieres, muero,
tu amparo no me falta,
Dios mío, ni un momento;
tu luz mis pasos guie
y alumbre mi sendero.

¡Por todos los mortales
dirijo á vos mi ruego,
piedad alcance á todos!...
Alcáncela uno al menos.
El, que me quiere tanto,
El, á quien tanto quiero;
tu luz guíe sus pasos
y alumbre su sendero.

Sobre mi patria extiende,
tu mano, Dios eterno,
la paz y la abundancia
cubran Señor su suelo.
Sucumban los tiranos,
triunfen siempre los buenos
y tu alabanza en coro
canten todos los pueblos.

PEDRO J. NAON

ESPUMAS

Á Rodolfo G. Godoy

I

Hoja seca que hacia el valle sobre el ala empuja el viento,
el misterio de tu idioma, la nostalgia de tu acento,
de tu vuelo la infinita, la doliente soledad:

incorporan como sombras en la tumba de mi pecho
los ensueños de un pasado, que las olas han deshecho,
raudas olas de un destino que empujó la tempestad.

II

Niebla plúmbea, niebla errante, tenebrario del espacio,
que te mueves sobre el río cual fantástico palacio,
y que oscilas y te alejas y evaporas como un tul;
el silencio de tu viaje, tu altivez meditabunda,
me recuerda mis martirios – ronda pérfida, iracunda,
que apagó los prismas áureos de un flotante lago azul.

III

Flecha obscura de los aires, temporaria golondrina,
de la diosa de las flores nunciadora sibilina,
que murmuras tu plegaria bajo el velo de crespón;
en los pliegues funerarios de tu densa vestidura,
del alción de mis pesares pienso ver el ala obscura,
ala negra á cuyo empuje cayó muerta la ilusión.

EL RAYO EN LA MONTAÑA

Á JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY

Bullle,
hierve,
salta,
truena,
como apóstrofe salvaje
la catarata, que quiebra
su ingente casco de espumas
sobre el broquel de las peñas;
... y allá, entre el turbión de nubes
donde vibra la tormenta,
como coraza de incendios
que se astilla en la pelea,
como volcán impetuoso
que en la alta cumbre revienta,
y entre púrpuras de llama
se revuelve en las laderas,
y en la hirviente catarata
cuelga su peto de estrellas,
como una boca de sangre
que entre los riscos bravea.

JARAMAGO

Á Moisés Numa Castellanos

I

El palacio está desierto, roto el arco por la ovija
va filtrando el sol que muere, su mirada pensativa
su mirada agonizante, como el beso de un adiós
el pinar parece un túmulo, vibra el arpa de las hojas,
traza el mar sobre la playa la incripción de sus congojas
y en su zambra el viento errátil de lo ignoto vuelo en pos.

II

El estanque está derruído; con saeta refulgente
no herirá su borde tronco la ignea luz de un nuevo Oriente,
ni ha de verse á la princesa dibujada en su cristal;
se han deshecho los sillares, las estatuas han caído,
y en el pórtico la alondra clama en lúgubre gemido
por el ara un tiempo vívida del hoy mustio florestal.

III

De la antigua balaustrada se alza el lirio entre las grietas;
en el parque no hay nelumbos, no hay orquídeas ni violetas,
ni en la verja abren su búcaro las campánulas en flor;
sube el musgo como víbora por la informe escalinata,
la ventana está vacía, no hay libélulas de plata
y la hiedra en las columnas prende el manto trepador,

IV

Ese lóbrego palacio que en su afán selló el olvido,
fué el magnético palacio por mis sueños erigido,
y al blasón de cuya clave puso el timbre de mi fe;
la princesa de su estrado, me dejó, fué la esperanza,
salió en busca de la dicha, la vió hundirse en lontananza,
y del rumbo de mi huella desvió el rumbo de su pie.

ILUSION

Á MI MADRE

I

Belleza impalpable,
belleza incorpórea,
imagen aérea
que toma la forma,
del arco de espuma que tiembla en la playa
ó el manto de niebla que el viento desfloca.

II

Visión fugitiva
que deja en la sombra
la diáfana estela
de un astro, que corta
en surco brillante las ondas del éter
y oculta en las nubes su olímpica antorcha.

III

Viajera intangible,
deidad luminosa,
del peplo tejido
con flecos de aurora
desata los pliegues dejando en el aire
disuelto en espiras su mágico aroma.

IV

Magnética sílfide
su fúlgida aureola
esplendente en el rayo
sútil, con que asoma
la luna que vuelca su copa de nácar
plateando del bosque las trémulas hojas.

V

El lago le ofrenda
sus rítmicas notas,
la bruma le ciñe
magníficas orlas,
le ofrece el espacio su imperio infinito,
el cielo su manto y el sol su corona.

VI

Errante caricia,
seráfica forma,
enciende las ramas,
se mueve en las olas,
agita en el valle la randa de espumas
y cuelga en las cumbres su velo de novia.

VII

Figura radiante,
fantástica diosa,
perfuma el vacío
su traje de blondas,

la fe la bendice, su solio es el alma,
su cetro el ensueño, su patria la gloria.

VIII

Cuando ella se aparta
la vida es la sombra,
no hay luz ni matices,
acordes ni aromas,
y abisma en el ponto su fúlgido vuelo
la dicha que estrella su lira en las rocas.

CASIMIRO PRIETO

LA MODESTIA

Una blanca nubecilla
quiso velar, inocente,
la luz del sol refulgente,
que cual disco de oro brilla.
Mas, sin humillarla el sol,
filtró sus rayos por ella,
y para hacerla más bella
la encendió en áureo arrebol.
. . . .
Como la nube del cielo
es tu modestia, María:
en vano ocultar ansia,
cual blanco, flotante velo,
el claro sol, sin capuz,
que centellea en tu mente
y en tu pensativa frente
quiebra su dorada luz.
De tu inteligencia el sol
filtra sus rayos por ella,
y para hacerla más bella
la enciende en áureo arrebol.

GEDEON Y EL SUICIDIO

Más que acto de cobardía,
es el suicidio, en rigor,
una prueba de valor, —
el buen Gedeón sostenía.—
Tanto he sufrido, añadía,
víctima de las dobleces
de gentes ruines y soeces,
que á no haberme acobardado,
ya me habría suicidado
lo menos catorce veces.

GEDEON, ERUDITO

— Gedeón...
—¿Qué hay, esposa mía?
—¡Nada! que saber quisiera
cuál fué la industria primera...
La de la *panadería.*
Cuando Adán, tentado un día
por la maldita serpiente,
pecó, Dios Omnipotente
dijo á nuestro padre Adán:
— Desde hoy ganarás el *pan*
con el sudor de tu frente.

LA PATRIA

A mi señor tío político
D. Federico L. Gutiérrez.

—¡Adiós!...
—¡Oh, fatal estrella!
—¡La patria lo exige, Blanca!
—¡Pues de mis brazos te arranca,
reniego mil veces de ella!
—¿Por qué tu labio la ofende?
—Contra quien me infiere agravio,
no puede callar el labio
la ira que en mi alma enciende.
—¿Tienes de la patria celos?
—¿No destruye, en sus rigores,
cadenas hechas de flores
que un día ataron los cielos?
¿Y para qué tales lazos
quebranta con mano ruda?
¡Para arrojarte, sin duda,
cadáver yerto, á mis brazos!
¡No te alejes!...
—¿Y mi honor?
En vano, Blanca, te empeñas...
esa patria, que desdeñas,
me llama á luchar...
—¡Traidor!
¡Por ella mi amor olvidas!
—¡No! ¡por ella más te quiero,
y del odio el dardo fiero
no encono así tus heridas!
Desecha injustos enojos
y vea mi amor vehemente
sin nubes tu blanca frente,
sin rayos tus negros ojos.
¿Qué es la patria? Cuanto encierra
el santo, nativo suelo;
la luz, que baja del cielo
para iluminar la tierra;
la cuna do hemos nacido,
el río de claras ondas,

la flor, la planta, las frondas,
el insecto, el ave, el nido;
cuantos seres adoramos,
cuantas memorias tenemos,
el hogar que defendemos,
las dichas con que soñamos;
cuanto, Blanca, nos rodea,
ya cause pena ó placer,
y ante todo, la mujer
de ojos de lumbre febea
que en la lucha enardecida,
donde el corazón se inflama,
impulsa al hombre que la ama
á dar por ella la vida!

LOS NIÑOS TERRIBLES

Al reputado escritor
D. Carlos Vega Belgrano

—¿Se puede entrar, vecinita?
—(¡Qué muchacho más travieso!)
Adelante... y dame un beso;
¿á qué debo tu visita?
—Pues... venía aquí á jugar,
si á usted no le causa enojo.
—¿Por tal infantil antojo
crees que me he de enojar?
¡Hábrase visto inocencia!
Mas antes, caballerito,
dígame usted muy clarito:
¿pidió á su mamá licencia?
—No.
— ¡Mal hecho! ¿qué dirá?
¡irse sin decirle nada!
—Estaba muy ocupada...
en arañar á papá.
Por eso el bulto escurrí.
—Si es así, aplaudo tu idea,
mientras dure la pelea
vale más que estés aquí.
—¡Daba mamá cada grito!...
—¿Y por qué se disgustó?

—Pues porque lo aseguró,
no sé quién, que papaíto
tiene un hijo *natural*...
—¡Jesús!
—Y ahora reparo
en que yo, su otro hijo... ¡claro!
debo ser *artificial.*
—(Ya comprendo la querella;
si él engaña á su costilla,
no me causa maravilla
que saque las uñas ella.
¡Hace bien! ¿qué esposa aguanta,
á no haberse envilecido,
tal infamia del marido,
por más que sea una santa?
Señora tan excelente
no merece esos agravios...
¡Es un ángel! en sus labios
nunca hay una frase hiriente.
Bueno es que al rigor acuda,
ya que ultrajada se ve.)
—Pero, vecina, ¿por qué
se quedó usted seria y muda?
Yo vine á jugar aquí,
pues jugando gozo y río,
y usted...
—Perdona, hijo mío;
el juego al olvido di
pensando en la cruda guerra
que estalló en tu pobre hogar;
¿y con quién quieres jugar?
—Con su perra.
¿Con mi perra?
¡si yo no tengo ninguna!
—¿Eh?
—¡Ocurrencia más graciosa!
¿quién te ha contado tal cosa?
—¿Que no es cierto?
—¡Por fortuna!
(Este chico desatina
ó le engañaron, quizá).
—Pues, ¿por qué dice mamá
la *perra de la vecina?*

CRISTIAN ROEBER

MONOS

Cuando según la historia y la voz pública
sucedió al patriarcado la república,
dieciséis chimpancés de pura raza
por simiana afición iban de caza
y encontraron un río y una cuerda
que lo cruzaba de derecha á izquierda.
Se acordó, sin protesta de ninguno,
pasar por aquel cable uno á uno,
y fué al principio operación sencilla
llegar desde una orilla á la otra orilla.
Mas no se sabe aún con qué pretexto
rompió la cuerda un chimpancé retinto,
que ocupaba el lugar décimoquinto,
y se ahogó el chimpancé décimosexto.
El narrador agrega: Yo atestiguo
que cuando en aquel tiempo y mundo antiguo
la primera república imperaba,
ya era el último mono el que se ahogaba.

SIMBOLICA

I

Blancas las ropas, blanca la cuna,
blancas sus manos angelicales,
blancos los rayos de la alta luna
que se filtraban por los cristales.
Blancas visiones
las que pasaban
en procesiones
por las regiones
de sus ensueños y se elevaban
en tardo vuelo
y en prolongada columna al cielo,
como los humos del incensario,
cuando lejano rayaba el día
y el alba pálida emblanquecía
la torre esbelta del campanario.

II

Negros los paños, negra mortaja,
negras insignias las de la muerte,
de ébano negro la estrecha caja
donde dormía su cuerpo inerte.
Vestía el suelo
fúnebre alfombra,
nublaba el cielo
fúnebre velo
y se elevaban entre la sombra,
como visiones,
los negros humos de los blandones
que iluminaban el solitario
túmulo negro, cuando venía
la obscura noche y ennegrecía
la torre esbelta del campanario.

PERROS

Un pachón salamanquino
salvó á un sabueso de Cieza,
que se cayó de cabeza
á la balsa de un molino.
Y al emprender el camino,
á través de un bosque espeso,
juntos pachón y sabueso
en excelente amistad,
puso la casualidad
ante sus ojos, un hueso.

Por él, debajo de un pino,
lucharon en la maleza.
Triunfó el sabueso de Cieza,
y el perro salamanquino,
ensangrentado y mohino,
dedujo en su soledad
esta penosa verdad,
como lección del suceso:
«En donde se encuentra un hueso
se concluye la amistad.»

JOAQUÍN CASTELLANOS

LA LEYENDA ARGENTINA

Cuando los dioses con su rayo hirieron
de Prometeo la cerviz erguida,
los buitres hasta el Cáucaso subieron
olfateando la sangre de su herida;
y al mirarlo amarrado en las montañas
rugiendo en sus sollozos formidables,
se lanzan insaciables
á roerle con furia las entrañas.

Así fué como en época lejana
tras el descubrimiento, la conquista
vino sobre la tierra americana,
y su inmenso vergel se abrió á la vista
de la hambre de oro y la ambición hispana.

Turbas de aventureros se lanzaron,
y en busca de riqueza ponderada
los rincones de América escarbaron
con la cruz en el puno de la espada,
y la espada homicida
por el fraile canalla bendecida.

Y ruinas sobre ruinas hacinando
forman una pirámide de escombros,
en cuyo enorme vértice clavando,
su negro pabellón en sangre tinto,
y con las fuerzas de un titán alzando
esa inmensa pirámide en sus hombros,
la arrojan á los pies de Cárlos Quinto.

Con vivientes despojos
de pueblos que oprimían,
mientras cantaba el sacerdocio en coro,
los vencedores un festín hacían;
sacrílego festín, donde servían
sangre por vino y por manjar el oro.

Cortés, para guiar á sus legiones,
sus naves quema, y la rojiza hoguera
del incendio enarbola por bandera,
y avanza con el trueno en los cañones
sobre desconocidos hemisferios.
para morir ó conquistar imperios.

En tanto que Pizarro
soñando en hechos como su alma grandes,
quebró de la conquista bajo el carro
el cristal de la nieve de los Andes,
y en el nombre maldito
del Dios de los católicos hería
y el nombre de ese Dios leer no sabía
sobre la uña de Atahualpa escrito.

. . . .

El despotismo vencedor convierte
los pueblos en rebaños,

y su diluvio universal de muerte
á la América entera dejó inerte
por el espacio de trescientos años.

Era un mar de dolores la existencia
donde ese pueblo estaba sumergido;
el cuerpo por los hierros oprimido,
por el fraile oprimida la conciencia.

En sus desiertos campos
sólo con llanto de amargura lleno,
las madres á sus hijos bautizaban,
que desde el seno maternal pasaban
de la más negra esclavitud al seno.

Fué el continente entero un calabozo,
tumba inmensa sin lápida mortuoria,
y un prolongado, universal sollozo
que tres siglos duró—¡hé ahí su historia!

¡Sierva de la fortuua era la gloria
y cómplice del crimen la fortuna!

¡Tierra elegida para ser la cuna
del nuevo Cristo que en su ardor fecundo
salvando pueblos, formará naciones!
Provincia de Misiones,
Yapeyú, Nazaret del nuevo mundo,
pídele al cielo nubes de tormenta,
y á la tormenta el huracán, el trueno,
que andando el tiempo engendrará en tu seno
el rayo vengador de tanta afrenta.

¡América infeliz! Reina vencida
y en tu propio palacio encarcelada,
que restañas la sangre de tu herida.
con una astilla de tu rota espada!
Virgen guerrera de las armas de oro,
de tu antiguo esplendor como un emblema,
ciñe á tu frente la real diadema
y empuña tu arco y tu carcaj sonoro;
llama á la tempestad carro de bronce,
y haz que lo arrastre el torbellino ciego,
donde el ronco clarín del trueno se halla,
el iris, arco inmenso de batalla
y el rayo, dardo espléndido de fuego!...

. . . .

Pasó el tiempo y los pueblos despertaron,
en torno la mirada dirigieron,
y cuando en tanta esclavitud se vieron
sin Dios, sin patria y sin hogar se hallaron!

Y aunque al salir de su mortal desmayo
están desnudos, pobres indefensos,
lanzan de su alma electrizada el rayo
y hace erupción de luz el sol de Mayo
y la difunde en ámbitos inmensos!

Del cielo y de las cúspides nevadas
su pabellón en el color tiñendo,
piden su ronca voz á las cascadas,
á las tormentas su furor, y espadas
de sus cadenas con el hierro haciendo,
sofocan en la cuna como Alcides
del torpe despotismo las serpientes
y cuerpo á cuerpo en sanguinosas lides,
se lanzan con la raza de los Cides,
en campo abierto á combatir valientes!
¡Titánica contienda, duelo á muerte
del pueblo niño y la nación pujante,
que ante el mundo renueva de esta suerte
la lucha de David con el gigante!

Como un astro que lleva vagabundo
un globo en formación en sus entrañas,
ellos, de su alma en el afán profundo,
llevando el porvenir de todo un mundo
se dieron cita al pie de las montañas!

Y las montañas hasta el cielo alzaban
sus blancas cumbres por el rayo heridas,
cuyas enormes moles extendidas
por todo un horizonte, semejaban
un fantasma coloso, que llevando
en su cuerpo armadura de granito,
y la nieve en su frente
como casco de plata refulgente,
para impedir la entrada al infinito
se levanta en las sombras impotente!

Precipicios y abismos se ocultaban
entre las selvas vírgenes y grandes;
los Andes sobre el mundo se elevaban

y el Tupungato audaz sobre los Andes!
Montaña adusta que en las sombras vela
y una armada legión viendo que avanza,
voces de alerta con el trueno lanza.
  Porque es el centinela
que á su vanguardia colocó sombrío,
la Cordillera, ejército de montes,
para espiar los lejanos horizontes
en las mudas fronteras del vacío!

  Allí la inmensa soledad encierra
las tempestades, el alud, los vientos;
una continua agitación la tierra
y un desorden sin fin, los elementos!
Allí el suelo al pisarlo se estremece,
y á cada paso alguna cima abierta
tan honda se distingue, que parece
de un mundo subterráneo la ancha puerta;
precipicios sin fin en cuyas bocas
se oye en la noche con terrible estruendo,
que de las altas cimas van cayendo
masas de nieve y árboles y rocas!

  Al pálido lucir de un sol de otoño
que chispea en las lanzas y en los cascos,
entre el estruendo del alud que rueda
        descuajando peñascos,
        el fragor de las armas
y el áspero rugir de los torrentes
        que caen de las laderas,
        van las haces guerreras
        trepando las pendientes!
  La tierra absorta las miró con pasmo
que por sus flancos la montaña asaltan,
sin pararse á contar en su entusiasmo,
cuantos tiranos que vencer les quedan
ni cuantos pueblos que librar les faltan!
        En vano las gigantes
        y enormes Cordilleras,
su muro inmenso de granito oponen,
que casi va del uno al otro polo;
ellas las rocas áridas que sólo
los astros y las águilas trasponen,
pasan y siguen su triunfante marcha;

aunque la lluvia en nieve se condensa
superponiendo á la montaña inmensa
otra montaña colosal de escarcha!

Y cuando un día en la mitad se hallaron
de esa selva de montes colosales,
á medirse en su altura se pararon;
mas luego que miraron
el vuelo de las águilas reales,
diciendo: «¡Subiremos donde subes!»
subieron como el águila á las nubes.

Monarca alado de las altas cimas,
contempla el cóndor asombrado y mudo,
esos seres extraños de otros climas,
posado al borde de un peñasco agudo.
Para verlos mejor, de cumbre en cumbre
alza el vuelo, trazando
su curva inmensa sobre un mar de lumbre,
las rocas con sus alas azotando;
y dice, hablando así consigo mismo:
«¿Serán hijos tal vez de las llanuras?
¿ó genios que arrojados del abismo
pretenden escalar estas alturas?
¿Han descendido, acaso,
desde el carro del Sol, cuando en la tarde
sobre la nieve de las cumbres arde
con las pálidas tintas del ocaso?»

Tiembla y eriza su plumaje entonces,
con profundo rumor, al sentir luego,
los cañones rodar, monstruos de bronce
con un ojo de fuego!
Hasta las tribus bárbaras salieron
del fondo del desierto y se acercaron,
y cuando el rumbo de su marcha vieron
de nuevo al fondo del desierto huyeron
después que un grito de estupor lanzaron!

Dios, que á los héroes el honor dispensa,
quiere de tanto arrojo en recompensa,
que pasen bajo un pórtico de gloria
los que á la muerte van ó á la victoria;
y el iris ante el sol, su curva inmensa
estiende sobre pálidas neblinas;

¡arco de triunfo, pórtico infinito.
cuyas altas columnas de granito
son las gigantes cúspides andinas!

Y al tocar esas cúspides nevadas
al compás de la música salvaje,
que forman en las peñas las cascadas
y el viento en el ramaje,
el himno nacional cantan en coro;
salmo y oda magnífica, imponente,
que hubieran, sí, podido dignamente
cantarla sin desdoro
los inmortales con sus arpas de oro
entre el estruendo de un millón de voces,
cuando en los cielos terminó la guerra
gigante de los dioses
con los titanes, hijos de la tierra.

. . . .

La Libertad es un edén soñado,
una especie de América escondida,
que es preciso arrancar con heroísmo
de entre las sombras de un profundo abismo
y al través de los mares de la vida!

¡A ti, el Colón de tan sublime empresa,
á ti, el caudillo de una gran cruzada,
hoy te proclama, San Martín, la historia
el nuevo Aquiles de una nueva Iliada!
¡Héroe que á la inmortal obra de Cristo
prestas el brazo y el valor de Marte,
con la imagen del Sol en tu estandarte
trémulo el orbe de estupor te ha visto!
Tú, cuyo genio brilla
como antorcha de luz para los pueblos,
para los opresores como tea,
mártir apóstol, redentor, soldado,
que te presentas en la lucha armado
mas bien que de unaespada, de una idea,
antes que al llanto tus soldados lleves,
como en un nuevo Sinaí bendito,
te paras sobre un trono de granito
en la región de las eternas nieves!
Allí en tus huestes el valor exaltas,
y alzas, montado en tu corcel de guerra,

el más bello estandarte de la tierra
del planeta en las cúspides más altas!

La diosa Libertad entre sus manos
lo toma y dice ¡Ved aquí el emblema
de vuestra redención, americanos,
seguidlo al campo de la lid suprema!

Y el planeta á su vez como un navío
que el mar del infinito surca errante,
va paseando triunfante,
del espacio en los vastos horizontes
nuestro glorioso pabellón sagrado,
que flota enarbolado
en sus gigantes mástiles, los montes!

Lavalle y Necochea
como cachorros de león hambrientos,
ganosos de probarse en la pelea,
para abrirse camino
la ruda escarcha con sus sables rajan,
y á modo de rugiente torbellino,
la áspera cuesta los primeros bajan.
Por vez primera y sin perder sus bríos
nuestro hermoso corcel, hijo del llano,
bebió en los manantiales de los ríos
que corren á morir al Grande Océano.
Al metálico estruendo de las armas
y al marcial clamoreo de las huestes,
los ecos de los valles respondían
con la voz de los roncos huracanes
ya su paso encendían
sus rojas llamaradas los volcanes;
cuyo brillo en la noche semejaba,
iluminando su camino incierto,
la columna de fuego que guiaba
á los hijos de Israel en el desierto!

Después del rudo y áspero descenso
hallan el enemigo, la batalla,
el triunfo ó el martirio—y cuando estalla
la voz del bronce y el primer disparo
de soledad en soledad retumba,
su bronco trueno despertó en la tumba
la sombra de Lautaro.

que en medio al humo del combate denso
en forma de relámpago se lanza
y repitiendo sin cesar venganza,
cruza terrible en el espacio inmenso!
Afilado en las rocas de la cumbre
el hierro llevan, que á través de ríos
de bosques y de páramos sombríos,
trazó brillantes círculos de lumbre
desde el Plata á los Andes
y hasta el alto Perú, tierra encantada
que baña el Amazonas con sus brazos;
bajo sus golpes se rompió en pedazos
de Zaragoza y de Ba lén la espada!
Y desgarrando el estandarte ibero
lo hizo con sus legiones
por el polvo arrastrar, ¡roto en girones!

Esa espada que un tiempo
desastillando cetros de opresores,
hizo que ante ella con terror profundo
se inclinen los altivos vencedores
de Bonaparte—¡vencedor del mundo!
Esa espada relámpago que hería
en las batallas al compás del trueno,
era el gigante espíritu,
el pensamiento que surgió del seno
de la inmortal revolución de Mayo,
cuando en brillante acero de pelea
y en verbo alado se encarnó su idea,
¡como el fluido eléctrico en el rayo!
Los soldados del ideal sublime,
los voluntarios de la gran cruzada
que los destinos de la patria amada
de la ominosa esclavitud redime,
teniendo ante su vista
por campo de batalla un continente,
van coronados de laurel la frente
de un mundo á la conquista,
cuando á ser libres ó á morir resueltos
descienden á los llanos
á volcar tronos y á domar tiranos!
Como gigantes de otra edad, que envueltos,
según cuentan las viejas tradiciones.

de alguna fiera con la piel diforme,
iban armados de su maza enorme
á rendir monstruos y amansar leones!

. . . .

La grandeza de Dios no cantan sólo
de la inmensa creación los esplendores
con sus auroras fúlgidas del polo
que en la nieve reflejan sus colores,
el eterno suspiro de la brisa,
sus nubes de oro, y la perpetua risa
de la luz en la ondas y en las flores!
¡No! Que también en la gigante esfera
donde piensa el mortal, obra y se agita,
la grandeza infinita
del Creador de los orbes reverbera!
Porque dejando luminosos rastros
al par revelan su poder fecundo,
en el cielo los astros
y las grandes acciones en el mundo!

En tanto que sostiene el equilibrio
del Universo y sus gigantes moles
y sus menores átomos gobierna,
cruza invisible en la extensión eterna,
formando mundos y eclipsando soles;
para fertilizar los continentes.
y unir los pueblos y acercar las zonas,
repleta las vertientes
del Plata, el Marañón y el Amazonas!
y en la revelación de las ideas
y el soplo de las grandes intuiciones
comunica su espíritu á los pueblos
y empuja á su destino á las naciones!
Por eso al campo de la lucha él mismo
lanzó nuestras legiones,
como una catarata de heroísmo
que revuelta y veloz, turbia sombría,
desde la cumbre descendió al abismo!
Y al sol de un nuevo día
con blancos copos que doró su lumbre
desde el abismo salpicó á la cumbre!
¡Catarata del rio de la historia
que en torbellinos rápidos se alzaba

y en cuya nube líquida brillaba
el inmenso arco iris de la gloria!

¡De nuestros héroes el torrente humano,
que en Chacabuco y en Maipú rompiendo
la barrera fatal de tiranía
con que de un pueblo hermano
la expansión á la vida se impedía,
van á la lucha atroz y al sacrificio
para que el Sol alumbre,
cuando los rayos de su disco vibre
sobre cada región del continente,
un pueblo independiente
en una tierra libre!
¡Para que sea como el mar y el viento
amplia su acción en la terrestre esfera
y libre y grande en la creación entera
como el aire y la luz, su pensamiento!

¡Dejando á su memoria
por monumento colosal los Andes,
buscan espacios y órbitas más grandes
donde giren los astros de su gloria!
¡El mar los llama y sobre el mar se lanzan;
de la escuadra argentina
en la vasta extención las naves flotan
y sus velas azotan
vientos de Maratón y Salamina!

¡Van del Estrecho á las ardientes zonas
dando á los pueblos libertad y leyes
y desde el ancho Plata al Amazonas
rompiendo de los reyes las coronas
sobre la misma frente de los reyes!

¡Y hallan al fin de su triunfal carrera,
de una lucha inmortal cumplido el plazo,
que el sol diadema de sus glorias era
y el asta colosal de su bandera
el monte Chimborazo!

— -

Y ese tiempo pasó. ¡Los argentinos,
entre la sangre, el polvo y la humareda
que en pos de los combates siempre queda,

pierden de vista el sol que sus destinos
marcó en sus frentes con la luz de Mayo,
y en lucha fratricida se ensangrienta
un pueblo cuya vida es la tormenta
y cuyo ardiente espíritu es el rayo!
¡Le trae de nuevo la ambición tiranos,
toda una tempestad lleva en el alma,
y sus coronas de laurel y palma
mancha con sangre que sus propias manos
vierten en guerra injusta contra hermanos!

¡La hiel del odio y el profundo encono
que iban dejando tantas servidumbres
entre las ignorantes muchedumbres
que en triste llanto y mísero abandono
yacían antes á los pies de un trono,
subieron hasta el cielo como sube
el vapor impalpable de la tierra
que condensado formará la nube
donde el rayo se encierra;
nube de tempestad, de cuyo seno
caerá como de una urna del vacío,
sobre los oprimidos, el rocío,
sobre la sien del opresor, el trueno!

. . . .

Terminada que fué la heroica guerra,
vuelven los hijos de la pampa un día
al pobre rancho que su hogar encierra,
y en premio á tanta hazaña
los redentores de una tierra extraña
se hallan esclavos en su propia tierra!
Siempre proscritos en la triste zona
del dolor, de la muerte y el olvido,
se junta y eslabona
de su errante existencia en el destierro,
al trabajo sin fin, la eterna pena,
como del prisionero en la cadena,
una argolla de bronce á otra de hierro!

¡Soñando en las grandezas del pasado,
mi vida solitaria
lleva el gaucho argentino, relegado
á la infamante condición del paria!
¡Pero al sentir que encuentra en su delirio

de paz, de dicha y libertad y gloria,
en la lucha el martirio
y el desprecio después de la victoria,
empuñando otra vez su vieja espada,
y el hacha del obrero
dejando al tronco de un ombú clavada,
huyo á los llanos donde su alma espande
libre como el pampero,
como el desierto grande!
¡Convertido en salvaje montonero
del desierto volvió; volvió más tarde
á vengarse del amo que insolente
lanzo un puñado de iras á su frente,
le escupió el rostro y le llamó cobarde!
Su odio entonces esa raza esclava
en un rapto de cólera desborda,
como el Océano una tormenta sorda,
como el volcán su contenida lava;
cuando en noche serena
como incendio que alumbra el horizonte
por la espalda del monte
suelta en rizos de fuego su melena!

. . . .

Cada época del mundo
tiene su eterna encarnación viviente,
y un fiel emblema de su edad sin calma
fué Rosas - ese espíritu fecundo
en sus instintos por el mal y el alma
salvaje, pero grande de Facundo!
Carácter de héroe y corazón de fiera,
que con sangre escribiendo en nuestra historia
ingratos triunfos sin laurel ni gloria,
semejaba en su rápida carrera
astro incendiado que se lanza ciego,
á seguir una inmensa trayectoria
dando á las nubes un color de fuego!

Tras la revolución viene el tumulto
y arrebatada por pasión salvaje
la clase pobre, el elemento inculto,
lanzado en el turbión del caudillaje
Sigue á sus corifeos exaltados,
ángeles vengadores de los pueblos

y apóstoles armados
de vagos ideales,
de confusos instintos que los llaman
con rumbo á sus destinos inmortales;
pero que haciendo de los pueblos mismos
una horda inquieta y un sangriento bando,
les iban con las lanzas señalando
lejanos rumbos al través de abismos.
y en ellos se lanzaron inexpertos;
entonces ¡ay! la libertad sagrada
que tiene eclipses como el sol, se ausenta,
habla en la soledad de los desiertos
de nuestros padres con las sombras grandes,
y arrastrando su túnica enlutada,
con ira santa va á romper su espada
contra las rocas de los altos Andes!

De allí sólo desciende
á vagar en las selvas correntinas,
ó en la escondida soledad se pierde
de Yapeyú buscando las ruínas!
ó á veces se lamenta al pie sentada
del laurel que ha brotado siempre verde,
sobre la tumba de Berón de Astrada;
otras en bosque de apartado valle,
puesta en un campamento solitario,
la bandera argentina por sudario
al cadáver de un mártir, de Lavalle!
El martírio es también una victoria
si un noble ejemplo para el mundo queda!
Por eso al contemplar de Avellaneda
la cabeza insepulta, ensangrentada,
sobre un madero en Tucumán clavada,
posa en su frente su postrera lumbre,
como al ponerse el sol, manda á la cumbre,
el destello de su última mirada!
O cual cóndor herido
que va á posarse en lánguido desmayo
sobre enorme peñasco carcomido,
fragmento de montaña desprendido
de una cumbre gigante, por el rayo!

La errante libertad busca un asilo
de los proscritos en el alma ardiente,

á quienes pudo el déspota inclemente
segarlos de su espada bajo el filo,
antes que hacerles doblegar la frente!
Sobre el arpa inmortal de Echevarría
gime una larga y fúnebre elegía;
yde Rivera Indarte con la pluma
en las Tablas de Sangre
pone del opresor ante la vista
de sus salvajes crímenes la lista.

Con la inspirada voz de los poetas
canta al pasado y el presente llora,
y á las turbas inquietas
les muestra el porvenir, cielo que dora
de una lejana redención la aurora!

Toma de mármol la robusta lira
y de sus cuerdas sobre el bronce herido
arranca un hondo y colosal gemido,
trueno de indignación—pampero de ira,
que va de boca en boca
repetido en el munbo americano,
como el rayo, al saltar de roca en roca,
á estrellarse en la frente del tirano!

Sin esas nobles luchas
donde tu inquieto corazón te guía,
donde tu altivo espíritu se espande
¡gloriosa patria mía!
Hoy tu destino con la paz sería
más venturoso, pero no más grande!
De esos desordenados elementos
de entre las ruinas de un caos salidos,
juntando los fragmentos
desechos y esparcidos,
formó la libertad, la nación nueva
que al salir de una obscura nubulosa,
como inmortal constelación, gloriosa
en el cielo de América, se eleva.

Pueblo á la vez libertador y mártir
que en pocos años condensó en su historia,
siglos de luto y décadas de gloria,
y en su marcha al progreso recorriendo,
de la vida en los ámbitos profundos,

la órbita universal en donde giran
los hombres, las naciones y los mundos,
y en su senda mezclando á la ventura
huellas de sangre y brilladores rastros,
tiene como los astros
¡una faz luminosa y otra obscura!

Su lucha y redención es en la vida
de Hércules al martirio semejante,
cuando después de la salvaje guerra,
en los bosques del mundo primitivo,
domó los monstruos que en la edad pasada
infestaban la tierra.

Y una noche, vistiendo empozoñada
la túnica fatal de Deyanira
tinta en la sangre del centauro Neso,
un fuego extraño por sus venas cunde,
y del labio arrojando espuma blanca,
del sufrimiento en el primer acceso,
por arrancarla de su cuerpo, arranca
sus carnes que caen hechas pedazos
y con la fiebre intensa
de horrible paroxismo,
hunde peñascos con sus fuertes brazos,
árboles saca de raíz, y él mismo
muriendo de dolor, convulso de ira,
en la cumbre de un monte
forma una grande pira,
donde purificado por el fuego
sobre brillante y tempestuosa nube
á la morada del Empíreo sube
¡y en la vida eternal revive luego!
Al festín de los dioses convidado
y ceñida la sien de una guirnalda,
se reclina, inmortal, transfigurado,
¡de una diosa gentil sobre la falda!
Es de la eterna Juventud la diosa,
que de las Musas entre el dulce coro,
le brinda, sonriendo cariñosa,
el néctar celestial en copa de oro.
¡Nación de Mayo, estás ya de regreso
sobre la senda de tu gran destino
y de la vida en el festín divino

te embriagas en el néctar del progreso!
A los pueblos hermanos
el llamamiento de tu voz invita,
para que en signo de una eterna alianza,
con la oliva pacífica en las manos.
vengan á devolverte la visita
que allá en gloriosos tiempos les hiciste
cuando de suelo de su misma patria
la plena y grande posesión les diste!
Y alza la Inteligencia soberana
un nuevo templo en que el mortal encierra
sobre tu suelo ¡oh patria americana!
los nobles frutos de la industria humana
junto á los frutos de la madre tierra!
Y este hermoso y magnífico inventario,
solemne exibición de los portentos
del arte y de la ciencia,
es del trabajo el inmortal santuario
y el templo de la paz por excelencia,
ante el cual se derrumba
la pagoda, la iglesia y la mezquita
que no son templos donde Dios habita
sino de muertas religiones tumbas!
Allí, en ese espléndido torneo
donde la oliva de la paz sagrada
con la palma del triunfo entrelazada
obtiene el vencedor como un trofeo!
Allí se mira en estupor profundo
que el hombre el cetro á la natura arranca.
Allí se ostenta el esplendor fecundo
del pensamiento humano, esa palanca
con que se puede levantar el mundo!

Allí en noble y pacífica contienda
van los soldados del combate diario
del trabajo, á dejar sobre el santuario
más digna y pura ofrenda
que esos guerreros de la edad pasada
que de sangre cubiertos,
colgaban de una encina consagrada
despojos y armas de enemigos muertos!

Nuestra madre, la América bendita
reina de dos Océanos,

toma, para acudir á nuestra cita,
la urna de la riqueza entre las manos
y la vuelca abundosa
en los altares de esa fiesta hermosa!
Y asombra al mundo con la [illegible] ofrenda
de los tesoros que su seno m[illegible]
como odalisca de oriental leyenda
que al hacer su tocado en la mañana,
por recrearse en el rumor sonoro
y verlas duplicarse en el reflejo,
sobre un bruñido espejo
de sus joyas volcaba el cofre de oro!
El sol en nuestro cielo reverbera
y su imagen de fuego se retrata
sobre las ondas límpidas del Plata
y entre los pliegues de la azul bandera!
De la bandera azul que se levanta
como un tiempo en la cumbre de los montes,
en el recinto de esa fiesta santa
para mostrarnos nuevos horizontes;
horizontes sin límite,
campos del porvenir, donde se espande
tu espíritu inmortal, patria querida,
pueblo nacido ayer y hoy ya tan grande!
Espléndida es el alba á cuya lumbre
principias tu ascensión; anchas las sendas,
y un día llegarás hasta la cumbre,
y será el día en que tu marcha emprendas
por todos los caminos de la vida
á tu fecunda actividad abiertos,
cuando, para estupor de las edades,
puebles de monumentos tus ciudades
y de inmensas ciudades tus desiertos,
lanzando á todos rumbos
la audaz locomotora,
ese Alejandro de la edad moderna
que el espacio devora
y al pensamiento humano
lleva del orbe á la conquista eterna!
Que uniendo pueblos, transformando imperios,
pasa bosques, llanuras, arenales
y estrecha los distantes hemisferios
con sus brazos de hierro colosales!

Como la blanca enseña que una nave,
cuando las hondas hiende
entre el horror de tempestad sombría,
para que sirva al náufrago de guía
de los más altos mástiles suspende!
Así, ¡oh! patria tu espléndida bandera,
de la existencia sobre el mar profundo,
llama á todos los náufragos del mundo
para brindarles tu natal ribera!
Y es ella y todo el suelo americano
como un regazo maternal abierto,
donde esa parte del linaje humano
en la miseria y el dolor caída,
con ansia al orientar su rumbo incierto,
puede encontrar la tierra prometida
tras el viaje angustioso en el desierto!

¡Pueblo argentino, trono reservado
para que reine un porvenir sin nombre,
Dios á la humanidad tu suelo ha dado
y en ti encuentra una patria el desterrado,
el alma un culto y un hogar el hombre!

Su poder soberano,
regio homenaje á tu beldad suprema,
puso el rayo al alcance de tu mano,
como alfombra á tus pies, el Océano,
sobre tu frente el sol, como diadema!

De un profético sueño en las visiones
ves que en el cielo tu destino escrito,
dice, que al frente irás de las naciones
á alzar en la creación nuevas creaciones
y á tomar posesión del infinito!

EDUARDO TALERO

RECUERDO PATRIO

La atroz codicia y la inclemente saña
crimen fueron del tiempo, y no de España.
QUINTANA.

Por honor á los héroes legendarios
de nuestra libertad; como herederos
del vencedor hidalgo que no empaña

su gloria con alardes incendiarios
del rubor de vencidos caballeros;
ya es bien que por decoro
el reproche se extinga y que de España
sólo recuerde América el tesoro
que recibió: la Cruz y el Evangelio
que ordenan el perdón; la maravilla
de las frases de oro,
de cristal, ó de férreas armaduras
con que el idioma puro de Castilla
revela las pasiones españolas;
infinitas ternuras
con suavidad de seda;
iras en un hervor como de olas
en palabras de fuego; misticismos
en plegarias fragantes de reseda
que ascienden en las alas del incienso;
y fragor de heroismos
en gritos que crepitan en hornazas
donde vibran clarines y corazas.

Ya es bien que sólo del amor el fuego
fulgure en los trofeos de la gloria,
pues la saña cruel y el odio ciego
son gelidas cenizas de la historia.

Por eso entre su solio de guijarro
el nuevo cóndor suena,
no ya con el bizarro
león de sus remotas tempestades,
¡no! que en su augusta peña
años ha que las puras claridades
de la cumbre moral mantienen viva
la tranza generosa
del laurel y la oliva;
¡no! porque la ablución maravillosa
del deshielo del tiempo en su montaña
lavó ya sus rencores contra España.

En la pampa el centauro
también refresca en el perdón su lauro,
mas sabe ya que si en su sangre hay otro
también hay hierro redentor que puede
hollar una vez más las cristalinas

blancuras de las cúspides andinas;
sabe que hoy puede, como hiciera otrora,
enarbolar sus crines cual banderas
de redención en costas extranjeras;
y que el león ibero
regido por ferrados paladines,
y el leopardo de acero
árbitro de tormentas y confines,
huyeron de sus santas rebeliones,
con sus púrpuras regias en jirones.

El nuevo cóndor sueña, mas vigila
en su almena de nieves y jarales
la inmensidad tranquila
donde el oro madura en los trigales;
y avizor, el monarca americano
ve abajo, en la llanura,
volar con mansedumbre
á blasonadas águilas guerreras;
divisa el Océano
ciñendo con sus franjas de blancura
la coraza de fervidos bajeles
cuyas bocas de fuego hacia el abismo
aullan, cual plutónicos lebreles
con voz de tempestad y cataclismo;
y ufanas de la paz, las blancas flotas
con su vuelo de gráciles gaviotas.

En su frondoso nido de laureles,
cuando escucha del odio las mareas
y mira tras las púrpuras febeas
temblar de indignación á sus cruceros,
que ansiosos de tronar en el combate
muestran reverberantes sus aceros
y hacen crujir de rabia sus amarras,
entonces sí que el corazón le late
de olímpico furor, ¡y abre sus garras!

Si el soplo de la pólvora algún día
lo embriagó de sagrada bizarría,
hoy aspira en su altura las serenas
ondas de humo y de paz que se levantan
de las chozas que están de amores llenas;
y del taller donde purpúreos cantan

brasas y corazones
el himdo redentor de las naciones.
Ve adentro, en las ubérrimas campiñas
el oleaje de oro de las mieses
y el jugo ensangrentado de las viñas
devolviendo al trabajo
el vigor florecido en placideces;
aguza su pupila al infinito
y sondea el arcano
al escuchar el acerado grito
en el fondo del llano:
y se siente titán allá en su muro,
porque ve que esos valles son el plano
dondo en rayas de hierro se plantean
con ecuación de trenes que jadean,
¡los grandiosos problemas del futuro!

R. J. PAYRÓ

MADRE E HIJA

—¿Te llamas la Argentina?
—La Argentina
—¿Cuál es el nombre de tu madre?
—¡Gloria!
—¿Tu raza fué?
—Mi raza fué divina.
—¿Quién te lo reveló?
—La Musa Historia.
—¿Fué tu raza muy noble?
—Una corona
de reyes: un castillo con almenas.
—¿Y era buena tu madre?
- Sí: lo abona
el que todas las madres son muy buenas...
—De mí, ¿qué piensas?
—Que esa faz altiva,
ese noble ademán. esa apostura
no admiten del amor la negativa.
—¿Me quieres, pues?
Te quiero con locura.
—Mas, ¿quién eres, señora, que en mi pecho
formas para el amor caliente nido?

¿Quién eres, ¡oh! señora, la que has hecho
que se despierte el corazón dormido?...
—Yo... yo fuí reina del inmenso mundo,
potente soberana por doquiera,
y el fulgurante sol, siempre errabundo
ha alumbrado perenne mi bandera.
Yo soy aquella que á la Europa toda
dictó su voluntad, marcó su sino.
Yo soy... la madre de la raza goda
que sujetó la rueda del destino.
Yo soy aquella que ensanchó del mundo
el límite ruin, con noble alarde.
Yo soy la madre que en mi amor confundo
á Cervantes, á Lope y á Velarde!
Yo soy aquella que venció del hado
con firmeza y valor la ruda saña.
Soy la mujer sublime que ha marcado
derroteros al mudo... ¡Soy España!
—Mil y mil veces escuché tu nombre;
también brilla en mi frente tu aureola;
y aunque soy la Argentina, no te asombre;
tú eres España, y yo... soy española.
¡Española! En mis venas, como fuego,
corre esa sangre del valor emblema.
¡Española! Cual tú no me doblego.
¿Quién, teniendo tu sangre, habrá que tema?
—Una hija tuve yo, que de mi lado
quiso apartarse. Ya tu edad tendría.
¡Hoy estará tan bella! La he soñado.
Soberana del orbe... ¡Es hija mía!
—Se separó ¿por qué?—Ya lo he sabido,
—Por Dios, sólo á una madre se abandona.
—¿Lo hizo así?—¿Fué por Dios?—Siempre lo ha sido
la noble libertad y eso la abona!
—A esa historia parécese mi historia.
Amo á mi madre y tuve que dejarla:
¡Quién á su madre deja por la Gloria!
Si más la aflige, es para más honrarla.
—¿Lo hiciste? El año diez.—¿Cuando afanosa
busqué la libertad, tú la buscabas?
¿Cuándo, muriendo, triste y dolorosa,
la hallé, Argentina, tú también la hallabas?
Mi hija predilecta, en aquel año

logró, también su libertad querida.
Si no temiera un nuevo desengaño,
prometiera á tu amor tu hija perdida.
—Reclinada en las márgenes de un río,
sobre el césped menudo de la orilla,
la que nació de este seno mío,
como una diosa resplandece y brilla.
—Junto á un río de plata, murmurante,
también habito yo. Mi reino llega
desde la Pampa inmensa hasta el Atlante,
desde el Andes al mar, que ruge ó ruega.
En la espesura de los bosques míos
todo es hermoso, pájaros y flores;
cual bruñido cristal lucen mis ríos;
mi cielo es fuente perennal de amores.
—La hija mía que adoro y es ingrata,
supo vencer á usurpador artero.
—Junto á la margen del tranquilo Plata,
vencido mordió el polvo el extranjero.
—Oh ¡conozco tu orgullo! Estrecho lazo
á las dos unirá desde este día!
¡Tu madre soy! Abraza cual te abrazo
hija del alma! – ¡Amada madre mía!...
Y la matrona y la gentil doncella,
en mutuo y dulce amor el alma fija,
santas las dos, las dos á cual más bellas,
preséntanse ante el mundo Madre é Hija.

VARIOS

FLOR IDEAL

Para ROSARITO ACHENAAG

Yo conozco una flor de cuya esencia
mi corazón se embriaga á la distancia:
es una flor que tiene tu inocencia,
tu virginal pureza y tu fragancia.

Cuando mi ser de pena se consume
ella que todas mis tristezas sabe
en mi espíritu exhala su perfume,
su perfume de amor, místico y suave.

Como el encaje de la espuma leve,
del sol el rayo ni el calor recibe:
es un jazmín de pétalos de nieve
que en el santuario de mi alma vive.

Anoche, en sueño de ideal ventura,
su secreto me dijo conmovida,
y hoy sé que eres la flor cándida y pura
que embalsama el ambiente de mi vida!

HORACIO F. RODRIGUEZ.

Santa Fe.

TRES CONSEJOS

Al río fué á bañarse Juan Estopa
y en la orilla dejó toda su ropa,
Y apenas en el agua metió el cuero.
toda la ropa le llevó un ratero,
Si te bañas, lector, lo más sencillo
es que guardes la ropa en el bolsillo.

De paseo, lloviendo, volvió Garro,
lleno el paraguas de pegoso barro.
Si una gira, lector, lloviendo fraguas,
no olvides de echar funda á tu paraguas.

No estaba vacunado Antonio Gamio
y se mató cayendo de un andamio.
Estaba vacunado Antonio Inhiesta
y murió de repente en una fiesta.
Los dos casos, lector, dicen á una
que no fíes del todo en la vacuna.

SALVADOR ALFONSO.

Buenos Aires.

GERMINAL

La vida estalla en erupción de amores,
y en las trémulas alas del insecto
el polen cruza por el aire infecto,
llevando extraña procreación de flores.

Al yermo inunda flujos redentores;
cambia el desierto secular de aspecto,
y en el férvido caos de lo imperfecto
bullen almas de cosas superiores...

El cieno se hincha presintiendo plasmas;
efloración vivaz de protoplasmas
llevan las ondas de raudal fecundo...

Palpita la creación... El germen prende...
y surge de la tierra, que se enciende
cual de un crisol, la Redención del mundo!

FRANCISCO A. RIU

La Plata.

AL CAMPO

Míreme el eterno amigo de mi infancia luminosa
donde el glauco arroyo muerde el tupido pastizal;
yo me voy al campo verde de la quiebra barrancosa
donde visten las lomadas los plumeros del cardal.

Tomaré la vieja pauta de mis sueños sin aliño,
cuando el casco de mi potro daba huellas de mi pie
junto al monte quejumbroso que talaba siendo niño,
como un hombre de conquista, persiguiendo un *diostedé*,

Era un gótico castillo de fantástica atalaya
el follaje de eucaliptus con la copa en ojival,
y ancho médano arenisco simulaba extensa playa,
donde alzaba crespas olas el ondeante pajonal.

Del tropel de mis recuerdos el bosquejo apenas queda.
Se ha esfumado tras del tiempo el albor de mi niñez.
Hasta el soplo de la brisa resbalando en la alameda
ya no entona la elegía por su trágica viudez...

Míreme el eterno amigo de mi infancia luminosa
donde tiemblan los rocíos como piochas de cristal.
Yo me voy al campo verde de la quiebra barrancosa,
tú te quedas entre el ruído de la gloria mundanal.

J. C. MOLINA MASSEY.

Buenos Aires.

SUGESTION

No me atrae tu rubia cabellera
radiante como un mágico tesoro,
que semeja un torrente despeñado
cayendo en profusión sobre tus hombros;
no me atraen tus labios palpitantes
donde anidan los besos rumorosos,
no me atraen tus férvidos abrazos,

ni tus blandas caricias, ni tampoco
la blancura marmórea de tu seno,
ni el fulgor de tus ojos luminosos;
lo que llena de sueños mi cerebro
es lo que tienes para mí de ignoto:
¡un gran misterio que yo sé que existe
en el abismo de tus negros ojos!
  Bien yo sé que este nuevo sentimiento
es un sueño fatal y misterioso;
bien yo sé que esta fiebre delirante
es un amor extrañamente loco
que surge desde el fondo de mi alma
como un castigo á mis instintos hoscos;
pero no huyas por eso de mi lado
ni se aparten de mí tus labios rojos,
estréchame como antes en tu seno
con tus brazos de helénicos contornos,
y cubriendo mi espalda con un manto
caiga el raudal de tus cabellos blondos,
y clava en mis pupilas tu mirada
brillante como un largo meteoro,
y déjame envolver en el misterio
del abismo insondable de tus ojos!

EMILIO BERRISO.

Buenos Aires.

CLAROBSCURO

  El combate cesó. Y en la llanura,
sangriento campo de tenaz batalla,
sólo el clamor del moribundo estalla
entre el silencio de la noche obscura.
  Surge de pronto en la riscosa altura
donde sembró el extrago la metralla,
un guerrero gentil, de enhiesta talla,
imponiendo en las sombras su figura.
  Los ojos tiende al campo de pelea,
su pecho oprime con crispada mano,
quiere avanzar y, exangüe, tambalea,
  cae, vacilante se incorpora, aspira
y con supremo esfuerzo sobrehumano.
¡oh patria! exclama el paladín y expira.

DIEGO FERNANDEZ ESPIRO.

La Plata.

INTIMAS

Tu amor, tu necio amor de envanecida
brotó en mi corazón como un capullo;
como un áspid del fondo de una herida,
como un hálito enfermo de un arrullo.

Y yo tuve valor con alma adusta
para arrancarlo de mis ansias locas,
como se arranca el liquen que se incrusta
en el estéil seno de las rocas.

¿Por qué, si frágil tu capricho ha sido,
intentas reanimar mis sueños yertos?
¡Hay muertos que se arrojan al olvido,
y yo quiero vivir como esos muertos!...

Nada me importa, si en la fe que violas
con tu traición, naufraga mi quimera.
¡Soy la nave que en medio de las olas
sabe hundirse, bien alta la bandera!

Nada me importa tu soberbio anhelo
de pompas de oro y de opulencia... ¿Sabes?...
¡Las aves van muy lejos por el cielo,
más lejos voy de donde van las aves!

Y así, orgulloso, visionario y fuerte,
una sombra seré de tu existencia,
sentado á los banquetes de tu suerte
como el Bankuo espectral de la conciencia.

FRANCISCO A. RÍU.

La Plata.

BOHEMIA

Es verdad...—Metafísico y artista,
cabalgando en mis sueños juveniles,
vagué un tiempo á través de los pensiles,
donde el mundo real no está á la vista.
Amé entonces—platónico optimista,—
la mujer, perfección de alma y perfiles,
y esculpí sobre diáfanos marfiles
la visión de mi espíritu idealista.
Pero al irla á concluir, vi con tristeza
que era huérfana de alma, y que en sus dones
un negro fondo había de impureza.

¡Y por eso, entre mil desolaciones,
hoy me siento á llorar sobre la huesa
donde el mundo enterró mis ilusiones!

OSCAR TIBERIO.

La Plata.

¡A ITALIA!

(EN CONMEMORACIÓN DEL 20 DE SEPTIEMBRE)

La hermosa cuna de Colón, del Dante,
de Rienzi, de Mazzini y de Giordano;
tremolando el pendón republicano,
sueña en romper su yugo denigrante.
Á la sagrada lid marcha arrogante
el hijo fiel del varonil romano;
¡y en cien combates, el audaz tirano,
Garabaldi humilló doquier triunfante!
Ni en la soberbia, la intangible Roma,
conseguir pudo, el torpe fanatismo,
las sombras proyectar de la sotana.
¡Que en la aurora del siglo que ya asoma,
saludamos los libres con civismo:
¡A la Italia gentil: republicana!

JORGE A. BOERO.

OCTAVA

Los pájaros, las brisas y las flores
anuncian que llegó la primavera,
el sol baña con tibios resplandores
los rizos de su rubia cabellera;
en el lecho nupcial de sus amores
palpita y ama la creación entera:
¡ay! ¡tan sólo mi vida es un desierto
en donde todo lo que canta ha muerto!

LEOPOLDO DÍAZ.

TU LAGRIMA

Sobre la blanca corola
de perfumado jazmín,
una perla transparente
sorprendí.

Y supuse, en mi embeleso,
en mi ternura, felíz,
ser la lágrima doliente
que derramaste por mí.

LUIS MARTINEZ MARCOS.

Santa Fe.

ROSAS

Consumen á las rosas escarlata
las caricias de Febo,
como á la fresca rosa de tu boca
el verano inclemente de mis besos.

JOSÉ M. QUEVEDO

La Plata

LOS HEROES

Por sanguinario ardor estremecido
sintiendo de su saña el acicate,
lanza el Bárbaro en medio del combate
su pavoroso y lúgubre alarido.
Semidesnudo, sudoroso, herido,
de intenso gozo su cerebro late,
y con su escudo al enemigo abate,
ya del espanto y del dolor vencido.
Surge de pronto claridad extraña,
y el horizonte tenebroso baña
un mar de fuego de purpúreas ondas,
y se destacan, entre lampos rojos,
los anchos pechos, los sangrientos ojos
y las hirsutas cabelleras blondas.

RICARDO JAIMES FREYRE

Buenos Aires

SONETO

DEL NATURAL

PARA APELES MESTRES

Desfallece la tarde: enrojecido
el astro diurno al horizonte rueda,
mueren los ecos de la selva y queda
como la selva sin rumor el nido.
La sombra avanza, y su crespón, tendido
como impalpable túnica de seda,
parece que en los árboles se enreda
y acalla de los céfiros el ruido.

Un instante, no más: la luna brilla
y el tierno beso de su luz derrama
de una orilla del lago á la otra orilla.
El ave estremecer hace la rama
y el raudo esquife de cortante quilla
vuela sobre el dormido panorama...

HORACIO F. RODRIGUEZ

Santa Fe

SARMIENTO

Como Aquiles, nació en abrupto monte;
como Ulises, domó mil tempestades;
tuvo el patriotismo de Milciades
y la pluma inmortal de Jenofonte.

VICTORIANO E. MONTES

Buenos Aires

CONFIDENCIA

No extrañes que en el atrio de la iglesia
se refugien los pobres, hija mía:
¡la Cruz es el hogar hospitalario
de los tristes vencidos de la vida!

En el templo ideal del Cristianismo
se refugia también otra mendiga.
¿Ignoras quién es ella? ¡Mi esperanza,
pordiosera de amor y de justicia!

DOMINGO DE VIVERO

Buenos Aires

EL CLARIN DE MAYO

Aun vibran del clarín las tempestades,
sus notas más que notas son ideas...
Al eco de esa voz se alzó la patria
como el noble titán de la leyenda.

Ayer cuando á raíz de las conquistas
ensanchaba la patria sus fronteras,
ese clarín cantando nuestras ansias
con lengua de oro ensordeció á la América.

Hoy flotan en sus bruscos arrebatos
rayos de sol, girones de bandera
y cabalgando audaz sobre el sonido
por la muda extensión la fama vuela.

Mas si mañana la ambición de algunos
buscara en la discordia luchas nuevas.
el eco de su voz vieran los orbes
crujir el cielo y tambalear la tierra.

¡Que aquel clarín feliz á cuyo arrullo
se amamantó la patria en la epopeya,
es inmortal y vibra en nuestras almas
como el fuego sagrado de las Vestas!

Manuel B. UGARTE

IDILIO DE ULTRA-TUMBA

Abrazados en la fosa están dos muertos
con sus ojos de un gris pálido entreabiertos.

Por sus labios, cual libélula indecisa,
se detiene vagabunda la sonrisa.

Por sus rostros, como lágrimas de cirios,
corre el llanto evocador de los martirios.

¿Qué murmuran sus cabezas inclinadas
semejantes á eglantinas desoladas?

¿Quién sus frentes ha ceñido de amapolas
taciturnas, y de fúnebres corolas?

Me parece que me buscan y me miran
con sus ojos, que, si giro, también giran.

Allí quedan en el féretro, inquietantes,
siempre juntos los inmóviles amantes.

Abrazados en la fosa están dos muertos
con sus ojos de un gris pálido entreabiertos.

Leopoldo DIAZ

Buenos Aires

MONTONERA

Llamean en el viento las banderolas
y se encrespan las crines y las melenas,
y aúnan al reflejo de las arenas
su brillo diamantino las tercerolas.

Los pañuelos anudan sus rojas golas
á las bravas gargantas de insultos llenas,
y el prepotente puño muestra las venas
donde pinta la sangre violadas olas.

Se encabritan los potros en el sendero,
las virolas responden en el apero
á las dulces milongas de las cigarras,

Y en el hinchado lomo los mocetones
van llevando la carga de sus canciones
pendientes de las cuerdas de las guitarras.

GOYCOECHEA MENENDEZ

Buenos Aires

MUERTA

Fué una noche de bárbaros martirios
cuando mis ojos la miraron muerta,
acostada en la caja descubierta
á la luz tremulante de los cirios.

En sus manos más blancas que los lirios
brillaba un crucifijo. En la desierta
sala, triste, apoyado en una puerta,
la miraba flotar en mis delirios.

Después, con paso lento y silencioso
me acerqué al ataúd. Su rostro hermoso
sonreía con magia y embeleso;

Y admirando aquel resto de belleza,
incliné, sollozando, la cabeza
y en sus labios dejé mi último beso.

EMILIO BERISSO

Buenos Aires

BION Y LA NINFA

Fué en la profunda noche del boscaje,
cabe el raudal que bajo el palío agreste
se quiebra en los cristales de la linfa,
donde, desnuda de su blanca veste,
el barco griego sorprendió á la ninfa.

Un tórrido bochorno con su ardiente
soplo, la vida enerva
de la flor, del insecto y la simiente;
de la agostada hierba
entre el mustio despojo
bruñía su esmeralda la cantárida:
el sol estaba rojo,
la tarde estaba cálida.

Llega al raudal la ninfa,
y en el cristal que sus ardores templa
hunde la planta breve;
el divino poeta la contempla,
y al admirar su desnudez sublime,
en su cuerpo de nieve
con frenético amor un beso imprime.

Se oyó un rumor...
En armonioso giro
movió sus ondas el cristal sonoro
y Céfiro, en las alas de un suspiro,
pasó ritmando un epigrama de oro.

Horacio F. RODRIGUEZ

Santa Fe

MADRIGAL

Ayer en el jardín te vi dormida
y, tal resplandecía tu hermosura,
que al verte imaginé, niña querida,
el vértigo sentir de la locura.
Te miré con extático embeleso,
ardió en mi pecho una pasión impura,
y á tus divinos labios viriginales
los míos acerqué, para en un beso
apurar las venturas celestiales.
Pero al írtelo á dar a repentíme:
tan pequeño, tan ruin, tan bajo víme,
que pensé que tocar tus labios rojos,
Asunción de mi vida, era ultrajarte,
que iba mi beso á producirte enojos,
que belleza y frescura iba á robarte.
Y al vencer con esfuerzo sobrehumano
la tentación, me dije con orgullo:
—¡Esta es la vez primera que un gusano
respeta la pureza de un capullo!

José GONZALEZ GALÉ

Buenos Aires

PAISAJE DE LUNA

De la vencida tarde
ya ni el celajo en las alturas brilla:
por los aires dormidos sólo se oye
el toque de oración de la capilla.
La luna se levanta

como una hostia sagrada en la espesura,
entre una vaga claridad que encanta,
rompe el aura en baladas de ternura.
Del apacible lago
riza las ondas mansas y adormidas,
y juega voluptuosa entre el ramaje
que gime en prolaciones doloridas,
Desplegada la vela
—tal el ala de un pájaro salvaje—
como del fondo azul de una acuarela
una barca se aleja del paisaje.
La linfa cabrillea
bajo los toques de la luz plateada
que la luna derrama esplendorosa
desde el sereno y terso azul colgada.
Quebrándose sonoras
van las olas al choque de la quilla,
y brincando traviesas gemidoras
se coronan de pálida espumilla.
De la nocturna calma
rompe el encanto misterioso y vago
el eco de una triste barcarola
que el aura trae en susurrante halago.
La voz del marinero
tiene inflexiones dolorosas y hondas;
quizá el recuerdo de su amor primero...
ojos azules... cabelleras blondas...
En misterioso viaje
acuden en tropel á su memoria,
despertando en su espíritu abatido
reminiscencias de pasada historia.
En tanto que á lo lejos
donde se tiende la flotante bruma,
de la luna á los pálidos reflejos
vése la barca que el confín esfuma.

Córdoba.

JUAN AYMERICH.

MUERTE DE LUIS XVI

I

Sobre el sangriento y fúnebre tablado
presentóse el monarca sin recelo
mientra á sus pies un pueblo exasperado

pedía su muerte con feroz anhelo.
De la venganza el ángel despiadado,
y la ambición con inconstante vuelo
nuevo fuego encendían; denso nublado
á los mortales ocultaba el cielo.
Y de Voltaire la sombra estremecida,
al contemplar el crimen inminente
huyó de su obra, tarde arrepentida.
Llegó el instante harto funesto; inclina
el desdichado rey su augusta frente
sólo esperando en la bondad divina.

II

—¡Franceses exclamó:—muero inocente!
¡Vana protesta! Un sordo vocerío
por la plaza se eleva de repente
y es preciso que ceda el hado impío.
Sobre el tronco fatal baja doliente
la cabeza con acto humilde y pío,
y la segur cayó rápidamente...
¿Do está, monarcas, vuestro poderío?
Ardiendo entonces de un furor insano
la plebe, de su rey entre la sangre
mojó las lanzas y ensució la mano...
Mas el libro del hado abrió el Eterno.
Y leyó en él: «La sangre pide sangre»
el cielo se turbó, tembló el averno!

JOSÉ EDUARDO CISNEROS.

Buenos Aires.

EL POEMA DE LA MAÑANA

Poco á poco, la luz en el oriente
con una vaga claridad dudosa
fué rasgando, cobarde y temblorosa,
la gasa ennegrecida del ambiente.
La azulada extensión del cielo riente
tiñóse al punto de topacio y rosa,
y en la nevada cumbre esplendorosa
alzó la aurora su radiante frente,
al beso de sus rayos, la mañana
dió en su lecho nerviosa sacudida;
irguióse presta, deslumbrante, ufana,
y bajo el terso palio que la escuda

sintióse alegre, desbordando vida,
al exibirse, á plena luz, desnuda!

JUAN AYMERICH.

Córdoba.

EL COMBATE

I

Cual pasmosos jinetes que tuvieran
por corceles las olas
y en fantástica marcha recorrieran
tierras de maldición, frías y solas,
con el ala tendida, empenachados
con el cálido aliento de sus senos
van los acorazados
forjando rayos é incuvando truenos,
Se avistan, se estremecen,
y plegando las alas,
la atmósfera obscurecen
con millares de bombas y de balas.
Relámpagos de muerte se levantan
de las torres blindadas;
y negras y agitadas
la entrañas marinas se dilatan
al empuje de quillas aceradas.
. . . . ,

II

En las olas que corren desbocadas
á refugiarse en la espantada tierra
van cabezas tronchadas,
brazos y bustos que esparció la guerra;
mientra en arcos de triunfo, que un exceso
de locura cincela,
va escribiendo el progreso
una historia que hiela!
Bárbara, ley que en nombre del delirio
instituyes la muerte,
yo, en nombre del horror y del martirio,
maldigo la sanción que te hace fuerte.

M. BAHAMONDE.

Buenos Aires.

MIRABEAU

Sublime tempestad de su elocuencia
preñadada de relámpagos y truenos,

resplandecía en los profundos senos
del corazón del hombre y su conciencia.
Carro de centellante refulgencia,
que tiraban hipógrifos sin frenos,
tal era la tribuna con los llenos
extentóreos rugidos de su afluencia.
Hasta el trono de gloria en que su planta
dejó estampado su inmortal vestigio,
asombrada mi musa se levanta;
que contempla en la sien de tal prodigio,
cuya grandeza al Universo espanta,
vuelto lauro imperial el gorro frigio.

F. MORALES,

Buenos Aires.

RAFAEL OBLIGADO

LA MUERTE DEL PAYADOR

Bajo el ombú corpulento,
de las tórtolas amado,
porque su nido ha labrado
allí al amparo del viento;
en el amplísimo asiento
que la raíz desparrama
donde en las siestas la llama
de nuestro sol no se allega,
dormido está Santos Vega,
aquel de la larga fama.
En los ramajes vecinos
ha colgado, silenciosa,
la guitarra melodiosa
de los cantos argentinos.
Al pasar los campesinos,
ante Vega se detienen;
en silencio se convienen
á guardarle allí dormido;
y hacen señas no hagan ruido
los que están á los que vienen.
El más viejo se adelanta
del grupo inmóvil, y llega
á palpar á Santos Vega,
moviendo apenas la planta.
Una morocha, que encanta
por su aire suelto y travieso,
causa eléctrico embeleso,
porque, gentil y bizarra,
se aproxima á la guitarra,
y en las cuerdas pone un beso.
Turba entonces el sagrado
silencio que á Vega cerca,
un jinete que se acerca
á la carrera lanzado;
retumba el desierto hollado
por el casco volador,
y aunque el grupo, en su estupor,
contenerle pretendía,
llega, salta, lo desvía,
y sacude al payador.
No bien el rostro sombrío
de aquel hombre mudos vieron,
horrorizados, sintieron
temblar las carnes de frío,
miró en torno con bravío
y desenvuelto ademán,

y dijo:—«Entren los que están
no tengo ningún amigo,
pero, al fin, para testigo
lo mismo es Pedro que Juan.»
Alzó Vega la alta frente,
y le contemplo un instante,
enseñando en el semblante
cierto hastío indiferente.
—«Por fin—dijo friamente
el recién llegado,—estamos
juntos los dos, y encontramos
la ocasión, que estos provocan,
de saber cómo se chocan
las canciones que cantamos.»
Así diciendo, enseñó
una guitarra en sus manos,
y en los raigones cercanos
preludiando se sentó.
Vega entonces sonrió,
y al volverse al instrumento,
la morocha hasta su asiento
ya su guitarra traía,
con un gesto que decía:
«La he besado hace un momento.»
Juan sin Ropa (se llamaba
Juan sin Ropa el forastero)
comenzó por un ligero
dulce acorde que encantaba,
y con voz que modulaba
blandamente los sonidos,
cantó *tristes* nunca oídos,
cantó *cielos* no escuchados,
que llevaban, derramados,
la embriaguez á los sentidos.
Santos Vega oyó suspenso
al cantor; y toda inquieta,
sintió su alma de poeta
como un aleteo inmenso.
Luego, en un preludio intenso,
hirió las cuerdas sonoras,
y cantó de las auroras
y las tardes pampeanas,
endechas americanas
más dulces que aquellas horas.
Al dar Vega fin al canto,
ya una triste noche obscura
desplegaba en la llanura
las tinieblas de su manto.
Juan sin Ropa se alzó, en tanto
bajo el árbol se empinó,
un verde gajo tocó,
y tembló la muchedumbre.
porque, echando roja lumbre,
aquel gajo se inflamó.
Chispearon sus miradas,
y torciendo el talle esbelto,
fué á sentarse, medio envuelto
por las rojas llamaradas.
¡Oh, qué voces levantadas
las que entonces se escucharon!
¡Cuántos ecos despertaron
en la Pampa misteriosa,
á esa música grandiosa
que los vientos se llevaron!
Era aquella esa canción
que en el alma sólo vibra,
modulada en cada fibra
secreta del corazón,
el orgullo, la ambición,
los más íntimos anhelos,
los desmayos y los vuelos
del espíritu genial,
que va, en pos del ideal,
como el cóndor á los cielos.
En el grito poderoso
del progreso, dado al viento,
el solemne llamamiento
al combate más glorioso.
Era, en medio del reposo
de la pampa ayer dormida,
la visión ennoblecida
del trabajo, antes no honrado:
la promesa del arado
que abre cauces á la vida.
Como en mágico espejismo,
al compás de ese concierto,

mil ciudades el desierto
levantaba de sí mismo.
Y á la par que en el abismo
una edad se desmorona,
al conjuro, en la ancha zona
derramábase la Europa,
que sin duda Juan sin Ropa
era la ciencia en persona.
Oyó Vega embebecido
aquel himno prodigioso,
é inclinando el rostro hermoso,
dijo: «Sé que me has vencido.»
El semblante humedecido
por nobles gotas de llanto,
volvió á la joven, su encanto,
y en los ojos de su amada
clavó una larga mirada,
y entonó su postrer canto:
—«Adiós, luz del alma mía,
adiós, flor de mis llanuras,
manantial de las dulzuras
que mi espíritu bebía;
adiós, mi única alegría,
dulce afán de mi existir:
Santos Vega se va á hundir
en lo inmenso de esos llanos...
¡Lo han vencido! Llegó, herma-
| nos,
el momento de morir!»
Aun sus lágrimas cayeron
en la guitarra copiosas,
y las cuerdas temblorosas
á cada gota gimieron;
pero súbito cundieron
del gajo ardiente las llamas,
y trocado entre las ramas
en serpiente, Juan sin Ropa,
arrojó de la alta copa
brillante lluvia de escamas.
Ni aun cenizas en el suelo
de Santos Vega quedaron,
y los años dispersaron
los testigos de aquel duelo;
pero un viejo y noble abuelo
así el cuento terminó:
—«Y si cantando murió
aquel que vivió cantando,
fué, decía suspirando,
porque el diablo lo venció!»

EL ALMA DEL PAYADOR

Cuando la tarde se inclina
sollozando al occidente,
corre una sombra doliente
sobre la pampa argentina.
Y cuendo el sol ilumina
con luz brillante y serena
del ancho campo la escena
la melancólica sombra
huye besando su alfombra
con el afán de la pena.
Cuentan los criollos del suelo
que, en tibia noche de luna
en solitaria laguna
para la sombra su vuelo;
que allí se ensancha y un velo
va sobre el agua formando,
mientras se goza escuchando
por singular beneficio,
el incesante bullicio
que hacen las olas rodando.
Dicen que, en noche nublada
si su guitarra algún mozo
en el crucero del pozo
deja de intento colgada,
llega la sombra callada,
y, al envolverla en su manto,
suena el preludio de un canto
entre las cuerdas dormidas,
cuerdas que vibran heridas
como por gotas de llanto.

Cuentan que en noche de aquellas
en que la Pampa se abisma
en la extensión de sí misma,
sin su corona de estrellas,
sobre las lomas más bellas,
donde hay más trébol risueño
luce una antorcha sin dueño
entre una niebla indecisa.
para que temple la brisa
las blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo
en tempestad de su seno,
estalla el cóncavo trueno,
que es la palabra del rayo,
hiere al ombú de soslayo
rojiza sierpe de llamas,
que, calcinando sus ramas,
serpea, corre y asciende,
y en la alta copa desprende
brillante lluvia de escamas.

Cuando en las siestas de estío,
las brillazones remedan (*)
vastos oleajes que ruedan
sobre fantástico río;
mudo, abismado y sombrío
baja un jinete la falda
tinta de bella esmeralda;
llega á las márgenes solas...
y hunde su potro en las olas,
con la guitarra á la espalda!

Cerró la noche. Un momento
Quedó la Pampa en reposo,
cuando un rasgueo armonioso
pobló de notas el viento.
Luego, en el dulce instrumento
vibró una endecha de amor,
y en el hombro del cantor,
llena de amante tristeza,
ella dobló la cabeza
para escucharlo mejor.

«Yo soy la nube lejana
(Vega en su canto decía)
que con la noche sombría
huye al venir la mañana;
soy la luz que en tu ventana
filtra en manojos la luna;
la que de niña en la cuna,
abrió tus ojos risueños;
la que dibuja tus sueños
en la desierta laguna.

«Yo soy la música vaga
que en los confines se escucha,
esa armonía que lucha
con el silencio, y se apaga;
el aire tibio, que halaga
con su incesante volar
que del ombú, vacilar
hace la copa bizarra;
y la doliente guitarra
que suele hacerte llorar!...»

Leve rumor de un gemido
de una caricia llorosa,
hendió la sombra medrosa,
crujió en el árbol dormido.
Después, el ronco estallido
de rotas cuerdas se oyó;
un remolino pasó
batiendo el rancho cercano,
y en el circuito del llano
todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,
se levantó la alborada,
con esa blanca mirada
que hace chispear el rocío;
y cuando el sol en el río
vertió su lumbre primera
se vió una sombra ligera
en occidente ocultarse,
y el alto ombú balancearse
sobre una antigua tapera. (*)

LA PRENDA DEL PAYADOR

El sol se oculta: inflamado
el horizonte fulgura,
y se extiende en la llanura
ligero estambre dorado,
sobre el viento desplegado,
y del inmenso circuito
no llega al alma otro grito,
ni al corazón otro arrullo,
que un monótono murmullo,
que es la voz de lo infinito.

Santos Vega cruza el llano,
alta el ala del sombrero,
levantada del pampero
al impulso soberano.
Viste poncho americano.
suelto en ondas de su cuello;
y chispeando en su cabello
y en el bronce de su frente,
lo cincela el sol poniente
con el último destello.

¿Dónde va? Vése distante
de un ombú la copa erguida,
como espiando la partida
de la luz agonizante;
bajo la sombra gigante
de aquel árbol bienhechor,
su techo que es un primor
de reluciente totora,
alza el rancho donde mora
la prenda del payador.

Ella, en el tronco sentada,
meditabunda lo espera,
y en su negra cabellera
hunde la mano rosada;
le ve venir: su mirada,
más que la tarde, serena,
se cierra entonces sin pena,
porque es todo su embeleso
que él la despierte de un beso
dado en su frente morena.

No bien llega, el labio amado
toca la frente querida,
y vuela un soplo de vida
por el ramaje callado...
Un ¡ay! apenas lanzado,
como susurro de palma
gira en la atmósfera en calma;
y ella, fingiéndole enojos,
alza á su dueño unos ojos
que son dos besos del alma.

Si entonces cruza á lo lejos
galopando sobre el llano
solitario, algún paisano,
viendo al otro en los reflejos
de aquel abismo de espejos,
siente indecibles quebrantos,
y alzando, en vez de sus cantos,
una oración de ternura,
al persignarse murmura:
«¡El alma del viejo Santos!»

Yo, que en la tierra he nacido
donde ese genio ha cantado.
y el pampero he respirado
que al payador ha nutrido,
beso este suelo querido
que á mis caricias se entrega,
mientras de orgullo me anega
la convicción de que es mía
la patria de Echevarría,
la tierra de Santos Vega!

ESTANISLAO DEL CAMPO

FAUSTO

AL POETA RICARDO GUTIÉRREZ

I

En un overo rosao,
flete nuevo y parejito,
caía al bajo, al trotecito,
y lindamente sentao,
un paisano del Bragao
de apelativo *Laguna*
mozo ginetaso ¡Ahijuna!
como creo que no hay otro,
capaz de llevar un potro
á sofrenarlo en la luna.

¡Ah, criollo! si parecía
pegao en el animal,
que aunque era medio bagual,
á la rienda obedecía,
de suerte que se creería
ser no solo arrocinao,
sinó también del recao
de alguna moza pueblera:
¡A Cristo! ¡quién lo tuviera!...
¡Lindo el overo rosao!

Como que era escarciador,
vivaracho y coscojero,
le iba sonando al overo
la plata que era un primor;
pues era plata el fiador,
pretal, espuela, virolas,
y en las cabezadas solas
traía el hombre un Potosí:
¡Qué!... Si traía para mí,
hasta de plata las bolas!

En fin:—como iba á contar,
Laguna al río llegó,
contra una tosca se apió
y empezó á desensillar.
En esto empezó á orejiar
y á resollar el overo
y jué que vido un sombrero
que del viento se volaba
de entre una ropa que estaba
más allá, contra un apero.

Dió güelta y dijo el paisano
¡*valla* ZÁFIRO *¿qué es eso?*
Y le acarisió el pescueso
con la palma de la mano;
un relincho soberano
pegó el overo que veía,
á un paisano que salía
de la agua. en un colorao,
que al mesmo overo rosao
nada le desmerecía.

Cuando el flete relinchó,
media güelta dió Laguna,
y ya pegó el grito: ¡Ahijuna!
¿No es el Pollo?
—Pollo, nó,
ese tiempo se pasó
—contestó el otro paisano,—
ya soy jaca vieja, hermano,
con las púas como anzuelo,
y á quien ya le niega el suelo
hasta el más remoto grano.

Se apió el Pollo y se pegaron
tal abrazo con Laguna,
que sus dos almas en una
acaso se misturaron.
Cuando se desenrredaron,
después de haber lagrimiao,
el overito rosao
una oreja se riascaba,
visto que la refregaba
en la clin del colorao.

—Velay, tienda el cojinillo
don Laguna, sientesé,

y un ratito aguardemé
mientras maneo el potrillo:
vaya armando un cigarrillo.
Si es que el vicio no ha olvidao;
ahí tiene contra el recao
cuchillo, papel y un naco.
Yo siempre pico el tabaco
por no pitarlo aventao.
- Vaya, amigo, le haré gasto...
—¿No quiere maniar su overo?
—Dejeló á mi parejero,
que es como mata de pasto.
Ya una vez, cuando el abasto,
mi cuñao se desmayó:
á los tres días volvió
del insulto, y crea, amigo,
peligra lo que le digo:
el flete ni se movió.
– ¡Bien aiga, gaucho embustero!
¿Sabe que no me esperaba
que soltase una *guayaba*
de ese tamaño, aparcero?
Ya colijo que su overo
está tan bien enseñao,
que si en vez de desmayao
el otro hubiera estao muerto,
el fin del mundo, por cierto,
me lo encuentra allí parao.
—Vean cómo le buscó,
la güelta... ¡bien aiga el Pollo!
Siempre larga todo el rollo
de su lazo...
—¡Y cómo no!
¿O se ha figurao que yo
asina no más las trago?
¡Hágase cargo!...
—Ya me hago...
– Prieste el juego...
—Tomeló
—y aura, le pregunto yo:
¿Qué anda haciendo en este pago?
– Hace como una semana
que he bajao á la ciudá,
pues tengo necesida
de ver si cobro una lana;
pero me andan con *mañana*,
ó no hay plata, y venga luego.
Hoy no más cuasi le pego
en las aspas con la argolla
á un gringo que aunque de embrolla
ya le ha maliciao el juego.
– Con el cuento de la guerra
andan matreros los cobres.
—Vamos á morir de pobres
los paisanos de esta tierra.
Yo cuasi he ganao la sierra
de puro desesperao...
—Yo me encuentro tan cortao.
que á veces se me hace cierto.
que hasta ando jediendo á muerto...
—Pues yo, me hallo hasta *empeñao.*
—¡Vaya un lamentarse! ¡Ahijuna!..
Y eso es de vicio, aparcero;
á usté le ha hecho su ternero
la vaca de la fortuna.
Y no llore, don Laguna,
no me lo castigue Dios:
sino comparémoslos
mis tientos con su chapiao,
y así en limpio habrá quedao
el más pobre de los dos.
—¡Vean si es escarbador
este Pollo! ¡Virgen mía!
si es pura chafalonía...
– ¡Eso sí, siempre pintor!
—Se la gané á un jugador
que vino á echarla de *güeno.*
Primero le gané el freno
con riendas y cabezadas,
y en otras tantas jugadas
perdió el hombre hasta lo ajeno.
¿Y sabe lo que decía

cuando se vía en la mala?
El que me ha peleao la chala
debe tener brujería.
A la cuenta se creería
que el diablo y yo...
—¡Callesé,
amigo! ¿no sabe usté
que la otra noche lo he visto
al demonio?
—¡Jesucristo!...
—Hace bien, santigüesé.
—¡Pues no me he de santigüar!
Con esas cosas no juego;
pero no importa, le ruego
que me dentre á relatar,
el cómo llegó á topar
con el malo. ¡Virgen Santa!
sólo el pensarlo me espanta...
—Güeno, lo voy á contar,
pero antes voy á buscar
con qué mojar la garganta.
El Pollo se levantó
y se jué en su colorao,
y en el overo rosao
Laguna á la agua dentró.
Todo el baño que le dió,
jué dentrada por salida,
y á la tosca consabida
don Laguna se volvió,
ande á don Pollo lo halló
con un frasco de bebida.
—Larguesé al suelo cuñao
y vaya haciéndose cargo,
que puede ser más que largo
el cuento que le he ofertao:
desmanée el colorao,
desate su maniador,
y en ancas, haga el favor
de acollararlos...
—Al grito:
¿Es manso el coloradito?
—¡Ese es un trebo de olor!
—Ya están acollaraditos...
—Delc un beso á esa giñebra:
yo le hice sonar de una hebra
lo menos diez golgoritos.
—Pero esos son muy poquitos
para un criollo como usté,
capaz de prendersela
á una pipa de lejía...
—Hubo un tiempo en que solía...
—Vaya, amigo, larguesé.

II

—Como á eso de la oración,
aura cuatro ó cinco noches,
vide una fila de coches,
contra el tiatro de Colón.
La gente en el corredor,
como hacienda amontonada,
pujaba desesperada
por llegar al mostrador.
Allí á juerza de sudar,
y apunta de hombro y de codo
hice, amigaso, de modo
que al fin me pude arrimar.
Cuando compré mi dentrada
y di güelta... ¡Cristo mío!
estaba pior el gentío
que una mar alborotada.
Era á causa de una vieja
que le había dao el mal...
—Y si es chico ese corral,
¿á qué encierran tanta oveja?
—Ahi verá:—Por fin, cuñao,
á juerza de arrempujón,
salí como mancarrón
que lo sueltan trasijao.
Mis botas nuevas quedaron
lo propio que picadillo,
y el fleco del calzoncillo
hilo á hilo me sacaron.
Y para colmo, cuñao,
de toda esta desventura,
el puñal de la cintura,
me lo habían refalao.

—Algún gringo como luz
para la uña, ha de haber sido.
—¡Y no haberlo yo sentido!
En fin, ya le hice la cruz.
Medio cansao y tristón
por la pérdida, dentré
y una escalera trepé
de ciento y un escalón.
Llegué á un alto, finalmente,
ande va la paisanada,
que era la última camada
en la estiva de la gente.
Ni bien me había sentao,
rompió de golpe la banda
que detrás de una baranda
la habían acomodao.
Y ya también se corrió
un lienzo grande, de modo
que á dentrar con flete y todo
me aventa, creameló.
Atrás de aquel cortinao
un Dotor apareció,
que asigún oí decir yo,
era un tal *Fausto*, mentao.
—¿Dotor dice? Coronel
de la otra banda, amigaso,
lo conozco á ese criollaso,
porque he servido con él.
—Yo también lo conocí
pero el pobre ya murió:
¡Bastantes veces montó
un saino que yo le di!
Dejeló al que está en el cielo,
que es otro *Fausto* el que digo,
pues bien puede haber, amigo,
dos burros del mesmo pelo.
—No he visto gaucho más *quie-
bra*
para retrucar ¡ahijuna!...
—Dejemé hacer, don Laguna,
dos gárgaras de giñebra.
Pue como le iba diciendo
el Dotor apareció,
y, en público, se quejó
de que andaba padeciendo.
Dijo que nada podía
con la ciencia que estudió;
que él á una rubia quería,
pero que á él la rubia no.
Que al ñudo la pastoriaba
dende el nacer de la aurora,
pues de noche y á toda hora,
siempre tras de ella lloraba.
Que de mañana á ordeñar
salía muy currutaca,
que él le maniaba la vaca,
pero pare de conta.
Que cansado de sufrir,
y cansado de llorar,
al fin se iba á envenenar,
porque eso no era vivir.
El hombre allí renegó,
tiró contra el suelo el gorro
y por fin, en su socorro,
al mesmo Diablo llamó.
¡Nunca lo hubiera llamao!
¡Viera sustaso por Cristo!
¡Ahí mesmo, jediendo á misto,
se apareció el *condenao!*
Hace bien: persinesé
que lo mismito hice yo.
—¿Y cómo no disparó?
—Yo mesmo no sé por qué.
¡Viera al Diablo! Uñas de gato,
flacón, un sable largote,
gorro con pluma, capote,
y una barba de chivato.
Medias hasta la berija,
con cada ojo como un charco,
y cada ceja era un arco
para correr la sortija.
«Aquí estoy á su mandao
cuente con un servidor,»
le dijo el Diablo al Dotor,
que estaba medio asonsao.
«Mi Dotor, no se me asuste

que yo le vengo á servir:
pida lo que ha de pedir
y ordenemé lo que guste.»
  El Dotor medio asustao
le contestó que se juese...
— Hizo bien: ¿no le parece?
  Dejuramente, cuñao.
  Pero el diablo comenzó
á alegar gastos de viaje,
y medío darle coraje
hasta que lo engatuzó.
  —¿No era un Dotor muy pro-
| jundo?
¿Cómo se dejó engañar?
—Mandinga es capaz de dar
diez güeltas á medio mundo.
  El Diablo volvió á decir:—
«Mi Dotor, no se me asuste,
ordenemé en lo que guste,
pida lo que ha de pedir.»
  «Si quiere plata tendrá;
mi bolsa siempre está llena,
y mas rico que Anchorena
con decir *quiero*, será»
  No es por la plata que lloro,
Don Fausto le contestó:
otra cosa quiero yo
mil veces mejor que el oro.
  «Yo todo lo puedo dar,
retrucó el Ray del Infierno,
diga: ¿Quíere ser Gobierno?
Pues no tiene más que hablar.»
  No quiero plata ni mando,
dijo don Fausto; yo quiero
el corazón todo entero
de quien me tiene penando.
  No bien esto el Diablo oyó,
soltó una risa tan fiera,
que toda la noche entera
en mis orejas sonó.
  Dió en el suelo una patada,
una pared se partió,
y el Dotor, fulo, miró
á su prenda idolatrada.
  — ¡Canejo!... ¿Será verdá?
¿Sabe que se me hace cuento?
— No crea que yo le miento:
lo ha visto media ciudá.
  ¡Ah, don Laguna! ¡si viera
qué rubia!... Creameló:
creí que estaba viendo yo
alguna virgen de cera.
  Vestido azul, medio alzao
se apareció la muchacha
pelo de oro, como hilacha
de choclo recién cortao.
  Blanca como una cuajada,
y celeste la pollera.
Don Laguna, si aquello era
mirar á la *Inmaculada*.
  Era cada ojo un lucero,
sus dientes, perlas del mar,
y un clavel al reventar
era su boca, aparcero.
  Ya enderezó como loco
el Dotor cuanto la vió,
pero el Diablo lo atajó
diciéndole:—«Poco á poco.
  Si quiere, hagamos un *pato*:
usté su alma me ha de dar,
y en todo lo he de ayudar:
¿le parece bien el trato?»
  Como el Dotor consintió,
el diablo sacó un papel
y le hizo firmar en él
cuanto la gana le dió.
  ¡Dotor, y hacer ese trato!
—¿Qué quiere hacerle, cuñao
si se topó ese abogao
con la horma de su zapato?
  Ha de saber que el Dotor
era dentrao en edá,
asina es que estaba ya
bichoco para el amor.
  Por eso al dir á entregar
la contrata consabida,

dijo:—¿Habrá alguna bebida,
que me pueda remozar?
Yo no sé qué brujería,
misto, mágica ó polvito
le echó el diablo y... ¡Dios bendito!
¡quién demonio lo creería!
¿Nunca ha visto usted un gusano
volverse una mariposa?
Pues allí la mesma cosa
le pasó al Dotor, paisano.
Canas, gorro, casacón,
de pronto se vaporaron,
y en el Dotor ver dejaron
á un donoso mocetón.
—¿Qué dice?... ¡barbaridad!...
¡Cristo padre!... ¿Será cierto?
—Mire: que me caiga muerto
si no es la pura verdá.
El diablo entonces mandó
á la rubia que se juese,
y que la paré se uniese,
y la cortina cayó.
A juerza de tanto hablar
se me ha secado el gargüero:
paso el frasco, compañero...
—¡Pues no se lo he de pasar!

III

—Vea los pingos...
¡Ah, hijitos!
son dos fletes soberanos.
—¡Como si jueran hermanos
bebiendo el agua juntitos!
—¿Sabe que es linda la mar!
—La viera de mañanita
cuando á gatas la puntita
del sol comienza á asomar!
Usté ve venir á esa hora
roncando la marejada,
y ve en la espuma encrespada
los colores de la aurora.
A veces con viento en la anca
y con la vela al solsito,
se ve cruzar un barquito
como una paloma blanca.
Otras, usté ve, patente,
venir boyando un islote,
y es que trai á un camalote
cabrestiando la corriente.
Y con un campo quedrao
bien se puede comparar,
cuando el lomo empieza á hinchar
el río medio alterao.
Las olas chicas, cansadas
á la playa á gatas vienen,
y allí en lamber se entretienen
las arenitas labradas.
Es lindo ver en los ratos
en que la mar ha bajao,
cair velando al desplayao
gaviotas, garzas y patos.
Y en las toscas es divino
mirar las olas quebrarse,
como al fin viene á estrellarse
el hombre con su destino.
Y no sé qué da el mirar
cuando barrosa y bramando,
sierras de agua viento alzando
embravecida la mar.
Parece que el Dios del cielo
se amostrase retobao,
al mirar tanto pecao
como se ve en este suelo.
Y es cosa de bendecir
cuando el Señor la serena,
sobre ancha cama de arena
obligándola á dormir.
Y es muy lindo ver nadando
á flor de agua algún pescao:
van como plata, cuñao,
las escamas relumbrando.
—¡Ah, pollo! Ya comenzó
á meniar taba: ¿y el caso?

—Dice muy bien, amigaso:
seguiré contandoló.
  El lienzo otra vez alzaron
y apareció un bodegón,
ande se armó una reunión
en que algunos se mamaron.
  Un don Valentín, velay,
se hallaba allí en la ocasión,
capitán, muy guapetón,
que iba á dir al Paraguay.
  Era hermano, el ya nombrao,
de la rubia y conversaba
con otro mozo que andaba
viendo de hacerlo cuñao.
  Don *Silverio*, ó cosa así,
se llamaba este individuo,
que me pareció medio ido
ó sonso cuanto lo ví.
  Don Valentín le pedía
que á la rubia la sirviera
en su ausencia...
—¡Pues sonsera!
¡El otro qué más quería!
  —El capitán, con su vaso,
á los presentes brindó,
y en esto se apareció.
de nuevo el Diablo, amigaso.
  Dijo que si lo admitían
también echaría un trago,
que era por no ser del pago
que allí no lo conocían.
  Dentrando en conversacion,
dijo el Diablo que era brujo:
pidió un ajenjo y lo trujo
el mozo del bodegón.
  «No tomo bebida sola,»
dijo el Diablo; se subió
á un banco, y vi que le echó
agua de una cuarterola.
  Como un tiro de jusil
entre la copa sonó
y á echar llamas comenzó
como si juera un candil.
  Todo el mundo reculó;
pero el Diablo sin turbarse
les dijo:—«No hay que asustarse,»
y la copa se empinó.
  —¡Qué buche! ¡Dios soberano!
—Por no parecer morao
el capitán jué, cuñao,
y le dió la mano al Diablo.
  Satanás le registró
los dedos con grande afán,
y le dijo:—«Capitán,
pronto muere, crealó.»
  El capitán, retobao,
peló la lata y Luzbel
no quiso ser menos que él
y peló un amojosao.
  Antes de cruzar su acero,
el Diablo el suelo rayó:
¡Viera el fuego que salió!...
—¡Qué sable para yesquero!
  —¿Qué dice? ¡Había de oler
el jedor que iba largando
mientras estaba chispeando
el sable de Lucifer!
  No bien á tocarse van
las hojas creameló
la mitá al suelo cayó
del sable del capitán.
  «¡Este es el diablo en figura
de hombre!—el capitán gritó,»
y al grito le presentó
la Cruz de la empuñadura
  ¡Viera al Diablo retorcerse
como culebra, aparcero!
—¡Oiganlé!...
- Mordió el acero
y comenzó á estremecerse.
  Los otros se aprovecharon
y se apretaron el gorro:
sin duda á pedir socorro
ó á *dar parte* dispararon.
  En esto don Fausto entró
y conforme al Diablo vido,

le dijo:—«¿Qué ha sucedido?»
pero él se desentendió.
El Dotor volvió á clamar
por su rubia, y Lucifer,
valido de su poder,
se la volvió á presentar.
Pues que golpiando en el suelo
en un baile apareció,
y don Fausto le pidió
que lo acompañase á un *cielo*
No hubo forma que bailara:
la rubia se encaprichó;
de valde el Dotor clamó
porque no lo deisairara.
Cansao ya de redetirse
le contó al Demonio el caso;
pero él le dijo:—«Amigaso,
no tiene por qué afligirse.
Si en el baile no ha alcanzao
el poderla arrocinar,
deje, le hemos de buscar
la güelta por otro lao.
Y mañana, á más tardar,
gozará de sus amores,
que á otras, mil veces mejores.
las he visto cabrestiar.»
¡Balsa, general! gritó
el bastonero mamao:
pero en esto el cortinao
por segunda vez cayó.
Armemos un cigarrillo
si le parece...
— ¡Pues no!
— Tome el naco, piqueló,
usted tiene mi cuchillo.

IV

— Ya se me quiere cansar
el flete de mi relato...
—Priéndale guasca otro rato:
recién comienza á sudar.
- No se apure: aguárdese:
¿cómo anda el frasco?
—Tuavia
hay con qué hacer medio día:
ahí lo tiene, priéndale.
¿Sabe que este giñebrón
no es para beberlo solo?
Si alvierto traigo un chicholo,
ó un cacho de salchichón.
Vaya, no le ande afiojando
déle trago y domeló,
que á reiz de las carnes yo
me lo estoy acomodando.
¿Que tuavía no ha almorzao?
—Ando en ayunas, don Pollo,
porque ¿á qué contar un bollo
y un cimarrón aguachao?
Tenía hecha la intención
de dir á fonda de un gringo,
después de bañar el pingo...
—Pues vámonos del tirón.
—Aunque ando medio delgao,
don Pollo, no le permito
que me merme ni un chiquito
del cuento que ha comenzao.
—Pues entonces, allá va:
Otra vez el lienzo alzaron
y hasta mis ojos dudaron,
lo que vi... ¡barbaridá!
¡Qué quinta! ¡Virgen bendita!
¡viera, amigaso, el jardín!
Allí se vía el jazmín,
el clavel, la margarita.
El toronjil, la retama
y hasta estatuas, compañero,
al lao de esa era un chiquero
la quinta de don Lezama.
Entre tantas maravillas
que allí había, y medio á un lao
habían edificao
una preciosa casilla.
Allí la rubia vivía
entre las flores como ella,
allí brillaba esa estrella
que el pobre Dotor seguía.

Y digo *pobre Dotor*,
porque pienso, don Laguna,
que no hay desgracia ninguna
como un desdichao amor.
Puede ser; pero, amigaso,
yo en las cuartas no me enriedo
y en un lance, en que no puedo,
hago de mi alma un cedaso.
Por hembras yo no me pierdo:
la que me empaca su amor,
pasa por el cernidor
y... *si te vi, no me acuerdo.*
Lo demás, es calentarse
el mate al divino ñudo...
—¡Felís quien tenga ese escudo
con que poder rejuardarse!
Pero usté habla, don Laguna,
como un hombre que ha vivido
sin haber nunca querido
con alma y vida á ninguna
Cuando un verdadero amor
se estrella en un alma ingrata,
más vale el fierro que mata,
que el fuego devorador.
Siempre ese amor lo persigue
á donde quiera que va:
es una fatalidá
que á todas partes lo sigue.
Si usté en su rancho se queda,
ó si sale para un viaje,
es de valde: no hay paraje
ande olvidarla usté pueda.
Cuando duerme todo el mundo
usté, sobre su recao,
se da güeltas desvelao,
pensando en su amor projundo.
Y si el viento hace sonar
su pobre techo de paja
cree usté que es *ella* que baja
sus lágrimas á cesar.
Y si en alguna lomada
tiene que dormir, al raso,
pensando en ella, amigaso,
lo hallará la madrugada.
Allí acostao sobre abrojos:
ó entre cardos, don Laguna,
verá su cara en la luna,
y en las estrellas, sus ojos.
¿Qué habrá que no le recuerde
al bien de su alma querido,
si hasta cree ver su vestido
en la nube que se pierde?
Asina sufre en la ausencia
quien sin ser querido, quiere:
aura verá cómo muere
de su prenda en la presencia.
Si en frente de esa deidá
en alguna parte se halla,
es otra nueva batalla
que el pobre corazón da.
Si con la luz de sus ojos
le alumbra la triste fuente,
usté, don Laguna, siente
el corazón entre abrojos.
Su sangre comienza á alzarse
á la cabeza en tropel,
y cree que quiere esa cruel,
en su amargura gozarse.
Y si la ingrata le niega
esa ligera mirada,
queda su alma abandonada
entre el dolor que la niega.
Y usté firme en su pasión...
Y van los tiempos pasando,
un hondo surco dejando,
en su feliz corazón.
Gueno, amigo así será,
pero me ha sontao el cuento...
—¡Qué quiere! Es un sentimiento..
Tiene razón, allá va:—
Pues, señor, con gran misterio
traindo en la mano una cinta,
se apareció entre la quinta
el sonso de don Silverio.
Sin duda alguna saltó
las dos zanjas de la güerta,

pues esa noche su puerta
la mesma rubia cerró.
Rastriándolo se vinieron
el Demonio y el Dotor,
y tras del árbol mayor
á aguardarlo se escondieron.
Con las flores de la güerta
y la cinta, un ramo armó
don Silverio, y lo dejó
sobre el umbral de la puerta.
—¡Que no cairle una centella!
—¿A quién? ¿Al sonso?
¡Pues digo!...
¡Venir á obsequiarla, amigo,
con las mesmas flores de ella!
—Ni bien acomodó el guacho,
ya rumbió...
—¡Miren qué hazaña!
Eso es ser más que lagaña
¡y hasta da rabia, caracho!
El diablo entonces salió
con el Dotor, y le dijo:
«esta vez prende de fijo
la vacuna, créalo.»
Y el capote haciendo á un lao,
desenvainó allí un baulito,
y jué y lo puso juntito
al ramo del abombao.
—No me hable de esa mulita;
¡que apunte para una banca!
¿A que era mágica blanca
lo que trujo en la cajita?
—Era algo más eficaz
para las hembras, cuñao,
¡verá si las ha calao,
de lo lindo Satanás!
Tras del árbol se escondieron
no bien cargaron la mina,
y mas que nunca, divina.
venir á la rubia vieron.
La pobre, sin advertir,
en un banco se sentó,
y un par de medias sacó
y las comenzó á surcir.
Cinco minutos, por junto,
en las medias trabajó,
por lo que calculo yo
que tendría sólo un punto.
Dentró á espulgar un rosal,
por la hormiga consumido,
y entonces jué cuando vido,
caja y ramo en el umbral.
Al ramo no le hizo caso,
enderezó á la cajita,
y sacó... ¡Virgen bendita!...
¡Viera qué cosa, amigaso!
¡Qué anillo! ¡Qué prendedor!
¡Qué rosetas soberanas!
¡Qué collar! ¡Qué carabanas!
—¡Vea al diablo tentador!
¿No le dije, don Laguna?
la rubia allí se colgó
las prendas, y apareció
más platiada que la Luna.
En la caja Lucifer
había puesto un espejo...
—¿Sabe que el diablo, canejo,
la conoce á la mujer?
Cuando la rubia gustaba
tanto mirarse, la luna,
se apareció, don Laguna,
la vieja que la cuidaba.
¡Viera la cara, cuñao,
de la vieja, al ver brillar
como reliquias de altar
las prendas del condenao!
«¿Diaónde este lujo sacás?»
la vieja fula decía,
cuando gritó: —«Avemaría»!
en la puerta, Satanás.
—«¡Sin pecao! ¡Dentre señor!»
—¿No hay perros? - ¡Ya los ataron!
y ya tamién se colaron
el demonio y el Dotor.
El diablo allí comenzó

á enamorar á la vieja,
y el dotorcito á la oreja
de la rubia se pegó.
—¡Vea al diablo haciendo gancho!
el caso jué que logró
ceducirla, y la llevó
á que le amostrase un chancho.
—¿Por supuesto, el dotorcito
se quedó allí mano á mano?
—De juro, y ya verá, hermano
la liendre que era el mocito.
Corcobió la rubiecita,
pero al fin se sosegó
cuando el Dotor le contó
que él era el de la cajita.
Asigún lo que presumo,
la rubia aflojaba laso,
porque el Dotor, amigaso,
se le quería dir al humo.
La rubia lo malició
y por entre las macetas,
le hizo unas cuantas gambetas
y la casilla ganó.
El diablo tras de un rosal,
sin la vieja apareció...
—¡A la cuenta la largó
jediendo entre algún maizal!
La rubia, en vez de acostarse
se lo pasó en la ventana,
y allí aguardó la mañana
sin pensar en desnudarse.
Ya la luna se escondía
y el lucero se apagaba,
y ya tamién comenzaba
á venir clariando el día.
¿No ha visto ustéde un yesquero
locá una chispa salir,
como dos varas seguir
y de ahí perderse, aparcero?
Pues de ese modo, cuñao,
caminaban las estrellas
á morir, sin quedar de ellas
ni un triste rastro borrao.
De los campos el aliento
como sahumerio venía,
y alegre ya se ponía
el ganao en movimiento.
En los verdes arbolitos
gotas de cristal brillaban,
y al suelo se descolgaban
cantando los pajaritos.
Y era, amigaso, un contento
ver los junquillos doblarse
y los claveles cimbrarse
al soplo del manso viento.
Y al tiempo de reventar
el botón de alguna rosa,
venir una mariposa
y comenzarlo á chupar.
Y si se pudiera al cielo
con un pingo comparar,
tamién podría afirmar
que estaba mudando el pelo.
—¡No sea bárbaro, canejo!
¡qué comparancia tan fiera!
—No hay tal: pues de saino que era
se iba poniendo azulejo.
¿Cuando ha dao un madrugón
no ha visto usté, embelesao,
ponerse blanco-azulao
el más negro ñubarrón?
—Dice bien, pero su caso
se ha hecho medio empacador...
—Aura viene lo mejor,
pare la oreja, amigaso:
El diablo dentró á rotar
al Dotor y entre el responso
le dijo:—«¿Sabe que es sonso?
¿Pa qué la dejó escapar?
»Ahí la tiene en la ventana:
»por suerte no tiene reja,
»y antes que venga la vieja
»aproveche la mañana.»

Don Fausto ya atropelló
diciendo: «¡Basta de ardiles!»
la cazó de los cuadriles
y ella... tamién lo abrazó!
—¡Oíganle á la dura!
—En esto...
bajaron el cortinao;
alcance el frasco, cuñao,
—Á gatas le queda un resto.

V

—Al rato el lienzo subió
y deshecha y lagrimiando,
contra una máquina hilando
la rubia se apareció.
La pobre dentró á quejarse
tan amargamente allí,
que yo á mis ojos sentí
los lágrimas asomarse.
—¡Qué vergüenza!
—Puede ser.
Pero, amigaso, confiese
que á usté también lo enternece
el llanto de una mujer.
Cuando á usté un hombre lo (ofiende,
ya sin mirar para atrás,
pela el flamenco y ¡sas! ¡tras!
dos puñaladas le priende.
Y cuando la autoridá
la *partida* le ha soltao,
usté en su overo rosáo
bebiendo los vientos va.
Naides de usté se despega,
porque se aiga desgraciao.
y es muy bien agasajao
en cualquier rancho á que llega.
Si es hombre trabajador,
ande quiera gana el pan:
para eso con usté van
bolas, lazo y maniador.
Pasa el tiempo, vuelve al pago,
y cuanto más larga ha sido
su ausiencia, usté es recibido
con más gusto y más halago.
Engaña usté á un infeliz,
y para mayor vergüenza,
va y le cerdea la trenza
antes de hacerse perdiz.
La ata, si le da la gana,
en la cola de su overo,
y le amuestra al mundo entero
la trenza de ña Julana.
Si ella tuviese un hermano,
y en su rancho miserable
hubiera colgao un sable,
juera otra cosa, paisano.
Pero sola y despreciada
en el mundo ¿qué ha de hacer?
¿A quién la cara volver?
¿Ande llevar la pisada?
Soltar al aire su queja
será su sólo consuelo,
y empapar con llanto el pelo
del hijo que usté le deja.
Pues ese dolor projundo
á la rubia la secaba,
y por eso se quejaba
delante de todo el mundo.
Aura, confiese, cuñao,
que el corazón más calludo,
y el gaucho más entrañudo,
allí habría lagrimiao.
¿Sabe que me ha sacudido
de lo lindo el corazón?
Vea si no el lagrimón
que al oirlo se me ha salido...
—¡Oiganló!...
Me ha redotao.
No guarde rencor, amigo...
—Si es en broma que lo digo...
—Siga su cuento, cuñao.
La rubia se arrebozó
con un pañuelo ceniza,
diciendo que se iba á misa
y puerta ajuera salió.

Y crea usté lo que guste,
porque es cosa de dudar...
¡Quién había de esperar
tan grande desbarajuste!
Todo el mundo estaba ajeno
de lo que allí iba á pasar,
cuando el diablo hizo sonar
como un pito de sereno
Una iglesia apareció
en menos que canto un gallo...
—¡Vea si dentra á caballo!
—Me larga, creameló.
Creo que estaban alzando
en una misa cantada,
cuando aquella desgraciada
llegó á la puerta llorando.
Allí la pobre cayó
de rodillas sobre el suelo,
alzó los ojos al cielo,
y cuatro credos rezó.
Nunca he sentido más pena
que al mirar á esa mujer,
amigo, aquello era ver
á la mesma Magdalena.
De aquella rubia rosada,
ni rastro había quedao
era un clavel marchitao,
una rosa deshojada.
Su frente, que antes brilló
tranquila, como la luna,
era un cristal, don Laguna,
que la desgracia enturbió.
Ya de sus ojos hundidos
las lágrimas se secaban,
y entre-temblando rezaban
sus labios descoloridos.
Pero el diablo la uña afila,
cuando está desocupao,
y allí estaba el condenao
á una vara de la pila.
La rubia quiso dentrar,
pero el diablo la atajó,
y tales cosas le habló
que la obligó á disparar.
Cuasi le da el acidente
cuando á su casa llegaba:
la suerte que le quedaba
en la vedera de enfrente.
Al rato el diablo dentró
con don Fausto, muy del brazo
y una guitarra, amigazo,
ahí mesmo desenvainó.
—¿Qué me dice, amigo Pollo!
—Como lo oye, compañero;
el diablo es tan guitarrero
como el paisano más criollo.
El sol ya se iba poniendo
la claridá se auyentaba,
y la noche se acercaba
su negro poncho tendiendo.
Ya las estrellas brillantes
una por una salían,
y los montes parecían
batallones de gigantes.
Ya las ovejas balaban
en el corral prisioneras.
y ya las aves caseras
sobre el alero ganaban.
El toque de la oración
triste los aires rompía,
y entre sombras se movía
el crespo sauce llorón.
Ya sobre el agua estancada
de silenciosa laguna,
al asomarse, la luna,
se miraba retratada.
Y haciendo un extraño ruido
en las hojas tropezaban,
los pájaros que volaban
á guarecerse en su nido.
Ya del sereno brillando
la hoja de la higuera estaba.
y la lechuza pasaba
de trecho en trecho chillando.
La pobre rubia, sin duda,
en llanto se deshacía,

y rezando á Dios pedía
que le emprestase su ayuda.
Yo presumo que el Doctor,
hostigao por Satanás,
quería otras hojas más
de la desdichada flor.
A la ventana se arrima
y le dice al condenao:—
«Delé no más sin cuidao
aunque reviente la prima.»
El diablo á gatas tocó
las clavijas, y al momento
como una arpa el instrumento
de tan bien templao sonó.
—Tal vez lo traiba templao
por echarla de baquiano...
—Todo puede ser, hermano,
pero ¡oyese al condenao!
Al principio se florió
con un lindo bordonéo,
y en ancas de aquel floreo
una décima cantó.
No bien llegaba al final
de su canto, el condenao,
cuando el capitán, armao,
se apareció en el umbral.
—Pues yo en campaña lo hacía
—Daba la casualidá
que llegaba á la ciudá
en comisión, ese día.
—Por supuesto hubo fandango.
—La lata ahi no más peló
y al infierno lo aventó
de un cinturazo el changango.
—¡Lindo el mozo!
—¡Pobrecito...
—¿Lo mataron?
—Ya verá:
Peló un corbo el Dotorcito,
y el Diablo... ¡barbaridá!
Desenvainó una espadita
como un viento, lo embasó,
y allí no más ya cayó
el pobre...
—¡Anima bendita!
—A la trifulca y al ruido
en montón la gente vino...
—¿Y el Dotor y el asesino?
—Se habían escabullido.
La rubia tamién bajó
y viera aflicción, paisano,
cuando el cuerpo de su hermano
bañado en sangre miró.
Agatas medio alcanzaron
á darse una despedida,
porque en el cielo, sin vida,
sus dos ojos se clavaron.
Bajaron el cortinao,
de lo que yo me alegré...
—Tome el frasco, priendalé,
—Sirvase no más, cuñao.

VI

—¡Pobre rubia! Vea usté
cuánto ha venido á sufrir:
se le podía decir:
¡quien te vido y quien te ve!
—Ansi es el mundo, amigaso:
nada dura don Laguna,
hoy nos ríe la fortuna,
mañana nos da un guascaso.
Las hembras, en mi opinión,
train un destino más fiero,
y si quiere, compañero,
le haré una comparación.
Nace una flor en el suelo,
una delicia es cada hoja,
y hasta el rocío la moja
como un bautismo del cielo.
Allí está ufana la flor
linda, fresca y olorosa,
á ella va la mariposa,
á ella vuela el picaflor.
Hasta el viento pasajero
se prenda al verla tan bella,
y no pasa por sobre ella

sin darle un beso primero.
¡Lástima causa esa flor
al verla tan consentida!
Creo que es tan larga su vida
como fragante su olor.
Nunca vió el rayo que raja
á la renegrida nube,
ni ve al gusano que sube,
ni al fuego del sol que baja.
Ningún temor en el seno
de la pobrecita cabe,
pues que se amaca, no sabe,
entre el fuego y el veneno.
Sus tiernas hojas despliega
sin la menor desconfianza,
y el gusano ya la alcanza...
y el sol de las doce llega...
Se va el sol abrasador,
pasa á otra planta el gusano,
y la tarde... encuentra, hermano,
el cadáver de la flor.
Piense en la rubia, cuñao,
cuando entre flores vivía,
y diga si presumía
destino tan desgraciao.
Usté que es alcanzador
afíjese en su memoria,
y diga: ¿es igual la historia
de la rubia y de la flor?
— Se me hace tan parecida
que ya más no puede ser,
—y hay más: le falta que ver
á la rubia en la crujida.
—¿Qué me cuenta? ¡Desdichada!
—por última vez se alzó
el lienzo y apareció
en la cárcel encerrada.
—¿Sabe que yo no colijo
el por qué de la prisión?
—Tanto penar; la razón
se le jué, y lo mató al hijo.
Ya la había sentenciao
á muerte, á la pobrecita,
y en una negra camita
dormía un sueño alterao.
Ya redoblaba el tambor,
y el cuadro ajuera formaban,
cuando al calabozo entraban
el Demonio y el Dotor.
—¡Veanló al Diablo si larga
sus presas así no más!
¿A que anduvo Satanás
hasta oir sonar la descarga?
- Esta vez se le chingó
el cuete, y ya lo verá...
—Prindalé al cuento que ya
no lo vuelvo á tajar yo.
—Al dentrar hicieron ruido,
creo que con los cerrojos;
abrió la rubia los ojos
y allí contra ella los vido.
La infeliz ya trastornada,
á causa de tanta herida,
se encontraba en la crujida
sin darse cuenta de nada.
Al ver venir al Dotor,
ya comenzó á disvarear,
y hasta le quiso cantar
unas décimas de amor.
La pobrecita soñaba
con sus antiguos amores,
y creía mirar sus flores
en los fierros que miraba.
Ella creía que como antes,
al dir á regar su güerta,
se encontraría en la puerta
una caja de diamantes.
Sin ver que en su situación
la caja que le esperaba,
era la que redoblaba
antes de la ejecución.
Redepente se afijó
en la cara de Luzbel:
sin duda *al malo* vió en él,
porque allí muerta cayó.
Don Fausto al ver tal desgracia

de rodillas cayó al suelo,
y dentró á pedir al cielo
la recibiese en su gracia.
  Allí el hombre arrepentido
de tanto mal que había hecho...
se daba golpes de pecho,
y lagrimiaba afligido.
  En dos pedazos se abrió
la paré de la crujida,
y no es cosa de esta vida
lo que allí se apareció.
  Y no crea que es historia:
yo vi entre una nubecita,
la alma de la rubiecita
que se subía á la gloria.
  San Miguel, en la ocasión,
vino entre nubes bajando
con su escudo, y revoliando
un sable tirabuzón.
  Pero el diablo, que miró
el sable aquel y el escudo,
lo mesmito que un peludo
bajo la tierra ganó.
  Cayó el lienzo finalmente
y ahí tiene el cuento contao...
—Prieste el pañuelo, cuñao:
me está sudando la frente.
  Lo que almiro es su firmeza
al ver esas brujerías.
—He andao cuatro ó cinco días
atacao de la cabeza.
  —Ya es güeno dir ensillando...
—Tome ese último traguito
y eche el frasco á ese pocito
para que quede boyando.
  Cuando los dos acabaron
de encillar sus parejeros,
como güenos compañeros,
juntos al trote agarraron.
En una fonda se apiaron
y pidieron de cenar:
cuando ya iban á acabar,
don LAGUNA sacó un rollo
diciendo: - «El gasto del POLLO
de aquí se lo han de cobrar.»

GOBIERNO GAUCHO

Á LA SALUD DEL APARCERO HILARIÓN MEDRANO

  Tomé en casa el otro día
tan soberano *peludo*,
que hasta hoy, caballeros, dudo,
si ando *mamáo* todavía.
Calculen cómo sería
la mamada que agarré
que sin más me afiguré,
que yo era el mesmo Gobierno,
y más leyes que un infierno
con la tranca decreté.
  Gomitao y trompezando,
del fogón pasé á la sala,
con un garrote de tala
que era mi bastón de mando;
y medio tartamudiando,
á causa del aguardiente,
y con el pelo en la frente,
los ojos medio vidriosos,
y con los labios babosos,
hablé del tenor siguiente:
  «Paisanos: - Dende esta fecha
»el contingente concluyo;
»cuide cada uno lo suyo
»que es la cosa más derecha.
»No abandone su cosecha
»el gaucho que haiga sembrao,
»deje que el que es hacendao
»cuide las vacas que tiene,
»que él es á quien le conviene
»asigurar su ganao.»

«Vaya largando terreno,
»sin mosquiar, el ricachón,
»capaz, de puro *mamón*.
»de mamar hasta con freno;
»pues no me parece güeno
»sino que por el contrario,
«es injusto y albitrario
»que tenga media campaña,
»sólo porque tuvo maña
»para hacerse *arrendatario*.»
«Si el pasto nace en el suelo,
»es porque Dios lo ordenó
»que para eso agua les dió
»á los ñublados del cielo.
»Dejen, pues, que al *caramelo*
»le hinquemos todo el diente,
»y no andemos, tristemente,
»sin tener en donde armar
»un rancho, para sestiar
»cuando pica el sol ardiente.»
«Mando que desde este ins-
(tante
»lo casen á uno de balde:
»que envaine *el corvo* el Alcalde,
»y su *lista* el comendante;
»que no sea atropellante
»el Juez de Paz del Partido;
»que aquel que lo hallen *bebido*,
»porque así le dió la gana,
»no le meneen *catana*,
»que al fin está *divertido*.»
«Mando, hoy que soy *Suceselen-*
(cia,
»que el que quiera ser pulpero,
»se ha de confesar primero
»para que tenga concencia.
»Porque es cierto, á la evidencia,
»que hoy naides tiene confianza
»ni en medida ni en balanza,
»pues todo venden mermao,
»y cuando no es vino aguao.»
»es yerba con mescolanza.»

«Naides tiene que pedir
»*pase* para otro partido;
»pues libre el hombre ha nacido
»y ande quiera puede dir.
»Y si es razón permitir
»que el pueblero vaya y venga,
»justo es que el gaucho no tenga
»que dar cuenta á donde va,
»sino que con libertá
»vaya á donde le convenga.»
¿A ver si hay una persona
de las que me han escuchao
que diga que he gobernao
sin asierto con la *mona*?
Saquemen una corona,
de mi mesmísimo cuero,
sino haría un verdadero
Gobierno, *Anastasio el Pollo*.
que hasta *mamao* es un criollo
más servicial que un yesquero.
Si no me hubiese empinao
como me suelo empinar
la limeta, hasta acabar,
lindo la habría acertao;
pues lo que hubiera quedao
lo mando como un favor
al mesmo Gobernador
que nos manda en lo presente,
á ver si con mi aguardiente
nos gobernaba mejor.

EL DESTINO DE UNA FLOR

Al compás de este estrumento,
de sonidos lastimeros,
van á escuchar, caballeros,
del gaucho triste el lamento;
que un projundo sentimiento
en mi pecho hizo su nido
y siempre suelta un quejido
y algunas gotas de llanto,
cuando quiere alzar su canto
mi corazón dolorido.

Vide una vez una flor
¡más bien nunca la mirara
que hoy día no me quejara
traspasado de dolor!
Era un *sahumerio* su olor
que con delicia gozé:
mariposa que á ella jué
nunca ofendió su cogollo,
y hasta yo, *Anastasio el Pollo,*
con veneración la amé.
Del jardinero, el rigor,
llegó hasta privarme, al fin,
el que dentrase al jardín
á mirar la linda flor:
á pesar de eso, mi amor
cada vez iba en aumento,
y aquel tierno sentimiento
vino á ser después la llama
que hasta hoy el pecho me in- (flama
siendo mi negro tormento.
Como me hostigaran tanto,
y me cerraran la puerta,
por la reja de la güerta
veía á la flor de mi encanto;
dispensen si suelto el llanto
al acabar mi canción;
pues que en mi contemplación
vide un día doloroso,
que un gusano venenoso
la mordió en el corazón.

FLORENCIO IRIARTE

SANTOS VEGA

El sol llegaba á su ocaso,
cuando el desierto pampeano
iba cruzando un paisano
llevando el corcel al paso;
la manta envuelta en el brazo
izquierdo, el gaucho llevaba,
el fuerte viento azotaba
su renegrida melena,
y en su mirada, su pena
intensa se reflejaba.
Con la cabeza inclinada,
iba aquel americano,
cruzando el inculto llano
de la Pampa dilatada;
después de alzar la mirada
hacia el poniente, un segundo,
tornóse meditabundo,
y algún recuerdo evocando,
siguió al acaso vagando
como apartado del mundo.
El resplandor vespertino
enervábase; entre tanto
tendía la noche el manto
sobre el páramo argentino;
siguió el gaucho su camino
sin rumbo ni derrotero,
pero al rato el parejero
se paró en una lomada,
delante una cruz, ladeada
por la lluvia y el pampero.
Y después de estar parado
el corcel un rato largo,
salió el gaucho del letargo
en que se había engolfado;
y bajando apresurado
entre unas matas de abrojos,
enjugó sus negros ojos,
á los que el llanto inundaba,
y ante la cruz que allí estaba
postróse el criollo de hinojos.

Era de noche. En el llano,
no se oía ni un clamor;
tan sólo el leve rumor,
de un arroyuelo cercano
llegó á oídos del paisano,
que atribulado rezaba.
Densa obscuridad reinaba
en nuestra Pampa grandiosa
y en noche tan tenebrosa,
una que otra luz brillaba.

Y en medio de tal reposo
se oyó en la Pampa argentina,
la voz sonora y divina
de aquel gaucho misterioso,
que entre triste y quejumbroso
y con melodioso acento,
lanzó este amargo lamento,
hijo de su desventura,
que se perdió en la llanura
con el susurro del viento.

«Padres á los que he perdido
»para siempre en este mundo,
»mi dolor es tan profundo,
»que maldigo haber nacido.
»Todo el llano he recorrido
»regándolo con mi llanto,
»y á pesar de sufrir tanto,
»el padecer no me deja:
»¡ay! mi dolor se refleja
»en este mi triste canto.

»Mis ilusiones queridas,
»cual las hojas de una flor,
»con los golpes del dolor
»cayeron desvanecidas;
»las penas por mí sufridas
»me han dejado casi inerte,
»¡cruel sarcasmo de la suerte!
»tener lacerada el alma,
»¡y esperar sólo hallar calma
»en el seno de la muerte!

»Soy el sér más desgraciado
»de todo el suelo argentino;
»por mi maldito destino
»voy al abismo arrastrado;
»me hizo el mundo desdichado
»con su terrible egoísmo.
»él me impelió hacia el abismo
»y al implorar yo piedad,
»la inhumana sociedad
»me escarneció con cinismo.

»¡La vida! ¡fatalidad!
»¿qué placer para mi encierra,
»si yo jamás en la tierra
»hallaré felicidad?
»Ante la cruel realidad.
»toda ilusión se derrumba:
»¡madre! ¡es fácil que sucumba,
»porque la ansiada hora llega,
»en que el gaucho Santos Vega
»vaya á ocupar una tumba!»

Así acabo el trovador;
y al terminar, su instrumento
lanzó un sensible lamento
que conmovió al payador.
De la aurora el resplandor
clareó la ramada umbría,
y al huir la noche sombría
ante esa luz mortecina,
también huyó la neblina
que á la campaña cubría.

Una que otra ave canora
de los campos argentinos,
con sus gorjeos y trinos
saludaron á la aurora;
mientras tanto Vega que ora
sobre esa tumba querida,
se alza y como despedida
un beso en la cruz estampa;
monta... y se pierde en la Pampa
con ruta desconocida...

EL GAUCHO ROSENDO FLORES

EN EL RANCHO

Como una sábana blanca,
sobre la pampa argentina
ondulaba la neblina
teniendo á la noche en l'anca;
la aurora brillante y franca
por asomar tironiaba,
mientras que á su lao jugaba
una pálida estrellita
que, como una lagrimita,
sobre una rosa temblaba.

El día dando coliadas,
al rajar tan negro velo,
iba borrando del cielo
las estrellitas platiadas,
y con fuertes pinceladas
clarió el espacio al venir;
la noche comenzó á juir,
como juyen prontamente,
las sombras del porvenir.

También se iba la tristeza
con la noche apadrinada
y la luna nacarada
se alejaba con pereza;
la madre naturaleza
dispertaba de su sueño,
y ante aquello, tan risueño,
parecía que las brisas
traían besos y sonrisas
de la región del ensueño.

Y daba gusto mirar
á los patos y chorlitos,
zambullir en los charquitos
entre cuerpiar y cuerpiar;
se oía á los mistes cantar
por chingolitos rodeaos,
mientras que por los bañaos
se vían cruzar comparsas
de avestruces, cisnes, garzas,
zorros, liebres y venaos.

¡Qué lindas son las orillas
de esas selvas misteriosas,
ande se besan las rosas
con las frescas campanillas;
ande tamién las granillas
oyen trinos y cantares,
que alzan en los trevolares
acollaradas las aves,
á veces bruscos ó suaves
como el llorar de los mares!

La pampa... allí nos aniega
de tristeza, y güella deja
la tarde, cuando se aleja
y la noche que ya llega..,
¿Por qué de penas nos riega
cuando sus encantos tiene?
Porque un algo nos previene
que eso remedando está,
á la vida que se va
y á la muerte que ya viene..

Allí sin vistosas flores
y sólo como el delito,
se alzaba un triste ranchito
que antes jué nido de amores:
no van pájaros cantores,
pero recién, cuando albora,
besa su alero la aurora
y las chuzas y pajitas,
parecen lindas florcitas,
porque el lucero las dora.

Sentao cerca de un jogón
y con un mate en la mano,
se encuentra un viejo paisano
prendiéndole al cimarrón;
tiene á su diestra el porrón
y abajo de la ramada
está la la viola colgada,

como en el aire un clavel,
siempre pronta, siempre fiel,
como una madre adorada.
De pronto cambia la escena
porque por el lao del norte,
caía un gaucho de güen porte
y de rizada melena;
llega, su pingo sofrena
y echa pie á tierra diciendo:
—¿Cómo está?
—Ya ve, viviendo
en mi tapera solita
como flor que se marchita—
contestó el viejo sonriendo.
—¿Y Martín?
—Dende temprano
de aquí se mandó mudar,
porque iban á festejar
el santo de Martiniano,
y aura esperarlo es en vano
no lo tráin ni con picana,
pues le gusta la jarana
y en donde agarra no suelta,
de fijo pega la güelta
mañana por la mañana.
—¿Y, amigazo, pa este lao
qué ventarrón lo ha trujido?
—Viento ninguno, he venido
con un fin determinao.
¿Y usté?
—Siempre aquí pegao,
pues me gusta tempranito
almirar ese cielito
y ver á la mesma aurora
besar l'agua roncadora
de nuestro Plata bendito.
Y si él está retobao,
es lindo á las aguas verlas:
se encrespan y cáin las perlas
como de un collar cortao;
también nuestra vida, Aldao,
por causas por mí inoradas,
es río y las marejadas
son esas juertes pasiones,
siendo nuestros corazones
las orillas azotadas.
Pero sepa de que pior,
después de fingida calma,
es la tempestá del alma
que la del mar bramador;
y si de un modo traidor
nuestras pasiones se tocan,
rugen, braman y se chocan
á medida que ellas crecen,
porque ¡caray! se parecen
á potros que se desbocan.
Después de una tempestá
güelve la calma y convida.
Pero el mar de nuestra vida
¡ay! siempre regüelto está,
y es la pobre humanidá
la que sufre la tormenta:
se le arrastra... se le aventa...
como náufrago perdido
que en un mar desconocido
lucha... pero no se orienta.
—Viejo y ¿ande aprendió tanto?
—En un libro, la experencia.
—Eso tiene olor á cencia..
Conozco el ave en el canto,
—No, cachorro no le aguanto.
Y sepa pa su resguardo,
que aunque en un campo haiga (cardo
y nos lastimen los pieses,
él nos brinda muchas veces
una que otra flor de nardo.
—¡Qué viaje, quién iba á créi?
—No se me asombre güen mozo;
sepa que'l viejo es un pozo
que se enllena de saber;
á más, de'entre el padecer
se saca un caudal projundo,
vamos conociendo al mundo
y la práctica ha enseñao
que un mal campo trabajao

no puede s[illegible]fecundo.
—Güeno, [illegible]ndo eso á un lao
digo, si es que lo consiente,
deseo de que me cuente
la historia de su pasao.
—Le quiero el envido, Aldao,
ya que se dinó venir;
aunque el recuerdo va á abrir
los labios de mi honda herida;
porque paisano, es mi vida
más negra que el porvenir.

PRELUDIANDO

Aquí me pongo á cantar
refrescando la memoria,
pa rilatarte mi historia
y todo lo que he rodao;
porque más güeltas he dao
que una mula en una noria.
En mi vieja compañera
á mi inspiración doy güelo,
con el canto me consuelo
y hace más dulce la yel,
calmándome como aquél
que eleva su rezo al cielo.
Jamás á naides provoco,
les va mal á los que retan,
ansina que no se metan,
quedensen con el antojo;
porque yo soy como abrojo;
pincho, pero si me apretan.
Por más que me haga un ovillo
no me han de poner bozal,
pues los versos aunque mal
me salen si en deseo ardo,
como las flores del cardo,
al paso de un vendaval.
A mí no me asusta un güeno
porque muy güeno me creo,
en el canto me floreo
y mi lengua no se engancha;
hago güena toda cancha
pa hacerle gusto al deseo.
No crea de que 'sto digo
confiao en la Providencia;
sé castigar con pacencia
sin ladiarme de la güella,
y casi siempre se estrella
el saber con mi experencia.
Aunque es mucha mi inorancia
si hallo alguno que me cante,
no me lleva por delante,
porque soy duro y no cejo
y al fin de cuentas lo dejo
con más suavidad que guanto.
Yo les doy la delantera
y jamás en punta corro,
pues al final me descorro
como soga en la rondana;
soy blando como badana,
pero más listo que zorro.
Cuzco que ladra no muerde,
dice un refrán que ricuerdo,
pero aunque soy medio lerdo
y á ningún paisano busco,
no soy lo mesmo que cuzco,
porque cuando ladro muerdo.
Como nunca juí á la escuela
no extrañarán mi rudeza,
era mucha mi pobreza
y de todo lo que sé,
la única maistra jué
la madre Naturaleza.
Naides pida cosas bellas
al hombre que no ha estudiao;
hay que ser considerao,
los gauchos no son dotores,
y eso es como pedir flores

á tierra que no han sombrao.
Pues viene el paisano al mundo
con una mancha en la frente;
jamás halla, aunque reviente
un protector generoso;
es como el perro rabioso,
dél juye toda la gente.
¿Por qué hacen eso? ¿por qué?
Rarezas del ser humano,
á un bagual le dan la mano
y con cariño lo tratan,
mientras que al gaucho maltratan
porque ha nacido paisano!
Es un pecao nacer gaucho
sigún lo tengo entendido,
siempre se ve perseguido
y tiene que andar alzao;
¡es como árbol azotao
por el pampero atrevido!
Pa él jueron los dolores,
pa él se hicieron las penas,
pa él las tristes condenas
y enda cuartiao por el mal,
igualito que bagual
por las querencias ajenas.
Pero el criollo resinao
todos sus males aguanta;
yo lo comparo á la planta
que el jardinero no riega,
y hasta la suerte que 's ciega
contra él su mano levanta.
En el libro del destino
tiene su sentencia escrita,
pero por más que se agita
en ancas de la esperanza,
nunca ha ser feliz alcanza
porque 's de raza maldita.
¡Qué sino tan triste tienen
los gauchos americanos!
Recorrer lomas y llanos
sin más fe que sus delitos,
como la higuera malditos
y arrojaos como villanos!
De espinas y sinsabores
su oscura senda se alfombra,
¡Ay! que soledá, se asombra;
naides escucha su queja,
¡porque el pájaro se aleja
del árbol que no da sombra!
Naides quiere al disgraciao,
no le consuelan si llora
y si moribundo implora
proteición, naides lo ampara;
parece que uno manchara
como el jugo de la mora.
Pide agua, y, á mal no viene
se la dan envenenada,
y después si en la jornada
queda el pobre gaucho muerto,
una zanja en el desierto
es su postrera morada!
Si no es que alguna tropilla
de gavilanes hambrientos,
cáin juriosos y sedientos
cebándose en sus despojos
y salen de sangre rojos,
pero de su obra contentos.
Güena maistra es la experencia
siendo tuavía muy tierno,
de la vida en el invierno
encontrando todo bien,
soñaba con un Edén
y, me hallé con un Infierno.
Nuestro destino es andar
siempre apenao, siempre errante
y en nuestra suerte inconstante
como no tenemos calma,
al fin se pone nuestra alma
de dura como diamante.
Lo rempujan á uno al vicio,
al que fiero arrastrao va;
entonces la sociedá
murmura: son salteadores....

¡tiene el gaucho más dolores
que pecaos la humanidá!
Asina anda como abeja
que van á sacarle miel,
no se han condolido dél
y el no tiene compasión:
¡Claro si en su corazón
hizo su nido la yel!

A veces al verse pior
que cachorro abandonao,
se halla con razón tentao
de poner fin á su mal,
rajando con el puñal
su corazón lacerao.

Porque sus penas son tales
que al ñudo es esperar gracia
puesto que si la desgracia
nos hace alguna caricia,
lo mesmo que la avaricia,
nunca se harta ni se sacia.

Ansí cruzamos la pampa
como el ave en raudo güelo,
siempre el manto del desvelo
al pobre lo ha de tapar,
porque no basta rezar
pa tener ganao el cielo.

Nuestros ayes y clamores
sólo los escucha el viento,
y es pal errante, un momento
de reposo, si le dan,
como una miga de pan
que le tiran á un hambriento.

Y siempre andamos juyendo
lo mesmo que lagartija,
nos rastrean á la fija
igual que perro á la presa
y mientras el mal nos besa
la desgracia nos cubija.

Tranquilidá no tenemos
y uno anda desesperao,
pues le hacen al disgraciao
cuando entre lágrimas cruza,
la cruz, como á la lechuza
que por el aire á silvao!...

Si uno se pega á un poblao,
como en el pelo el abrojo,
lo miran de rabo de ojo,
haciéndoseles á un lao
porque el gaucho abandonao
es lo mesmo que el rastrojo.

Y juyen, como si juese
enfermedá contagiosa,
no halla un alma generosa
que se apiade, todo es vano;
más le temen al paisano,
que á serpiente venenosa.

Y entre miserias sin nombre
pasa su amarga existencia;
á más, con santa paciencia
hay que aguantar el rigor,
pues del árbol del dolor
el fruto es la indiferencia.

Si cuerpea á lo ñandú
que le amagan con las bolas,
al cuete son las cabriolas,
siempre se le ve embromao
y es por la pena besao,
como playa por las olas.

Al ñudo es encomendarse
á los ángeles ¡canejo!
me le ojalan el pellejo,
si no es listo y se da maña
y hasta su dicha se empaña
como luna de un espejo.

Y si hoy lo deja el dolor
que ayer á uno ha perseguido,
más bien queda entristecido
porque volverá, se sabe,
pues la pena es como el ave
se va, pero güelve al nido.

Yo amigo me acostumbró
á seguir por esas sendas,
asina que en las contiendas
no me hace mella el cimbrón,
porque soy un redomón
que no obedece á las riendas.

A mi la suerte me anduvo
como pelota en la cesta
y salí bien de la fiesta,
por más que á veces he andao
como gallo redotao,
medio encogiendo la cresta.
Pero si he salido ansina
es porque soy muy ladino,
á más obrando con tino
he ganao toda partida,
aunque he dado en esta vida
más güeltas que remolino.
¡Caramba! ya sin querer
de la güella me he salido
y lo más entretenido
no comencé mi relato,
lo güeno que tengo olfato
pa hallar el rastro perdido.

¡UN BESO!

En mi vida acidentada
ha de ver que mis condenas,
como argollas de cadenas
de una á una se han juntao,
porque todo mi pasao
es largo trenzao de penas.
Pero pacencia ¡qué Cristo!
nuestro destino ansi es,
todo nos sale al revés
y en cualesquier entrevero,
como tiento de otro apero
lo anda el alcalde ó el juez.
Hasta que la muerte venga
ansi seguiré cabal,
salga bien ó salga mal
al peligro desafío;
si estoy alegre me río,
si estoy padeciendo, igual.
Me hallé güérfano, aparcero,
como pichón que ha quedao
en el nido, abandonao
y que con tristes gemidos,
llama á los padres queridos
que por el campo han matao.
Compañero, es un misterio
que 'n nuestra vida se esconde,
mueren y no sé pa dónde
los que nos aman se alejan;
los hijos gritan... se quejan...
y sólo el eco responde...
Llegué á grande y trabajaba,
nada á ninguno pedía,
y así tranquilo vivía;
pero el destino es traídor;
hoy se ve fresca una flor
y seca está al otro día.
Aura verá, camarada,
de la manera que jué
de que yo me enamoré
de la hija de un hacendao;
pero amigo jué un pecao
porque era rica y la amé!
Ella rica vino al mundo
engüelta en pañal dorao,
mientras yo desheredao,
por pañal sólo he tenido
un jergón descolorido
ó un rebozo apolillao.
Miserias que el mundo guarda
otra es nuestra condición,
y parece maldición,
al gaucho el dolor alcanza
y ande nace una esperanza,
deja muerta una ilusión!
. . . .
Un día en unas carreras
vi, compañero, esa moza,
más lozana que una rosa
que venía con cachaza,
sobre una yegua de raza
vivaracha y cosquillosa.
Al verla tan guapetona,
crealó, quedé encantao,
¡qué cuerpo tan bien jormao,
qué ojazos de terciopelo!
Era un ángel que de un güelo
del paraíso había bajao.
En su carita de virgen
mis dos ojos se clavaron,
redepente, se cruzaron
su mirada y mi mirada...
¡de fijo en esa cruzada
nuestras dos almas se hablaron!
No me hartaba de admirar
las gracias que Dios le dió,
cuando, amigo, la asustó

á la yegua una ternera,
y ya salió campo ajuera
puntiando y se desbocó.
Medí el inmenso peligro
y á mi flete castigué.
una vez que la alcancé,
grité muy emocionao:
¡no se me largue, cuidao!
y ay mesmo la apadriné.
La prenda, toda asustada,
con angustia me miró,
después: «¡sálveme!»—exclamó
presa de amargo dolor;
yo le contesté:—«¡valor,
que la salvo ó muero yo!»
A la yegua aparejao
iba en ocasión tan dura;
la agarré de la cintura,
á mi alazán sujeté
y aquella virgen salvé
de una muerte bien segura.
La senté sobre los pastos,
pa toditos laos miré,
y en cuanto me cercioré
que no me via la gente,
un beso puro y ardiente
en su boquita dejé.
. . . .
Al mes de esto ó poco más
á un baile juí convidao
y al rato de haber llegao,
vi dentrar fresca, serena
y más linda que azucena,
á la hija del hacendao.
En cuanto me divisó,
con acento soberano
me dijo: «¿qué tal, paisano?»
mirándome con dulzura,
y pa mi mayor ventura
vino á estrecharme la mano.
Dispués pidió que cantase;
pulsé el estrumento ansioso,
brotó como un ¡ay! quejoso
de las cuerdas temblorosas
y entre aquel montón de rosas
me juí como balde al pozo:
«Ama el lindo ruiseñor,
y hasta la salvaje fiera
al ver á su compañera
siente un vértigo de amor.
»Ama el soldao su bandera,
la abeja á las clavelinas,
y las lindas golondrinas
adoran la primavera.
»Ama el ternero á la vaca,
como el cantor á su ideal,
ama á la gloria el mortal
y de amor se queja el Plata.
»La mariposa ama el broche
de las flores cuando bellas,
y á las pálidas estrellas
ama la callada noche.
»Ama al peligro el valiente
y la fiera sus cachorros,
aman sus hembras los zorros
y á la soledá el doliente.
»Ama el pájaro á su nido,
á su patria el veterano,
el salvaje adora el llano
como al llanto el afligido.
»El gaucho ama las llanuras
y á las hazañas más grandes,
el cóndor ama á los Andes
y la águila á las alturas.
»El dichoso ama á la vida,
á la muerte el disgraciao,
y ama el pobre encarcelao
á la libertá perdida.
»Conque no es raro que clame
si á mi corazón lo inflaman,
y ansí como todos se aman
no es extraño que yo te ame!..».
Cuando acabé de cantar
vino ella y prontamente,
mirándome tiernamente
unas flores me alcanzó

y con amor suspiró,
entre alegrona y sonriente.
Yo vide que las besó
antes de habérmelas dao
y hoy conservo enamorao,
testigo de mis amores,
aquel puñado de flores
que ya el tiempo ha marchitao.
Y cuando de ella me acuerdo,
si el mal me sigue la güella.
aunque ya no me hace mella,
las beso con emoción,
haciéndome la ilusión
que beso la imagen de ella!

AUSENCIA

Me amó con ese cariño
que nace del corazón;
jué la primera pasión
de su alma virgen y hermosa.
amor que va hasta la fosa
ayuntao con la ilusión.
Tamién yo con gran locura
dentré á quererla y amar,
y se iba á secar el mar,
y se iba á cabar el mundo,
antes que mi amor profundo
¡lo juese el tiempo á borrar!
Siempre que vía á mi amada
hacíamos planes risueños,
pero al cuete son empeños,
si la suerte se encapricha,
la escoba de la desdicha
barre todos nuestros sueños.
El padre supo que á su hija
le andaba arrastrando el ala,
y oliendo la cosa mala,
pensó hacerse el muy mañero,
pero el torito más fiero
se topa con quien lo piala.
A más todita esa gente
aunque la plata les sobre,
si va quien no tiene un cobre
y se prenda de sus hijas,
me le apretan las clavijas,
porque es un crimen ser pobre.
Claro, si son de inorantes
que 's una calamidá,
crén muchos ¡barbaridá!
que hace feliz el dinero,
cuando la plata, aparcero,
no hace la felicidá.
Es un orgullo infundao
asigún lo he comprendido,
porque al morir he sabido
de que vamos los humanos,
convertidos en gusanos
á la tumba del olvido.
Pero eso ellos no lo entienden
no aprecian á gauchos liales;
tanto tienes tanto vales,
y por eso, á mi entender,
la avaricia suele ser
á veces juente de males.
Hay hombres que con sus hijas
sin escrúpulos trafican
y, amigo, las sacrifican,
sin güeltas igual que á rés,
porque ellos sin interés
¡amor, ni nada se explican!
Por más que un rudo estas cosas
no las deba discutir,
yo siempre lo he de decir
y que aguante el que le duela,
habla un gaucho sin escuela,
pero que sabe sentir.
En fin, cuando supo el padre
se quedó muy descontento,
y al ver con gran sentimiento

que ella no me hacía desaires,
la mandó pa Güenos Aires
y la encerró en un convento...
. . . .
¡Caray! si no me equivoco,
hay un refrán, aparcero
que dice, y es verdadero,
que lo güeno dura poco.
Pero se debe aguantar
con resinación la mecha,
cuando la suerte contrahecha
á un pobre quiere amolar.
Porque contra ella es el ñudo,
no hay ninguno que se atreva;
se priende, como en la cueva
suele prenderse el peludo.
Y hay que dejarla que bale,
pues la dicha á ciencia cierta,
se dentra por una puerta,
pero por la otra se sale.
Y aunque el hombre va detrás
por ver si al final la atrapa,
todo es al botón, escapa,
y no la alcanza jamás.
Ansina que si uno espera,
bien fresco puede aguardar,
que 's lo mesmo que 'sperar
que le dé flor una higuera.
Aquí, amigo, y no es extraño
conocí yo el mal de amor,
pues comenzó mi dolor
con mi primer desengaño.
Y aunque juntaba paciencia
las tristezas me rodiaban,
y el corazón me rajaban
las espinas de la ausencia.
Miraba allá pa la loma,
por la esperanza cuartiao
y ¡canejo! ilusionao
creia ver á mi paloma.
Cuando observaba á la luna,
en ella via á mi amada,
y la via retratada
en la agua de la laguna.
Entre cerraba los ojos
y la vía candorosa,
que venía cariñosa,
á concluir con mis enojos.
Y, aparcero, cosa rara,
lo que 's soñar con amores!
si contemplaba á las flores
en ellas vía su cara.
Cuando el pampero lloraba
y entre mi pelo gemía,
patente me parecía
que era ella que me llamaba.
Al apuntar la alborada
ó al asomar de la aurora,
su imagen encantadora
vía en el cielo estampiada.
Y en esas horas de calma
que con la dicha se ensueña,
la vía linda y risueña,
en el espejo de mi alma.
Calcule cómo estaría
con lo que á mí me pasaba,
lejos... muy lejos... estaba
y cerca siempre la vía!
Cuando ya me convencí,
con dolor fiero... projundo,
que viva estaba pal mundo
pero muerta para mí.
Maldecí mi negra suerte,
detesté mi amarga vida,
y ante esa ilusión perdida
llamé mil veces la muerte.
Hasta que un día temprano,
mis cositas arreglé
y mi pago abandoné
en mi flete soberano.
Salí con rumbo al desierto,
sin más amparo que Dios
y pronto corrió la voz
que los indios me habían muerto!

¡MUERTA!

Después de andar varios años
diendo de estrago en estrago,
y sin hallar un halago
en mi continuo penar,
cansao de tanto vagar
una noche cayí al pago.

Llegué al rancho de mi amada
y á la ventana arrimao,
su nombre, por mi adorao,
dispacito pronuncié
y encogido me quedé,
esperando emocionao.

En esto mesmo momento,
en las plantas gambetiando,
los murciélagos jugando
presagiaban algo malo,
y hasta vide sobre un palo
una lechuza chillando.

Tamién una mariposa
muy grande, negra y bien rara,
como si algo me anunciara,
por el lao mío pasó
y apenita me rozó
con sus dos alas la cara...

Mi voz conoció mi prenda,
porque en seguida salió,
y, amigo, en cuanto me vió
exclamó, de estupor llena:
—¡Dios! ¡es él ó su alma en pena!
y á santiguarse empezó.

Yo me le arrimá sonriendo
y le dije despacito:
—Soy tu Rosendo, angelito,
que dispués de larga ausencia,
cái sombrío á la querencia
como á la mente el delito.

—Es su voz, dijo llorando.
Es él, estoy cierta.—Sí;
soy el mesmo—respondí;—
pero lloras ¿por qué es eso?—
y en su frente puse un beso:
jué el último que le di.

—¡Ay!—llorando me decía—
por tu alma cuánto he rezao!
dijeron que eras finao;
yo, necia, no lo dudé
y perdido te lloré
ansiando dir á tu lao.

Hace tres noches soñé
que muy cerca te tenía,
era mucha mi alegría,
como mi felicidá,
pero la cruel realidá
auyentó mi fantasía.

Cuando estaba en lo más dulce
de mi sueño, me dispierto,
y al ver de que no era cierto
jué inmenso mi desencanto,
y entre lágrimas y llanto
me convencí que habías muerto.

¿Pero esto no será un sueño?
¡Ay! no, te veo y te siento,
mas hasta en este momento
tengo (bien lo he comprendido)
el corazón oprimido
por un cruel pensamiento.

Sospecho que mi alegría
no será muy duradera,
porque temo, Dios no quiera,
que caigan entre congojas
mis ilusiones, como hojas
ante la brisa ligera.—

¡Pobre!... feliz se creía
y aunque satisfecha estaba
sin saber por qué temblaba,
mucha era su agitación;
¡ah! pero su corazón
¡Dios mío! no la engañaba.

¿Por qué Ser onipotente
que todo sabes prever,
no me hiciste atrás volver
con tu talento infinito?

¡Pero no! ya estaba escrito
y debía suceder.
Noche fatal, noche negra
y llena de desventura
una nube de amargura
más sombría quel misterio,
vino á empañar, con imperio,
el cielo de mi ventura.
Aquella noche, aparcero,
mi suerte se hubo fallao;
mas estaba destinao
y encierra, ¡quién lo diría!
un ricuerdo de alegría,
¡pero con sangre bañao!
En fin, amigo, esa vez
¡qué de cosas nos dijimos,
cuántos proyectos hicimos
que no volverán, presumo,
pues como espirales de humo
desvanecerse los vimos!
¿Quién me había de decir,
en aquel feliz momento,
que al rato, de descontento
con el dolor más projundo,
iba á maldecir al mundo
y llorar de sentimiento?
Pero es así nuestra vida,
no vale ser muy ladino,
á lo mejor pierde el tino,
siendo al ñudo gambetear
y debemos aguantar
los guascazos del destino.
Interrumpió nuestro idilio
un grito desesperao,
en un descuido lanzao
por ella, muy asustada;
doy güelta y de gente armada
me vide todo rodeao.
El facón de mi cintura
lo refalé ligerazo,
eché mi vicuña al brazo
con la rapidez de estilo,
y ya como rejucilo
brilló mi alfajor criollazo.
Pero quedé haciendo cruces,
al comprender allí mismo
que si yo, por egoismo,
al padre llegaba á herir,
eso hubiera sido abrir
entre yo y ella un abismo.
¡Qué momento de aflición!
Pa escaparme ¿cómo haría?
porque aunque cerca tenía
mi pingo en un palo atao,
estaba todo rodeao,
y á él ¿cómo llegaría?
No duró mucho mi asombro;
con que repuesto al instante,
altanero y arrogante,
resuelto dijo en seguida:
—¡Aquel que estime la vida
no se me ponga delante! —
El padre de ella, jurioso,
los puntos bien me tomó;
entonces se adelantó
Rosa, con agilidá
exclamando: ¡A mi matá...
mas, la frase no acabó;
Sonó un tiro de pistola,
ella tambaleó ¡gran Dios!
y con apagada voz,
dando hacia mí algunos pasos,
murmuró al cair en mis brazos:
— ¡Me ha herido...... yo muero......
(adiós!
Cruzó una nube de sangre
por mi vista, compañero,
deserrajé el naranjero,
á mi adorada la alcé
y con ella disparé
pa ande estaba el parejero.
Corté en seguida el cabresto,
monté ligero, paisano,
castigué á mi veterano,
como una flecha salí
y muy pronto me perdí

entre las sombras del llano.
Ansina seguí sin rumbo,
á la carrera lanzao,
la hablaba desesperao,
pero no me respondía,
me pareció que dormía,
mas se había desmayao.
Como á la hora de correr
mi caballo sofrené,
con cuidado la senté
abajo de unos cipreses,
y yo no sé cuántas veces,
sin resultao la llamé.
Al fin como dispertada
por mi lamento sincero,
los ojos abrió el lucero,
en mí los clavó angustiada
y con voz entrecortada
me dijo: —Adiós...yo me...muero,..
Siento... acabarse... mi... vida...
No... llores... si... te... abandono
y... á... mi... padre... sin encono....
decile... de... que... yo.... inerte....
en.... el.... umbral.... de... la.... (muerte,
de... corazón... lo... perdono...—
¡No!—dije,—no puede ser
¿dejarme sólo? ¡jamás!
¡Morir tú! ¡Dios! ¿ande estás?
¡Oí, te imploro de hinojos!...
¡Cerró aquel ángel los ojos
pero pa no abrirlos más!
—Yo, entre lágrimas, decía:
¡Respóndeme—y nada! ¡nada!
Ya su mano estaba helada
y su frente fría... yerta...
¡Cruel destino, estaba muerta!
¡Muerta por mí, desgraciada!...
Mi pecho parece un charco
de lágrimas y aflicciones
y aunque no es pa los varones
el llorar como mujer,
no he podido contener
estos gruesos lagrimones.
El hombre más agalludo,
guapo, enérgico y no lerdo,
si en un error no me pierdo,
le prevengo de esta suerte:
¡que no tiembla ante la muerte
pero llora ante un ricuerdo!

. . . .

Junto al cadáver quedé
de la dueña de mi amor,
lloré el destino traidor
y como furia rugía.
¡Qué noche aquella... sombría
como mi inmenso dolor!
Hubiera desiao tener
poder pa de rabia ciego,
gomitar lenguas de fuego,
causar espanto y temor,
sembrar el miedo y terror
y no oir ni llanto ni ruego.
Para ansina entonces yo
gozarme del mal ajeno,
ver apurar el veneno
entre ayes, quejas, lamentos,
en cambio de los tormentos
que hicieron nido en mi seno.
Todo desiaba, pero ¡ay!
me doblé ante la evidencia
y al comprender con concencia
lo imposible que anhelaba,
nervioso rugía... aullaba...
viendo mi propia impotencia.
Así pasé aquella noche,
y al venir la aurora hermosa,
cavé allí mesmo la fosa,
un bendito le recé
y para siempre enterrré
mi felicidá con Rosa...

. . . .

Dentraron á perseguirme;
jamás alce se me dió,
pues la calumnia clavó
su lanceta en mi alma herida:

el mesmo que le dió vida
fué quien se la arrebató.
Y tuvo el coraje, sí,
de decir, fiero impostor,
que yo juí su matador;
¡ah! ¡venenosos retiles!
¡Cómo iba á matarla, viles,
siendo mi dicha esa flor?
Pero no importa, aunque tarde,
se va arrepentir tal vez,
se doblará su altivez.
(el tiempo será testigo)
que le ha de dar su castigo
la concencia que es güen juez.
Deje demás que aura goce,
al fin todo se derrumba
no siempre la suerte zumba,
hay negras dudas que oprimen,
¡y el ricuerdo de su crimen,
le seguirá hasta la tumba!
Ansí lágrimas de juego
como yo derramará,
entonces sí clamará
pidiendo perdón... consuelo...
pero á sus ruegos, el cielo
sordo permanecerá.
Es lo que siempre sucede:
vive el criminal contento,
lo pasa que es un portento
dele gozar y reir,
pero al ver que va á morir
viene el arrepentimiento.
Tiene miedo entonces, tiembla:
¿de ánde viene ese temblor?
¡Es porque siente temor
al ricordar el ayer,
y que va á comparecer
ante el altar del Señor!
Hoy dende aquí lo maldigo
desiando que el mal le llegue
y que con él fiero juegue,
como con una paloma,
y el piaso de pan que coma
con llanto amargo lo riegue.
¡Ansí comencé á rodar,
sin la menor compasión
y dende aquella ocasión
llevé, por tantos agravios,
la maldición en los labios
y el odio en el corazón!
La disgracia me ha seguido
como mi sombra mesmita,
y en esta senda maldita
cuando en mi amada he pensao,
su ricuerda me ha robao
del alma una lagrimita.

AMISTAD

Cuando la suerte atropella,
nunca afloja, quebrallona
los castiga y no perdona;
ansina que, amigo, al juirme,
entraron á perseguirme
como á langosta saltona.
¡Pobre del que se disgracia!
Mala comida le espera,
lo tratan como una fiera
si llega á ser pescao,
con esposas y engrillao
lo fletan pa la frontera.
Y nosotros pa evitarlo,
andamos siempre juyendo,
penas sin nombre sufriendo
entre llantos y miserias
y hay ocasiones, tan serias,
en que uno vive muriendo.
Dende ese día fatal
me vido yo perseguido;



Dispués pidió que cantase:
pulsé el estrumento ansioso. Pág. 426.

sin cueva, rancho, ni nido,
ya comencé á rodar solo,
como pichón de chingolo
que da su primer volido.
  Primeramente, pensé
disparar pa otro partido,
pa tantiar si una vez juido
de rastriarme se dejaban
y si mi nombre lo echaban
en el jogón del olvido.
  Pero cuando se encapricha
la jortuna en aporrearnos,
al ñudo es encomendarnos
á los ángeles del cielo,
andamos tristes y al güelo,
sin saber ni ande ganarnos.
  Güeno una vez, entre sombras,
después de mucho trotiar,
pude cansado llegar,
ronciando como carancho,
hasta un solitario rancho
ande pensé descansar.
  Pedí permiso y dentré,
sacando el freno al gatiao,
el pobre estaba sudao
y eso que no era lerdón,
pero de un sólo tirón
diez leguas se había tragao.
  Me lo largué á pastoriar
en un campito cercano,
y en eso, un viejo paisano
con laya de muy ladino,
á recibirme se vino
trujiendo un verde en la mano.
  Cuando la noche cerró
me juí al monte fatigao,
puse de cama al recao,
de cabecera los bastos
y dormí sobre los pastos
igual que un aventurao...
. . . .

  Ya apuntaba la alborada
como acostumbra, imperiosa,
mientras juía misteriosa
la noche como azorada;
de una faja colorada
se vía el débil reflejo,
al mesmo cielo azulejo
ni un nubarrón lo empañaba,
siempre lindo relumbreaba
más clarito que un espejo.
  La aurora como cansada,
de á poquito aparecía,
mientras que con alegría
cantaba la pajarada,
más de una faja azulada,
que en cielo gambetiaba,
con otra blanca formaba
mi bandera, la argentina,
y una linda golondrina
sobre un charco culebriaba.
  En fin, era una mañana
más dulce que una caricia;
yo aspiraba con delicia
aquella brisa pampeana,
cuando la aurora cercana
salió del todo, tristona,
y á una tapera viejona,
toda rodiada de malva,
cubrió el lucero del alba
con su rosada corona.
  Por eso, por un costao,
sobre un precioso alazán,
salió un gaucho y con afán
miró aquel rancho olvidao,
quedó un momento parao
observando aquellas ruinas
y al mirar á las colinas,
que tristes le parecieron,
en su barba nido hicieron
dos lágrimas cristalinas.
  Luego bajó presuroso,

libre su pingo dejando,
y se allegó suspirando
al pie de un ombú frondoso;
y excitado y anheloso,
con vehemencia extraordinaria,
ante una cruz solitaria
que el ombú le daba sombra,
hincao en la verde alfombra
rezó ardiente una plegaria.

Después, aunque con tristeza,
trató de calmar su pena
y sacudió la melena
con indomable fiereza;
descolgó con ligereza
de su espada el instrumento,
y más que canto, un lamento
jué su canción, tan sentida,
que hasta á la Pampa querida
hizo llorar con su acento:

«Como herencia truje yo
»el dolor dende la cuna,
»no encuentro calma ninguna,
»porque mi sino es penar,
»mis ilusiones las mata
»el más negro desencanto,
»y no extrañen si yo canto,
»es mi modo de llorar!

«Ando como judío errante
»por la llanura vagando,
»siempre clemencia esperando
»y como las golondrinas
»lo van cuerpiando al invierno
»buscando climas mejores,
»yo voy en busca de flores,
»pero sólo encuentro espinas.

«La vida me es muy odiosa,
»fatal y triste es mi suerte,
»llamo y no viene la muerte,
»y aunque yo me muestro fiero
»pa contrarrestar el mal,
»me sigue la desventura,
»llevándome la amargura
como á la arena el pampero.

«Tan sólo brilla en mi cielo
»la estrella de la venganza,
»la aurora de mi esperanza
»el desengaño ñubló
»y en el jardín de mi vida
»no brotara ningún día,
»la rosa de mi alegría,
»que la pena deshojó...»

Terminó su amargo canto
con la más honda aflicción,
y encima del diapasón
vertió silencioso llanto,
dejó la guitarra en tanto
las lágrimas se secaba,
y al ver la cruz que allí estaba,
lanzando un sollozo intenso,
quedó un momento suspenso,
mientras triste suspiraba.

Sobre la cruz puso el brazo
y en él la frente el cantor,
ocultando su dolor,
al parecer muy fierazo;
me acerqué le di un abrazo,
diciendole conmovido:
—Ya veo que de afligido
quiere al mundo dar su adiós,
si aceta, seremos dos,
yo también soy perseguido.

—Como gusto—contestó;—
andaremos ayuntaos,
somos dos los desgraciaos
que la jortuna aporreó;
por ande vaya iré yo,
siempre fiel lo he de seguir,
juntos vamos á sufrir
ya que aporreados nos vemos;
ansi que dende hoy seremos
hermanos hasta morir!

Yo soy Serapio Contreras,
tenido por delincuente
y de quien dice la gente
que es más malo que las fieras;
mis ofertas son sinceras,

se las hago y no me pesa,
cuente ya con la firmeza
de mi cariño projundo,
que un guen amigo en el mundo
es nuestra mayor riqueza.—
Ansí, amigazo, sellamos
una amistá verdadera,
y en la derruída tapera
á conversar nos sentamos;
en seguidita agarramos
ay, mano á mano la taba,
y sigún él se expresaba,
como á todo disgraciao,
el dolor lo había picao
lo mesmo que mosca brava.

AMOR Y CELOS

(Contreras)

En el rancho que nací
tranquilamente vivía,
allí á mi madre tenía,
viviendo los dos contentos;
más soplaron malos vientos
y naufragó mi alegría.
No era entonces molestao
jamás por la autoridá;
¡Ah! cuanta felicidá
en medio de mi ignorancia!
¡Cómo al ricuerdo de infancia
amarga la realidá!
Aquellas épocas que aura
tristón estoy evocando,
son luces que van pasando
alumbrando mis dolores...
¡Oh, los ricuerdos son flores
que 'l tiempo va deshojando!
¡Qué edá preciosa, bien haiga!
¡Qué horas lindas he pasao!
Hoy, al verme abandonao
igual que cuzco sin dueño,
hasta pienso que es un sueño
lo que 'ntonces he gozao...
A pastoriar la majada
llevaba al clariar el día,
y alegre y dichoso vía
el lagrimear de la aurora;
me iba feliz á esa hora
y entre dos luces volvía.
Pero quiso mi mal sino
que mi suerte se empañara
y que á mi senda alumbrara
el candil de la amargura:
¡Malo... si la desventura
comienza á mostrar la cara!
Cerca de casa vivía
una purpurina flor,
á la que con gran calor
dende que la vi la amé
y constante la roncié
lo mesmo que picaflor.
Nunca quise, mas al ver
esa flor de la campaña,
sentí una emoción extraña;
¿qué era? ¡el amor bandido!
y me quedé más prendido
que mosca en tela de araña.
Es al botón pretender
olvidar al sér amao,
uno queda más pegao
que pájaro en pega-pega
y con el amor no juega,
ni el hombre más desalmao.
Amarrao el hombre queda
como al dolor ó la pena,
es de seda esa cadena
que uno no puede ruemper;
solamente la mujer
si es que tiene un alma güena.

Güeno, una vez la hallé á tiro
y al hacerlo á lo dotor
un dentrito de mi flor,
le gustó, nos arreglamos
y sobre el pasto juramos
los dos un eterno amor.

No soy de los que atropellan
con paradas y posturas,
en ocasiones tan duras
sé ande dar la puntada,
á más ¡qué diablos! me agrada
comer las peras maduras.

Pero aunque se lleve en fija
no es güeno amostrarse ufano,
porque él guía más vaquiano
suele errar alguna vez
y hasta con las treinta y tres
le ganan á uno de mano.

Sepa que aunque uno se largue
como langosta al sembrao,
jamás debe ser confiao;
mala es la fatalidá
y hay que andar como el chaja
muy alerta y avisao.

En fin, el tiempo pasaba
y mi amor iba en aumento,
mas se acabó mi contento;
todo tiene fin, ¡gran siete!
de la suerte uno es juguete
como los pastos del viento.

Supe de que un gavilán
de noche andaba en la loma,
aguaitando á mi paloma
pa robarme su suspiro,
yo en estos casos me estiro
como si juera de goma.

Me aguijonearon los celos,
porque eso al más frío alcanza
y se duebla la balanza
cuasi siempre pal pior lao;
ansi me vi atormentao
por los sueños de venganza.

¿Quién era aquél que trataba
de robarme sin piedá,
mi amor, mi felicidá.
en fin, mi todo? ¿quién era?
hay casos, en que á la fiera
se gana en ferocidá...

Es triste verse acosao
por la duda y por los celos,
se güelven puros recelos,
no halla un minuto de calma,
las esperanzas del alma
las envuelven los desvelos.

¡Qué suplicio, qué tortura,
qué tempestá ruge airada!
¿y qué nos halaga? ¡nada...!
mueren ¡ay! las ilusiones
y fantasmas y visiones
pueblan la mente ofuscada!

Y no queda indiferente
ni aquel de alma bien templada
y más fría que la helada,
sin pretenderse vengar
del que le quiere robar
las caricias de su amada.

¡El que no lava esa afrenta,
aunque de guao haga alarde,
ó es que en su pecho no arde
esa llama que nos hiere,
y de no, si es que la quiere,
no es hombre sino un cobarde!

Ansina de que una noche
á lo de mi prenda juí,
en un maizal me escondí
igual que gato montes,
tantié mi daga y desqués
largo á largo me tendí.

Hacía un rato que esperaba
cuando un emponchao llegó,
con ligereza se apió
y arrimao á la ventana,
en su vieja veterana
estas décimas cantó:

«Ansí como el cazador,
lo anda la liebro juyendo,

vos te me andas escondiendo
cuando te brindo mi amor,
y veo con gran dolor
de que si á tu rancho llego,
me espantas con vení luego,
que no te puedo atender,
pues tengo mucho que hacer
y te vas á prender juego.
»Si de la vaina me salgo
y quiero ver si te hablando,
de ñapa me andas cuerpiando
igual que la liebre al galgo;
y aunque yo muy poco valgo,
si te encuentro y brindo ¡ahijuna!
¡mi cariño y mi jortuna,
siempre con güeltas y mañas
te perdes entre las cañas,
como pato en la laguna!
»Y sin cejar en mi empeño,
otras veces que te sigo,
si con voz triste te digo
de que quiero ser tu dueño,
medio frunciéndome el ceño
decís: volvé á la alborada
porque estoy muy atareada,
ó que estás muy aburrida,
ó que te vas en seguida
á rejuntar la majada.
»Y si voy al otro día
arrastrao por la esperanza,
no se mueve la balanza
que ha de pesar mi alegría;
porque salís, vida mía,
con que no me hables, andate,
pues estoy cebando mate,
y mis andadas son vanas;
¡pucha! á veces tengo ganas
de hacer algún disparate.
»Y mis lamentos y quejas
no querés escuchar, bella,
por más que sigo tu güella
como lobo á las ovejas;
y aunque estas son cosas viejas,
como sós muy cosquillosa,
ando igual que mariposa
al rededor de la luz,
mientras que como avestruz
me andás cabriolando, hermosa.»
Hizo un lindo bordoneo
comenzándose á floriar,
golvió su pecho á templar
pa continuar con gran labia,
pero me augaba la rabia
y no lo dejé acabar.
Salté yo, como ratón
que se le inunda la cueva,
diciendo: «es muy güena breva,
pero esa fruta es ajena
y aunque ¡canejo! no truena,
aura es muy fácil que llueva».
«No me asusta la tormenta»
sobre el pucho contestó,
y al punto desenvainó
un sable ¡barbaridá!
más largo que eternidá,
y tranquilo me esperó.
Traté de reconocerlo,
pero venía empochao,
ansí que más calientao
que campo de pasto ardiendo,
al humo me le juí haciendo
más cuerpiadas que mamao.
El otro se defendió
meneandomé punta y hacha,
comenzó á mostrar la hilacha
y eso á mi genio se aviene,
porque no juí ni soy nene
que con cuajada se empacha.
Trensaos, echando estuvimos
más espuma que jabón
y yo en más de una ocasión,
en que lo hallé descuidao,
lo pude haber dijuntiao,
pero no jué mi intención.
Los golpes se los paraba
con mi poncho ya tagiao.

y vía que el condenao
deseaba ojalarme el cuero,
mas no me marca un rastrero
como á redomón pialao.
Redepente, ligerazo
de un ponchazo lo asonsé,
naides cuando ansi se vé
de lerdo, ni corto peca.
y de un viaje en la muñeca
al mozo lo desarmé.
Ay nomás me le dormí
firme y parejo al mulita,
pues naides fácil me pita;
ansina que, retobao,
lo dejé más manoseao
que pila de agua bendita.
En un descuido, ganó
entre un montón de sotretas,
hizo unas cuantas gambetas,
en pelo demás montó
y julepiao disparó
al ruido de las paletas.
Yo le grité «no se vaya
tome otra güelta, que hay más»
pero el flojo cachafaz,
de mis chuscas no hizo caso
y dijo moviendo el brazo:
«Todas me las pagarás.»
Cuando el corbo recogí,
vi que era de policía
y yo dije «¡virgen mía!
si es de alguno del juzgao,
á la fija que he sacao
una güena lotería!»
De ay rumbié al rancho contento
por el fin de la junción
y silbando un pericón
me olvidé pronto del caso,
pero ese jué el primer paso
que di pa mi perdición.
Pues la consecuencia de esto
el más lerdo la malicia,
la traición no desperdicia
una ocasión que esperanza,
y la idea de venganza
el ofendido acaricia

VENGANZA CONTRA VENGANZA

Era una noche más negra
que el porvenir del paisano;
reinaba calma y al llano
las tinieblas inundaban;
mas los chajases velaban,
dende un pajenal cercano.
Se oía el retumbar del trueno,
á lo lejos apagao,
como si Dios, disgustao
por las cosas de este suelo,
nos quisiera dende el cielo
mostrar qu'estaba enojao.
El ganao se recostó
dende temprano al corral
y es inerrable señal
sacada de la experencia,
que si cáin á la querencia
es que va 'haber temporal.
El viento del lao del río
quitó el reinao al pampero,
y besando el viejo alero
al parecer se quejaba:
era porque presagiaba
un temporal medio fiero.
No me arrolló la tormenta
y ensillando mi tostao,
alegre y bastante armao,
salí en aquella ocasión,
llevando la dirección
del rancho del bien amao.
Castigué mi redomón
comenzando á galopiar;
cuando estaba por llegar
á la quinta las «Dos rosas»,
las nubes como quejosas
principiaron á llorar.
Bajo un ombú me gané
desafiando el aguacero;

es nuestro amigo sincero
el altivo y firme ombú,
más viejo que el viento Sú,
pero más juerte que acero.
Con él no pudo el pampero
ni ninguna tempestá,
por eso altanero está
con el tiempo en lucha ruda,
dispuesto á prestar su ayuda
al que á pedírsela va.
Quizá de que lo crió,
el bondadoso señor,
pa ser el fiel protector
de aquél que vagando andase,
y pa que lo resguardase
de la lluvia y el calor.
Allí el viajero rendido
sobre su tronco reposa,
y la silueta grandiosa,
del ombú grueso y sereno,
se destaca allá en el seno
de nuestra campiña hermosa.
Cuando pasó la garupa
sali yo de aquel amparo,
y ansi seguí sin reparo
en mis ideas sumido,
pero quedé sorprendido
por un caso extraño y raro.
De pronto, sin sofrenar,
el flete se me plantó,
juerte un relincho pegó
y comenzando á bufar,
se puso el pingo á temblar
y las orejas paró.
Yo no soy atropellao
y jamás me aflijo mucho,
así que me importó un pucho
eso y castigué enojao;
pero tiemblaba el tostao
como si tuviera chucho.
Pa adelante no seguía,
pero en cambio reculaba
y aunque fime le atracaba.
quería con insistencia
volverse pa la querencia,
pero yo no lo dejaba.
A mí ya me habían contao
que eso era mala señal
y que el astuto animal
un peligro nos advierte;
yo no temía á la muerte
ansi que pa mi era igual.
No créia en aparecidos,
ni en agüerías de viejas
y aunque paré las orejas
medio extrañao por el lance,
quería ver á todo trance
á la dueña de mis quejas.
Y por fin como á la hora,
logré hacerlo adelantar;
ansina al rato de andar
sali por otro camino:
quise atajar al destino,
pero es al ñudo cuerpiar.
Se cumple lo que está escrito
aunque uno orejiando quede;
parece que juera adrede
por más que quiera escapar:
si algo nos ha de pasar
tarde ó temprano sucede.
¡Lo que es la vida, canejo!
cuanto antes gana tenía
de ver á la prenda mía,
algo contento, crealó,
pero ¡que pronto cambió
en tristeza mi alegría!
Pues cuando créia entregarme
en los brazos del amor,
el fantasma del dolor
los garrones me pisó:
ansina comenzé yo
á saber lo que era rigor.
Llegué impaciente y ansioso
al rancho del bien amao,
y al golpiar enamorao,
¡qué desengaño jué el mío...

el nido estaba vacío,
la paloma había volao!
Yo quedé como asonsao,
en aquel fatal momento,
y con rabia y desaliento
en mi gran afición créia
que de mi dolor se réia,
al pasar zumbando, el viento.
– ¡Me ha dejao – exclamé yo
rugiendo como una fiera,
—jué perjura y traicionera,
durando su amor impío,
lo que gotas de rocío
duran en una pradera!
Pero no: yo me engañaba
y jugaba á punto errao;
gustosa no había dejao
sus pájaros y sus flores;
del nido de mis amores
lo habían arrebatao!
Vea lo que son las cosas:
me estaba allí lamentando,
cuando llegó disparando
un resero y me contó,
que él dende un pajonal vió
lo que yo estaba inorando.
Me refirió, de que el rancho
jué por varios asaltao
y que él los había vichao,
viendo como á mi adorada,
en un pingo, atravesada
uno se la había llevao.
De ay me alejé lagrimiando,
y en esa triste ocasión,
sobre la cruz del facón,
que era el que me iba áyudar,
juré vengarme y hallar
la dueña del corazón!
¡Ay! verá como esa noche,
aunque en peligro me ví,
al fin del trance salí
sin quedar en la junción,
por más que su proteición
al mesmo Dios le pedí.
Triste pal rancho volvía,
pensando sólo en mi amada,
cuando por una cañada
varios hombres me asaltaron
y haciendo ala me rodiaron,
como á carpincho en boliada.
Me atropellaron, lo mesmo
que chanchos á la verdura,
pero en trenzada tan dura
no se me ñubla la vista
y como el güen calambista
sé devolver la postura.
El que los encabezaba,
el juez de paz había sido,
me dijo—¡gaucho bandido,
la qué hicistes pagarás,
porque no te escaparás
del lazo que te he tendido!
La felpiada que me diste,
bien cara te ha de costar;
conqué te podes rascar
de no morder el cabresto,
pues no contento con esto
pude tu dama soplar.
Y ¡zas! á boca de jarro
me disparó un trabucazo,
al tiempo del fogonazo
me agaché pal otro lao
y tan solo un recortao
logró marcarme en un brazo.
Le hinqué al flete las lloronas,
y al salir caracoliando,
á uno que venía puntiando
lo voltié con el caballo,
dejandoló como gallo
sin plumas y cacariando.
Valga que vide un traidor,
de no con vida no escapo,
tráia laya de muy guapo
pero resultó lerdón,
ansina que en el facón
lo levanté como un sapo.

Otro que quiso añanao
tomarme del lao del viento,
lo malicié y al momento
que juí á coparlo la banca,
se deslizó por el anca,
pues de no no cuenta el cuento.
Yo sacaba de cansancio
la lengua como un creao,
á mi Dios encomendao,
todos los golpes paraba
y la ocasión esperaba
pa juir como condenao.
Lo malo era perder tiempo,
ansi que con decisión,
salí derecho al montón
igual que escupida en plancha,
con mi alfiler abrí cancha
y jui como exalación.
Uno que mi pensamiento
en seguida malició,
las bolas se desprendió,
me hizo un tiro y el malvao
en las tobas del tostao
certero las enriedó.
Nunca se encoja jamás
aquel que apurao se vea,
pues cái el que titubea
salvandosé el decido,
y al gaucho que es prevenido
ninguno fácil lo arrea.
Yo vi venir el peligro
y me agarró preparao
ansí que cayí parao
y sin güeltas ni cabriolas,
corté el tiento de las bolas
con mi puñal afilao.
Al verme en tan gran apreto
el juez pegó un alarido.
diciéndome: ¿Te has jundido?
Pero yo retruqué al güelo:
—No porque el corcho haiga hundido
el pescao tragó el anzuelo!
Si vinieron como hambrientos,
al verme ansina, en seguida,
con la idea concebida
de sacarme alguna achura;
pero el que la cré segura
pierde á veces la partida.
Eché mano á un naranjero
que por suerte había llevao;
les hice juego apurao,
toditos se desbandaron
y á espantarse comenzaron
juyendo de lao á lao.
El juez quedó pataliando
porque lo herí al acercarse,
ay principió á revolcarse
sobre la yerba mojada,
como culebra enojada
cuando comienza á enroscars
Golví á montar y con sorna
le dije al juez alegrao:
—Te amolaste, me he vengao,
debalde hablaste malevo,
la gallina pone el güevo
antes de haber cacareao.
Castigué al pingo y salí
como viento de ligero,
después de aquel trance fiero
en que se encoge cualquiera,
endereccé á mi tapera
satisfecho y placentero.
Estaba alegre, porque
lo hice cantar... pal carnero
á ese mozo traicionero,
por chapetón y por maula:
tarde ó temprano en la jaula
suele quedar el cilguero...
Cargué con todas mis pilchas
y lo que pude agenciarme,
ansí resuelto á jugarme
pa no cair en la voltiada,
á eso de la madrugada
pensé del rancho alejarme.
Me despedí conmovido

de aquella que me dió el ser;
no se pudo contener,
¡cuánto lloró, madre mía;
parece que presentía
que ya jamás me iba á ver!
Hice de mi alma una lonja
como de guasca curtida,
pero en esa despedida
me juí, á mi madre dejando,
de pura pena llorando
y en la amargura sumida.
Dende esa fecha maldita
jamás yo la volví á ver;
el que no llegó á perder
esa joya este ricuerde:
que eso que una vez se pierde,
nunca se güelve á tener.
Ay, ande me halló cantando,
está mi madre enterrada,
y á veces, de madrugada,
al hallarme tan solito,
vengo á rezar un bendito
por sú memoria sagrada.
La otra... sólo Dios sabe...
quizás ande mi morena,
arrastrada como arena,
y entre tanto padecer,
no tenga ni qué comer
si la ha matao la pena.
Aura me resta decirle.
al asujetar aquí
que aunque bastante sufrí
en mi vagabunda vida,
escondo al mundo la herida
pa que no se ría de mí!

EL MALON

Al fin de tanto rodar
caímos á una pueblación;
todo era preparación
entre el alegre gauchaje,
porque una tribu salvaje
preparaba una invasión.
Cuando juimos, comenzaban
á encerrar en las cocinas
los cachorros y las chinas,
pa peliar con libertá,
y andaban todos allá
apretaos como sardinas.
La verdá que's cosa fiera
cuando la indiada se junta,
por mi agüela la dijunta,
que solamente al pensar,
se comienzan á parar
todos mis pelos de punta.
Al rato de haber llegao,
por la güella carretera,
vimos una polvadera
que de á poco se agrandaba:
era porque ya llegaba
la salvajada matrera.
Unos armaban el lazo,
porque pa eso eran ligeros;
los otros más altaneros,
con sus dagas brilladoras,
mientras que las boleadoras
sacaban los más certeros.
Con mi hermano le apretamos
las cinchas á los baguales,
porque en ocasiones tales
no hay que dormirse en las pajas,
ni fiar aunque á las barajas
les haiga puestro señales.
Los vieran, ¡Jesús me ayude!
se nos vino á medio lao
el indiage alborotao,
entre un juerte griterío,
como arenitas que'l río
á la orilla ha rempujao.

Pintaos como mascaritas
con caprichosos colores,
venían haciendo primores
en sus pingos como plumas,
que echaban copos de espumas,
como luz y escarciadores.
El que parecía el cacique
hizo ay mesmo un remolino,
algo les habló el indino,
pues golpiándose la boca,
la indiada, rabiosa y loca,
como tormenta se vino.
¡Qué entrevero santo padre!
manejada con pujanza
se oía el cimbrar de la lanza,
de las flechas los chasquidos
y los ayes y gemidos
del que caía en la matanza.
Tiemblo como un arbolito
al ricordar, ¡virgen mía!
aquella carnicería...
á naides daban resuello
y pasaban á degüello
al infeliz que caía.
Redepente un tape viejo,
de mi apero enamorao,
se me vino de costao,
en su pingo se tendió
y amigo me atropelló
como tigre lastimao.
Aunque siempre juí sereno
me lo encomendé á San Pablo;
de mis apuros no le hablo,
mas me erró, pues me ladié
y de un viaje lo mandé
á convsrsar con el diablo.
Otro que había sido el hijo,
por atrás se me acercó
y sin maliciarlo yo
me iba á herir ese bandido,
pero mi hermano lo vido
y en su cuchillo lo alzó.
Contreras era un valiente
al que nada lo arredraba
y allí entre todos andaba,
meta tajos y puntazos
cuerpiándole á los bolazos
que el salvaje le tiraba.
En eso, en la confusión,
con el lazo preparao,
se le fué un indio afanao
y le hizo hizo un tiro, tan bien,
que ay mesmo en un santiamén
mi hermano quedó enlazao.
Pero con serenidá
y sin perder el coraje,
le cortó el lazo de un viaje
con pulso firme y certero.
¡Valga que anduvo ligero,
denó lo arrastra el salvaje!
En eso otro indio cerdudo
y con más juerzas que toro,
alborotao como loro,
lo mesmo que un pajarito,
se alzó en la lanza á un gauchito
que cabalgaba en un moro.
No me contuve al ver eso
y atropellando ligero,
de un güen punchazo primero
al indino lo asonsé
y del flete lo bajé
con una rosa en el cuero.
Había sido un mandarín
y aquel indiaje maldito,
quiso hacerme corralito
pa darme en seguida el güelto,
pero siempre juí resuelto
pa que me limpien el pito.
Vide la tormenta encima
y á mi hermano dije: —vamos;—
en falsete atropellamos,
los tapes caracoliaron,
y nuestros pingos volaron,
en cuanto los espoliamos.
Mas como querían vengar
al que yo había dijuntiao,

salieron á medio lao
unos diez de los más guapos,
gargantiando como zapos
que en charco seco han quedao.

CUERPIANDO

¡Indios bárbaros y fieros!
Ganosos, sigún presumo,
se nos venían al humo
alborotaos como teros;
pero si á los pajareros
un poquito sofrenábamos
y al montón les apuntábamos,
á los pingos sujetaban;
sabían cómo roncaban
los trabucos que llevábamos.

Unas veces, seis ó siete
nos atropellaban juntos,
pero al tomarles los puntos
enorquetaban el flete
y ay mesmo el indio ginete,
igualito que tortuga,
escondía la firuga
quedandosé cada cual,
más pegao en el bagual
que en la mano una verruga.

Como una legua anduvimos
jugando al tiro y aflojo,
ansí con sangre en el ojo
un güen rato los tuvimos;
edepente los metimos
á un pajonal pantanoso,
pero entró el indiaje ansioso,
de bravura haciendo alarde,
pues como todo cobarde
es traidor y rencoroso.

Ansina son esos flojos:
aprovechan la ocasión,
y á veces es al botón
querer dueblar sus antojos;
si se les saltan los ojos
de ganas y se entonan,
ni á sus madres las perdonan;
su pasión es la matanza
y en esa sed de venganza
sus presas nunca abandonan.

Si nos alcanzan, dejuro
que sin asco nos lancean,
pues los indios no se apean
si comienzan á dar duro;
jué rigular el apuro,
pero aguantamos la mecha,
hasta que al fin, esa hecha
juimos de entre tanta fieras
y sólo salió Contreras
arañao por una flecha.

FATALIDAD

Iba la tarde cayendo,
el sol de rojo bañao,
como un poncho ensangrentao
se iba de á poco escondiendo;
la noche venía tendiendo
su enlutada y triste talma
y el campo engüelto en la calma,
se tornó oscuro y doliente,
comparado solamente
con la soledá de mi alma.

Los pintaos pájaros juían
rumbiando pa sus niditos,
ande al verlos los hijitos
los picos, chillando, abrían;
las lagartijas corrían
á sus cuevas apuradas
y en las lagunas platiadas
el pato alzaba el volido,
haciendo el extraño ruido
de las enaguas planchadas.

Los baguales relinchaban
y á las querencias volvían,
los güeyes mansos mugían
y las ovejas balaban.

las perdices se ganaban
en los yuyos del potrero.
Y llorisquiando el pampero,
disparramaba en el llano
el canto dulce y liviano
del pintoresco boyero.
Por fin, el día juyó,
como flor que cierra el brocho
y con sus sombras la noche
á nuestra pampa enlutó,
todo en silencio quedó
llegando solo, perdido,
ese misterioso ruido
que al campo de pena inunda,
como es la queja profunda
de un ser que del mundo ha juido.
El cielo estaba bordao
por un sin fin de estrellitas,
que parecían florcitas
en un campo cultivao;
de pronto sobresaltao,
como cruza el firmamento
rempujado por el viento
un nubarrón lentamente,
tamién cruzó por mi mente
un negro presentimiento.
En eso dijo mi hermano:
—¿A qué seguir ocultando?
Mi vida se va apagando
como un balido en el llano—
al oirlo ¡Dios soberano!
en esa ruda jornada,
yo con voz entrecortada
le dije: ¿se ha enloquecido?
—No—repuso,—estoy perdido
¡la flecha era envenenada!
Si un rayo en esa ocasión
hubiera caído, garanto
no me impresionaba tanto
como esa revelación.
—Apure su mancarrón
que allí hay una luz—grité.
—¡Apurarlo! ¿para qué?
—Pa llegar, que mi sangre arde—
y me contestó:—Ya es tarde,
es inútil, ¡moriré!
Fué en eso que la viajera
luna, á la noche alumbró
y á mi hermano vide yo
blanco... más blanco que cera;
seguimos á la carrera
y al fin al rancho llegamos,
nuestros pingos sujetamos,
llamé, una prenda salió
y á Serapio entre ella y yo,
moribundo lo bajamos.
Sobre un recao lo tendí
y cuando á mi hermano vió,
entre dientes murmuró
algo que no le entendí,
y depués fuera de sí,
presa de un fuerte temblor,
dijo: ¡Contreras, mi amor!
Perdónala á una inocente,
y el llanto empapó su frente
sombreada por el dolor.
Los ojos Serapio abrió;
quiso hablar, pero no pudo
y ante aquel golpe tan rudo
hizo un esjuerzo y sonrió;
luego los ojos cerró.
Ella al verlo dió unos pasos,
dejó su hijito en mis brazos,
se dobló como la palma
y ante ese cuadro mi alma
¡rodó partida en pedazos!...
Aquí voy á sujetar,
pues al ricordar paisano
la agonía de mi hermano
me dan ganas de llorar;
y le diré pa acabar
que'n el más cruel desconsuelo,
como buscando consuelo,
tiernamente se abrazaron
y sus dos almas volaron
acolloradas al cielo.

—¿Estonces Martin...?
—Sí, amigo
es el pobre güerfanito,
que naciendo entre el delito,
sin culpa lleva el castigo,
y de mi amor al abrigo
hoy que pa'l mundo dispierta,
siempre listo, siempre alerta,
sus pasos he de seguir,
porque es mi deber cumplir
¡lo que le juré á una muerta!...
Murió Serapio y pa mí
ya no hubo más alegría.
Y crea, dende ese día,
tamién pa'l mundo morí;
juí indultao y al tiempo aquí
hice construir mi morada,
¿y ve esa cruz, resguardada
contra el rigor del invierno?
ahí duermen el sueño eterno
mi hermano y su prenda amada.
. . . .
. . . .
Ansina acabó, y Aldao
en hondo llanto desecho,
apretó contra su pecho
á ese paria desgraciao;
y en aquel rostro tostao
por el juerte sol de estío
ante su caso sombrío
dos lágrimas se cuajaron
y pegaditas brillaron
como gotas de rocío...
Aquí termino, letor,
pues traigo la cincha floja
y aura al dar güelta la hoja
yo te ofrezco con lealtá,
la rosa de mi amistá
flor que ni el tiempo deshoja.

HILARIO ASCASUBI

SANTOS VEGA EL PAYADOR

FRAGMENTO

I

Cuando era al sur cosa extraña,
por ahí junto á la laguna
que llaman de la Espadaña
poder encontrar alguna,
Pulpería de campaña,
como caso sucedido,
y muy cierto de una vez.
cuenta un *flaire* cordobés
en un proceso *imprimido*
que, el día de San Andrés,
casualmente se toparon,
al llegar á una *tapera*
dos paisanos que se *apiaron*
juntos, y desensillaron
á la sombra de una higuera.
porque un sol abrasador
á esa hora se desplomaba,
tal que la *hacienda* bramaba
y juyendo del calor
entre un *fachinal* estaba.
Ansi, la Pampa y el monte
á la hora del medio día
un *disierto* parecía;
pues del uno al otro horizonte
ni un pajarito se *vía*.
Pues tan quemante era el viento
que del naciente soplaba,
que el pasto verde tostaba;
y en aquel *mesmo* momento

la higuera se deshojaba,
y una ilusión singular
de los vapores nacía;
pues, talmente, parecía
la inmensa llanura un mar
que haciendo olas se mecía.
Y en aquella inundación
ilusoria, se miraban
los árboles que boyaban
allá medio en confusión,
con las lomas que asomaban.
Allí, pues, los dos paisanos
por primera vez se vieron,
y *ansi* que se conocieron
después de darse las manos,
uno al otro se ofrecieron.
El más viejo se llamaba
Santos Vega, el *payador*,
gaucho el más *concertador*
que en ese tiempo privaba
de *escrebido* y de *letor*.
El cual iba *pelo á pelo*
en un potrillo *bragao*,
flete lindo como un *dao*
que apenas pisaba el suelo
de livianito y delgao.
El otro era un santiagueño
llamado Rufo Tolosa,
casado con una moza
de las caídas del *Taqueño*,
muy cantora y muy donosa.
Rufo ese día montaba
un *redomón* entre-riano,
muy *coludo* el rabi-cano
y del cabestro llevaba
otro rosillo orejano.
Ello es que allí se juntaron
de pura casualidá,
pero muy de voluntá,
lo que medio se trataron,
hicieron una amistá.
Convinieron en que se *apiaban*
por la calor apuraos
y en que *traiban* fatigaos
los *pingos*, como que estaban
enteramente *sudaos*.
Ansí es que desensillaron,
y á fin de que no se *asoliasen*
los fletes y se pasmasen,
á la sombra los ataron
para que se refrescasen.
Luego al *rasparle* el sudor
Santos Vega á su *bragao*
reparó que á su costao
estaba en el *maniador*
el rabi-cano enredao.
Y al *dir* á desenredarlo,
cuando la *marca* le vió
tan fiero se sorprendió,
que sin poder ocultarlo
ahi *mesmo* se santiguó.
Tolosa luego también
se asustó de Vega al verlo
triste, y por entretenerlo,
haciéndose como quien
suponía conocerlo:
– ¿No es usté el amigo Ortega?
Tolosa le preguntó;
y el viejo, ansí que lo oyó:
– No, amigo; soy Santos Vega,
su servidor, respondió.
A esta oferta el santiagueño
se quitó el sombrero atento,
y con todo acatamiento
se le ofreció con empeño
á servirlo al pensamiento.
Tal merece un payador,
mentad, como Santos Vega
que, á cualquier Pago que llega
el *parejero* mejor
gaucho ninguno le niega.
De *ahí* Rufo picó tabaco
y dos cigarrillos armó;
que en apuros se encontró
para armarlo, porque el *naco*
medio apenas le alcanzó.

Largóle á Vega el primero
y, á los avíos lueguito
echando mano, *ahí mesmito*
sacó fuego en el yesquero
con un sólo golpecito.
El viejo, inmediatamente
que su cigárro encendió,
á Tolosa le *largó*
un *chifle* con aguardiente,
y Rufo se lo afirmó.
Luego, los dos á pitar
frente á frente se sentaron;
y lo que se acomodaron
al ponerse á platicar.
de lo siguiente trataron:

II

Santos Vega

Amigo, me ha contristao
haber visto en su caballo
una memoria funesta
de ahora muchísimos años,
y que hoy me la representa
la marca del Rabi-Cano
¿No me dirá de quién es?

Rufo Tolosa

—Es marca nueva en el *pago*,
del uso de un tal Ludueña,
y hace poco ha que la trajo.
Digo, si es esta, *velahí*:
una Y con flor en el cabo...
y en el suelo raijó *ansí*:
con un *alfajor tamaño.*

Santos Vega

La *mesma* es sin diferencia,
y *asimesmo* ya no extraño
verla de nuevo en el mundo;
pero sépase, paisano,
que de esa marca fatal
hubo un *malevo cristiano*,
tan ladrón, tan asesino,
y en suma, tan desalmado,
que en el tiempo en que vivió
era el terror de estos *pagos*,
donde hizo llorar á muchos
inocentes desgraciados,
y burlaba la justicia
de este mundo *matreriando*
hasta que al fin lo alcanzó
la mano de Dios, y al cabo
dióle un castigo terrible
del modo menos pensado.
Quisiera tener lugar
hoy para contarle el caso,
pero ya no tengo tiempo
porque es argumento largo.
De manera que otra vez,
si por suerte nos topamos,
ó la fortuna me *arronja*
algún día por su *pago*,
lo que no será difícil
porque yo vivo *ganchando*...
entonces, sí, le prometo
hacerle el cuento despacio.

Rufo Tolosa

—Pues yo quisiera, aparcero,
que hoy *mesmo* si es de su agrado,
se viniera en mi compaña
á saber en dónde paro;
y advirta que, sin lisonja,
yo sería afortunado
haciéndole conocer
á mi *chinita* y mi *rancho*,
adonde entre la *probreza*
sobresale el agasajo,
con el cual allí le ofrezco
un *cimarrón* y un *churrasco*
y cuatro pesos también,
si usted gusta disfrutarlos.

Santos Vega

Amigo, un cariño tal
no es posible despreciarlo;
Ansí yá de agradecido
me resuelvo á acompañarlo
por conocer su patrona
y ponerme á su mandado.

Con que si gusta ensillemos,
ya que el sol se va *tadiando*,

Rufo Tolosa

Al instante; deje estar,
le arrimaré su caballo,
y en el momento...

Santos Vega

—No, amigo;
yo soy viejito *fortacho*
lárguemelo á mi *potrillo*,
vaya no más ensillando.

III

Luego después de ensillar,
al *chifle*, lo que montaron,
otro *beso* le pegaron
y salieron á la par;
y, después de caminar
cinco leguas de un tirón
cruzaron un *cañadón*
y por último llegaron
á un rancho donde se *apiaron*
cerca de San Borrombon.
Aunque de facha tristona
era el rancho, en la ramada
con cuero estaba colgada
media res de vaquillona.
Porqué la Juana Petrona
era algo rogaloncita,
y desde esa mañanita
esperaba á su marido
que con el recien venido
cayeron de tardecita.
Desensilló el forastero
y del palenque al *bragao*
Rufo lo echó *acollarao*,
al campo con un *overo;*
de ahí le acomodó *el apero*
del cantor en un rincón;
y luego para el fogón
á la caldera acudieron
y, así que hirvió, se pusieron
á tomar un *cimarrón*.
Un largo rato después,
Rufo, Juana y el cantor,
al frente del asador,
cimarroneaban los tres;
mientras el *chifle* otra vez
andaba de *tao* á *tao*
dándole tiempo á un *asao*
de entre pierna como un cielo,
que sin quemarle ni un pelo
salió del fuego, dorao.
Cuando la ocasión llegó,
cenaron á lo divino,
con dos *limetas* de vino
que la patrona sacó;
y, en cuanto Rufo lo vió
á Vega medio alegrón,
le dijo—Con su perdón
paisano, le haré cantar,
si lo quiere destapar,
mi *chinita* en la ocasión.
Bajo del bien entendido
que usté tambien cantará,
y luego se acordará
que es deuda lo prometido;
razón por la que le pido
que no se vaya á olvidar,
y acabando de cantar,
si no tiene inconveniente,
por mucho favor nos cuente
lo que me ofreció contar.
—Amigo, á su *merecer*
díjole Vega á Tolosa,
me pide muy poca cosa
con tan poco proceder.
¿Qué inconveniente ha de haber
que mi palabra quebrante?
Ninguno; ansi que me cante
su patrona, como es justo,
luego yo con mucho gusto
les complaceré al instante.
—Yo de cantora no privo,

la moza á Vega le dijo;
mientras que de usté colijo
que es cantor facultativo; —
ansí mesmo no me esquivo,
antes lo voy á obligar.—
Y cabando de templar
la guitarra, por el tres
cantó una *cifra* después,
que á Vega lo hizo llorar.

En seguida el payador,
con tierna voz amorosa,
cantó en tonada quejosa
unas décimas de amor;
y á los trinos del cantor,
que hasta el alma penetraban,
Rufo y su mujer estaban
tan de veras conmovidos,
que en silencio enternecidos
de hilo en hilo *lagrimiaban*.

Recién entonces la moza
al payador conoció,
y nunca se demostró
con *naides* más cariñosa;
ansí le rogó empeñosa
también que contara el cuento,
y Santos Vega al momento
se *vido* en la obligación
de pedirles atención
para entrar en argumento.

A escucharlo atentamente
Rufo se determinó,
para lo cual ahijó
dos ligones diligente.
Su mujercita igualmente
se aprontó, pues de carrera
llenó de agua la caldera;
sentóse, la puso al fuego,—
y Vega su cuento luego
empezó de esta manera.

IV

Como treinta años hará
que en la costa del Salado
del Paso de la Postrera
un poco más río abajo,
en la banda que hace al norte,
no muy lejos de un bañado
que rodea á una laguna
con su pajonal dorado
de filosa cortadera
coronada de penachos;
donde el agua cristalina
y raudalaosa manando
cubre el junco y la *totora*
y un cardumen de pescado
que los *zamaragullones*
constantemente buscando,
bajan al fondo y se comen
el más tierno y delicado;
mientras en varios islotes
de raíces que andan boyando,
flacones los *mirasoles*
y tristes y corcovados,
se pasan de sol á sol
mirando al cielo embobados;
en tanto que altas cigüeñas
con el pescuezo estirado,
plantadas en la *masiega*
allí se están *atorando*
con una víbora entera
de cinco cuartas de largo;
víboras que desde chicas
se tragan vivos los sapos;
y donde los *patos-riales*,
entre otros distintos patos,
se anidan y se confunden
con los cisnes y los gansos,
y las gallinetas negras
y los flamencos rosados;
aves todas que matizan
el centro limpio del lago
y desde que nace el día
nadan allí retozando
sobre las nutrias miedosas
que asoman de cuando en cuando

y zambullan y se esconden
de la luz, *aguaitando*
esperan la nochecita
para salir hasta el pasto;
donde el altivo *chajá*;
en vez de tomar descanso,
después que por las regiones
del aire se ha remontado,
baja allí á pasar la noche
de centinela del campo,
y con los gritos está
en la *oscuriá alertiando.*
Cerca, pues, de esa laguna,
ó manantial encantado
hay una loma elevada
que domina todo el campo,
y á la cual *trebo* de olor
sumamente delicado
y tierna y fresca gramilla
la cubren de un alfombrado
que verdea reluciente
tres cuartas partes del año,
entre lindas margaritas
de brillante colorado
y florida manzanilla
de que está el suelo estrellado...,
fué allí donde succdió
lo siguiente, oigan el caso:

V

En la cima de esa loma,
y en un tiempo afortunado,
paraba en su *Estancia* grande
don Faustino Bejarano,
Andaluz rico, rumboso,
y en general estimado,
porque fué sin duda alguna
el hombre *más bien portado.*
Con él vivía su esposa,
siendo el adorno del *pago*,
doña Estrella, la *porteña*
más donosa y de más garbo
que en esos tiempos pisaba
en el suelo americano;
dama la más *respetosa*
y apreciable por su agrado,
con que allí favorecía
á todo el género humano;
así es que á la estancia grande
el gaucho más desgraciado,
aunque fuese forastero,
podía llegar confiado
que de sus necesidades
sería allí remediado
por la señora en persona
ó su esposo idolatrado.
Con todo, aquel matrimonio
que vivía en un estado
de riqueza y abundancia,
no se *creiba* afortunado,
porque no tuvieron hijos
en una *máquina* de años.
Ansí es que se lamentaban,
hasta que el cielo apiadado
le concedió á doña Estrella
aquel *ojeto desiado*
en un hijo que parió.
el día de Todos Santos.
¡Qué festejos, qué alegría,
en la estancia y en el *pago*
originó un nacimiento
tan feliz é inesperado!
corrió luego la noticia
con la *prontitú* del rayo,
y al ver al recién nacido
se descolgó el vecindario,
trayéndole parabienes
al señor don Bejarano
que á todos los recibía
agradecido y ufano.
Luego, mientras doña Estrella
se restableció del parto,
para cristianar al niño
en Chascomús se aprontaron
en la Estancia y en la villa,
con un lujo temerario,

todas las cosas precisas
sin reparar en los gastos.
Algunos días después,
de Buenos Aires llegaron
los coches con dos familias,
y una *punta* de soldados
de escolta de los viajeros,
que todos eran *foráneos*
y que á la cuenta serían
personas de mucho rango,
pues las damas y galanos
traiban copete empolvado.
Cayeron de tardecita
y dos días descansaron,
hasta el tercero en que todos
para la villa *rumbiaron*
en el coche de la Estancia
y los otros mencionados.
A los tres se les prendieron
doce caballos *platiados*
del crédito del patrón
y otra tropilla de *bayos*
arriaba yo de reserva
sin que fueran necesarios,
porque los *fletes* de tiro
eran *pingos* soberanos,
tanto que sobre la rienda
y *pelo á pelo* cincharon
hasta llegar á la villa,
donde recién sujetaron.
Doña Estrella y su marido
también nos acompañaron,
y una porción de sirvientes,
además de los soldados
de la escolta, y los vecinos
más conocidos del *pago*,
sin contar los que en la villa
ya se hallaban de antemano,
á las *mentas* del bautismo
las funciones esperando
y á las cuales asistieron
lo mejor *acacharpados*.

VI

Por supuesto, á Chascomús
con felicidad llegamos
en la *mesma* tardecita
que de la Estancia marchamos
y, como la nochecita
se nos venía acercando
ya se hallaba de la iglesia
todo el frente iluminado
cón más de mil candilejas
y otros faroles pintados,
Yo, como era muchachito,
luego que encerré los bayos,
volví corriendo á la iglesia
y anduve allí *curiosiando*,
á fin de mirarlo todo
con muchísimo cuidado.
Por eso hasta ahora me acuerdo
de lo que me embelesaron
los vestidos de esas gentes,
por lindos y currutacos.
¡Qué relumbrar esas ropas!
¡Qué maravilla y encanto!
Ya dije antes que las damas
traiban copete empolvado
y esa tarde del bautismo
mucho mejor se lo armaron,
en distintos enveltorios
sujetos á un enrejado
de puros hilos de plata
por la cabeza ligados,
y desqués en las orejas
unos grandes zarcillazos
tan sumamente lucidos
que deslumbraba el mirarlos.
Luego *traiban* las *polleras*
de terciopelo encarnado,
con dibujos de *antejuela*
desde el pescuezo hasta abajo.
Y, por el pecho y las mangas
todas llenas de volados
de encajes, como una nieve
de blancos y almidonados;

y de ahí primorosamente
tenían todas las manos,
desde el codo hasta los dedos,
cubiertas de un *aforrado*
ó tejido de hilo de oro
muy lindamente cribado.
Ahora, de los caballeros
tampoco estoy olvidado,
pues, como si en este *instante*
los estuviese mirando
me acuerdo de sus golillas
con unos grandes moñazos
y luego su calzón corto
(por supuesto que de raso)
un justillo hasta el *encuentro*
por todas partes *floriado.*
De ahí, un cosacón terrible
con alamares bordados;
después, sus medias de seda
rayadas de azul y blanco;
y por último en los *pieses*,
encima de los zapatos,
tamañas hebillas de oro
ribetiadas de topacios;
y al cinto sus espadines
con vainas de cuero blanco;
una bolsa con la trenza,
y sombrero todo *argaiado.*
Vestidos de esa manera
aquellos caballerazos
cuando *pasiaban* á pie
daba temor el mirarlos,
tan serios y tan formales
lo mesmo que los *caranchos*
que al redor de una osamenta,
con las alas arrastrando
y la mayor fantasía,
marchan tiesos paso á paso,
como si fueran alcaldes
con el copete parado.
Cuando damas y galanes
de los coches se bajaron,
en yuntas de par en par
á la iglesia se colaron,
y entre música y repiques
los *olios* se comenzaron;
en los que al niño en la pila,
al tiempo de cristianarlo,
Angel le dieron por nombre...
nombre en el que le acertaron,
porque fué luego en la tierra
todo un ángel *humanado*,
cautivándose el cariño
de toditos los paisanos,
que el nombre de *patrocinios*
en segunda le agregaron.

VII

En el momento después
que los *olios* terminaron,
ya salieron los padrinos,
á la *salú* del ahijado
desde la iglesia á las casas
tirando plata á puñados,
del coche de más atrás
donde llevaban un saco
grande con *temeridá*,
á ansí mesmo lo vaciaron;
de suerte que en la *marchancha*
esa noche hubo muchacho
que hasta seis pesos alzó
en puros *riales contados.*
Yo también en la *volada*
salí más que remediado;
pues con los *medios* que alcé
compré un *poncho* currutaco,
un sombrero, un ceñidor,
y once *riales* me sobraron.
De ahí los padres y padrinos,
como les iba contando,
esa noche en una casa
de la villa se quedaron,
donde el cura y el alcalde
un gran baile les armaron,
el más alegre y rumboso
que he visto en todos mis años

al cual también asistieron
otros muchos convidados,
entre ellos el comandante
que era un porteño bizarro,
que por ser muy narigón
le llamaban Carlos Cuarto.
  Para esa fiesta, las damas
los vestidos se trocaron
por otros más relucientes,
y entonces sí le largaron
todo el valor las puebleras
en las polleras que echaron!
  Ansi que los caballeros
y madamas se juntaron,
rompió la *musiquería*
á tocar, y yo de un salto
me trepé en una ventana,
porque estaba lleno el patio
de mirones. que no daban
lugar á ningún muchacho.
Pero yo sobre la reja
prendido estuve mirando,
sin perder una pisada
de todos los que danzaron.
  Al pararse la madrina
á bailar, largó del brazo
como seis varas de cola
del vestido, y relumbrando
atrás de ella la llevaba
por los suelos arrastrando,
mientras seguía el *pas-pié*
(nombre de un baile antiguallo)
haciéndole cortesías
á un galán, y reculando
con donaire desdeñoso,
y sin trabarse en el paso.
Más ó menos de igual suerte
las otras damas bailaron;
y á la más linda de todas
la *vide* hasta los zapatos,
que eran de estambre lustroso
con unos taquitos altos,
moños encima, y después
puntiagudos y enroscados.

VIII

  Bailaron duro y parejo
y al primer canto de gallos
salieron los bailarines
de á pares hembras y machos,
y se fueron á otra sala
á cenar juntos, sentados
en rueda de una gran mesa
toda orillada de platos,
y llena de punta á punta
de diferentes guisados,
y de muñecos de dulce
en distintos anjaulados,
en forma de castillitos
con flores y embanderados;
después, había pasteles
de toda clase y tamaño,
como igualmente un tendal
de gallinas y de pavos,
y multitud de limetas
de vino superiorazo,
del *mesmo* que yo esa noche
siempre logré echar un trago,
que me lo largó un sirviente
de los que allí se *apedaron*
después que los *gamonales*
solamente se alegraron.
  Antes de la madrugada
salió el cura *cabeciando*,
y más atrás el alcalde
divertío y *trompezando*.
Y así que hicieron la punta
esos dos, ya *cabrestraron*
todos los demás; y al fin
barrigones se largaron
los traga-aldabas que al baile
solo á tragar se *costiaron*,
según dijeron allí
los que andaban criticando,
ya porque habría de qué

ó ya por andar *galguiando* (1)
pues de ambas gentes presumo
que no falta en tales casos.
  Finalmente los padrinos,
luego que se retiraron,
toda esta mañana entera
durmiendo se la pasaron;
y de ahí á la tardecita,
á la Estancia regresaron,
donde luego los festejos
cuatro días continuaron,
en los que se divirtieron
lindamente los paisanos;
pues sólo para los peones
me acuerdo que se carnearon
tres vaquillonas con cuero;
las que se les entregaron
con dos hornadas de pan
y un barril de vino blanco,
muchas limetas y caña
y *güena* hierba y tabaco.
Por último los padrinos
después que allí voraciaron
y que á todos los sirvientes
les hicieron un regalo
de tres pesos por cabeza,
y cinco á cada soldado,
entre ¡vivas! y algazara,
de la Estancia se largaron
otra vez á Buenos Aires,
donde eran avecindados.

UN CANTO DE CONTRAPUNTO

  Era una noche preciosa
y serena de Febrero:
apenas débil pampero
soplaba en la falda hermosa,
apacible y majestuosa
la luna su luz tendía
sobre un rancho que existía
bajo el cerro del amor;
alumbrando el interior
de una pobre pulpería.
  Poco á poco iban llegando
paisanos á la tranquera,
y los fletes en hilera
quedaban solos rumiando,
todos fueron acercando
su asiento hasta el mostrador,
donde estaba un payador
muy quejumbroso entonando;
al són de un estilo blando,
unas endechas de amor.
  Después de cantar ardiente
sus desengaños pasados,
sus amores contrariados
y su situación presente,
dijo en tono muy valiente
y en una improvisación:
—«que igualando condición
y sin proponer asunto;
cantaba de contrapunto
con cualquiera en la ocasión.»

(1) De galgo... perro.

Un simpático murmullo
precedió al severo reto,
cuando apareció un sujeto
con cierto tinte de orgullo,
templó el instrumento suyo
y arrancando un dulce son,
aceptó la invitación
que el otro cantor hacía,
diciéndole:—«que él venía
á medir su inspiración.»
Se notó un gran movimiento
por la lucha que empezaba,
y en silencio *platicaba*
el paisanaje contento,
de la cifra el dulce acento
la *vigüela* hizo brotar,
y después de saludar
á la reunión con primores;
entraron los payadores
al arte de improvisar.
Una atmósfera candente
de humo y alcohol confundido,
envolvieron el quejido
del trovador incipiente,
combatiendo frente á frente
un tema filosofal,
sobre el hecho material
de la vida transitoria;
empezaron por la historia
del derecho natural.
Dijo el primero: «la vida
es como un juego de taba,
si cae de suerte ganaba,
si al revés era perdida,
que estaba tan confundida
con el bien y con el mal,
que aunque era tan colosal,
según la ciencia decía;
él, la miraba y tenía
como cosa muy trivial.»—
—«Está ERRAO, dijo el contrario
con eco provocativo,
«no es razonable el motivo,
ni seré su corolario;
en el canto soy corsario,
porque creo con rigor,
que la vida es un primor
cuando hay placer y ventura
y no viene la amargura
á retoñar un dolor.»
Empezó la lucha hiriente
entre ambos competidores,
y subieron los ardores
del auditorio impaciente;
uno y otro diligente
su puya hacen relucir,
ninguno quiere rehuir
el encuentro comenzado
y un bando de cada lado
aprestan á combatir.
Fué poco á poco aumentando
la tremenda algarabía
y una daga relucía
é iban los vasos volando,
los dos que estaban cantando
salieron en confusión,
con sus armas en acción
á ventilar la querella;
siguiendo la triste huella
de histórica tradición.
Y en una franca contiend
luchando á brazo partido,
cae uno á la tierra herido
llorando su dulce prenda,
el pulpero en la trastienda
presenciaba con terror
el cuerpo del payador
en su fúnebre agonía;
miraba la pulpería
causante de su dolor.
Quedó el vencido en el suel
y el vencedor arrogante
montó en su pingo anhelante
y tendió rápido vuelo,
el tiempo corrió su velo
sobre este cuadro de horror.

y en el cerro del amor,
entre varias margaritas;
hay varias trovas escritas
del ínclito payador.

NEMESIO TREJO

«VIDALITAS»

Ven, guitarra mía,
vidalita,
dulce compañera,
que á llorar me ayudas,
vidalita,
las penas más negras.

Ven á mí un momento,
vidalita,
y calma las ansias
del que vive amando,
vidalita,
y sin esperanza.

Elige el acento,
vidalita,
más melifluo y triste
para cantar quejas,
vidalita,
que el alma me dicte.

Si antes junto á ella,
vidalita,
tu son armonioso
alegraba el pago,
vidalita,
y éramos dichosos.

Hoy, guitarra mía,
vidalita,
poblarás los ecos
llenando el espacio,
vidalita,
de tristes lamentos.

La que era mi dicha,
vidalita,
mi sola esperanza,
sin causa patente,
vidalita,
me ha herido en el alma.

Mi rancho vacío,
vidalita,
sepulcro parece,
desde en él, mi china,
vidalita,
albergue no tiene.

Se fué á las ciudades,
vidalita,
soñando esperanzas,
que han de resultarle,
vidalita,
lecciones amargas.

Cególe el deseo,
vidalita,
de goces ficticios,
que matan al alma,
vidalita,
llenando el sentido.

Guiada tan sólo,
vidalita,
por la inexperiencia,
propuso á las propias,
vidalita,
caricias ajenas.

Presumo, la ingrata,
vidalita,
que allá en las ciudades
más puro cariño,
vidalita,
habrán de brindarle.

Pero, ignora ella,
vidalita,
como el hombre paga
á la que, inocente,
vidalita,
cree en sus palabras.

Mientras ella busca,
vidalita,
lo que no es hallable,
á tu acento imprime,
vidalita,
las notas más graves.

Sepa el mundo entero,
vidalita,
la pena tirana
que dió á mis caricias,
vidalita,
mi prenda adorada.

. . . .

. . . .

No hay rama en el campo,
vidalita,
que florida esté,
todas son desdichas,
vidalita,
desde que él se fué.

Palomita mía,
vidalita,
eleva tu vuelo,
y á ese cruel ingrato,
vidalita,
dile que me muero.

Ya no hay más remedio,
vidalita,
que sufrir la carga,
aguantando el peso,
vidalita,
de nuestra desgracia.

Una palomita,
vidalita,
¡ay! que yo crié,
se juntó con otra,
vidalita,
me dejó y se fué.

Qué suerte tan negra,
vidalita,
tiene el argentino,
lo condena al pobre,
vidalita,
y lo salva al rico.

Me pasan las noches,
vidalita,
sin tener consuelo,
bajo la enramada,
vidalita,
pensando en mi dueño.

Decidme pastores,
vidalita,
donde la hallaré,
sin lo que es mi vida,
vidalita,
ya no viviré.

En el campo mora,
vidalita,
mora la torcaz,
porque vive errante,
vidalita,
en la soledad.

Y el manso arroyuelo,
vidalita,
que su espejo fué,
cegado de penas,
vidalita,
dejó de correr.

DECIMAS O ESTILOS

Decile que ese gauchito
que monta el potro y lo doma.
el que corre por la loma,
y duerme en cualquier bajito
el que luchó bravo al grito
de libertar la nación,
el que á golpes de facón
compró el derecho á su cuero
es más hombre que el pueblero,
ha nacido más varón.

—

Suelta mi pecho un lamento,
al impulso del pesar,
y por no poder llorar
me río del sufrimiento.
Es tan duro y tan violento
el pesar que me acongoja,
que algunas veces me arroja
la inspiración de mi canto
y el árbol de mi quebranto
le da diariamente una hoja.

—

Fué aumentando su grandeza
la patria donde nací,
hasta que un día le vi
con fortuna y con belleza.
Alargué con lijereza
mi mano para pedir;
lo que pude censeguir
fué un palmo de tierra santa
donde descansar la planta,
después de tanto sufrir.

En otro tiempo el paisano
era el rey de la campaña
y sus hechos y su saña
premió el antiguo tirano.
Decir: soy Americano,
era el sello más divino;
nos sonreía otro destino
y nos cubría otra palma
y había dentro del alma
el espíritu Argentino.

—

Las costumbres de este suelo,
dormidas en la memoria,
sólo recuerda la historia
en sus hojas con anhelo.
Pero yo tengo el consuelo
de cantar su tradición
y de todo corazón,
sin negar la patria mía.
yo canto con alegría
las glorias de esta nación.

—

Ya murió Aniceto el Gallo;
ya murió Anastasio el Pollo;
sólo el recuerdo de criollo
en la tradición lo halló;
á Santos Vega lo callo,
figura noble y divina,
que en época, no mezquina,
á nuestras glorias cantó
el grande gaucho que dió
la República Argentina.

HUEYA

De favores de damá
nunca blasones,
porque serás *indino*
de sus favores.

A la hueya hueya
dame las manos,
como se dan la pluma
los escribanos.

GATO CON RELACIONES

(Año 1770)

Dama: Yo conozco tu ruín trato
y tus muchas trafacías,
comes las buenas sandías
y nos das liebre por gato.
Galán: Déjate de pataratas,
con ellas, madre, me obliga,
porque tengo la barriga
pelada, de andar á gatas.

VARIAS COMPOSICIONES

LAMENTOS

Ha callado la cigarra
y comienza el payador
á dar notas de dolor
en la profunda guitarra
que antes cantara su amor.
Es bronceada su tez
cual la triste noche en calma
y en su altiva rigidez
hay un destello del alma
de Santos Vega, ¡tal vez!
Las campanillas azules
están repicando amores,
y ya en los obscuros tules
que se extienden, hay rumores,
perfumes, quejas y flores.
Dice el payador así,
á la moza que le asiste:
¿preguntas por qué estoy triste
y sólo canto dolor?
Porque el pajonal no existe,
y ha perdido tu cantor
la flor azul que le diste,
porque ya no hay ni una cima
donde rezar el rosario
cuando la noche aproxima.
Porque Santos Vega ha muerto
porque ya no es tu cantor
de estas pampas el Señor,
porque ya no es el desierto
campo á sus sueños abierto,
porque ya el gaucho se muere,
porque ya la tierra hiere
reja de un arado extraño,
¡porque la pampa no quiere
á sus hijos, como antaño!

FLORENCIO IRIARTE.

ENTRE CAMARADAS

—¡A quién veo!
—Tené calma
que no te habés engañao,
—¿Sés el «Zurdo» ó mé chingao?
—Soy el mesmo, en cuerpo y alma.
—¡Que has pelechao, no pensaba!
Si un deputao parecés.
—Ché «Mandinga», que querés.
se me ha dao güelta la taba
—Que'stás *taita*, por mi agüela!
Botines encharolaos,
pantalones ajustáos,
marroca, bobo y *pamela;*
si estás hecho un *jai*, ché «Zurdo.»
—Así es, hay que ser ladino.
—De fijo algún campesino
le enjaretaste el *balurdo?*
—¡Nada de eso! Mirá, hermano,
me *enganché* con una viuda.
—¿Es vieja?
—Pero platuda...
—¡Ah! «Zurdo», siempre vaquiano.
sós tigrero...
—¿Qué te has creído
que aunque uno ande de pañuelo,
entre esas de medio pelo,
no tiene *rajos* de léido?
—¿Cómo te la *campaniaste*
pa que'l apunte llevara?
—Hermano, todo güey que ara...
—Es claro ¿y cómo te *armaste?*
Contame si es de tu gusto
y la querés *conversar*.
—Güeno, sí, te vi'a contar,
de cómo le *batí* el *justo.*
¿Vos te acordás del *«Pichín»*
que mataron hace meses?
—¡Cómo no! si muchas veces
jugué al monte en su *bullín.*
—Güeno, sabés, me dijo él
que 'sta viuda tenía *vento*
y yo, «Mandinga», al momento

así le escribí un papel:
»Disculpe doña Rosaura
»si con muy sincero ardor,
»vi 'á declararle mi amor
»en estos renglones, áura.
»Desde la vez que la vi
»*Calé* un amor tan morrudo
»y tan de *bute*, que dudo
»que otro pueda amar así.
»Quisiera tener la ciencia
»de un sabio, pa en la ocasión,
»hacerle ver mi pasión,
»mas, no soy sabio y... pacencia:
»no me *desairée*, hermosa;
»porque si así lo hace, cielo,
»será sólo mi consuelo
»matarme con la *bufosa*.
—¿Y á la *giurda* mordió el freno
únicamente con eso?
—En seguida perdió el *seso*
contestándome, que güeno,
y acá estoy, como me ves,
pasando, ché, la gran vida:
de tarde voy pa Florida...
—¡Pucha, qué suerte tenés!
—A la *lora* le *refilo*
la *marrusa*, si anda mal.
Y decime á vos, ¿qué tal?
—No muy bien voy, con el *filo*.
—¿Entonces andás, «Mandinga»,
como sapo entre los cardos?
—Sí, hermano, de picos pardos
con una sirvienta gringa
—¿Y se te duerme en las pajas?
—¡Si vieras cómo he broncao!
Fíjate que la he *mancao*
que juega con dos barajas.
Pero si la *cato* á tiro
ya verás cómo por paba
le vi 'arefilar la *biaba*
—¿Y volvés?
—¡De *araca*! ¡*Espiro*!

FLORENCIO IRIARTE

DESENGAÑO

¡A cuántas dije amor no me entendieron!
¡cuántas mujeres quise me engañaron!
¡por juguete, tal vez, mi amor tomaron,
y conmigo y mi amor se divirtieron!
¡Qué mucho, pues, si de mi amor rieron,
si ninguna creencia me dejaron,
si con mentiras mi querer burlaron
y engaño fué cuanto mis ojos vieron,
que ahogue, loco, la existencia mía
de impura bacanal en los furores?
¡Flores hay que no viven más de un día!
¡yo envidio la existencia de esas flores!
¡ellas, tienen un día de alegría!
¡yo, un siglo de tormentos y dolores!

FRANCISCO MARTINEZ

EL PARIA

A mi apreciado amigo
ERNESTO ZEMBORAI

Huyó la luna con pena
sin dejar rastro ni huella,
quedando una que otra estrella
como una blanca azucena;
la brisa suave y serena,
murmurando sus amores,
iba besando las flores
que á su paso se inclinaban
y orgullosas ostentaban
sus matizados colores.

Triste lloró la mañana,
y semejando diamantes,
había gotas brillantes
en más de una flor lozana;
la aurora, bella y galana
á medida que asomaba
la obscuridad auyentaba
tornando todo risueño
y el campo, como de un sueño
al parecer, despertaba.

Al par de fuertes validos,
se oían dulces acentos
y los pájaros, contentos,
abandonaban sus nidos,
llegaban sones perdidos,
de allá... de las lejanías;
eran ritmos, melodías,
arpegios, que Dios ha escrito
y el llano del infinito
recamado de armonías....

De pronto, á un paria argentino
se ve errar por la llanura,
llevado por su amargura,
llevado por el destino.
¿Dónde va, así, peregrino.
que nada en redor advierte?
Va maldiciendo su suerte,
huyendo va del progreso
y esperando el primer beso,
frío... helado... de la muerte!

FLORENCIO IRIARTE

FÁBULA

—Creedme, por Belcebú,
todo, todo me va mal.
—No te lamentes, Pascual,
hay quien sufre más que tú.
—¡Bah! difículto, José,
que me puedan superar.
—Atiende, te he de contar
una fábula que sé.
Gimiendo se lamentaba
un caballo cierto día,
porque en conciencia creía
de que mucho trabajaba.
Un asno que ello le oyó
díjole con triste acento:
—¡Ah! lo que es ser descontento!
Necio... más trabajo yo.
Pues, José, en cuestión de penas

opino, y nada me arguyas,
que cada cual ve las suyas;
pero jamás las ajenas.

FLORENCIO IRIARTE.

METAFORA

Á *E...*

Eres la Musa que mi verso inspira,
eres la Ninfa que engendró mi anhelo,
eres origen de mi triste lira,
eres aquella que me eleva al cielo;

eres esencia de fragante rosa,
eres perfume de jazmín y lirio,
eres célica imagen vaporosa,
eres paz, eres calma, eres delirio;

eres misterio, incomprensible arcano,
eres ensueño de la mente mía,
eres la Fénix tan buscada en vano;
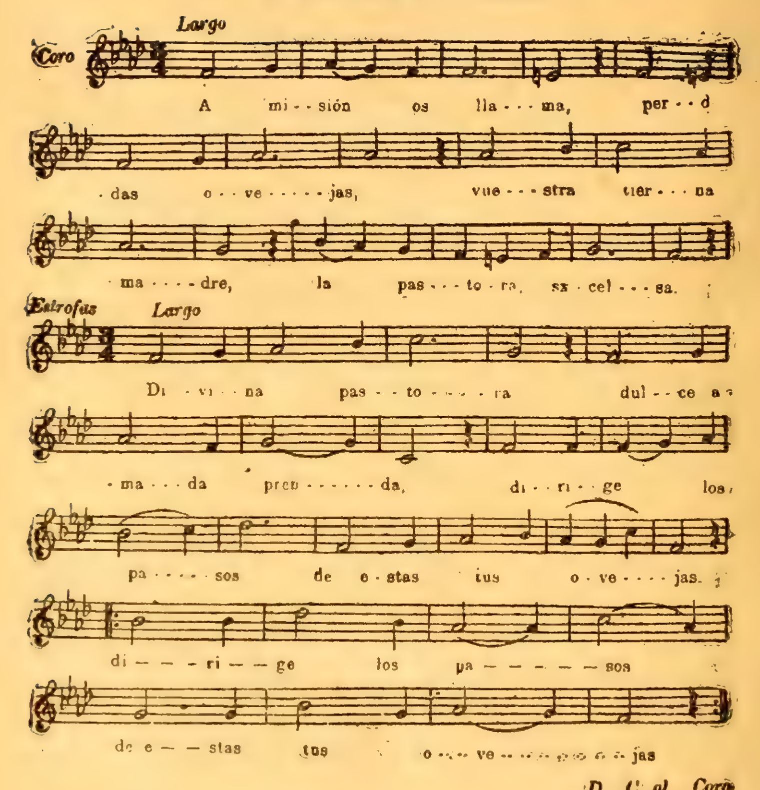
eres encanto celestial, divino,
eres el faro que mis pasos guía,
eres imán á do me arrastra el Sino.

Buenos Aires.

ATILIO MORETTI.

Canciones de las modernas misiones católicas
EN LA ARGENTINA

A misión os llama
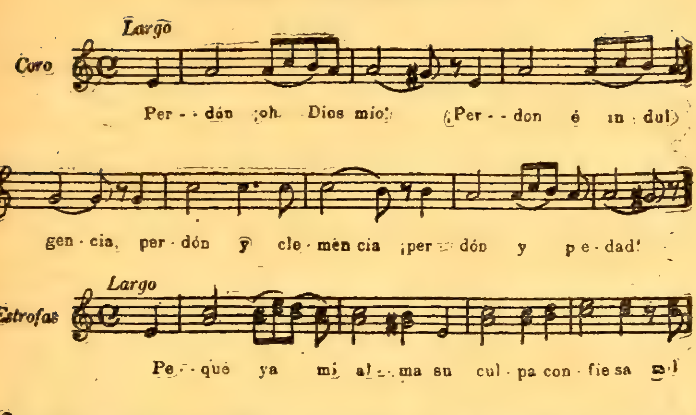


1.ª
Divina pastora,
dulce amada prenda,
dirige los pasos
de estas tus ovejas.

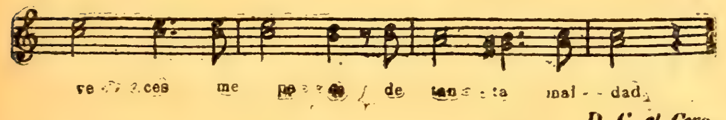
2.ª
¡Oh dulce pastora,
madre la más tierna,
libra á tu rebaño
de enemigas fieras!

3.ª
Vuelven al aprisco
tristes, macilentas
por haber pastado
venenosas yerbas.

4.ª
Al pastor divino
¡Oh pastora bella!
haz que presurosas
para siempre vuelvan.

Perdón ¡oh Dios mío!





1.ª
Pequé, ya mi alma
su culpa confiesa,
mil veces me pesa
de tanta maldad.

2.ª
Mil veces me pesa
de haber mi pecado
tu pecho rasgado,
¡oh suma beldad!

3.ª
Yo fuí quien de duro
madero inclemente
te puso pendiente
con vil impiedad.

4.ª
Mi rostro cubierto
de llanto lo indica
mi lengua publica
tan triste verdad.

5.ª
Por mí en el tormento
tu sangre vertiste
y prenda me diste
de amor y humildad.

6.ª
Y yo en recompensa,
pecado á pecado,
la copa he llenado
de la iniquidad.

7.ª
Mas ya arrepentido
te busco lloroso
¡oh padre amoroso!
¡oh Dios de bondad!

8.ª
No intente yo nunca
traición fementida
¡oh cielos! mi vida
primero quitad.

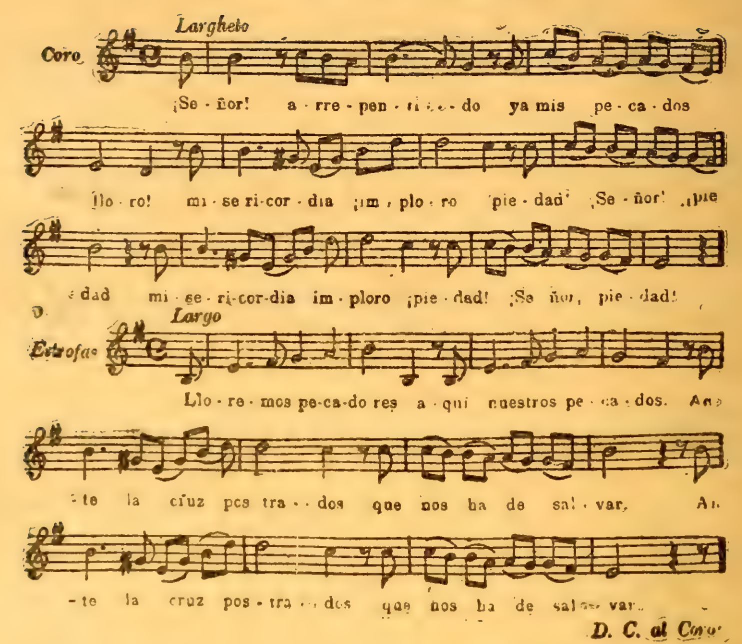
9.ª
Mi humilde plegaria
traspase las nubes
ardientes querubes
mis votos llevad.

10.ª
Jesús en mi pecho
domine imperioso;
¡dominio dichoso!
¡feliz caridad!

11.ª
Tu amor, Jesús mío,
sea ya mi anhelo,
amantes del cielo
su amor ensalzad.

12.ª
¡Dios mío! consuma
mi vida ese fuego
y admítame luego
la eterna ciudad.

Señor, arrepentido



1.ª

Lloremos, pecadores,
aquí nuestros pecados
ante la cruz postrados
que nos ha de salvar.

2.ª

Ya escucho, Jesús mío,
tu voz consoladora,
tu amor conozo ahora,
conozco tu bondad.

3.ª

Acógeme á tus plantas;
ya de tu amor herido,
lloroso y afligido,
vengo Señor á ti.

4.ª

Ya lloro mi perfidia,
¡oh Dios de las bondades!
por mil eternidades
serás todo mi amor.

5.ª

Dios es tu dulce padre,
te espera desvelado;
al padre más amado
¡oh hijo! vuélvete.

6.ª

Clama, infeliz; no ceses,
día y noche llorando;
y siempre di temblando:
mi suerte ¿cuál será?

7.ª

Hombres aletargados,
oid cómo retumba
el eco de la tumba
debajo de los pies.

8.ª

¡Oh Dios de las alturas!
¡Dios bueno! ¡Dios clemente!
perdona á un delincuente
y óyele á ti clamar.

9.ª

¡Quiero seguir, Dios mío!
tú plácido estandarte,
para después gozarte
en la infinita luz.

CANTO

PARA TODOS Y CADA UNO DE LOS DÍAS DE LOS SANTOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

(Se canta con la misma música que el número anterior)

Señor, arrepentido
ya, mis pecados lloro.
Misericordia imploro.
¡Piedad, Señor, piedad!

DÍA I

De nuestro último fin

1.ª

Yo soy, alma, tu centro;
á mí vuelve llorosa,
que mi bondad piadosa
te quiere perdonar.

2.ª

Alma perdida, muevan
tu pecho de diamante
las voces con que amante
tu Dios te quiere hablar.

DÍA II

De la importancia de la salvación

1.ª

A mi divina imagen,
sacándote criada,
del seno de la nada
yo mismo te formé.

2.ª

Alza la noble frente,
y con ansioso anhelo,
di: mi patria es el cielo;
con Dios habitaré.

DÍA III

Castigo del pecado

1.ª

Luzbel con su belleza
el mísero, ofuscado,
cual Dios ser adorado,
soberbio pretendió.

2.ª

¿Cuál será si no lloras,
mortal, tu desventura,
si Dios tan noble hechura
al fuego eterno dió?

DÍA IV

Penas del purgatorio

1.ª

Del purgatorio fuego,
¿quién podrá sin quebranto,
quién puede sin espanto
las penas contemplar?

2.ª

¡Ay de mí, desdichado!
¿Cómo no me confundo
que al tártaro profundo
Dios me puede arrojar?

DÍA V

Malicia del pecado

1.ª

¡Oh mundo! me ofrecías
falaz tantas dulzuras,
y mares de amarguras
han sido para mí.

2.ª

Tú, Jesús amoroso,
tú cumples lo que ofreces;
cuando te amé, mil veces
más bienadado fuí.

DÍA VI

La muerte

1.ª

¿Oyes la voz funesta
que del sepulcro clama?
La muerte ya te llama,
pecador: ella es.

2.ª

Ya con feroz aspecto
afila su guadaña,
y á ti con cruda saña
se acerca y no la ves.

DÍA VII

Muerte de los justos

1.ª

Yo estoy llorando á mares
mi vil alevosía,
te invoca el alma mía
y gime el corazón.

2.ª

¿Será, Señor, mi hora
felice la postrera?
Como tus justos muera,
los justos de Sión.

DÍA VIII

Juicio particular

1.ª

Antes que escuche el alma
¡oh juez inexorable!
el fallo perdurable
clama, gimiendo, á ti

2.ª

Ya que me cubre el rostro
del crimen la vergüenza,
de hoy siempre el perdón venza
á quien tanto ofendí.

DIA IX

Juicio final

1.ª

Tu criminal semblante
de horror pálido y yerto,
¡ay! se ha de ver cubierto
de infamia en Josafá.

2.ª

Y el pecador malvado
á todas las edades
patentes las maldades
atónito verá.

DIA X

El infierno

1.ª

De aquellos condenados
ya del Señor malditos,
los espantosos gritos
¿no te llenan de horror?

2.ª

Pide perdón mil veces
y amargamente llora
misericordia implora;
¡piedad! Señor, ¡piedad!

DIA XI

Del hijo pródigo

1.ª

Ya vuelve al tierno padre
el pródigo infelice,
y con sollozos dice:
¡Padre mío, pequé!

2.ª

Con deslealtad impía
tus besos paternales
en cambio de mis males
ingrato desprecié.

DIA XII

Las dos banderas

1.ª

No de Satán soberbio
he de seguir la huella
sino la blanca y bella
bandera de Jesús.

2.ª

Pena por breve gozo
da el dragón del infierno
Jesús un premio eterno
por momentánea cruz

DIA XIII

La Encarnación

1.ª

¡Mortal! ¿Cómo no sientes,
viendo á Dios hecho niño,
todo en dulce cariño
tu corazón latir?

2.ª

Los altos serafines
canten tu santo nombre,
que así ensalzando al hombre
te has querido abatir.

DIA XIV

El Smo. Sacramento

1.ª

Una divina mesa
con manjar de los cielos
dispone á sus hijuelos
benéfico el Señor.

2.ª

Acércate al convite,
¡oh pecador dichoso!
¡oh Jesús amoroso!
¡oh prodigio de amor!

DIA XV

La pasión del Señor

1.ª

Gemid, duros peñascos,
gemid, valles sombríos,
gemid, montes y ríos,
que va Dios á expirar.

2.ª

Gime tú, delincuente,
gime tú sin consuelo,
que osaste al Dios del cielo
la mano levantar.

DIA XVI

Los dolores de María Sma.

1.ª

No, dulcísima virgen.
enjúguese tu llanto,
y dame tu quebranto
contigo á repartir.

2.ª

Hombres ingratos, vedla
su pecho traspasado
con hierro despiadado.
¿Y aun la queréis herir?

DIA XVII

La gloria

1.ª

Salud, dichosa patria;

manciones eternales
de príncipes reales
los moradores son.

2.ª

En ti de luz gloriosa
interminable abismo,
será la de Dios mismo
mi eterna duración.

DIA XVIII

El amor de Dios

1.ª

Antes que hubiera tiempo,
te amé tan complacido
que un amante perdido
no tiene tanto ardor.

2.ª

Y, ¿cuál por la infinita
y sin igual terneza
ha sido tu fineza,
ingrato pecador?

DIA XIX.—*Fruto de los ejercicio*
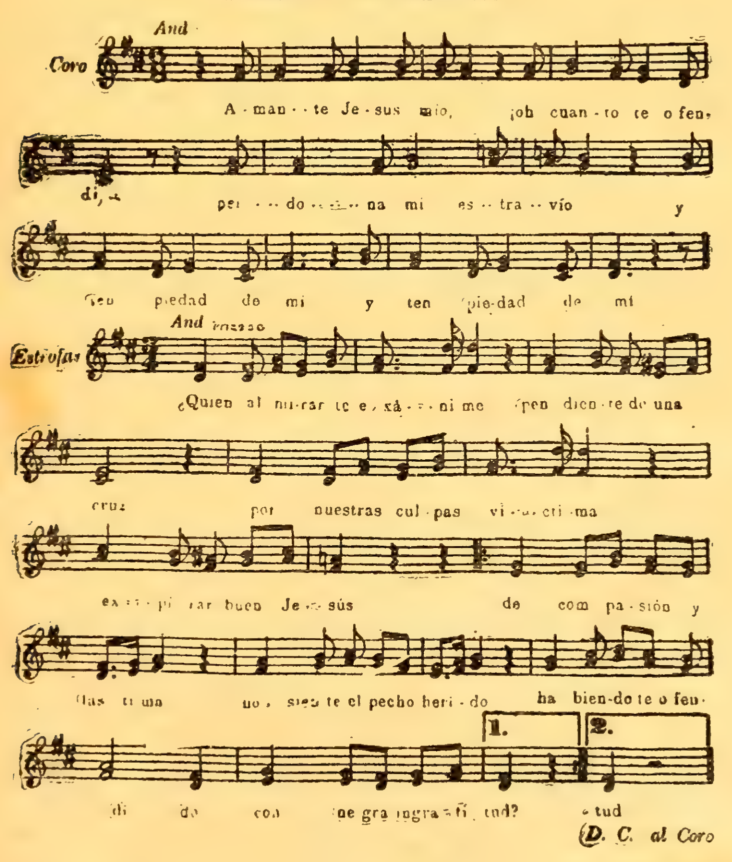
1.ª

Haré mis breves días,
¡me anima tu clemencia!
amarga penitencia
¡oh cielos! escuchad.

2.ª

Las manos levantadas
al alto firmamento,
mi firme juramento
vosotros confirmad.

Amante Jesús mío



1.ª

¿Quién al mirarte exánime
pendiente de una cruz
por nuestras culpas víctima
expirar, buen Jesús,
de compasión y lástima,
no siente el pecho herido,
habiéndote ofendido
con negra ingratitud?

2.ª

Una amorosa lágrima
vierte mi Salvador;
tiende su vista lánguida
y mira con dolor.
Triste, confuso y trémulo,
ya mis pecados lloro;
misericordia imploro
con lágrimas de amor.

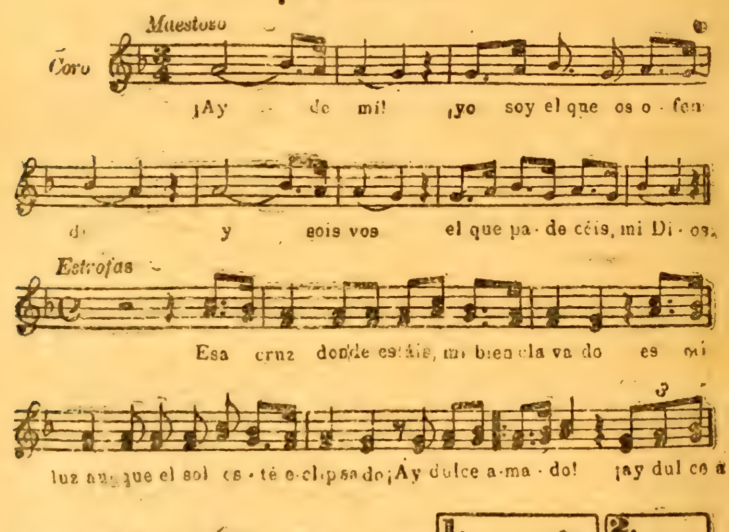
3.ª

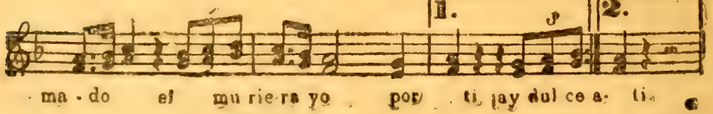
Gemid, duros peñascos,
hondos valles, llorad,
gemid, fuentes y ríos,
que va Dios á expirar.
Gime tú, delincuente,
gime tú sin consuelo,
que osaste al Dios del cielo
la mano levantar.

4.ª

Bañe tu sangre ardiente
mi helado Corazón,
y mi dureza ablanden
los ecos de tu amor;
triunfaste, Jesús mío;
tuya fué la victoria,
tuya será la gloria,
mi dulce Redentor.

¡AY DE MI!





1.ª

Esa cruz
dondo estás, mi bien, clavado,
es mi luz,
aunque el sol esté eclipsado.
¡Ay, dulce amado!
si muriera yo por ti.

2.ª

Inclinad
alta cruz, los yertos brazos,
por piedad,
no me hurtéis dulces abrazos,
y en firmes lazos
con mi bien unidme aquí.

3.ª
No miréis,
justo Juez, mis desaciertos,
pues tenéis
en la cruz los brazos yertos,
tan sólo abiertos
para perdonarme á mí.
4.ª
Tu prisión
la causó mi libertad,
sin razón
me arrojé tras la maldad,
¡ay! sin piedad,
por vil gusto te ofendí.
5.ª
Yo gocé
vanidad de blancas rosas;
y os dejé
las espinas dolorosas;
flores hermosas,
os arrojo ya de mí.
6.ª
Yo corrí
por las sendas del pecado,
y no vi
que esperabas enclavado.
¡Ay, padre amado,
á tus pies quiero morir!
7.ª
Esa hiel
que te dan, Jesús bendito,
es la miel
que dió el mundo á mi apetito;
¡ay, ya contrito
padecer quiero por ti!
8.ª
Cuando abrió
dura lanza tu costado,
puerto vió
el mortal atribulado;
¡ay, puerto ansiado!
siempre quiero estar ahí.
9.ª
Pecador,
si á Jesús ves enojado,
sin temor
toma puerto en su costado;
y perdonado
permanece siempre allí.
10.ª
El dolor
de tu Madre condolida,
es amor
que á mi alma da la vida;
¡Madre afligida,
si sufriera yo por ti!

Afecto á María Santísima

AL PIE DE LA CRUZ

(SE CANTA CON LA MISMA MÚSICA QUE EL NÚMERO ANTERIOR)

Coro
¡Yo, en la cruz
puse, Madre, á tu Jesús!
¡Ay! ¡perdón!
yo rasgué tu corazón.
1.ª
El Señor
de la cruz está colgado
con dolor;
firme está su Madre al lado
del hijo amado,
recibiendo triste adiós.
2.ª
Vió expirar
en la cruz su prenda amada
sin temblar;
pero su alma atribulada,
aguda espada
sin piedad atravesó.
3.ª
Cuando vió
de Jesús duro quebranto,
derramó
de sus ojos triste llanto
y al pecho santo;
pena horrenda desgarró.
4.ª
¡Oh mortal!
¿Quién no gime? ¿Quién no llora?
¡Cuánto mal!
Sin consuelo en esta hora,
cruel devora
de la madre el corazón.
5.ª
A tus pies
ya lamento tu amargura,
y ¿quién es
quien te mira virgen pura,
con alma pura
sin morir de compasión?
6.ª
Yo pequé
y á la cruz subió el señor;
yo azoté

on mis culpas á tu amor,
y en su dolor
e llenaste de aflicción.

7ª

El dolor
iste, madre, en su agonía;
el clamor
ue su padre no atendía;
¡ay madre mía,
uán amarga es tu pasión!

8ª

Del amor
res, madre, fuente pura;
tu dolor
omo el mar y tu amargura.
Ya es mi ventura
adecer contigo yo.

9ª

De Jesús
as espinas sacrosantas,
y la cruz
r los clavos de sus plantas,
heridas santas
bran en mi corazón.

10

Padecer,
adecer con Cristo quiero;
y beber
e su amarga hiel espero;
junto al madero
az ¡oh madre! muera yo.

11

Santa cruz
que quebrantas mis cadenas;
¡oh Jesús!
Por la sangre de tus venas,
con dulces penas
embriagad mi corazón.

12

Tu dolor,
tu amargura y tu agonía,
por tu amor
imitar mi alma ansía,
¡oh madre mía,
si por ti sufriera yo!

13

¡Ay piedad!
Merecí yo el fuego eterno;
mi crueldad
me arrastraba al hondo infierno;
tu amor materno
ante el juez intercedió.
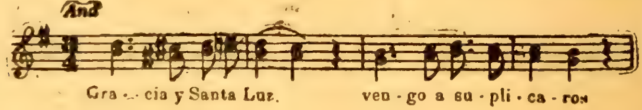
14

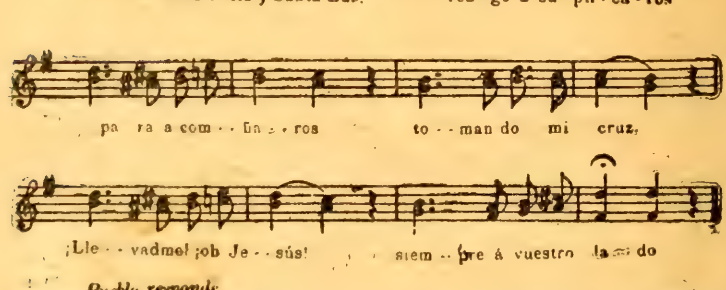
¡Oh señor!
Por tu madre dolorida,
por tu amor,
cuando acabe yo la vida,
y en tu venida,
dame ¡oh juez, el galardón!

15

Clamaré,
¡Oh Dios! en mi hora postrera,
y os diré
cuando el triste cuerpo muera:
mi alma espera
por tu madre su perdón.

CANTO PARA ACOMPAÑAR AL VIA-CRUCIS







Introducción

Gracia y santa luz
vengo á suplicaros
para acompañaros
tomando mi cruz:
llevadme ¡oh Jesús!
siempre á vestro lado.

El pueblo responde:

Sea eternamente
Jesús alabado.

1.ª estación:

Su justa inocencia
Pilatos comprende;
librarle pretende
según su conciencia,
y el vil, la sentencia
de muerte ha dictado. (Pueblo.)

2.ª

Sale el Redentor
con la cruz cargado
todo ensangrentado
por tí, pecador.
¿No lloras de horror?
¡Todo está llagado! (Pueblo.)

3.ª

Contempla cristiano
á Jesús rendido;
míralo caído
por darte la mano.
¡Oh dios soberano!
¿Y aun habrá pecado? (Pueblo.)

4.ª

Calle de amargura
va la virgen madre,
¡ya no es la del padre
divina hermosura!
¡Con cuánta ternura
ve á su hijo amado! (Pueblo.)

5.ª

Temiendo matarle,
contra su deseo,
debió el Cirineo
á Cristo ayudarle:
su intento es alzarle
en cruz enclavado. (Pueblo.)

6.ª

Verónica enjuga
la faz del Señor,
que en cambio de amor.
dejó en cada ruga
del velo, en su juga,
su rostro estampado. (Pueblo)

7.ª

De nuevo por tierra
cae nuestro bien;
sufriendo el desdén
que su pecho encierra,
la gente de guerra
y el pueblo irritado. (Pueblo)

8.ª

Jesús, cuando vió
mujeres llorando,
su voz levantando
las consoló;
piadoso enseñó
llorar el pecado. (Pueblo)

9.ª

Por tercera vez
Jesucristo cae,
sus carnes le rae
la cruz, y aridez
del monte. ¡Cómo es
del pueblo humillado! (Pueblo)

10

Del monte llegaban
la cima á alcanzar,
y en vez de templar
sus penas, gritaron;
á Cristo dejaron
desnudo y llagado. (Pueblo)

11

De manos y pies
en cruz le clavaron
tal peso, rasgaron
sus manos, después
volviendo al revés
cruz y condenado. (Pueblo)

12

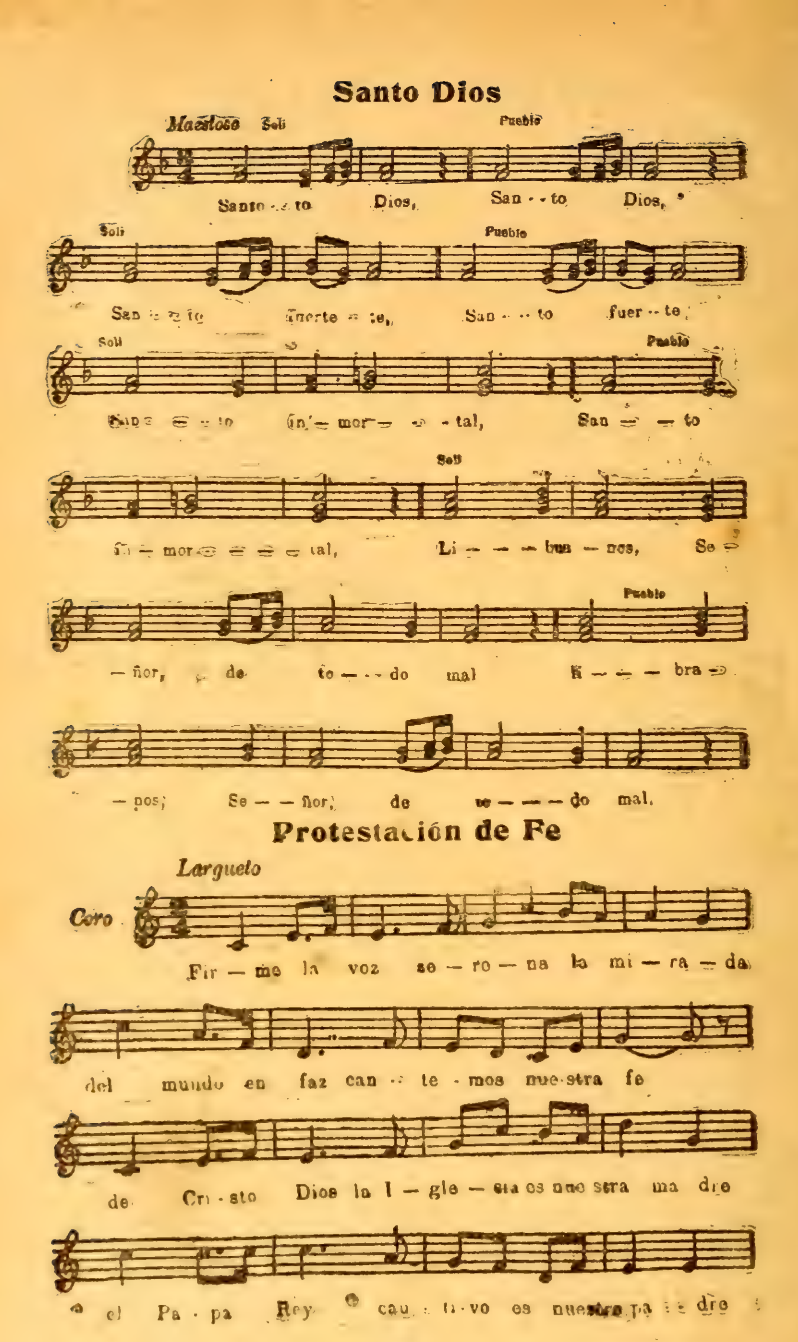
Te elevan Jesús
con rabia y furor,
y quedas ¡qué horror!
colgado en la cruz;
tú que eres la luz
del cielo admirado. (Pueblo)

13
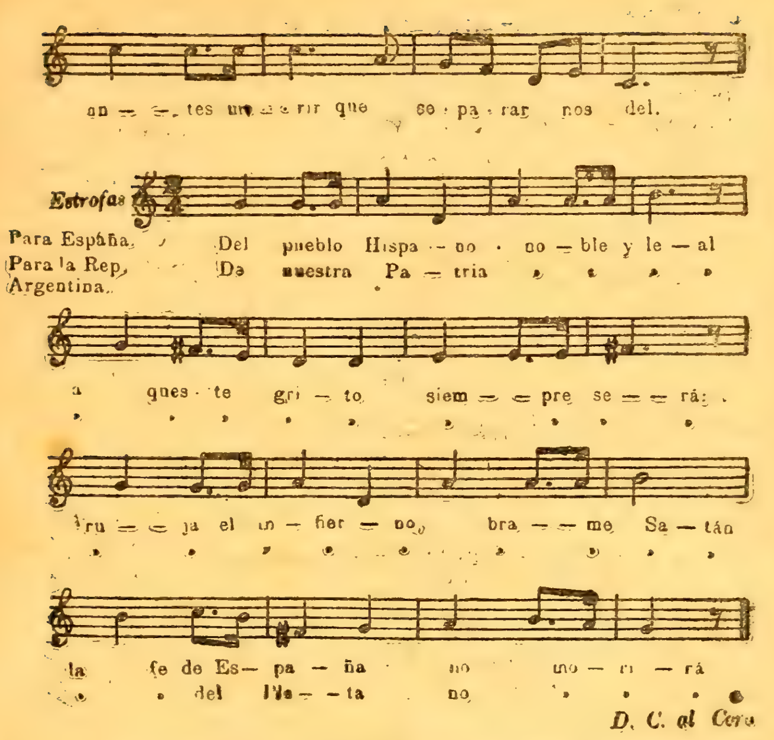
La Virgen sagrada
recibe en su seno
aquel cuerpo lleno
de sangre cuajada,
su carne rasgada,
su rostro morado. (Pueblo)

14

Una losa fría
su cuerpo recibe,
su cuerpo ¡y no vive!
¡Oh, negra osadía
del hombre! ¡Oh María!
perdona al malvado.
Sea eternamente
Jesús alabado.



Santo Dios
Maestoso
Soli
Pueblo
Santo Dios, Santo Dios,
Soli
Pueblo
Santo fuerte, Santo fuerte,
Soli
Pueblo
Santo inmortal, Santo inmortal,
Soli
Líbranos, Señor, de todo mal
Pueblo
Líbranos, Señor, de todo mal.
Protestación de Fe
Larguelo
Coro
Fir - me la voz se - re - na la mi - ra - da
del mundo en faz can - te - mos nuestra fe
de Cristo Dios la I - gle - sia es nuestra madre
el Papa Rey cautivo es nuestro padre



España

Bandera alzada de Cristo en pos
Castilla invicta siempre siguió;
y gran pujanza, sin par valor,
á los leales la fe inspiró.
Sanchos y Alfonsos y el bravo Cid
con la morisma entran en lid,
luchemos, dicen, hasta morir;
la fe triunfante debe salir.

República Argentina

Bandera alzada de Cristo en pos
El Plata invicto siempre siguió:
y gran pujanza, sin par valor,
á los leales la fe inspiró.
De nuestra patria noble y leal,
aqueste grito siempre será:
ruja el infierno, brame Satán,
la fe del Plata no morirá.

~~~~~~~~

EQUIVALENCIA

de algunas palabras gauchescas al idioma castellano

Chifle.	Botella de asta de buey
Alfajor.	Cuchillo.
Malevo, ó madero. . . .	Bandido
Matreriando.	Escondiéndose cobardemente
Gauchando.	Errante
China.	Mujer
Rancho.	Casa rústica.
~~~~~~~~

Cimarrón.	Mate amargo
Churrasco.	Pedazo de carne asada
Apero.	Montura de ensillar del gaucho.
Zamaragullones.	Aves acuáticas del tamaño de los cuervos, pero que vuelan muy poco.
Mirasoles.	Aves de figura jorobada, que pasan el día mirando al sol.
Chajá.	Pájaro que al cantar emite: ¡Yahá, yahá! que en indio guazani quiere decir: Adelante Es centinela, y cuando oye ruido, grita.
Ayjuna.	¡Ay! hijo de una...
Estancia.	Hacienda.
Porteño.	De Buenos Aires.
Máquina.	Muchos, multitud.
Punta.	Gran cantidad, varios.
Rumbiaron.	Rumbo á.
Acacharpados.	Lujosamente.
Polleras.	Faldas.
Encuentro.	Entrepierna.
Votada.	Ocasión.
Medios.	Monedas de plata de cinco centavos.
Poncho.	Manta abierta por los brazos.
Moños.	Lazos y corbatas en forma de lazo.
Apedarse, ponerse en pedo.	Emborracharse
Gamonal.	Rico señor.
Cabestriar.	Seguir por detrás,
Voraciar.	Derrochar dinero.
Tapera.	Casa de campo arruinada.
Payador.	Poeta que imprevisa.
Hacienda.	Conjunto de ganado vacuno.
Fachinal.	Pajonal alto.
Pulpería.	Casa de comercio en la campaña. Figón.
Pelo á pelo.	Andar en un sólo caballo.
Bragao.	Color de un caballo.
Flete.	Caballo ligero para el galope.
Redomón.	Caballo recién amansado.
Rabicano.	» con cerdas blancas á la raíz de la cola
Orejano.	Caballo sin marca.
Pingo.	Caballo de buena estampa.
Maniador.	Correa larga para atar los caballos.
Mentao.	Renombrado.
Pago.	Pueblito, lugar. (Andaluz).
Parejero.	Caballo de de carreras.
Naco.	Resto de una cuerda de tabaco brasileño torcida ó hebra.

INDICE

